



*El*

# QUINTO SOL

DAVID SAKMYSTER

Entre las ruinas del antiguo México, una profecía anuncia el fin del Quinto Sol, la destrucción universal de nuestro tiempo...



*se*

Entre las ruinas del antiguo México, una profecía anuncia el fin del Quinto Sol, la destrucción universal de nuestro tiempo...

En un mundo donde el sacrificio siempre fue inculcado como la forma más elevada de devoción por parte de la víctima, en un mundo donde el sol es la divinidad, hay un calendario que parece un latido agonizante que se va apagando lentamente. Un humilde antropólogo descubre un secreto, un presagio de una antigua civilización y su potencial efecto sobre el mundo moderno.

*«Un thriller vibrante que atraparé el interés del lector en los insondables misterios de la Cultura Maya. Una novela que da rienda suelta a una intriga escalofriante».*

*«La historia de El Quinto Sol, con un conjunto de complejos y fascinantes personajes, alcanza un clímax frenético en la cima de las pirámides de una antigua ciudad Maya, donde se disputará la batalla por la salvación del mundo».*



David Sakmyster

# El quinto sol

ePub r1.0

XcUiDi 12.11.14

Título original: *Twilight of the fifth sun*

David Sakmyster, 2009

Traducción: Alicia Liliana Azcué de Bartrons

Editor digital: XcUiDi

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de [www.epublibre.org](http://www.epublibre.org). La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.



Para mis padres por su aliento y apoyo pero sobre todo,  
por su contagioso entusiasmo por las maravillas y misterios de la  
vida.

## Prólogo

Un lamento gime a través del cementerio. Acongojado y amargo, desafía la longevidad de los macizos robles y de los arces, blasfema la prístina apariencia de los espléndidos monumentos y confronta la inmortalidad celestial de las constelaciones que brillan tras el frondoso dosel de árboles. Los petirrojos y gorriones anidando se sobresaltan por el sonido y bailan nerviosamente encaramados en las ramas, muchos revolotean erráticamente en la oscuridad. La orquesta de grillos enmudece con un silencio de muerte. Una ráfaga de viento sopla desde el centro del alarido y parece girar y azotar el paisaje, como si estuviese manipulado por un propósito antinatural.

Una silueta de rodillas permanece junto a la reciente tumba, solloza con una última nota de desesperación, después su voz languidece. Irguiéndose, la figura levanta el rostro y encara al viento brutal. De una manera extraña, el viento parece traspasar irrespetuosamente la silueta, como si no fuese de un elemento disímil.

Un hilillo de humedad surca ambos lados del pálido aunque bien definido rostro. Con cabello oscuro, largo y desaliñado, humedecido por las lágrimas, permanece inmóvil ante el azote del viento. Viste completamente de negro, desde las botas de cuero hasta la capa de terciopelo sujeta firmemente a los hombros.

Cierra los ojos con fuerza y por un momento la imagen de lo que lo rodea le perdura en la retina. El lugar de descanso final: aquí yacerán los cuerpos, los caparazones; los jugos químicos se descompondrán donde la tibia sangre alguna vez pulsó, las bacterias lograrán laboriosamente su gran cometido, convertir en polvo el cuerpo que ahora yace inerte. El corazón que una vez bombeó vida durante el efímero transcurso de esa existencia permanece inmóvil. Los pulmones que nunca más insuflarán bocanadas de aire fresco. Los músculos que permanecerán tiesos durante toda la eternidad como recompensa por toda una vida de esfuerzo. Allí yace la cáscara, luego de una

vida de lucha y de miseria, donde la felicidad fue tan solo una visita ocasional. ¿Qué importancia tuvo? ¿Perduran los recuerdos? ¿Valió la pena?

Le suplica una respuesta a la fría tierra. Una vez más su clamor cae en oídos sordos. Puede percibirlo todo, y el temor regresa una vez más. El cuerpo, la vida, ya no existen, ni manos que asir, ni labios para posar amorosamente sobre los de un amante, solo ojos cerrados para siempre, sumergidos en el sueño de la eternidad.

¿Qué sucede con los sueños?

El doliente ser se estremece.

El viento aúlla y chilla, azotando las hojas y fustigando los árboles. Algunos prudentes insectos reanudan su coro nocturno.

Cientos de ojos sellados debajo de sus pies calzados con bolas de cuero...

¿Qué visiones se presentaron detrás de aquellas retinas de aldehído fórmico? ¿Qué sueños...?

El hombre tembloroso mueve la cabeza y su mirada sombría dirige la atención hacia un espacio arriba, entre las susurrantes ramas. En las praderas de ébano en lo alto, una pequeña estrella solitaria pero magistral titila brillantemente, surge con toda su brillantez por un momento efímero para luego volver a destellar con su brillo opaco.

Una tenue sonrisa juega en los labios del hombre. Hace un guiño a la estrella antes de que el viento doblegue una rama en su camino, siente la serenidad apoderarse de su alma. Respetuosamente cae de rodillas junto a la novel tumba, espionando la sombra de una farola distante. Derrama una lágrima de alegría sobre el sucio suelo que atraviesa la superficie sin producir impacto visible.

Nuevamente el viento intenta aferrar su capa, pero no logra producir la más mínima respuesta. La figura se inclina en la sombra y deposita un gentil beso sobre la suave tierra.

¿Qué sueños aparecen en el sueño final...?

Se incorpora cansinamente y la retorcida sombra surge del suelo mismo. Sintiendo la tierra deslizarse, cierra los ojos, despeja la mente y espera los sueños.

El susurro se desvanece, y los grillos, como a propósito y al unísono, comienzan su armónico canto en alabanza a la noche de verano.

## Capítulo 1

*Ciudad de México, jueves, 15 de julio, 12:55 horas.*

*Museo de Antropología.*

Afortunadamente el guardia estaba dormido con la cabeza entre los brazos, sus ronquidos resonaban en el vestíbulo del museo. Con una última mirada hacia el exterior, Ramsey Mitchell abrió suavemente la puerta de cristal. Una fría ráfaga del aire acondicionado venció la opresiva pesadumbre del aire de México.

En el exterior, una espesa masa de densas nubes parecía querer asfixiar la vida que latía debajo de la límpida atmósfera. Las palmeras parecían centinelas inmóviles que bordeaban el estacionamiento. Bajo cuatro altos postes de luz goteaban plomizos conos de ámbar.

Ramsey se dijo que todo estaba bien. Respiró profundamente, implorando en su interior que su viejo corazón se calmara. Rezando una rápida plegaria a cualquiera de los dioses mexicanos que pudiese estar aún despierto, guardó las ganzúas en un bolsillo de cuero de su cinturón y pasó de puntillas frente al escritorio del personal de seguridad.

El corpulento mexicano gruñó e hipó en sueños.

Ramsey quedó petrificado. Tenía la pistola enfundada bajo el brazo pero los músculos le temblaban. Se había propuesto matar si fuese necesario, pero ahora que el momento había llegado, su cuerpo se resistía a hacerlo. Sentía un profundo dolor en la pierna que se había quebrado tres años atrás en un pozo, y se encogió sobre sí mismo a causa del dolor lacerante.

Calma, se dijo, debes mantener la calma. Ésa era la noche para la que se había preparado, que había planificado y soñado durante los últimos treinta y cinco años. Esta oportunidad no le sería arrebatada por un nativo excedido en peso que trabajaba por un salario miserable en un país empobrecido y endeudado. Y Ramsey no iba a dejarse atrapar, encarcelar o morir en ese

resumidero. No después de haber prevalecido tanto tiempo.



Había llegado a la ciudad cuatro días atrás, el último tramo de su año sabático en la Universidad de Georgetown. Los primeros siete meses los había pasado investigando en las secciones de referencias de bibliotecas de Estados Unidos y de América Latina. Se había reunido con historiadores de Nicaragua, Perú, El Salvador y Panamá. Había estado durante semanas en cada sitio arqueológico conocido, sin importar cuán intrascendentes fuesen los objetos, las ruinas, incluso las de Chichén Itzá, Tulum, Veracruz, Monte Albán, Cacaxtla y Cholula<sup>[1]</sup>. El final estaba a la vista.

Solo quedaba un sitio... el nexo de todas las leyendas, mitos y profecías. Tenochtitlán<sup>[2]</sup>, el cetro del Imperio Azteca en el siglo xv. Tenochtitlán, cuyos magníficos templos y monumentos una vez gozaron en todo su esplendor evidenciado por las ofrendas al dios Sol Huitzilopochtli<sup>[3]</sup>.

Tenochtitlán, cuyos monarcas ofrecieron miles de sacrificios humanos. La ciudad gobernada y expandida a una velocidad incomprensible hasta que Cortés y sus ejércitos llegaron con armas y la viruela, para derribar al imperio antes de que pudiese extenderse por completo.

Tenochtitlán. Ahora la ciudad de México. La antigua gloria desvanecida. Apenas quedaban vestigios del noble pasado que sobrevive en medio de una ciudad asfixiada por masivas deudas internas y externas; donde los descendientes de los aztecas venden baratijas a cándidos turistas por un puñado de moneda devaluada; donde las jóvenes, como perros que defienden su territorio, pelean por el privilegio de trabajar ciertas calles; donde los desesperanzados venden sus exiguas posesiones por un pasaje hacia el norte con la esperanza de cruzar la frontera y desaparecer en la tierra de las oportunidades. Ciudad de México, donde sus dirigentes no han heredado ninguna de las fortalezas de sus ancestros y se someten a los intereses de empresas extranjeras a los fines de mantener el frágil *status quo*.

Ciudad de México. Orgullosa sucesora del que otrora fuera uno de los imperios más colosales del hemisferio. Moctezuma seguramente se revuelve en su tumba, mientras Itzcóatl se pasea impaciente de un lado a otro en los pasillos de la eternidad. Los triunfos y tradiciones, los dioses, los ritos y creencias, todo se ha ido. Los pocos rastros yacen depositados en pedestales de madera identificados con escuetas descripciones en el Museo de Arqueología.

Ese museo es lo que oportunamente había atraído la atención de Ramsey.

Todos los días durante un mes y medio había enviado detalladas cartas a su curador<sup>[4]</sup>, un tal Manuel Díaz, solicitándole información referente a reliquias desenterradas en Tenochtitlán. Después de dos vehementes negativas a sus requerimientos, las sucesivas cartas habían sido completamente ignoradas.

Esta negativa solo sirvió para convencer a Ramsey de que estaba en el camino correcto, y que la luz al final del largo y tortuoso túnel estaba a la vista. El premio, los antiguos secretos, el infierno, la vasija de oro, estaban al alcance. Lo que había comenzado como un año de evasión a la rutina de exposiciones y conferencias, de aburridas clases nocturnas de apoyo, había desencadenado en un arrebatado de decisión. La expectativa casi lo había vuelto loco. Había concluido aceleradamente los cabos sueltos en Orlando. Había grabado una síntesis de sus teorías en una cinta que había enviado a su oficina en Georgetown, con instrucciones para ser abiertas por su colega y mentor, Edwin Bergman, en caso de que él muriese o desapareciese.

El Museo cerró a las nueve y media. Además del hombre frente al escritorio, otro guardia recorría los tres niveles del interior del edificio. Si Ramsey tuviese que matar al guardia de la puerta de entrada, sus posibilidades de éxito mermarían considerablemente. Suponía que tendrían consignas determinadas para comunicarse por walkie-talkies. Y según los cálculos de Ramsey, necesitaba por lo menos una hora.

El guardia se desperezó y carraspeó otra vez. Ramsey fue incapaz de hacer un movimiento hacia la pistola 45. Contuvo la respiración y esperó, y las imágenes en blanco y negro de las pequeñas pantallas que estaban en la pared detrás del escritorio, capturaron su atención. Se notó movimiento en la pantalla que estaba más a la izquierda. El otro guardia recorría uno de los corredores del piso principal, su linterna se balanceaba a medida que avanzaba a lo largo del pasado histórico del país.

Un largo suspiro escapó de la garganta del guardia dormido. Cuando su respiración recobró un ritmo acompasado, Ramsey se encaminó de puntillas hacia un angosto corredor en sombras, hacia una puerta alejada donde un cartel de luces de neón indicaba una salida de escaleras.

Desembocó en la quietud de un piso inferior y respiró profundamente. Con el crujido de la puerta al cerrarse, todo el mundo exterior se entremezcló. Las aburridas clases de los últimos treinta y cinco años, las bulliciosas

reuniones de la facultad y sus pequeñas preocupaciones ideológicas, ninguna de ellas existían ya, o habían existido, para Ramsey Mitchell.

Había dado un gigantesco salto hacia el pasado. Había retrocedido velozmente hasta 1490, apogeo de la gloria azteca. La recámara era amplia y de techo abovedado con frescos que representaban dioses y batallas, jaguares y águilas, soles y lunas. La ciudad de Tenochtitlán se extendía frente a sus ojos. Se acercó al modelo por detrás, hasta la representación de la fundación, buscó apoyo sobre uno de los soportes que le presionó el estómago. Todo estaba allí. El templo redondo dedicado a Quetzalcóatl<sup>[5]</sup>. El sagrado precinto de la Gran Pirámide con los templos gemelos dedicados a Tláloc<sup>[6]</sup>, dios de la lluvia y a Huitzilopochtli, dios del sol.

Ramsey sintió un hormigueo recorrerle la piel. Se olvidó del dolor en la pierna, rodeó el modelo sin apartar los ojos de la escalera de la Gran Pirámide, los escalones sobre los cuales se habían derramado ríos de sangre de miles de personas en los grandes sacrificios durante el reinado de Ahuítzotl<sup>[7]</sup>, el octavo monarca. Ramsey pensó en los anaqueles que Ahuítzotl había hecho construir para exponer las calaveras después de la Dedicación de Sacrificio para la Gran Pirámide, y tembló sobrecogido por una aprensión vertiginosa.

Casi pudo vislumbrar las multitudes que atestaban la ciudad, portando ofrendas en homenaje al Gran Conquistador, pudo imaginar las dos líneas de prisioneros, más de veinte mil, según algunas fuentes, subiendo los escalones de la Pirámide, resbalándose en la sangre de sus hermanos camino a su propio sacrificio.

Un rápido sonido proveniente de una habitación próxima atrajo su atención. Iluminada por una tenue luz anaranjada, Ramsey pudo descubrir una habitación en forma de T que recordó de visitas anteriores.

Dos pasillos iguales, que exhibían muestras del arte azteca de carpintería y alfarería, conducían hacia la habitación. En la pared Norte estaban colgados primitivos dibujos de las primeras conquistas de Chiapa y Xiuhuac. Había lanzas y espadas prolijamente alineadas en una vitrina. Y en una mesa ubicada al Este había varios garrotes del tipo que los sacerdotes de Ahuítzotl utilizaban para arrancar los corazones como sacrificio para el dios Huitzilopochtli<sup>[8]</sup>. Ramsey tembló de nuevo, recordando que el Gran Conquistador utilizaba tan solo sus manos...

En el centro de la habitación, rodeada por una cadena, se encontraba la

Piedra del Sol. El calendario de Piedra de los Aztecas era el núcleo de la mitología azteca. En el centro, el rostro del dios Sol estaba representado con las garras que aferraban a ambos lados sendos corazones humanos. Y alrededor del dios Sol, en relieve, la creación y destrucción de los cuatro mundos previos. A su alrededor, estaban esculpidos los símbolos del calendario azteca. La Piedra, recordó Ramsey, había sido desenterrada en 1790, y junto a otros hallazgos, fue arrumbada hasta 1885, cuando el general Porfirio Díaz la había enviado al museo de la Calle Moneda donde permaneció hasta ser trasladada allí en 1964.

Nuevamente, un ruido de pasos cortos y rápidos. Ramsey espió el pasillo que daba al oeste. Nada. ¿Podría haber llegado tan rápido el guardia en su recorrido?

Esta vez no tenía alternativa. Extrajo la pistola 45, le colocó el silenciador y la empuñó ferozmente.

Estaba tan cerca. Tenía que encontrarlo. Tenía que...

Significaba todo. Nada en esta vida; en la era de los discos compactos y de los procesadores de texto, del mundo de los tratamientos radiológicos y de los trasplantes de corazón, tenía algún tipo de atractivo para el historiador de cincuenta y siete años. Era un errante en el polvo, en los vestigios de glorias pasadas, cuando el mundo era más joven y misterioso, cuando los dioses prodigaban sus bendiciones o manifestaban su desaprobación. Cuando los guerreros se demostraban a sí mismos su valor capturando prisioneros en el fragor de la batalla, cuando los hombres buscaban apaciguar la naturaleza más que controlarla. Oh, ¿por qué habría sido maldecido al serle deparada una existencia en la última mitad del milenio, rodeado por recuerdos de la atracción del pasado?

Sin embargo, todavía quedaba una oportunidad. Su investigación, que había comenzado a partir de indicios y vagas sugerencias, había culminado en un descubrimiento abrumador, una fantástica posibilidad y una profética oportunidad.

La Urna. ¿Dónde estaría la urna que debería haber sido desenterrado junto con la Piedra del Sol? Tenía que estar allí, en algún lugar bajo llave. Escandida para que nadie la viese, o al menos, pudiera adivinar la verdad.

Más fuerte esta vez, se oyó un sonido distante en las sombras. Inmediatamente después, su corazón pareció detenerse ante el temor de llamar la atención con sus rítmicas pulsaciones, Ramsey pudo escuchar el monótono

zumbido de las lamparillas eléctricas, soles sustitutos que bañaban con luz mortecina las reliquias antes acostumbradas a una refulgente brillantez. La suave vibración del aire acondicionado expelía corrientes de aire templado alrededor de los elementos que habían sido empuñados bajo un calor agobiante.

Concentrado, enfocado en su misión, Ramsey apuntó la pistola hacia las sombras y se adelantó unos pasos.

Sonidos confusos. Alejándose.

Ramsey apuntó por arriba de la cintura. Podía arriesgarse ¿por qué no?, pensó, y se dio cuenta de que en los últimos minutos había abandonado todo sentido de precaución, la cámara situada al norte captaba un ángulo perfecto de él. Si el guardia se había despertado y se le ocurría echar una mirada a la pantalla correcta, estaba perdido.

Apretó el dedo en el gatillo.

—Señor Mitchell —una voz escabrosa lo llamó desde atrás, desde las sombras que cubrían la antesala del ala este.

Ramsey dio un respingo, apuntó frenéticamente.

—Ramsey —repitieron su nombre, la voz provino esta vez del oeste.

Una puerta se abrió en algún lado provocando un chirrido.

—¡Oh, Dios! —suspiró. Le falló la rodilla cuando intentó darse la vuelta hacia el pasillo oeste. Con un grito de dolor, cayó golpeando con fuerza el piso lustrado.

Un par de zapatos negros aparecieron de las sombras.

Ramsey levantó la 45 y efectuó tres disparos antes de que alguien saltara desde las sombras y le sacara el arma de la mano de una patada. El corpulento guardia que había fingido estar dormido le sujetó el brazo detrás de la espalda y lo inmovilizó aplicándole una llave en la cabeza. El guardia miró hacia el corredor este, después asintió a alguien que permanecía en las sombras.

Luchando por no desmayarse a causa del dolor agónico en la rodilla, Ramsey intentó darse la vuelta para mirar a la persona que le había hablado primero.

Una sombra oscura surgió amenazadoramente por detrás de él y sintió un pinchazo en el cuello.

Temblando, intentó liberarse, pero el guardia le aferró con más fuerza, y la lesión le impidió levantarse.

La aguja penetra más el cuello. El aire se tornó terriblemente frío. Muy frío, pensó Ramsey. Entumeciéndose... ¿Qué habría en la jeringa?

—Quién...

—Bienvenido a mi humilde museo, señor Mitchell —susurró el hombre a su espalda. Le extrajo la jeringa mientras su contenido entraba en su torrente sanguíneo. Sintió que las manos se le congelaban. Se oyeron pisadas de zapatos con gruesa suela mientras el que hablaba se desplazó alrededor de Ramsey. El hombre, con la jeringa en la mano, le murmuró algo al guardia quien rápidamente liberó a Ramsey.

—¿Qu...? —Ramsey intentó hablar pero se derrumbó hacia adelante. Fue sujetado en el último momento quedándole el rostro a escasas pulgadas del duro suelo, los ojos anegados en lágrimas que brotaban sin control. Los temblores le agitaban todo el cuerpo mientras perdía el sentido rápidamente.

—Permítame presentarme —finos zapatos de gamuza negra, pensó Ramsey.

Alguien profirió una risilla produciendo un sonido extraño.

Babeándose, se dio cuenta de que esa risa extraña brotaba de su propia garganta.

—Soy Manuel Díaz, curador de este museo durante los últimos veintiséis años —la voz tenía un marcado acento español—. Me gustaría aprovechar la oportunidad para agradecerle la significativa cantidad de cartas que me ha enviado durante el último mes y medio. Es un escritor muy prolífico.

Ramsey tembló luchando contra la ola helada que amenazaba entumecerlo por completo. No debía desmayarse... había llegado tan lejos... estaba tan cerca...

—Lo estábamos esperando, señor Mitchell. La mantuvimos escondida hasta que pudiese ser usada —Díaz se arrodilló quedando junto a la cabeza de Ramsey—. Escondida... hasta ahora.

Sostenía reverentemente un cáliz de peltre como si su contenido fuera el elixir de la vida misma. Gentilmente, el curador giró a Ramsey de espaldas. El profesor se acurrucó en posición fetal con los ojos desprovistos de vivacidad y fijos en la Piedra del Sol, en los corazones atrapados entre las

garras del dios.

Marchando hacia su propio sacrificio... resbalándose en la sangre de sus hermanos.

El curador murmuraba algo mientras esperaba. Ramsey intentó captar el significado de lo que decía para entender por qué sus planes se habían arruinado de semejante manera.

—... nos dio instrucciones, creía en su llegada... Tlatoani ha esperado... mantener que usted buscaba... la seguridad de la urna... han llegado señales... su cuerpo es el recipiente... para encontrar a la Paloma.

Tlatoani. Ramsey intentó ubicar ese nombre. ¿Dónde...? Procuró alejar las garras heladas, y se retrotrajo a si mismo a un año de trabajo. Tlatoani. «El que habla». El Soberano, ¿qué significaba? Intentó comprender, hizo un esfuerzo por entender las palabras. No lo había creído realmente hasta ese momento, cuando la magnitud de su investigación le sacudía la conciencia con toda la fuerza de sus implicaciones. ¿Era verdad? ¿Todo?

Ramsey luchó por hablar, pero solo logró farfullar incoherencias.

—Evite hablar —demandó Díaz con voz sosegada y distante. De repente, Ramsey pensó que lo lograba comprender, y deseó con desesperación poder decirle a ese hombre que aceptaba voluntariamente el don. Era la razón por la que se hallaba allí. No era necesario que lo drogaran.

—... fin de la Quinta Era... Gorrión... búsqueda de la Paloma... profetizado... en América —Díaz continuó mientras alzaba el cáliz ceremoniosamente. Ambos guardias, que permanecían juntos agazapados en las sombras, miraron fijamente hacia el aire, encima de Ramsey. Díaz inclinó la cabeza, se detuvo como si escuchase la voz de un fantasma, después asintió.

Inclinó el cáliz y vertió un fluido negro y viscoso en la boca de Ramsey que pasó de la lengua a la garganta. Le produjo alivio y sintió un calor placentero en el pecho.

Y algo se metió en su cuerpo, mezclándose con su esencia, deslizándose como dentro de un guante.

Todo dolor pareció desaparecer, expelido por los poros de su piel. Ramsey percibió que sonreía, pero no era su mente la que le movía los músculos faciales. Ni la que le instó a mover las piernas, ni la que indujo a sus manos a

buscar el equilibrio para levantarse.

Ramsey quería decirle que era bienvenido, pero sabía que sus sentimientos eran sabidos y entendidos. Su voluntad fue rápidamente dominada y aplastada.

Igual que en Chiapa y Xiuhuac, el imperio de Tlatoani se estaba expandiendo cada vez más.

El cuerpo de Ramsey Mitchell se irguió en toda su altura, estirando los brazos a lo ancho, moviendo los dedos, respirando profundamente el aire frío.



Díaz, maravillado, se tocó la frente, y su gesto fue imitado rápidamente por los guardias. Se les había prometido la última bendición suprema, y cuando se levantaron, incluso el oficial herido se abrió la camisa dejando el pecho al descubierto.

Díaz había desactivado personalmente las alarmas horas atrás. Nadie los encontraría hasta el día siguiente. Sonrió al pensar en ello. El encargado de la limpieza llegaría a la habitación acarreando el balde y el cepillo, para ser recibido por tres cuerpos decapitados y ensangrentados, las cabezas y los corazones estarían en los triángulos de la Piedra del Sol. La recompensa de Díaz... un acelerado rito que conducía a los brazos de dios, para reinar junto a él, y perdurar en la gloria celestial para siempre en el camino del Sol.



Los últimos vestigios de la esencia de Ramsey persistían en un poderoso torbellino de extraña energía; aun así, se sentía satisfecho por el resultado. Su investigación estaba completa. El conocimiento, el secreto, el premio, todo suyo. Quería agradecerse al Tlatoani. Quería expresar su conformidad.

Hasta el último ápice de su conciencia estaba sometida, sojuzgada por el invasor, Ramsey sabía que el Tlatoani era agradecido.

Mientras caminaba hacia delante en la luminiscencia ámbar, con los puños cerrados preparado para el golpe, se detuvo para recordar.

Día de la Dedicación en la gran Pirámide. Enemigos y aliados tan lejos como sus mensajeros podían llegar, todos habían ido a rendir homenaje. El rey Sol confiriendo inconmensurable poder y prestigio. Esta ofrenda sería la mayor. Las dos hileras de prisioneros serpenteando hasta perderse de vista, los brazos fatigados, la piel y la vestimenta empapadas con la sangre del

sacrificio, y las escaleras refulgiendo con un rojo brillante.

El dios Sol concedió su bendición y lo bañó de gloria. La Quinta Creación era suya para preservarla, o terminarla, según considerase apropiado. El Imperio le pertenecía.

Y lo sería otra vez.

Sí, Ahuítzotl era el más agradecido por cierto.

## Capítulo 2

*Virginia, lunes, 9 de julio, 22:35 horas.*

Rebecca Evans estaba de pie en el porche con los codos apoyados en el borde de la baranda, la brisa del mar le silbaba en los oídos agitando su oscuro cabello. Lejos del resplandor de la ciudad, el cielo nocturno ofrecía una realmente admirable e inmaculada visión de la bóveda celestial. A menos de un kilómetro de su cabaña, el Atlántico lamía las arenas de la costa.

El viento solo estrangulaba el rugido de las olas, y la mortecina luz de la cocina apenas alcanzaba a iluminar débilmente el borde del agua. Pero Rebecca podía ver el oscuro contorno donde reinaba el océano. Pensó que hasta podía distinguir el reflejo de las estrellas en la superficie del agua.



Al pensar en estrellas se retrotrajo diecisiete años, cuando siendo una precoz niña de ocho años, le había preguntado a su padre cómo podía saber si Sparky, su dachshund, había ido al cielo. El perro había estado enfermo durante semanas; ciego y tembloroso, no tenía otro destino posible que una última visita al veterinario. Su padre la colocó sobre los hombros y la llevo fuera, hasta el centro del maizal. Las estrellas refulgían en toda su gloria celestial, y las cañas parecían desprenderse de la faz de la tierra para rozar las constelaciones.

—Allá arriba —le susurró suavemente como si le estuviese contando un tremendo secreto que nadie más podía escuchar—. Allá arriba —repitió.

—Mira las estrellas, Becki. Míralas con cuidado.

Así lo hizo y observó con detenimiento cada una de ellas, notando con sorpresa que cuando parpadeaba se formaban delgados haces de luz bajo sus párpados. Los mosquitos zumbaban a su alrededor y los apartó molesta.

—Allí —casi gritó su padre y señaló haciendo un ángulo con el brazo—.

¿Lo has visto? —Giró y estiro el cuello y sus tupidas cejas quedaron a pulgadas de su frente—. ¿Has visto cómo titilaba aquella estrella, Becki?

Rebecca dijo que creía haberla visto.

—Bien jovencita —su padre siempre la llamaba jovencita cuando bromeaba con ella; era su única hija, y como tal, había recibido el beneficio de una tremenda atención, mucha de ella concretada en relatos semiverdaderos y cuentos de hadas—. Eso fue un alma yendo al cielo.

Rebecca había fruncido el entrecejo, poco convencida.

—Sí —había continuado su padre—. Las estrellas son las ventanas del cielo.

—El paraíso es una gran mansión, Becki. Cuando uno se muere, el alma tiene que elegir la ventana por la cual quiere entrar. Las ventanas tienen cortinas sobre el cielo, y cuando un alma sube hasta ella, tiene que correr las cortinas. En ese momento, la luz del paraíso brilla aún más, solo por un instante, mientras el alma entra; después la cortina se cierra otra vez.

Becki había quedado muy impresionada, y dos noches después se escabulló de la cama y se dirigió al maizal. Se sentó en un pequeño claro durante lo que parecieron horas. Por la mañana, sus pies estaban embarrados y su madre, enojada.

Pero la pena se había ido. Había visto la cortina abrirle, y sabía que Sparky estaba feliz.



Dos años después, la noche siguiente al accidente que había costado la vida de sus padres, volvió al claro y esperó desde el crepúsculo hasta el amanecer por dos estrellas que centellearan al mismo tiempo.

Y quince años después estaba en la playa escudriñando otra vez las estrellas, preguntándose si Ronald Jacobs habría hecho ya su elección. El señor Jacobs había muerto la noche siguiente a que la Corte Suprema de Washington le había aplicado dos sentencias a cadena perpetua por los asesinatos de veintisiete personas durante seis años. Ese número incluía a los cinco policías que habían ido a su hogar con una orden judicial y habían volado en pedazos al estallar una bomba cuando abrieron la puerta del frente.

Rebecca había sido designada para cubrir la historia desde el momento en que se había descubierto el primer cuerpo, desenterrado de una pila de

chatarra en un depósito situado en las afuera de la ciudad. Aunque nunca tuvo pruebas fehacientes, estaba convencida de la inocencia de Jacob, aun cuando el señor Jacobs finalmente había confesado.

Lo había entrevistado cuando era uno de los tantos sospechosos.

Había sido un hombre de familia pero su esposa y su hija lo había abandonado dos años atrás. A pesar de sus protestas, la esposa lo había acusado de infidelidad, reprochándole tener fotos que lo demostraban, asegurándole que no valía la pena que lo negara. Rebecca profundizó su investigación y descubrió algunas inconsistencias evidentes. Jacobs había sido incapaz de identificar a la mujer de una fotografía, ni tenía la reputación entre sus amigos de alguna vez siquiera haber mirado a otra mujer, mucho menos de pensar en serle infiel a su esposa. Rebecca estaba segura de que las fotos habían sido trucadas.

Quizás solo quería conseguir la historia de historias: «Hombre imputado por 27 asesinatos». ¡Por Dios, algo así impulsaría su carrera! Pero, lo más importante para Rebecca, revelaría un propósito. Un hombre que asesina a veintisiete personas que no conoce, no tenía sentido alguno. Era uno más de los incontables ejemplos de un mundo sin significado.

En principio, su opinión, una vez que fue expresada, parecía racional. Siguió el caso hasta que éste se convirtió en una obsesión. Trabajó arduamente mientras el juicio se extendió durante meses.

Investigó tanto a los amigos como a los enemigos de Jacobs, hurgó en su legajo militar. No quedó piedra sin levantar. Se mantuvo en contacto con Jacobs tanto tiempo como el fiscal lo permitió. Pero tan pronto como surgieron nuevas pruebas, plantadas según las sospechas, cada vez más fuertes de Rebecca, y sus privilegios, y los de Jacob, disminuyeron. Después, envió cartas detallando el progreso de sus investigaciones y preguntó acerca de ciertas personas.

Jacobs había trabajado en tareas administrativas para la CIA desde 1981 hasta la Navidad de 1984. Renunció por propia voluntad para llevar a cabo un proyecto de seguros junto con excompañeros de Vietnam. Le había reconocido que había tenido acceso a documentos y grabaciones conteniendo información altamente clasificada, información muy sensible. Y que sus superiores habían sido reacios a dejarlo ir. Le aseguró que no se había llevado grabaciones ni copia de fotos.

Rebecca le creyó, pero se preguntó qué medidas podrían haber tomado sus

jefes en caso de no haberle creído. Le preguntó los nombres y renuientemente le dio tres. Jacobs le había provisto la información con actitud desesperanzada; a esas alturas, parecía haber aceptado su destino. No podía enfrentarse a la Agencia.

Pero Rebecca lo hizo. Dos de los tres nombres de la lista pertenecían a personas que habían fallecido.

Lo que solo sirvió para confirmar sus sospechas. El tercero, Karl Holton, estaba todavía en la CIA, pero había sido ascendido. Raramente se encontraba en el país, especialmente en los últimos meses. Sus esfuerzos denodados para localizar a ese hombre solo encontraron una fría respuesta. Karl Holton estaba asignado a una misión en el exterior y no se sabía cuándo regresaría. Ni tampoco le suministraron un teléfono para contactar con él.

¡Demonios! Rebecca sacudió la baranda de madera. ¡Si solamente el cobarde se hubiese quedado en Washington, Jacobs habría tenido una oportunidad para luchar!

Ella había estado en el recinto del tribunal la tarde que pronunciaron la sentencia. Antes de que se leyera el veredicto del jurado, Jacobs se había dado la vuelta con ojos interrogantes para buscarla en la quinta fila donde se hallaba sentada, acodada y temblando. Lo único que atinó a hacer fue negar con la cabeza y bajar los ojos.

Antes de que terminaran de leer la sentencia, Jacobs había saltado sobre la mesa con repentina energía, extrajo un pequeño cuchillo que brilló bajo las luces del recinto y empuñándolo con ambas manos, se lo clavó en la frente.

Más tarde el abogado defensor confesó haberle suministrado el arma; había llegado a simpatizar profundamente con su cliente. Convencido de la inocencia de Jacobs, pero incapaz de probar su caso, fue lo único que había podido hacer para evitarle las décadas de sufrimiento que le aguardaban.

El viento cesó y el cabello le cubrió los bronceados hombros desnudos. Rebecca se estremeció y cruzó los brazos bajo el pequeño busto.

Vestía tan solo un camisón sin mangas. En noches como ésa, dormía desnuda con las ventanas abiertas para que la fresca brisa del océano le acariciase la tersa piel. Disfrutaba de estar allí, del paisaje tan cercano A la perfección, el límpido cielo en lo alto, las interminables aguas debajo. Nada podía superarlos en belleza.

Aunque otra vez, tenía que maravillarse por la inconsistencia de la

naturaleza. Aquí estaba ella, rodeada de tal majestuosidad, de semejante tranquilidad. Pero a tan solo diez minutos de distancia podía estar en la ciudad, sumergida en el corazón del peligro y de la decadencia.

Observó las estrellas nuevamente y las palabras de su padre recalaron en su mente.

Cerró los ojos y escuchó el susurro de las cañas, la melodía de los grillos... ¡y el ruido del cristal de una ventana haciéndose trizas!

El corazón le latió con fuerza al darse la vuelta y mirar hacia la cocina. Un insidioso temor le sobrecogió el alma, y le corrió por la espalda. De repente, hubiese deseado vestir un jersey, un par de *jeans*, o haber llevado un revólver...

En el pasillo, detrás de un aparador apareció una sombra, se detuvo y después continuó.

Con una urgencia, incrementada por la exasperación de los meses pasados, se dio la vuelta, trepó la baranda para saltar a la arena, y corrió.

Sintió el impacto en la parte inferior de la espalda casi antes de escuchar el disparo.

El impacto la derrumbó sobre la terraza de madera y la hizo retorcerse en el aire.

Cayó sobre la fría arena mirando fijamente el cielo sereno.

Demasiado conmocionada para gritar, apenas pudo permanecer inmóvil mientras escuchaba el ruido sordo de pesados pasos en la madera hasta que pudo divisar la silueta del asesino.

Con un movimiento rápido y ágil saltó la baranda y se colocó junto al cuerpo que yacía inerte boca abajo. Ocultó el arma y un destello plateado apareció en las manos del atacante. La asió del cabello y le levantó la cabeza.

Con voz cortante consumida por la furia, el atacante dijo: —Hola, cariño. Supe que querías verme.

Ella luchó e intentó gritar, pero tenía las manos aplastadas por las rodillas del hombre. Quiso llamar a Sparky pero recordó que había pasado la ventana, y no tenía sentido llamar a mamá o a papá, habían saltado después del perro.

El cuchillo subió y bajó describiendo un suave arco.

Rebecca apartó el cuello, pero no lo suficiente. Cortada la piel, los

músculos y las arterias, la sangre brotó salpicando a su atacante.

Le arrojó la cabeza contra la arena y le soltó las muñecas.

El cuchillo en alto de nuevo, quedó suspendido en el aire.

Se sintió el ruido de una puerta de un automóvil al cerrarse.

—La historia muere contigo, querida —le susurró la sombra al oído.

Le entró arena en los ojos. El dolor mermaba, se hacía borroso.

Antes de perder la visión, notó con preocupación que las nubes estaban cubriendo el telón de fondo de las estrellas.

«Apúrate», le dijo a su cuerpo. «Muere. Me tengo que ir de aquí. Tengo que elegir mi estrella...».

Alguien en la casa la llamaba apremiantemente.

«Estoy aquí», pensó. «Buscando mi ventana en el cielo».

«No... las nubes... tengo que...».

«Tengo que...».

Lo hizo.

Comenzó como un punto luminoso que crecía mientras ella se elevaba. Una mirada hacia atrás le mostró su cuerpo boca abajo extendido en la arena. Una oscura figura corría a saltos en las sombras hacia una moto escondida detrás de los árboles. Se emocionó al darse cuenta de que también podía ver a través del techo de su casa. Scott Donaldson, quien compartía la oficina con ella algunas veces, estaba gritando frenéticamente al teléfono.

No te preocupes, intentó advertirle, pero su cuerpo y su hogar se redujeron a la nada mientras continuaba acercándose a la, siempre creciente, orbe de luz. Estiró los brazos mientras volaba, subiendo alegremente, dejando atrás los dolores, las penas, el cansancio, la tristeza y la frustración.

Allí había solo luz. Olas de amor y comprensión latían desde el resplandor deslumbrante. Aminoró la velocidad al aparecer la ventana frente a sus dedos. Quería saborear el momento final antes de encontrar la eternidad. Extraño, pensó. La ventana parecía no tener cortinas.

Oh, bueno. Papá pudo haber exagerado esa parte. Pero hombre, ¡su estrella brillaría cuando entrase!

Estiró la mano.

... y se detuvo alarmada.

Sintió dolor. Un dolor sordo regresaba gradualmente. No pudo precisar dónde exactamente, se preparó para atravesar la ventana.

Pero cuando lo intentó, el marco se encogió a la mitad de su tamaño. Y continuó reduciéndose.

Rebecca gritó y rogó mientras tiraban de ella con fuerza. Justo antes de que la luz se extinguiese y la oscuridad envolviera todo, creyó descubrir varias figuras en una esquina del círculo de luz.

Con lentos movimientos que denotaban paciencia, parecían estar... saludándola con la mano.



Y con una explosión de sensaciones, Rebecca gritó y se sentó, la sábana que le acababan de colocar sobre la cabeza se deslizó hasta su cintura. Tres enfermeras corrieron histéricas hasta su casa y el cuerpo completo de médicos la sometió a todo tipo de análisis durante los tres días y noches siguientes, un periodo durante el cual se debatió entre la vida y la muerte, en estado semicomatoso.



*Hospital General de Washington D. C., jueves, 22 de julio, 1:35 horas.*

Despertó con un alarido. Tenía algo introducido en la nariz que le hacía cosquillas en la parte de atrás de la garganta. Un dolor agudo le punzó en el cuello cuando intentó sentarse, y una quemazón le abrasó el costado del cuerpo.

Una sombra blanca surgió de repente frente a su vista nublada. Unas manos gentiles la obligaron a recostarse. Las difusas palabras eran pronunciadas meticulosamente en una jerga incomprensible, y poco después, se sumaron otras figuras brumosas que la rodearon bloqueándole la luz brillante.

Luz... segmentos de su sueño revoloteaban a su alrededor. Una hermosa luz cegadora... tan brillante; había querido alejarse, pero no pudo. Sorprendentemente, el resplandor deslumbrante no le había dañado los ojos. La había llamado, le había ofrecido consuelo y paz; pero por sobre todo, le había prometido respuestas. Finalmente las respuestas a interminables interrogantes, un final feliz para su existencia en un mundo en donde el

escritor parecía no haber encontrado jamás su pluma; y sin argumento a seguir, el mundo había girado por sí mismo.

Rebecca recordó cuán denodadamente había luchado en su sueño para entrar en la luz, para que le confiaran el secreto que el guión finalmente había develado. Había un propósito en todo, desde la existencia de los molestos mosquitos y de la hiedra venenosa hasta la muerte de sus padres.

Se había recuperado del fallecimiento de sus padres solamente después de que un sacerdote le había asegurado que «los designios de Dios eran misteriosos y maravillosos, y que algún día comprendería que las muertes, tan difíciles de sobrellevar en ese momento, habían sido para mejor». Con el transcurso de los años, Rebecca intentó desesperadamente creer las palabras del sacerdote. Si se hubiera quedado en Kentucky y vivido de la tierra, posiblemente se hubiese casado con un honesto granjero y formado una encantadora familia, llegando a resignarse con esa creencia. Pero había renunciado a la vida tranquila; se había negado a vivir aislada.

En vez de ello, se había mudado a Washington y sumergido en el centro mismo de la acción. Y si allí fuese donde se cumpliría el gran designio del mundo; donde los peones eran movidos estratégicamente por una mano invisible, solo podría verse reflejada en las acciones de reyes y reinas.

Había trabajado como escritora *freelance* para varios periódicos y revistas durante todo un año antes de que su talento fuera notado y reconocido por un editor del *Washington Post*. Como periodista, se abocó vigorosamente a cada tópico, hincó los dientes en cada noticia. En su tiempo libre, además de estudiar historia y las civilizaciones antiguas como especialización en la universidad, investigó la vida de muchos personajes una vez que ya no eran noticia.

Y para donde mirara, el Plan estaba ausente. Nada tenía sentido, nada encajaba. Nada era para mejor cuando el flagelo de enfermedades mortales castigaba a los receptores de sangre, cuando incontables vidas de niños eran cegadas por conductores ebrios, cuando el medio ambiente era devastado por derrames de petróleo; no había razón ni propósito.

Los mosquitos te absorbían la sangre hasta dejar ronchas que dolían durante días. Los defectos congénitos se manifestaban al azar. Los desastres naturales destruían tanto a los buenos como a los malos por igual.

La muerte y el dolor, socios en el caos, paseaban por el mundo sin guía de viaje, deteniéndose al albur en diferentes localidades.

Los inocentes sufrían y morían...

Ese punto la trajo de vuelta mientras luchaba contra las sombras blancas, la luz deslumbrante, las parsimoniosas figuras, el tubo en la nariz...

Sintió un pinchazo en el brazo pero no reaccionó. Repentinamente, recuperó la memoria en un caleidoscopio de imágenes, fragmentos de visiones que convergían en una forma sólida, un sueño del pasado que la recibía mientras se deslizaba hacia el olvido.



Cuando despertó nuevamente se hallaba sentada en la cama con la cabeza apoyada en varias almohadas. Lo primero que vio fue al hombre mayor vestido con un pijama floreado paseándose de un lado a otro a los pies de su cama.

Inmediatamente, sintió un latido en el cuello. Levantó la mano lentamente para tocarse el vendaje que tenía bajo el mentón. El movimiento le causó una molestia en la espalda. Hizo una mueca de dolor, pero se maravilló del poder de la medicina moderna. Preguntándose si le permitirían conservar la bala, el viejo atrajo su atención.

Pensó que había algo extraño en él. Al principio supuso que sería el ocupante de la otra cama de la habitación que estaba dividida por una cortina.

Pero después escuchó toser y salivar del otro lado. Y de repente, se encendió el televisor. El viejo no prestó atención al sonido. Continuó paseándose desde la cortina hasta la cama, se dio la vuelta y se dirigió hacia la ventana sin siquiera detenerse a observar la luz del sol, miró hacia abajo como si estuviese midiendo la distancia. Levantó la mano hacia el cerrojo superior de la ventana, después se alejó murmurando y moviendo la cabeza. Miró hacia fuera una vez más, se dio la vuelta y se dirigió a la cortina divisoria.

Rebecca parpadeó. Debía estar todavía recuperándose. Quizás estaba sufriendo el efecto de los calmantes, pero cuando el hombre levantó la mano nudosa, Rebecca pudo ver el marco de la ventana a través de la piel. Entornó los ojos para poder ver mejor, intentó enfocar más precisamente.

El hombre llegó hasta la cortina divisoria, se dio la vuelta rápidamente, se dirigió al cerrojo de la ventana solo para repetir su anterior movimiento de duda, miró a través de la ventana y repitió su recorrido. Esta vez, Rebecca quedó boquiabierta. Se sentó derecha, mirando fijamente al hombre mientras caminaba.

¡Por Dios! Podía ver la pared, el espejo, la silla. Cuando el hombre pasó junto al borde de su cama, miró hacia abajo y pudo ver... ¡que caminaba a tres pulgadas del suelo!

Fue entonces cuando gritó. Y gritó y gritó.

La televisión se oscureció y los botones fueron rápidamente pulsados.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, Rebecca cesó de gritar cuando el hombre de cabello canoso detuvo su caminata. Su rostro arrugado se contrajo frunciendo contrariado el entrecejo, como si estuviese molesto al ser interrumpido en su concentración. Después siguió paseándose. Hacia delante, hasta la ventana, giraba y volvía atrás.

Se escucharon apresurados pasos en el pasillo.

El viejo se detuvo a los pies de la cama. Levantó la cabeza lentamente.

Rebecca notó las sombras del marco de la ventana y de la silla. Como así también la ausencia de proyección de sombra del viejo. Incluso su marchito rostro no reflejaba sombras. Ningún brillo se manifestaba en sus ojos grises, ojos que la miraron fugaz y lentamente, y se agrandaron.

—¿Quién es usted? —logró susurrar.

Los ojos grises parpadearon, y quedó con la desdentada boca abierta.

Dos enfermeras irrumpieron en la habitación mientras el hombre flotaba hacia delante, deslizándose a través de la cama hasta que colocó sus nudosas manos a escasas pulgadas del rostro de Rebecca, acercando la huesuda frente a la de ella, sus traslúcidos ojos escudriñaron los suyos siguiendo su movimiento al acercarse.

Una enfermera le palmeó el brazo mientras la otra rodeó la cama haciéndole preguntas.

Rebecca desvió los ojos de la aparición, pateó bajo las sábanas, manoteó el aire clavando los brazos sin esfuerzo en el pijama floreado, azotó sin éxito la piel arrugada.

—¡Ayúdenme! —Gritó y cerró los ojos con fuerza—. ¡Aléjenlo de mí!

—Está alucinando —dijo tranquilamente una de las enfermeras—. Aplíquele rápido un tranquilizante. Buscaré al doctor Harris.

—¿Por qué...? —escuchó la voz del viejo, cargada de sensación de muerte, horadando en su mente, forzándole a abrir los ojos.

—¿Por qué...? —repitió con un áspero tono de resentimiento. Elevándose y flotando hacia atrás, las piernas aparecían desde dentro del colchón. Cuando llegó al techo, con la mitad de la frente encima del yeso, se detuvo.

—¿Por qué se le otorgó una segunda oportunidad?

Se le contrajo la garganta impidiéndole contestar en caso de haber tenido una respuesta que ofrecer. No se percató de la inyección que le administraron en el brazo, ni de la advertencia del dolor en la espalda cuando se esforzó para inclinarse hacia delante.

—¡Vi partir su alma! —le gritó el hombre, con las venas del carnosos cuello dilatadas—. Que fuese llevada, fue suficientemente malo. Pero ¡logró regresar! ¿Por qué es tan especial?

Meneó la cabeza.

—Yo... yo no soy... —en un esfuerzo susurró.

—Silencio —dijo la enfermera mientras retiraba la aguja—. Recuéstese ahora. Duerma.

—Estoy destinado a deambular en esta habitación para siempre y a usted... se la autoriza a regresar a la libertad.

Su furia era evidente e intensa.

—¿Quién... es usted? —preguntó con voz temblorosa.

—Soy Martha —contestó la enfermera suavemente—. Llámeme si necesita algo.

—Pregúntele a esas perras —recriminó el viejo. Después sonrió de repente, con una sonrisa desdentada.

—¿Qué es tan gracioso? —la droga estaba anestesiando sus sentidos, el cuerpo se le aletargaba nuevamente. La posibilidad de estar discutiendo con un ser intangible, transparente, le parecía totalmente natural.

—No me estoy riendo —contestó la enfermera sorprendida.

El viejo se abatió en retirada, desapareció tras la cama, después se deslizó a través de la pared sobre la cabeza de Rebecca, le acarició el rostro y el cuello con sus manos huesudas, los dedos desaparecieron en su carne.

—Quizás —dijo—, su condición sea mucho peor.

Parpadeó, sin poder mantener los ojos abiertos. Apoyó la cabeza en la

almohada. —¿Por qué cree eso?— preguntó con voz adormilada.

—Duerma —ordenó Martha—. No más charla. La revisaremos esta noche.

—Usted —susurró la criatura—, está maldita. Es capaz de ver y oír lo que para otros es invisible. Oh, sí. Sufrirá terriblemente. Los horrores que la aguardan... Y cuando los otros se den cuenta de que los puede ver, acudirán a usted por ser el único contacto que tienen con el mundo anterior —rió por lo bajo—. Dígale a mi hijo que lo lamento. Que venda mis acciones. Que cuide a mi perro que todavía está atado en el sótano. Que alimente a mi pez... Oh, cómo la agobiarán y acosarán.

—¿Quiénes? —le preguntó Rebecca mientras cerraba los ojos. La habitación le daba vueltas tan rápido que no pudo mantener nítidas las imágenes que giraban atravesando a la aparición.

—Los muertos, señorita. Los muertos.

Mientras perdía el sentido, Rebecca solo logró escuchar el final de lo que Martha le dijo al otro paciente —... uno el mes pasado, también. Sí, el pobre hombre solo se levantó y saltó por la ventana. Dejó una nota diciendo que los gastos médicos eran demasiado onerosos para su familia, que se había mantenido solo durante toda su vida y que no se convertiría en una carga para nadie. Sí, se debatió en esa idea durante algún tiempo. El otro paciente que estaba con él dijo que lo escuchó caminar de un lado a otro, una y otra vez...

La envolvió la oscuridad, y tuvo un sueño extraño sobre una bella joven atrapada e indefensa en un profundo pozo de oscuridad.

## Capítulo 3

*Washington D. C., centro de la ciudad, 12:45 horas.*

La puerta de madera tembló ante otro asalto del enfurecido padre de Jay. La cerradura se mantuvo firme y el marco de la cama colocado bajo el picaporte tembló suavemente con el impacto.

—¡Déjame entrar, pequeño renacuajo! —Se oyó otro golpe sordo contra la puerta—. ¡DÉJAME ENTRAR!

Jay Collins tembló abrazándose las rodillas, acurrucado en la esquina más alejada de la habitación. Una única y rajada bombilla de luz colgaba del techo atenuando fugazmente la opresión del cubículo. Las paredes marrones estaban llenas de agujeros y rajas; restos de pintura descascarada yacían en el suelo y otros amenazaban con desprenderse. El techo goteaba cuando se usaba la ducha del baño del piso superior o después de una tormenta, y en el invierno, las gotas formaban estalactitas que parecían salientes rocosas de una caverna. Un solo colchón y una mugrienta manta yacían arrumbados contra la pared en la esquina opuesta, escondiendo un agujero de un pie de largo en el piso a través del cual Jay podía observar qué sucedía en la habitación del piso inferior que los inquilinos usaban como cocina.

En la puerta contigua, el señor Harry Young levantó el tono de su cascada voz:

—Oigan, allá arriba, cállense, ¡hay que joderse!

El padre de Jay le contestó:

—¡Métase en sus cosas, o después del chaval, sigue usted!

Jay cerró los ojos y luchó contra las lágrimas ¿Cuántas veces se había repetido esta escena? Una y otra vez, semana tras semana. Otros niños, estaba seguro, lo pasaban mejor. A menudo se había preguntado qué habría pasado si hubiese sido un niño blanco, si hubiese nacido en un lindo hogar, en un lindo

hogar como los del campo, si hubiese tenido un perro y una piscina, y una mamá agregó amargamente, seguramente, todo habría sido diferente. Lo único que conocía en su vida era la miseria de las infraviviendas del gueto. Bajo la sombra de un padre furibundo y amargado se había sentido acobardado durante nueve años, sin esperanza, sin amigos...

—¡Déjame entrar, tú, pequeño gilipollas!

Excepto uno. Excepto Susie.

Con un nuevo golpe a la puerta, se descascaró otro trozo de la capa de pintura del techo que flotó en el aire siguiendo el sentido de las agujas del reloj hasta posarse suavemente en el suelo sucio. El señor Young arrojó un plato contra la pared.

Jay pronunció el nombre de Susie y por un instante, se le iluminó el corazón. Sí, Susie era su amiga. Susie era una niña blanca que había empezado a visitarlo unas semanas atrás. Era de la altura de Jay, tenía el cabello rubio y suave, hoyuelos que parecían demasiado grandes para su rostro delgado y enormes ojos azules que rebosaban de entusiasmo infantil, pero otras muchas veces, no lograban ocultar una profunda congoja y confusión.

—¡Maldito seas, niño! ¡Tendrás que salir en algún momento! —otro golpe.

La primera vez que vio a Susie, estaba en el medio de la habitación, sentada en el piso con las piernas cruzadas y la cabeza entre las manos, sollozando. Su padre se había quedado dormido frente al pequeño televisor blanco y negro, sujetando aún la botella de cerveza barata llena hasta la mitad. Jay había aprovechado el momento para escurrirse escaleras arriba y encerrarse antes de que su padre despertase de la borrachera buscando algo para romper, preferentemente, la cabeza de su hijo.

Y allí estaba ella. Tan pronto como encendió la luz, giró la cabeza. Vestía un remilgado uniforme de colegio, una falda blanca y una blusa rosada bajo un jersey escote en V. Parpadeó con ojos llenos de lágrimas y siguió sollozando. Preocupado porque el llanto despertase a su padre, la empezó a calmar y se detuvo al pensar que bien podría estar en realidad soñando. ¡Podía ver a través de la niña! La pintura descascarada detrás de su cabeza, la raja en el piso bajo de sus piernas.

Atónito, con la boca abierta, alcanzó a cerrar la puerta rápidamente y echó

el cerrojo. Con los ojos desorbitados y el corazón latiéndole con fuerza, se acercó a la niña. Permaneció de pie detrás de ella durante varios minutos observando su maravilloso cabello dorado, la delicadeza de su vestimenta, la inocencia pura de su apariencia. ¡Qué fuera de lugar parecía en ese mundo de dolor y peligro! Intentó enfocar la vista para captar mejor la forma, negándose a aceptar la transparencia de ese ser que por instantes parecía invisible.

La tocaría, podía ser que fuese tan solo un sueño, y así desaparecería cuando sus sentidos desestimaran su presencia, y regañaría a su mente por inventar tal ilusión. Extendió la mano, estiró los dedos para tocar el cabello sedoso... ¡y logró tocarla!

Le corrió un cálido cosquilleo por el brazo al sentir su contacto en los dedos, después lentamente atravesó la cabeza de la niña. Gritó y retiró la mano bruscamente.

La reacción de la niña no fue menos sorprendente. Lanzó un chillido, elevándose en el aire a tres pies del suelo. Se dio la vuelta y lo miró fijamente, masajeándose la cabeza con la mano.

—¿Tú... puedes verme? —quedó boquiabierta, incrédula—. ¿Tocarme?

Jay parpadeó y golpeó la cabeza contra la pared cuando le fallaron las piernas. Aturdido preguntó:

—¿Puedes volar?

La niña frunció el ceño y gimoteó nuevamente. La expresión de sorpresa se mezcló con una de profundo dolor. Esbozó una sonrisa, y por fin, rió.

—Sí, tonto —dijo elevándose aún más alto, girando, para después abatirse con la gracia de una gaviota en busca de un pez. Se colocó a su lado y flotó junto a él manteniendo los pies, cubiertos por calcetines, varias pulgadas sobre el suelo, justamente al lado de los temblorosos pies de Jay—. Puedo volar, puedo hablar, puedo cantar, puedo atravesar las paredes...

Con los ojos desorbitados, Jay comenzó a erguirse.

—¿Puedes hacerlo?

La niña asintió rápidamente, se dio la vuelta y caminó en el aire como si estuviese trepando una escalera. Tres cuartas partes de su cuerpo desaparecieron en la pared junto al colchón.

Jay parpadeó. Se había ido. Nunca había estado ahí, se dijo. Otro sueño, uno muy lindo por cierto...

—¿Y cuál es tu nombre? —preguntó la niña materializándose al salir de la pared que estaba detrás de él.

Se dio la vuelta, tropezó y se cayó de nuevo balbuceando:

—Jay... Jay C... Collins —dijo al desplomarse.

La niña sonrió, sus ojos azules irradiaban simpatía.

—Hola, Jay CaCollins.

—Encantada de conocerte. Soy Susie. Sus ojos se humedecieron otra vez.

—¿Quieres ser mi amigo? —imploró.

Jay estaba seguro de que iba a llorar.

—Por supuesto —dijo frotándose la nuca—. Pero... yo... —echó una mirada a la puerta, con temor a que su padre pudiese entrar—. No sé dónde vives. Mi padre no me dejaría ir de todas formas.

—Yo...

Susie colocó un dedo sobre sus labios instándolo a guardar silencio.

—No te preocupes —susurró con una pícaro sonrisa—. Vendré a visitarte.

—Tu padre no puede verme —frunció el entrecejo y bajó los ojos—. Nadie más puede verme...

—¿Por qué no? —Jay se le acercó—. ¿Qué sucede contigo?

Se encogió de hombros y un suave suspiro escapó de sus labios.

—¿Qué sucede? —preguntó Jay.

Susie movió la cabeza.

—Debo irme ahora —lo miró a los ojos y Jay descubrió una profunda e incontrolable pena en el fondo de esos inmensos ojos azules.

—¿Adónde? —preguntó—. ¿Tienes que ir a tu casa? ¿Se enojará tu papá porque saliste? —Jay se preguntó si a pesar de su blanca piel y costosa vestimenta, la vida en su casa sería tan mala como la suya.

—No, yo... no puedo ir a casa. Yo...

Jay frunció el ceño y se le acercó tocándole la mano. No supo por qué lo hizo. Sólo sintió que tenía que hacerlo; sostener su mano, ofrecerle el consuelo que podía darle.

Susie alzó su pequeña y borrosa mano para estrechar la de él. Las yemas de los dedos se rozaron, encontró una leve resistencia, después la atravesó, lentamente se fundieron, la pequeña mano negra se veía en el interior de la pálida piel. Una cálida sensación recorrió la mano de Jay como un flujo de energía conducida a través de sus huesos; le tembló el codo cuando el calor le recorrió el brazo hasta llegar al hombro. Cerró los ojos y exhaló profundamente. Sintió el temblor de Susie, y supo que ella experimentaba la misma sensación.

Pero ella se apartó bruscamente y el contacto se rompió. La niña se miró fijamente la mano, después lo miró a él.

—¿Cómo? —arqueó las cejas con una expresión de triste confusión—. ¡No puedo tocar a nadie más! ¿Por qué a ti sí?

Ella estaba a punto de llorar y elevó el tono de voz. Jay se encogió, pensó que el señor Young seguramente vociferaría o arrojaría algún artefacto de cocina contra la pared.

—He intentado tocar a otra gente, hablar con ellos. Los obreros ¡nunca me contestaron! —se cubrió el rostro con las manos—. Les rogué que me llevaran a casa. ¡Estaba perdida! ¿Por qué no pudieron ayudarme? Estaba arrepentida de haber ido a donde no debía. Pero me pareció que sería divertido, todas esas vigas y pilas de escombros, esas enormes maquinarias. Quería jugar... —dejó caer las manos, brillantes por las lágrimas. Y con ojos húmedos se miró los pies temblorosos bajo los calcetines blancos—. Perdí los zapatos. Se me cayeron cuando estaba trepando. Más tarde, uno de los sudorosos obreros los encontró. Le grité, le dije que eran míos; ¡míos! ¿Por qué no siguieron buscando?

Jay sintió una feroz punzada en la espalda; los escalofríos le sacudieron todo el cuerpo y sintió piel de gallina en la nuca. De repente, creyó entender.

—¿Por qué? —le imploró—. ¿Por qué no pudieron escucharme? Lo seguí, lo llamé a los gritos, le pateé la espinilla y mi pie solo lo atravesó. Grité y señalé, y cuando todo fue en vano, fui a hablar con su jefe, pero él tampoco pudo ayudarme.

Jay tragó con dificultad, se cogió por los codos y emitió un sonido lastimero.

Susie se enjugó las lágrimas, respiró profundamente y suspiró.

—La enorme máquina llenó el agujero con escombros, y supe que nunca

recuperaría mis zapatos —se elevó lentamente hacia el techo que había comenzado a gotear.

—Están usando la ducha arriba —musitó Jay.

—Tengo que irme —suspiró la niña mientras su dorado cabello desaparecía.

Jay logró vencer su parálisis y se estiró.

Pero solo podían verse sus piernas, de la rodilla hacia abajo.

—Sólo quería jugar —escuchó su voz lastimera sobre él—. Sólo jugar...

La puerta gimió azotada por una andanada de golpes de puño y embestidas de hombros.

—Sal de ahí y recibirás lo que mereces, ¡tú, mierda!

Pero Jay estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos como para oír a su padre. Después del primer encuentro, Susie había desaparecido durante seis días. En una solitaria noche de sábado, —su padre había salido y Jay estaba dibujando en hojas de periódicos con lapiceros rotos—, ella volvió, saltando felizmente a través de la pared.

—Hola, Jay CaCollins —exclamó, feliz de verlo.

Jay estaba tan contento que no se detuvo para corregir la pronunciación de su apellido. Casi había logrado convencerse de que ella era una increíble alucinación, y se abocó a dibujarla, o al menos, a intentarlo. Sólo tenía crayones verdes y amarillos y uno llamado «malva». Jamás había visto en la vida real algo color malva, y no comprendía por qué se preocupaban en incluir ese color en particular, pero ¿quién era él para decir que no existía el color malva más allá del gueto? Cualquiera de las imágenes que aparecían en el televisor blanco y negro podía ser de color malva. No lo sabía.

Susie, con repentina curiosidad, miró los bocetos antes de que pudiese esconderlos. Estaba emocionada y se acercó para coger uno.

Para asombro de Jay, el papel flotó y se elevó cuando ella lo asió. Lo levantó a dos pies de altura antes de atravesarle los dedos y descender al piso.

—¡Guau! —exclamó—. ¿Cómo has hecho eso? Pensé que no podías tocar nada.

Susie sonrió.

—He estado practicando. Tengo que concentrarme muuuucho. Pero puedo mover cosas, cosas pequeñas, durante un segundo o dos —sonrió burlonamente.

—Y, mira esto...

Jay observó. Ella cerró los ojos, sobrevolando el piso. Tensó los músculos del rostro y Jay pestañeó cuando una suave brisa le golpeó los párpados; agitándole el cabello y ondulándole la camisa suelta.

—No me preguntes cómo lo hice —dijo Susie encogiéndose de hombros—. Sólo sucede. Un viento suave sopla cuando me concentro lo suficiente. No es muy útil, pero...

—Oye —dijo Jay— sería fabuloso para ayudar a un niño a remontar una cometa.

Después de ese comentario ambos estallaron en incontrolables risas que duraron tanto que Jay olvidó la pregunta que lo había acosado durante toda la semana. Y cuando ella se fue prometiendo que volvería pronto, se dio cuenta de que no había aprovechado la oportunidad para preguntarle si su sospecha era verdad... que ella era en realidad, un fantasma.

Lo visitó en tres ocasiones más. Y aquéllos fueron días de felicidad para Jay. Cuando ella se iba, él regresaba sonriendo a la pocilga miserable donde vivía. Su padre siempre le decía que borrarse esa sonrisa de mierda del rostro si no se la borraría él con gusto. Jay siempre se daba la vuelta simulando dolor, pero en su interior, rebosaba de alegría. Tenía una amiga, alguien con quien conversar, alguien con quien compartir risas y problemas.

Se descubrió contándole todo: lo peor de todo, los detalles más vergonzosos de su vida, cosas que ella encontró difíciles de creer, cosas que jamás le habían sucedido durante su plácida y protegida vida. Le contó sobre las palizas, de las veces en que hombres adinerados venían a su casa y su padre lo encerraba con llave en el baño amenazándolo para que no dijese una palabra, del día en que se había escabullido y había llegado hasta el campo de juegos del colegio y se había escondido detrás de un automóvil, observándolo demasiado asustado como para dejar que notaran su presencia, y finalmente había deambulado por la ciudad hasta que el oxidado camión de su padre casi lo atropello, las magulladuras negras y azules y la nariz sangrante le había durado días. Le había dicho que jamás había conocido a su madre y que si se hubiese atrevido a preguntarle a su padre por ella, recibiría tantos garrotazos lo suficientemente duros como para dejarlo inmóvil durante semanas.

En la última visita de Susie, había sabido que ella era un fantasma, pero no parecía complacida al admitirlo. Sólo cuando Jay comparó su condición con Casper, el fantasma amistoso, ella sonrió y asintió con un movimiento de cabeza, y gran parte de la frustración en su expresión pareció borrarse.

Sin embargo, durante todos sus encuentros, no volvieron a tocarse. Ese asunto molestaba a Jay e intentó lograr que su amiga hablara de ello. Susie recelaba del contacto, especialmente porque era algo que no entendía; pero le había reconocido que mientras había durado el contacto con él, se había producido algo en ella. Y si la conexión hubiese seguido...

—¿Qué? —había preguntado—. ¿Qué habría sucedido?

Él quería sentirla otra vez, quería ofrecerle esa felicidad que estaba seguro ella había experimentado cuando sus dedos se habían posado en su cabello.

Susie negó con la cabeza.

—No sé..., sentí como... —se masajeó la sien como si le doliese la cabeza— sentí que algo me obligaría a abandonarte para siempre si no me apartaba. Vi toda clase de cosas extrañas. Cosas felices. Cosas realmente felices. Y las deseé. Supe que sería libre con solo aferrarme a ti...

Jay no podía entender lo que ella decía. No comprendió.

Susie lo miró a los ojos, y se tocaron mentalmente.

—Pero no lo hice... No quiero dejarte todavía. Quiero ayudarte, como tú me has ayudado a mí.

Jay frunció el ceño.

—¿Pero cómo puedes ayudarme? —preguntó, repentinamente amargo y cínico—. ¿Vas a lanzarle aviones de papel a mi papá para que sea bueno conmigo? —se arrepintió inmediatamente de haber pronunciado esas palabras al ver el dolor en sus ojos.

Ella sollozó y sacudió la cabeza mientras volaba hasta la pared más distante. Se detuvo por un momento antes de desaparecer. Con voz quebrada dijo:

—No sé cómo, pero te ayudaré. Encontraré a alguien que te ayude. Encontraré apoyo. Lo quieras o no —lo paralizó con la mirada—. Y lo sepas o no, tú eres especial. Mi amigo especial, mi único amigo especial.

Jay quedó atónito y miró hacia arriba.

—¡Abre la maldita puerta!

—¡Dios mío! —exclamó Susie con las manos etéreas en las mejillas—. Hoy está de mal humor ¿no es cierto?

—¡Susie! —Jay saltó e intentó alcanzarla.

Ella flotó hacia atrás.

—No...

Jay bajó la vista hacia sus deterioradas zapatillas.

—Lo siento. Sólo quería...

Se le acercó, con los azules ojos sonrientes.

—Lo sé. Confía en mí, Jay CaCollins. No te dejaré hasta que sepa que estarás bien. No puedo dirigirme hacia la felicidad y la libertad mientras tú sufras aquí.

Una lágrima brotó de los ojos de Jay. Se cubrió el rostro, avergonzado. Nunca había llorado delante de nadie excepto de su papá. Se sintió estúpido al demostrar sus sentimientos frente a ella.

Sintió un hormigueo en la mano y calor en el cuerpo. Con un dedo tiró de su mano.

—No tengas miedo —susurró—. He encontrado a alguien que puede ayudarnos.

Jay parpadeó, sus lágrimas desaparecieron.

—¿Sí?

—¡¿Con quién demonios estás hablando allí, niño?! —la puerta se sacudió nuevamente—. ¡Sal de ahí, maldito bastardo!

Susie asintió rápidamente.

—Ella puede vernos igual que tú, pero no puede tocarnos. Sólo tú eres especial como para hacerlo.

El entusiasmo en el rostro de Jay se opacó. Con ojos abatidos miró hacia el piso.

—Será mejor que te prepares para quedarte ahí para siempre, enano. Porque si sales...

—¿Pero cómo me puede ayudar? ¿Cómo me encontrará? ¿Cómo

saldremos de aquí?

—¡No puedes salir! —gritó su padre.

Algo se hizo trizas contra la pared en el apartamento del señor Young.

—¡Estoy llamando a la policía, majadero!

La expresión de Susie se animó y le rozó los dedos en la mejilla.

—No te preocupes. No tengo todas las respuestas aún, pero las encontraré —sonrió elevándose hacia el techo—. Tú eres especial. Mi mamá —se detuvo, luchó para contener el llanto, después continuó lentamente—... dijo que la gente que era especial, la que tiene el don, algo para ofrecer al mundo, lo logrará, sobrevivirá a las desventuras porque es especial y que fue hecha así para usar sus dones.

—Maldito casero, deja el teléfono ¡pedazo de mierda! —su padre gritó y arrojó una silla contra la pared del señor Young—. No llamarás a nadie.

Jay estaba casi convencido, pero la hostilidad de su padre arrasaba todo optimismo.

—No —respondió pesimista—. No soy especial. Creo que voy a morir aquí. Puede ser que —agregó optimista— mi espíritu se quede aquí y atravesemos las paredes y vlemos juntos.

Susie negó desafiantemente con la cabeza.

—Conseguiré ayuda. Sobrevivirás. Usarás tu don —su forma etérea descendió mientras hablaba. Los pies, poco después las pantorrillas desaparecieron en el suelo—. Pero primero —afirmó sonriendo—, creo que voy a romper algunas de las botellas de cerveza de tu padre. Puede que se asuste lo suficiente y te deje solo esta noche.

—¡Espera...!

—¡Los de arriba! —chilló el señor Young.

Susie le guiñó un ojo.

—Te veré pronto, amigo.

Suspirando, Jay se derrumbó sobre el piso y se cubrió la cabeza. Soñó con volar y hacer acrobacias en el aire siguiendo suaves corrientes de viento; con planear entre edificios y caer en picado desde lo alto. Se preguntaba si podrían siquiera encontrar a la mujer que había mencionado Susie. Se

preguntaba si sería buena y lo llevaría a algún lugar donde hubiese una cama blanda y una televisión que brillase con deslumbrantes tonos de malva. Se preguntaba..., y como si sus fantasías del mundo exterior hubiesen tomado el control, creyó escuchar los gritos de pánico y pavor de su padre sobre el ruido del cristal rompiéndose.

## Capítulo 4

*Virginia, 13 de julio, viernes por la mañana.*

—¿Qué sucede? —preguntó Scott Donaldson y presionó el pedal del freno. Se desplazaban por la carretera 15 en su automóvil Mazda Rx-7 azul brillante, y justo habían sobrepasado una salida. ¿Sería a causa de una recaída o de alguna herida abierta nuevamente durante el trayecto? ¡Maldición! ¿Por qué seguía con eso? Se suponía que ella no debería haber salido del hospital hasta por lo menos al cabo de otra semana más. Pero temprano esa mañana, había estado lo suficientemente bien como para dejar el hospital y terminar su recuperación en su hogar.

Donaldson había ido a visitarla al amanecer, camino a la oficina, y con la testarudez que la caracterizaba, Becki lo había convencido de mover los hilos para que el personal del hospital la dejara ir. Le designaron una enfermera permanente en la cabaña. Y por supuesto, Scott debía encargarse de la seguridad consistente en varios guardaespaldas y la vigilancia de la propiedad. Si el atacante se había dado cuenta de que no había terminado con éxito el trabajo, seguramente lo intentaría otra vez.

Scott había discutido vehementemente negándose a volver a la escena del crimen. Había ofrecido su propio apartamento o, en su defecto, había sugerido una habitación en el hotel Hilton hasta que todo se calmara y cogieran al hombre. Pero Becki había sido inflexible. A pesar de todas las discusiones, nada haría que recuperara el sentido común. Estaba afectada por algo más que las heridas o el temor a que el atacante regresase.

Cuando le había hablado en la habitación del hospital, había estado sumamente distraída, observando constantemente por encima del hombro, y cada tanto, hacia la ventana.

Al final, se había dado por vencido. Y tan pronto como les fue entregada la documentación para ser firmada, Becki estaba vestida y dispuesta. Al dejar la habitación en la silla de ruedas, se había dado la vuelta y había echado una

última mirada hacia atrás. Donaldson creyó haberle escuchado susurrar:

—Lo siento.

La observó cuando estaban ya en el coche. Vestía una liviana camiseta azul marino con las mangas arremangadas hasta el codo. Los *jeans* lavados le ceñían las esbeltas piernas. Llevaba el cabello recogido en una coleta y algunos mechones le caían sobre la frente. Su apariencia podría haber sido bastante *sexy* si no fuese por la mirada de neurosis de guerra que reflejaban sus ojos brillantes y por la gasa blanca alrededor del cuello, Dios, parecía haber envejecido varios años, pensó. Qué trauma debió haber sufrido...

Ella parpadeó.

—Lo lamento.

—¿Qué?

Donaldson giró los ojos y parpadeó.

—Te he preguntado si algo estaba mal. Bueno... quiero decir, algo serio. ¿Necesitas volver?

—¡No, por Dios! —exclamó Rebecca—. Estoy bien. De verdad —le tocó el hombro repentinamente—. Gracias. Gracias por sacarme de allí —miró la mano de la mujer, y después a los ojos. Suspirando, apartó la vista.

El punto salió a relucir una vez más. ¿Por qué, por qué lo seguía intentando?

Jamás podría haber algo entre ellos. Becki lo había dejado bien claro sin decir una palabra. Podía verlo en su mirada distante. Maldición ¿que estaba esperando? No tenía a nadie más y aun así no reparaba en él. Oh, pasaban mucho tiempo trabajando juntos, perfectos compañeros de trabajo, por una simple cuestión laboral. Una salida al cine o a cenar, un poco de romance, y nada. Un fracaso total. Jamás un brillo en sus ojos oscuros, ojos gélidos.

Su corazón era impenetrable.

Afronta los hechos, Scotty. Ella está fuera de tu alcance. Pero, Dios, qué tortura era trabajar a su lado día tras día, el manjar frente a sus ojos, pero siempre tras un grueso escudo de cristal. Tenía que hablar con Tony sobre la posibilidad de una nueva compañera.

—Bueno, pareces preocupada, Becki —adopta una actitud profesional. Relájate. Mira el camino—. No te preocupes. Tony y todos en la oficina están

preocupados por ti. Hemos contactado con el jefe de policía. Ha enviado a dos hombres que nos están aguardando en la cabaña. Y una camioneta inspeccionará el lugar cada media hora. Estarás segura. Y Tony dijo que te tomaras el tiempo que sea necesario para volver. Si quieres esperar hasta estar bien, perfecto. Si crees que el trabajo te distraería de las preocupaciones, vale.

Rebecca no dijo nada. Miró fijamente hacia delante y frunció el ceño.

—¿Becki? —Donaldson colocó el automóvil a 120 kilómetros por hora como velocidad crucero—. ¿Estás segura de que estás bien?

Sin moverse, sin pestañear, Rebecca dijo:

—He estado intentando recordar el sueño que tuve la última noche, después de que me sedaran.

—Sí, supe sobre el asunto de los sedantes. Dijeron que sufriste alucinaciones.

Entrecerró los ojos.

—No fue así —tragó con dificultad. No había tenido alucinaciones, estaba segura de ello, pero ¿qué sentido tendría intentar convencer a Scott?, jamás lo creería. Había visto suficientes cintas de terror como para saber que nadie creía a la heroína cuando gritaba «¡Monstruo!».

Sólo cuando era demasiado tarde, cuando estaban siendo descuartizados, miembro por miembro, los incrédulos deseaban haberla escuchado antes.

¿De que serviría intentar hacerle creer en algo que solo ella podía ver?

*Está maldita...*

Y cayó en la cuenta de una espantosa posibilidad que se iba perfilando lentamente. ¿Y si el espectro estaba diciendo la verdad? Entonces esas cosas, esos espíritus descarnados podrían estar en todas partes.

¿Cuántas veces en el pasado había caminado junto a ellos o había entrado a una habitación pensando que estaba vacía y, en realidad, la estaban observando? ¿Esclarecería eso la sensación inexplicable de sentirse observada cuando no hay nadie? ¿Y sus amigos muertos? ¿Estarían deambulando por ahí?

¿Y mamá y papá?

Tembló, y sintió que iba a desvanecerse.

¿Estarían todavía en el viejo camino de Kentucky?

Bajó la ventanilla del automóvil y aspiró el aire fresco. Eran demasiadas preguntas. Y estaba muy cansada para estudiarlas. El efecto de las drogas aún persistía atenuando los focos de dolor. Tenía la sensación de estar soñando despierta.

—Soñando despierta —musitó.

—¿Qué?

—Así me sentí la otra noche —lo miró a los ojos y él le sostuvo la mirada.

Sobrepasaron un automóvil por la derecha, demasiado cerca, y para esquivarlo debió hacer una maniobra peligrosa.

—Lo siento —murmuró y fijó la atención de nuevo en la carretera—. ¿Qué soñaste?

Levantó las cejas y se sumió en sus pensamientos, su visión se tornó borrosa y solo captó imágenes fuera de foco a través de la ventanilla, los árboles se convirtieron en pinceladas verdes.

—Una niña. Una hermosa niña, de quizás diez u once años. Con un colorido uniforme de colegio o ataviada como para ir a la iglesia, pero —se concentró—... sin zapatos.

Donaldson permaneció en silencio. Cuando Rebecca tenía ese tono melancólico de voz sabía que no debía interrumpirla. Estaba hablando sobre algo que la había marcado profundamente.

—Flotaba sobre mi cabeza hablando rápidamente, murmurando lo mismo una y otra vez. Algo... un nombre. Un nombre, un nombre de niño —se frotó los ojos y miró a Donaldson pidiéndole ayuda—. Parecía tan desesperada. Agitada. Y... como si sufriera. Aparecía y desaparecía, como si fuese una proyección, una imagen borrosa emitida por un proyector con poca batería.

Rebecca golpeó el tapizado de la guantera.

—¡Si tan solo pudiese recordar! El sueño estaba tan fresco en mi memoria cuando desperté, eso suele suceder con los sueños, pero éste comenzó a desvanecerse. Algo... algo referente a rescatar a un niño.

Sus ojos se iluminaron y contuvo la respiración.

—¡Jay! ¡Su nombre era Jay!

Donaldson se encogió de hombros.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Conoces a alguien llamado Jay? ¿Un hermano, alguien que conociste en el pasado? Sabes, la gente a menudo tiene premoniciones sobre parientes. Mi madre, por ejemplo, una vez soñó que veía a su primo caminando resueltamente hacia el cementerio; cuando lo llamó, no le contestó —sonrió—. Bueno, tres días después, recibieron una llamada telefónica de larga distancia. Su primo había muerto la noche anterior, y...

—¡Cuidado! —gritó Rebecca y se cubrió los ojos con las manos— ¡no los atropelles!

Donaldson, con el corazón latiéndole tan fuerte que parecía que iba salirse por la garganta, apretó los frenos del Mazda y viró con tanta brusquedad que salió de la carretera. Las cubiertas giraron en la cuneta y el automóvil coleó violentamente, deteniéndose en el carril de la dirección contraria.

—¡Qué! —gritó examinando las marcas que habían dejado las cubiertas sobre el pavimento—. ¿Dónde? —trató de asir a Becki por el hombro.

Ella miró por entre los dedos de las manos.

—Oh, Dios mío —con los ojos desorbitados y la boca abierta, señaló el parabrisas—. ¡Oh, Dios mío, oh Dios mío!

*Estás maldita.*

—¡Qué, qué! ¡Qué! —Donaldson estaba al borde de la histeria—. ¡No hay nada ahí! —¡Oh!, Jesús, sigue con las alucinaciones. ¿Qué clase de drogas le habían dado? ¿Dónde estaba la siguiente salida?

—Una familia entera... —Rebecca estaba mortalmente pálida—. Dos hijas, cubiertas de sangre. La madre... con el cuello quebrado... el padre con el rostro destrozado... Oh, Dios, él puede vernos. Me está señalando. Sabe que puedo verlo. ¡Viene hacia aquí! —su rostro estaba desfigurado y se aferró de la mano de Scott.

—¡Arranca, maldita sea! ¡Gira esta cosa y arranca!

Se acercó y cogió la palanca de cambios. La palanca se deslizó bajo su mano. Donaldson le cogió las manos y se las inmovilizó intentado calmarla.

—Cálmate, Becki. No hay nadie ahí. Ninguna familia, no hay sangre. Estás todavía bajo los efectos de la conmoción. Tenemos que...

—¡Cállate y arranca! —se soltó y rápidamente colocó el cambio para avanzar.

La aparición del padre caminó arrastrando los pies hacia la parte delantera del automóvil; levantó los brazos, y las mangas hechas jirones se desprendieron, dejando al descubierto profundas laceraciones cubiertas de sangre. Tenía el cráneo partido y la frente hundida; algo viscoso le supuraba de los oídos y de los ojos.

*Vendrán a ti para pedirte ayuda.*

El Mazda giró sobre las ruedas, y se abalanzó describiendo un cerrado semicírculo.

Rebecca gritó de nuevo cuando el parachoques delantero embistió y atravesó al fantasma del padre. El brazo cubierto de sangre se balanceó e intentó aferrarse. Con la mandíbula destrozada, abierta y colgando, la boca espectral emitió un lastimero grito de ayuda.

Farfulló:

*—¡Ayúdenos! Por favor...*

La mano se deslizó por el limpiaparabrisas, retorciendo los dedos magullados mientras intentaba alcanzar su rostro.

Rebecca cerró los ojos y gritó desafortadamente, gritó hasta que kilómetros más tarde, su voz se quebró anegada en lágrimas y estalló en histéricos y roncocallozos.



Despertó con el sonido del océano y el olor a comida china.

Las cortinas de las ventanas se ondeaban suavemente, atrapando los últimos rayos de sol y danzando la última canción del día. Estaba todavía vestida; no obstante, tiritaba. Por el resquicio de la puerta de su alcoba pudo escuchar el murmullo monótono del televisor de la planta baja. Sus guardaespaldas, Johnson y Myers, habían alquilado varias películas para pasar el tiempo.

Habían estado revisando el exterior de la casa cuando llegaron.

Rebecca había estado demasiado confundida como para esforzarse en presentaciones. A pesar de las protestas de Scott, corrió escaleras arriba, se encerró en el baño del dormitorio, abrió la ducha y se metió bajo el agua aún

vestida. Dejó caer el agua caliente con fuerza sobre el rostro limpiándole las lágrimas que se perdieron en las cañerías de drenaje. Scott entró cuando el agua se había comenzado a enfriar. Suavemente la condujo aún aturdida y temblando hacia el dormitorio, le colocó ropa seca encima y le dijo que la enfermera subiría en un minuto.

No supo cuánto tiempo pasó así, chorreando agua sobre la alfombra afelpada, castañeando los dientes y con la mente en blanco hasta que la fornida mujer apareció y la desvistió. Le ayudó a vestirse con ropas secas sin destaparse y todo el tiempo pudo escuchar el ladrido feliz de un perro.

Lo que más recordó después fue ese detalle. En alguna parte de la playa un perro estaba ladrando juguetonamente. Ninguno de los vecinos tenía un perro. ¿Sería un perro callejero?

No pudo evitar una sonora risa. Allí estaba ella, volviendo de los umbrales de la muerte, inmersa en una pesadilla plagada de demonios reales y fantasmagóricos, y se preocupaba por un perro perdido.

Abajo, tanto Johnson como Myers reían con ganas y pudo distinguir la voz de Bill Murray.

Rebecca no pudo evitar reírse cuando, sorprendida, se dio cuenta de la película que habían alquilado.

—¿Cómo puedes decir que no hay un plan que va enhebrando tu vida, Becki? Si esto no te prueba la existencia del destino, estás ciega y no tienes esperanza.

Atontada, se incorporó y dejó las piernas colgando al borde de la cama. Murmuró:

—¿A quién ibas a llamar, Becki? —haciendo un guiño, sonrió y se tocó el vendaje del cuello recién cambiado.

—A quién ibas a llamar... —hizo una pausa y notó un fugaz movimiento fuera, cerca de la costa.

Con las últimas luces del día, el agua brillaba, deslumbrante en su belleza.

Pero algo se agitó rápidamente a lo largo del agua, como si corriese en respuesta a una llamada distante.

Y arrastrado por las ráfagas del viento salado, el alegre híbrido de un perro llegó hasta sus oídos.

Rebecca suspiró. Oh, estar ahí fuera, corriendo detrás de un perro, el aire estimulante llenándole los pulmones, los pies en la arena, la blanca espuma de las olas salpicándole las piernas...

Pasaría un tiempo hasta que pudiese salir a trotar, a correr descalza bajo las estrellas, con la luz del porche como única guía para regresar. Sin embargo, cómo lograban aclararle la mente esos paseos nocturnos. Siempre le habían brindado una increíble paz interior.

Una intensa nostalgia le brotó del corazón. Miró de nuevo la puerta. ¿Qué daño podría hacerle? Obviamente, no iba a correr, pero podía caminar por la costa, sentarse en un médano y contar las estrellas, enterrar los pies en la arena y arrojar palos al viento. Nadie podría verla. Además, a pesar de la protección reforzada que le habían asignado, tenía la sensación intranquilizante de sentirse más segura sola al aire libre. Un hombre de tantos recursos como Karl Holton no sería disuadido por dos hombres armados que estaban mirando películas y comiendo viandas de comida china.

Tomó la decisión, se puso un par de *jeans*, se quitó los calcetines y se colocó un abrigado jersey negro sobre la camiseta azul. Cuando las primeras estrellas aparecieron tímidamente, Rebecca trepó por la ventana del baño y se subió al lecho del garaje. De allí solo había un pequeño salto al techo de uno de los tres coches desconocidos que se encontraban en el sendero. Salvo por una efímera punzada de dolor en la herida de bala, se sorprendió por lo saludable que se sentía. Pero la facilidad de su huida la obligó a detenerse; un pequeño ejército podría treparse de la misma manera mientras durmiese y hacer un *picnic* alrededor de su cama.

«No pienses en ello», se regañó. Quería mantener su mente libre tan solo unos momentos, hasta que pudiese absorber la belleza de la playa y la majestuosidad de los destellos de luz para que la ayudasen a disipar todo el horror y la futilidad que la amenazaba con tantos peligros, sin importar el derrotero de los pensamientos y recuerdos del campo de batalla en el que se había convertido su memoria llena de cicatrices.

La arena estaba fría y le resultaba agradable su contacto contra los pies. Se alejó de la cabaña, el brillo del televisor no podía compararse con la atracción de las olas. Con cada paso que daba se sentía más liviana y poco después, le pareció que estaba inmóvil y era el viento el que la llevaba sobre los pequeños médanos. Esa sensación le hizo recordar la que había sentido al volar desprendiéndose de su propio cuerpo, con la misma ingravidez de un

globo que se había soltado de la rama de un árbol marchito. Con preocupación, se dio cuenta de que había sucedido solo unos días atrás.

Gradualmente, iba logrando controlar el peso de los recuerdos. Estaba de nuevo en su elemento, capaz de manejarlo.

Arriba, las constelaciones se desplegaban en toda su majestuosidad, ocupando sus respectivas y eternas posiciones. Varias estrellas de inmediato le hicieron guiños.

Sin aliento, Rebecca se detuvo en una altura a unos cuatrocientos metros del agua. Le empezó a doler el cuello por el esfuerzo al observar las estrellas, transfigurada por la visión celestial.

—Todas esas almas —susurró, el viento se apoderaba ávidamente de sus palabras—. Tantas... partiendo.

¿Por qué tú permaneciste, querida?

¿Por qué estás maldita, por qué eres especial?

Cautelosamente, se dejó caer de rodillas. «Lo estás haciendo otra vez», se regañó. Siempre buscando el significado de todo. ¿Cuántas veces se había dejado llevar en ese derrotero, solo para perder hasta la última pizca de optimismo?

No hay un significado. Nada. Todo esto, extendió una mano y señaló al océano, las estrellas, y abarcó todo lo que estaba detrás de ella.

Sin sentido.

Vivimos, luchamos, morimos. Suspiró intentando dominar un escalofrío. Si lo hacemos apropiadamente, paso a paso, aferrando la belleza de la vida dondequiera que la hallemos, porque belleza había. Sólo que había más fealdad. El truco era encontrar tu propia pequeña pradera, algún lugar en el que tu alma pueda afirmarse y hacer que la vida valiese la pena.

Por el contrario... por el contrario, pensó, si caes tan profundo como lo hice yo, volver a subir parecía casi imposible. Es demasiado fácil verse envuelta en la búsqueda de propósitos para adherir a los grandes valores en pos de la justificación de la conducta humana, y esperar que la naturaleza jugase con las mismas reglas.

Y ésa era la trampa en la que ciegamente había caído.

Le llevó muchos años de agonía e incontables ejemplos patéticos para

convencerse de que la naturaleza no podía ser obligada, que a pesar de la gracia cósmica y la presunción de que alguien había creado todo acorde a un plan meditado, básicamente, estábamos solos. Encontramos nuestro camino bajando por las ramas de un árbol a cuyo pie hallamos una pizarra en blanco y una caja de tizas. Pero la tiza se partió y la pizarra se rajó, y terminamos dibujando en el árbol y sobre nosotros mismos, pero al menos el instrumento del destino estaba en nuestras propias manos.

Y tan pronto como Rebecca pudo aceptarlo, fue capaz de encaminar mejor su vida. Perdió mucho de su ánimo; nunca más deseó una estrella, ni arrojó peniques a la fuente de un centro comercial. Había sido golpeada ferozmente por la bestia llamada Realidad. Había dejado demasiadas flores sobre tumbas de novias que esperaron la llegada de caballeros montando blancos corceles.

Con lo decisión tomada, se dio cuenta de que en su vida ya no había lugar para luminosidad y milagros, pero se había vuelto más fuerte al llenar el vacío con responsabilidad y control. Rebecca Evans no iba a quedarse añorando cuentos de hadas. Y toda esa filosofía era solo eso; un cuento de hadas en busca de la varita mágica que lo une todo; la bola de cristal que muestra la gloriosa culminación de la aparente sinrazón de la vida.

No existía el destino. Sólo la mente del ser humano. Y según Rebecca, esta última podría darle al destino una buena enseñanza, si estaba preparada correctamente.

Una fuerte ráfaga de viento le soltó un mechón de cabello de la coleta y le fustigó el rostro.

Al mismo tiempo, también un pensamiento la fustigó.

¿Por qué tú?

Tembló y miró hacia el océano eterno en busca de ayuda.

¿Por qué yo? Pensó, y acalló la pregunta tan pronto como la había esbozado. Estás haciendo preguntas otra vez, Becki. La misma pregunta que te has hecho un millón, millones de veces antes. ¿Por qué? ¿Por qué sucedió esto, por qué el niño tomó una aspirina envenenada? ¿Por qué el avión cayó en esa línea de casas en particular? ¿Por qué a Ronald Jacobs lo fue destinada tal muerte?

Estaba enojada consigo misma, pero más con la vida por contrariar a tal punto sus creencias, cuando sus convicciones, como cemento secándose, casi había terminado de fraguarse y su superficie aún estaba alisándose. Justo

cuando creía haber entendido la verdad del mundo, la vida le arrojaba un mendrugo de sus antiguos sueños, le daba una página de un libro de cuentos.

¿Qué podía hacer con ella? ¿Cómo podía explicar su estado?

Estaba muerta. Desde todo punto de vista, no debería estar allí; sus días de contemplación en busca del significado de las cosas deberían haber terminado.

Pero aun así, había sido enviada de regreso. Se estremeció, y por un momento creyó detectar abajo, en la playa, un rápido movimiento. Enviada de regreso. ¿Para qué? ¿Por qué tú?

Y si ella aceptase que había un plan para su presencia allí ¿qué pasaba con los otros?

¿Qué sucedía con las almas que jamás habían llegado a la luz? El viejo que deambulaba por las habitaciones de nuevos pacientes, las familias que vagaban por las carreteras. ¿Este esquema los incluiría a ellos? ¿Por qué no se les habría permitido entrar?

¿Por qué?

¿Por qué?

El viento silbó en su oído y un perro ladró.

Y quedo, apenas perceptible, la voz de un hombre lo llamó.

Levantó la cabeza abruptamente provocando una furiosa protesta de la herida del cuello. Escudriñó la playa iluminada por las estrellas.



Allí, en la distancia, dos figuras.

Una pequeña, una figura gacha que se movía rápidamente, avanzando rítmicamente, en o cerca del agua. Y tras él, la otra figura de pie, avanzando a paso más lento, se detuvo varias veces y parecía darse la vuelta repetidamente, como si buscara algo en las olas.

Rebecca se puso de pie. En contra de su buen juicio, se dirigió hacia el agua.

Las figuras se agrandaron, y el ladrido se hizo más nítido. La figura del perro se dio la vuelta y corrió de nuevo hasta el hombre. Se detuvo, giró y salió corriendo otra vez.

Jugando a arrojar y buscar palos, se dio cuenta Rebecca. Juego en el que nunca se había destacado el viejo Sparky. El endemoniado perrillo siempre había dado vueltas alrededor del palo, renuente a cogerlo y no respondía cuando lo llamaba, por el contrario, se iba trotando a un cómodo lugar bajo la sombra y se quedaba masticando la corteza de la rama que le había arrojado.

Esbozó una amplia sonrisa. Los recuerdos de los que se habían ido pueden ser muy vividos, más agrídulces que al tiempo de vivirlos.

Cuando finalmente el suave golpe de las olas se impuso al agudo silbido del viento, llegó hasta la última duna donde la playa bajaba hasta la costa. Más allá, a su derecha, un palo cayó y rodó; el perro llegó corriendo tras él. En la oscuridad no pudo distinguir su raza, pero no había muchas posibilidades. Quizás *Golden retriever* o *Collie*. Aullando, con la lengua colgando, descendió en busca del palo, lo levantó, y corrió en círculos.

Rebecca estaba sorprendida. Apenas había podido localizar dónde estaba el palo y el perro lo encontró sin tener que buscarlo. Observó cómo agitaba la cola mientras se alejaba hacia las penumbras donde su dueño lo aguardaba. Más distante, por donde caminaba el hombre, la oscuridad era más profunda, insondable.

Sintió un cosquilleo en el cuello y, de repente, la sobrecogió una sensación de temor que le estremeció la espalda.

¿Un perro que encontraba palos en la oscuridad?

Algo silbó en el aire y el palo cayó frente a su pie, amortiguado el golpe por la arena húmeda.

De inmediato, se oyó un aullido ansioso y, poco después, el perro apareció entre las sombras, incansable y dispuesto a continuar el juego.

Seguramente, el perro la veía y... ¿si se asustaba? ¿O era peligroso?

Se inclinó y levantó el palo. Estaba seco, lo que le pareció curioso, pero antes de que pudiese detenerse a pensar por qué, el perro apareció desde la penumbra. Era un *Golden retriever*, peludo, con el hocico sarnoso y una larga lengua. Resbaló y se detuvo a unos pocos metros.

Olfateó el aire y levantó la pata delantera.

El hombre lo llamó desde lejos. El *Golden retriever* miró hacia atrás, después se adelantó olfateando.

Rebecca estaba a punto de llamarlo cuando se le ocurrió echar una mirada

a las patas del perro. No estaban mojadas ni tenían arena, ¡y estaban a casi quince centímetros de altura de la superficie!

No había huellas a la vista, ni siquiera había marcado la arena.

El retriever levantó el hocico, señalando la mano de Rebecca.

El corazón le latía con fuerza, retrocedió unos pasos y arrojó el palo débilmente hacia adelante.

Desde la oscuridad, la voz gritó algo como:

—¡Caesar!

El perro se arrastró hasta el palo, caminando por el agua sin provocar ningún sonido. Levantó el hocico que sujetaba el empapado premio y trotó de vuelta hasta la playa. Se detuvo antes de alcanzar a su amo, se dio la vuelta y pareció estudiar a Rebecca.

Una estrella titiló en silencio y una ola le cubrió con agua salada los pies desnudos salpicándole los *jeans*.

El retriever bufó debatiéndose indeciso. Finalmente la olfateó, lanzó un ahogado ladrido y corrió enérgicamente hacia adelante soltando el palo babeado a sus pies cuando la ola retrocedía.

El retriever se sentó moviendo la cola, parecía estar dentro de la playa, fuera del alcance de la vista. Ladró una vez más, desafiando a Rebecca quien dio un salto hacia atrás.

Tan solo un fantasma, se dijo a sí misma. No puede tocarte. Ya lo sabes.

No puede...

—¡Caesar! ¿Qué estás haciendo?

Entornó los ojos para divisar a la figura que se acercaba. Algo largo y negro lo envolvía como una nube impidiéndole verlo bien. Aunque la camisa era blanca, estaba segura. Y tenía un tipo de fruncido en el pecho. Cabello oscuro, largo, sujeto en la frente por medio con un retazo de tela negra que caía a un lado del rostro, sobre la oreja. Sin rasurar, aun así, era bastante apuesto. De anchas espaldas, mediana estatura. También se negaba a caminar convencionalmente, sus pies calzaban botas de cuero pero no se movían cuando propulsaba el cuerpo hacia adelante, y estaban hundidas en la arena.

Una vaina larga colgaba de la faja que llevaba en la cintura, y sus holgados pantalones eran de color índigo oscuro.

Se echó la capa sobre el hombro derecho al hablar:

—Caesar, no aterrorices a la pobre señorita. No creo que le guste ver palos flotando por allí. Ven, amigo, encontraremos algún otro objeto que buscar.

Caesar ladró para demostrar su oposición a la propuesta.

La elegante aparición ladeó la cabeza y mantuvo una inusual conversación con el perro.

—¿No quieres hacerme caso? ¿Me desobedeces a mí? ¿A MÍ?

Sobrecogida, Rebecca luchó contra el gusto amargo que sintió en la garganta. El viento le azotaba el jersey y el cabello, pero notó, sin gran sorpresa, que no lograba mover la capa del fantasma.

—Yo, que juego contigo, camino contigo, te rasco la panza, ¿eres capaz de negarte a una simple petición después de todo lo que he hecho por ti?

Caesar ladró otra vez y levantó la pata hacia Rebecca.

—¿Qué clase de mejor amigo eres?, ¡fregona sarnosa! ¿Dónde estarías si no fuera por mí? Todavía intentando morder tu propio rabo como a un kilómetro de aquí, supongo.

El perro gruñó y Rebecca se cayó.

—¡Vaya! —el fantasma cruzó las piernas y se inclinó hacia atrás, como si se reclinase en un carruaje invisible—. Caesar, obviamente la joven ha estado bebiendo esta noche, quizá un poco de más, del precioso fluido ámbar. Por la mañana alardeará con los invitados de la fiesta que vio palos volando y balanceándose de arriba abajo, y que volvían hacia ella al arrojarlos. ¡Será el centro de la reunión!

Se levantó y se deslizó sobre el perro.

—Ahora, Caesar, debemos irnos. Sé que te aburro, pero eso no es razón suficiente para que te quedes con la primera... hermosa extraña que juega contigo.

El perro aulló, y Rebecca miró a uno y otro, boquiabierta.

—No puede verte, —le aseguró al perro y señaló—. Observa esto...

Giró la capa y blandió en alto una brillante espada.

—¡Buuu! —gritó. La hoja le pasó rozando la cabeza.

Rebecca lanzó un chillido y levantó las manos cubriéndose la cabeza.

La espada le atravesó las manos, el cráneo, el cuerpo, y describió un amplio arco antes de alcanzarle el hombro; en ese punto, el fantasma reaccionó y atónito, soltó el arma que se perdió en la distancia.

Caesar ladró insistentemente, a su dueño, y a Rebecca.

—Oh, por las estrellas del cielo... —el fantasma cayó de rodillas en la arena. Con los ojos desorbitados, miró fijamente a Rebecca mientras ella se ponía de pie, se dio la vuelta y echó a correr cojeando y tambaleándose como si estuviese drogada.

Finalmente el fantasma parpadeó.

—¡Espere! —intentó gritar por sobre el sonoro y juguetón ladrido del perro. Caesar aulló nuevamente y se echó a correr tras ella, disfrutando del nuevo juego.

—¡No, Caesar! —el hombre voló hacia adelante, se estiró y alcanzó las patas del perro antes de que tomase carrera—. Atrás, Caesar, atrás.

El perro gimió y ladró furioso, retorciéndose para desaferrarse de los brazos de su amo.

—Déjala ir —dijo, y con profundos y sombríos ojos azules la observó alejarse con un sentimiento de pérdida mezclado con un destello de esperanza—. Volverá. —Palmeó la cabeza del perro y le acarició la oreja—. Volverá a jugar, ya lo verás.

Relegada la diversión, Caesar rápidamente se soltó y empezó a rondar por todas partes en busca de la espada.

El hombre flotó en el aire quedando suspendido a unos centímetros de la arena. Una ola rompió bajo la suela de sus botas, se sujetó con firmeza la capa alrededor del cuerpo y observó con ojos atentos a la mujer que se alejaba.

Y por primera vez en casi tres centurias, realmente sintió un vacío donde solía estar su corazón.

## Capítulo 5

*Washington, viernes, 13 de julio, 8:30 horas.*

*Museo Smithsonian.*

El profesor Edwin Bergman jamás había sentido en su vida verdadero temor. Por ende, cuando se apoderó de él, a partir de una simple llamada telefónica, no supo cómo reaccionar. Era un hombre mayor, encorvado y, a menudo, desordenado.

Las canas abundaban en su cabello desde tiempo atrás, incipientes arrugas en el rostro como los dedos de su nieto después de un largo baño. La dirección y mantenimiento de uno de los mejores museos del mundo habían cobrado su precio, tanto en su salud como en su apariencia. Pero la recompensa había hecho que valiera la pena el esfuerzo.

Cada mañana, el profesor Bergman recorría solo las instalaciones de los distintos edificios que componían el museo. Solo en medio del pasado; y solo entre los objetos exhibidos casi en penumbras, imaginaba cómo las fachadas desaparecían. Rodeado por las memorias del pasado, podía imaginar que se encontraba en esa época en particular de la historia. Compartió el entierro de Tutankamón I<sup>[9]</sup>, ascendió los templos mayas, cabalgó en la carga contra Lee<sup>[10]</sup>, y fue piloto bombardero en los vuelos sobre Berlín.

Su cuerpo podía estar marchito pero su imaginación podía rivalizar con la de un niño de siete años. A menudo imaginaba que los fantasmas del pasado deambulaban sobre las reliquias encerradas en las vitrinas de exhibición. Durante sus caminatas matinales, solía detenerse frente a alguna de ellas en particular y si conocía el lenguaje, saludaba a cualquiera de los moradores invisibles que pudiese estar presente. Una vez, uno de los guardias lo espío y lo vio conversar con una armadura usada en las Cruzadas, y desde aquel día corrieron rumores sobre su salud mental.

Pero en cada una de las reuniones del Consejo, los directores reconocían

su habilidad, y lo ratificaban en el cargo.

Su imaginación lo había metido en problemas antes. Pero nada como esto.

Dios, Bergman deseaba, rezaba, para que el presente temor fuese solo el producto de su imaginación hiperactiva, de una mente fantasiosa que añoraba aventuras más allá de lo mundano.

Una simple llamada telefónica...

El teléfono: un pequeño instrumento discreto, útil y eficiente, algunas veces, molesto. Bergman había tomado conciencia recientemente de su propia mortalidad, y había intentado imaginarse el tipo de disfraz que utilizaría la Muerte para llamarlo. Muchos eran las formas horribles que había elucubrado: virus malignos multiplicándose en su cerebro, burbujas de aire en las arterias, terribles accidentes aéreos, graves choques de automóviles...

Pero nunca por teléfono. Recostado en la esquina derecha de su escritorio de roble, el teléfono adoptó un aura amenazante como si lo mirase con furia y se deleitase con su temor.

La mano le temblaba terriblemente. Tenía la garganta seca e involuntariamente se clavó los dientes en la lengua. La oficina le pareció opresivamente oscura, y demasiado pequeña, asfixiante.

Se debatió en la idea de levantar el teléfono y llamar al personal de seguridad, para que viniese de inmediato a protegerlo...

Pero Bergman desestimó la idea de inmediato. Si su temor era verdad, si la historia grabada en la cinta era cierta... entonces, estaría adjudicando al teléfono el rol de mensajero de la muerte. Ya que el vigilante indudablemente perecería junto con su empleador.

Si Edwin Bergman tuviese la posibilidad de volver a vivir solo un día de su vida, la aprovecharía ahora; y se retrotraería a la mañana del martes, la mañana en que su fuerza de voluntad se vio menoscabada, la mañana en que no pudo resistir más el perturbador suspenso, ni vislumbrar si su colega estaba vivo y en capacidad de volver; la mañana en que decidió que tenía que saber.

La mañana del miércoles se encerró con llave en esa oficina y le dijo a su secretaria que no le pasara las llamadas. El reproductor estaba colocado en el centro de su escritorio.

En total oscuridad, concentrándose únicamente en las palabras de su colega y amigo, Bergman permaneció sentado, sin moverse salvo para subir el

volumen. Una vez que hubo escuchado la grabación, caminó hasta el gabinete donde guardaba sus costosas botellas de *gin* y *whisky*. Regresó con una de cada bebida, y procedió a escuchar cinco veces más la grabación.

En las últimas horas de la tarde del jueves, cuando recobró la sobriedad y la conciencia, Bergman envolvió la cinta en un paquete junto con varios libros alusivos, y lo envió con un mensajero a una oficina del *Washington Post* donde trabajaba una joven periodista llamada Rebecca.

Evans, una mujer brillante que había cubierto la historia del robo de un raro juego de monedas romanas cometido dos años atrás. Le había hecho una entrevista, y sus preguntas habían sido realizadas de forma concienzuda e inteligente.

Bergman recordó que antes de la entrevista, Rebecca le había mencionado que se había graduado en Georgetown especializándose en arqueología. Le había preguntado si alguno vez había estudiado con el profesor Mitchell, pero ella había dicho que no, ya que era inscribirse con un año de anticipación para cursar con Ramsey.

A Bergman le disgustaba colocarla en una situación tan grave, pero no tenía a nadie más a quien recurrir. Ella era fuerte y tenía recursos, y contactos.

Al menos conocía a Ramsey y estaba al tanto de sus antecedentes. Nadie más le daría a la historia el enfoque apropiado. Si había algo que pudiese hacerse...

Y si no fuese posible, realmente no importaba, ¿o sí?

Se había pasado todo el jueves recorriendo cada uno de los pisos, inspeccionando cada elemento exhibido, memorizando la ubicación y el aspecto de cada reliquia. Había pasado el día con un agudo sentimiento de premonición. Y pasó la noche murmurando y sollozando sumergido en un sueño intoxicante y perturbador frente a su escritorio junto a dos botellas vacías.

¿Sería cierto que la gente podía vislumbrar su propia muerte?

Bergman no sabía respecto de otros, pero en cuanto a la suya, lo sabía. Pasó la mañana y la tarde en un borroso sueño, deambulando de tanto en tanto, arreglando sus cosas, llamando a sus hijos por última vez.

Y esa noche, cuando renuente se sentó detrás de su escritorio, después de que todos los visitantes del día habían saciado su curiosidad, y las puertas se

cerraron con llave y las luces se atenuaron, Edwin Bergman supo que la arena de su reloj estaba dejando caer los últimos granos.

Aun antes de que la campanilla del teléfono resonara penetrante en su silenciosa oficina la llamada de la muerte, había tenido la intención de impedir el colapso, pero supo que toda su vida había transcurrido para llevarlo a ese momento.

Esa oficina. Ese escritorio, esa silla. Ese teléfono.

Su mano se había movido por su cuenta, cogido el tubo, y abierto la puerta, saludando al eterno apelante...

—Señor Bergman. Un caballero desea verlo.

Un caballero. Bergman no pudo evitar una sonrisa. Ah, sí.

—Su nombre es Mitchell. Ramsey. Dice que es un viejo amigo.

Viejo, la palabra resultaba ahora literalmente descriptiva. Pero, sí.

—Hágalo pasar.

¿Cómo debe uno reaccionar cuando se encuentra con el terror por primera vez? El profesor Edwin Bergman se puso de pie temblando, se acomodó su deslucida corbata marrón, se abotonó las mangas y estiró su chaqueta. Mareado, carraspeó preguntándose si necesitaría una pastilla de menta.

Las pisadas se oyeron más fuertes, resonando con majestuosidad en el angosto pasillo exterior.

Bergman respiró profundamente y salió de detrás del escritorio, lo rodeó, y se apoyó en la superficie de roble. Las piernas le exigieron al cerebro mensajes claros ya que los mismos eran confusos, y paralizantes. ¿Debería enfrentarse al calvario sentado o tendría que correr? Los dedos de los pies y de las manos le hormigueaban en una explosión de sensaciones. Cada poro de su piel parecía abierto, experimentando ansiosamente las funciones comunes realizadas rutinariamente durante los últimos sesenta años.

—Adelante, Ramsey —pronunció claramente, antes de que se pudiese oír el golpe a la puerta.

Después de un momento de silencio durante el cual Bergman notó dolorosamente los acelerados latidos de su corazón y se preguntó si debería comenzar a contar las pulsaciones, el picaporte dorado giró.

La puerta se abrió. Las sombras intentaron vanamente detener al visitante,

pero dos largos pasos lo llevaron a la luz. Ramsey Mitchell vestía un impermeable blanco sobre un jersey negro de cuello alto; pantalones pinzados y zapatos de cuero. No exactamente vestimenta de verano, notó Bergman, pero quizás ese clima resultaba frío para aquel hombre. El cabello engominado hacia atrás y los ojos brillándole con un destello animado.

La mano extendida, dejaba ver los anillos de oro con guardas que tenía en los dedos.

—Profesor —dijo—. Amigo ¿estás contento de verme? —la voz de Ramsey parecía de alguna manera altisonante. Como si un eco diabólicamente opresivo siguiese a cada palabra.

Bergman luchó contra el pánico que amenazaba dominarlo. Calma. Calma. Se muere una sola vez.

—¿Recuperado de la lesión en la pierna? —dijo con hábil disimulo sin asir la mano extendida.

Ramsey frunció el ceño, cerró el puño y lo introdujo en el bolsillo de su abrigo. Se dio la vuelta y se dirigió al gabinete de los licores.

—Vacío. Por Dios, Edwin. ¿Sediento en mi ausencia, eh? —ladeó la cabeza sonriendo ampliamente—. No le preocupes. No puedo quedarme mucho tiempo.

Se acercó con paso ágil y una postura airosa que Bergman no le había visto en más de una década.

Ramsey le palmeó con fuerza el hombro. Bajó el mentón y sus ojos oscuros escudriñaron los del curador.

—Creo que... ¿tienes algo que me pertenece?

Bergman no contestó.

—Confío, querido amigo, en que hayas seguido mis instrucciones — Ramsey lo liberó, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta—. Guardarlo hasta que regrese o en caso de fallecimiento...

Bergman tragó con dificultad y cerró los ojos. En su interior pudo ver cientos de reliquias flotando, gloriosas en su perfección, hermosas imágenes del pasado perpetuadas.

—Bien, no he recibido ninguna noticia sobre mi muerte. Y aquí estoy. Por lo tanto... —levantó las cejas al acercarse al picaporte ¿Dónde está mi

regalo?

—Eeeh... —Bergman intentó inventar una historia—. No lo recibí, Ramsey. ¿Estás seguro de que lo enviaste correctamente por correo? —con osadía, buscando fuerzas de algún lugar muy hondo, se alejó del escritorio y se adelantó unos pasos—. ¿Tienes la dirección correcta, el código postal, el remitente? Quién sabe, puede ser que algún incompetente en el correo lo haya perdido y...

Algo en los ojos de Ramsey lo obligó a detenerse y retroceder.

Una membrana sobre las retinas, un matiz de odio, y un rasgo de demencia.

Una brisa comentó a soplar desde algún lado; varios papeles crujieron y se elevaron del escritorio. La corbata voló sobre su hombro. El cabello de Bergman se erizó y se clavó las uñas en las palmas.

—Ven —dijo Ramsey gentilmente, esa mirada se desvaneció de sus ojos al tiempo que el viento se aquietaba—. Camina conmigo. Se dio la vuelta para irse.

—Mejor no —suspiró Bergman.

Ramsey se irguió, con el cuerpo tieso, el rostro perdido en las sombras.

—Si usted vive o muere, profesor Bergman, depende de sus próximas acciones.

Bergman se encogió de hombros.

—Todos morimos tarde o temprano. He vivido setenta años. Mi tiempo se termina.

El impermeable ondeó al darse la vuelta Ramsey.

—Hay muertes y muertes, profesor —de repente su expresión se mezcló con una sonrisa—. Realmente, Bergman. Por las alabanzas que había escuchado de usted, pensé que sería más... colaborador. En cambio me he encontrado con un viejo débil y obstinado.

Bergman miró fijamente a su colega.

—Los que me alabaron deben haber omitido una vasta historia de diferencias, creencias divergentes que nos mantuvieron siempre distantes. Le tuve mucho respeto, pero a menudo llevó las cosas demasiado lejos, ahondó demasiado...

—¡Nunca es demasiado! —siseó Ramsey—. Nada vale la pena a menos que sea llevado al extremo, hasta que las posibilidades sean completamente agotadas, hasta que no solo se llegue al fondo, ¡sino que sea prolongado y desglosado!

—Pero hay ciertas cosas que no están hechas para ser profundizadas... —Bergman suspiró y miró fijamente el suelo—. Hay cosas que es preferible mantener en secreto...

Un grave gruñido brotó de la garganta de Ramsey. Levantó las manos y aferró el cuello de Bergman.

—¡Insignificante gusano! Te has rodeado de objetos del pasado, los has lustrado, colocado detrás de un cristal y te has deslumbrado con su belleza — le acercó el rostro hasta que los ojos quedaron a apenas centímetros de distancia. No sabes nada, estúpido. Cavas hasta que encuentras un plato o un tenedor, luego arrojas la pala; colocas las cosas en exhibición y proclamas sabiduría de la cultura.

Alzó a Bergman y lo arrojó a más de un metro hacia la puerta. Cayó y rodó. Aturdido, intentó ponerse de pie, solo para encontrarse con un zapato de cuero que le golpeó el mentón. Le rompió el hueso, pero antes de que pudiera gritar fue derrumbado y arrojado contra la puerta.

—Ven. Camina conmigo. Te mostraré la sabiduría.



En la exhibición mexicana.

Bergman yacía boca abajo, sintiendo gusto a sangre, con el rostro inexpresivo.

Ramsey se arrodilló a un metro de distancia, con los brazos extendidos; un reflector de la pared le bañó el rostro con un apagado mar rojo. Tenía los ojos abiertos, solo las órbitas visibles; los párpados agitándose trémulamente. Un viento encarnizado le agitó el cabello y le levantó la parte de atrás del impermeable que golpeó contra la base de un bajorrelieve de Quetzalcóatl. Edwin aspiró el aire frío y sintió náuseas. Fétido y pútrido, le oprimió los pulmones con garras perversas; sintió arcadas y tosió sangre.

La cuarta vitrina de cristal vibró. Una soga que rodeaba una pesada urna tallada se azotó y fue tirada violentamente de la pared de exhibición.

Ramsey profirió un lastimero chillido.

—Parece... —se esforzó—, que tienes amigos entre las reliquias. Unas pocas almas valientes... Aaajjj —su rostro se contrajo, su cuerpo se sacudió —... tratan de protegerte... —con la lengua colgando y los puños apretados —. Sí —jadeó Ramsey—, sí... Tlatoani.

Bergman observó con horror cómo se producía el cambio en Ramsey. El hombre de rodillas se agitó, jadeando sin aire. Las órbitas de los ojos giraron aceleradamente bajo los párpados, y cada una de sus venas pareció hincharse.

Finalmente, se quedó sin respiración y el viento se aquietó, como la llama de un fósforo consumida por falta de oxígeno. Ramsey parpadeó, flexionó las manos y miró a su alrededor, dispensándole una rápida mirada a Bergman. La vitrina que exhibía las armas rápidamente llamó su atención.

—¿Se han ido, Tlatoani? —Ramsey le preguntó a algo que estaba en esa esquina.

Bergman entrecerró los ojos pero no pudo ver nada. Dolorosamente, se levantó.

Ramsey sonrió. Bergman se puso de pie. El cristal se quebró en dos y salieron despedidas dos largas lanzas destrozando pedazos de cristal a su paso.

Bergman, mientras intentaba ponerse de pie completamente, se encontró con la mirada de Ramsey. Vio a su antiguo colega en esa forma y creyó detectar un brillo de... ¿arrepentimiento?, anidado bajo las retinas usurpadas.

Una pesada lanza que tenía una moharra de metal cincelado se incrustó en el esternón de Bergman, lo atravesó y se hundió profundamente, el astil de madera de quinientos años de antigüedad arrojó astillas debido a la fuerza con que atravesó el cuerpo del profesor. Cayó estrepitosamente en el suelo de mármol y se deslizó.

Bergman se quedó mirando fijamente al agujero que atravesaba su corbata por donde empezó a fluir sangre.

—Él dice que sus amigos fueron débiles y, además, inexpertos, profesor.

Ramsey permanecía de pie con las manos en los bolsillos, cuidadosamente caminó alrededor de Bergman. —Sí, varios de ellos solo huyeron asustados a través del suelo. Es bueno tener poder, profesor. Debió haberme creído, Edwin. Debió haber escuchado. Habría compartido la sabiduría. Él le hubiese permitido entrar porque usted era especial para mí. Pero no puedo proteger a

un necio, Edwin— se encogió de hombros, con aparente pena en su expresión.

—¿Dónde está la grabación?

Bergman gimió y cayó de rodillas.

—Arde en el infierno que has liberado, Mitchell —escupió sangre. A través de una bruma roja vio la segunda lanza balanceándose en el aire como si se tratara de los efectos de una serie televisiva barata de los años cincuenta.

—Y dile al Tlatoani que el Quinto Sol ha brillado sin su ayuda por los últimos quinientos siglos. Él puede...

Ramsey cerró los ojos con fuerza.

Y la segunda lanza se incrustó en su cráneo esta vez, solo hasta la mitad, el astil de madera antigua cubierto de un color rojo apareció por detrás de la cabeza del profesor mientras se desplomaba hacia un lado.

Así que esto es la muerte, pensó. No es tan malo.

Antes de que el cráneo siquiera tocara el suelo, el espíritu de Bergman abandonó el cuerpo. Un cegador y arremolinado cono de luz lo llamó y ansioso se encaminó hacia su calor, para experimentar júbilo y paz.

Solaz por fin...

Algo se aferró a su forma astral desde atrás. El centro de luz del túnel titiló. Su ser espectral se estremeció, devastado por indefinida agonía.

Pudo ver todo. Las paredes y los suelos eran como ventanas. ¡Y había tenido razón! Observó con gran alegría. En sus excursiones matinales, había tenido receptores de sus conversaciones. Muchos de los objetos exhibidos contenían espíritus, paseándose, flotando, confundidos. ¡Cómo deben haber aguardado sus visitas!

Los espectros permanecían inmóviles, algunos visiblemente acobardados. No solo estaban atemorizados. Estaban aterrorizados. «Conducta muy extraña para los muertos», pensó Bergman. Pero después, el dolor se manifestó por completo, y la demoníaca criatura que se apoderó de su forma, adoptó una silueta definida.

El espíritu de Bergman aulló cacofónicos sonidos de angustia ensordeciendo a cada alma del museo. Incluso Ramsey cuyo cuerpo era entonces el único que parecía borroso, transparente junto a los otros objetos

físicos, mientras los fantasmas parecían materiales y opacos, se colocó las manos en los oídos.

La mano del monarca azteca aferró el tobillo de Bergman y el brazo con músculos tensos y destilando pintura de guerra, tiró de él ferozmente hacia abajo. El otro brazo se detuvo. Ahuítzotl estaba engalanado con una corona de plumas, pintura oscura de guerra, collares y joyas, y un casco con forma de águila cuyo puntiagudo pico descendía sobre su frente, sus ojos miraban fijamente hacia arriba; las plumas a cada lado representaban, entre otras cosas, al rey Sol. Huitzilopochtli. Los ojos del Tlatoani ardían con demencia perversa, tenía la boca abierta donde la sangre parecía escurrirse entre los dientes perfectos.

Bergman tenía cabal conciencia de su cuerpo retorciéndose con los últimos estertores de muerte.

La luz de arriba comenzó a disminuir, el resplandor decreciente se fragmentaba en haces verticales que se esfumaron completamente cuando el puño del azteca azotó y se incrustó en el pecho etéreo de Bergman.

El curador del museo estaba perdido en una marea de lacerante y devastadora agonía. Su cuerpo se agitaba como un pez atrapado en el anzuelo.

Ahuítzotl rió entre dientes y cerró el puño en el centro espiritual del profesor.

La forma de Bergman comenzó a disolverse. Perdió definición, fundiéndose en un humo que fue succionado por el puño de Ahuítzotl y absorbido por la piel espectral del brazo. Bajo la sombra del pico metálico del águila, los ojos del azteca se cerraron, los labios temblaron y la cabeza cayó hacia atrás, como si estuviese experimentando un inconmensurable éxtasis físico.

Susurró con maligna satisfacción:

—Hay muertes, profesor...

Las últimas volutas del espíritu de Bergman ascendieron hacia el techo, solo para descender y ser succionadas por la palma abierta de Ahuítzotl.

El emperador azteca suspiró pesadamente y abrió los ojos. Sus labios esbozaron una sonrisa de satisfacción.

—... y muertes.

## Capítulo 6

*Washington, centro de la ciudad, primeras horas de la tarde del viernes.*

El padre se había ido. Susie se aseguró de ello antes de remover las barricadas de la puerta. El apartamento era un caos, según pudo notar Jay al pasar entre los muebles arrojados al suelo. Caminó con precaución entre los pedazos de cristal roto. Botellas destrozadas, latas abolladas, bolsas de sándwiches de McDonald desperdigadas por el suelo. La pantalla del televisor tenía una nueva raja en el centro. Las hormigas nadaban en la cerveza derramada y las moscas zumbaban perezosamente en la cocina.

Jay no se detuvo a revisar el caos; se dirigió rápidamente hacia la puerta de entrada y abrió los tres cerrojos. Cuando Susie salió de la pared, Jay se apartó de la puerta y cruzó el umbral.

Y huyeron juntos hacia el calor del verano, la niña intangible guiaba el camino a través de las tortuosas calles del gueto.

—La perdí —le dijo Susie cuando llegaron a la Avenida Michigan.

En ese mundo de gigantescos edificios de cristal, hombres y mujeres elegantemente ataviados, llamativos automóviles y bullicioso trajinar, Jay se sintió dolorosamente fuera de lugar. Con mugrientos y andrajosos *jeans* azules y una camiseta de Batman, se abrió camino torpemente en las atestadas calles, sorteando parejas asidas de las manos, carros de niños, perros con correas y rodillas de hombres de negocios mientras Susie avanzaba por un sendero directo, flotando entre los transeúntes.

El pavimento absorbía y potenciaba la luz del sol, y el brillo de los parabrisas casi cegaron a Jay. Un pastor alemán pasó junto a él arrastrando a un joven que trotaba. El perro se detuvo poco después de que Susie pasara junto a su cuerpo peludo; olfateó frenéticamente el aire, mostrando los dientes con un grave gruñido burbujeando en su garganta.

Jay frunció el ceño a la criatura, vio que Susie lo había ignorado y se

apresuró para alcanzarla.

—¿Qué quieres decir? ¿La has perdido? ¿Dónde fue?

Un hombre vestido con un traje gris y gafas oscuras miró furioso al niño.

—No sé —respondió Susie deteniendo su vuelo. Un área verde rodeada de magnolias atrajo su atención—. Vamos. Vamos al parque. Se está tranquilo ahí.

Jay dejó la acera cuidadosamente. Cruzó la calle de sentido único y caminó entre dos arbustos hacia un sendero de tierra.

—Nunca había estado en un parque —dijo suavemente.

Pasaron junto a grupos de personas que estaban de *picnic*, familias sentadas a la mesa, comiendo y conversando felices. El olor a pollo fresco y jamón asaltó sus fosas nasales y desató una reacción de espasmos en cadena que finalmente repercutieron en su estómago vacío. Echó una mirada a los cestos de basura, pero tres cuervos y una ardilla ya habían comenzado a competir por los premios que contenían.

Necesitaba algo que comer...

Un súbito pánico lo sobrecogió y apagó su hambre cuando sobresaltado se dio cuenta de que Susie había desaparecido. Aturdido, casi se encogió ante el peso de un inmenso sentimiento de insignificancia. Solo, no era nada. Un pequeño niño negro, sin un penique, sin un plan; arrojado a un confuso y hostil universo. Susie era su guía en aquel mundo. Le había dado la inspiración suficiente para actuar contra la reclusión. La necesitaba para seguir adelante, para que lo guiase.

—¡Por aquí, Jay! —la dulce voz lo llamó desde detrás de una bosquecillo de cornejos.

Rápidamente se dirigió hacia ella. El hambre, la velocidad de los automóviles y el azote del sol desaparecieron mientras cruzaba el bosquecillo y observaba a la niña. Un subibaja y un arenero se hallaban en el centro del claro, ambos solitarios junto a un largo juego de columpios cuyos asientos estaban sujetos con fuertes cadenas a una gruesa barra de hierro, que se encontraba en la misma ubicación privilegiada en el lado norte.

Había manchas de suciedad en los asientos, y el brillo del sol se reflejaba en las cadenas.

Susie voló hacia arriba y después hacia abajo, una y otra vez en un

columpio invisible entre dos de los asientos inmóviles. Emulaba los movimientos que haría al mecerse en la hamaca, hacia atrás recogiendo los pies, hacia delante, arqueando el cuerpo.

—¡Guau! —musitó Jay.

Susie lo miró y su efímera expresión se iluminó.

—¡Ven conmigo!

—Ven, es divertido.

Aprendió rápidamente, y poco después se balanceaban al unísono, arriba, abajo, alcanzando juntos la mayor altura. La sombra de Jay luchaba por alcanzarlo, pero Jay pateaba el suelo para aumentar la velocidad. Se exaltó con el viento golpeándole el rostro, con la sensación de volar y de libertad que le permitía alejarse del suelo; le parecía que si subía más alto podría volar.

Deseó que durara para siempre; deseó que la fuente de energía del sol se agotase imposibilitándole completar su recorrido en la vía celestial.

Pero pasó una nube, la luz se oscureció, y Susie fue disminuyendo la velocidad de su vuelo hasta detenerse. Cuando renuentemente Jay hizo lo mismo, se quedó arrastrando los pies en el suelo, la niña tenía una mirada sombría en los ojos. A Jay le disgustó esa expresión, por lo que se concentró en las ramas que podían verse a través de su piel etérea.

—Lo siento, Jay. Yo solo... la perdí —flotó todavía sentada, girando suavemente hacia la derecha y hacia la izquierda—. Pensé que estaría en el hospital durante un tiempo más, pero cuando fui esta mañana, se había ido.

Jay parpadeó y contempló las huellas que dejaban sus zapatos en el suelo.

—¿No puedes conseguir la dirección y seguirla? Digo, ni ella es tan importante...

—No. Me cansó mucho viajar hasta el hospital. Está muy lejos. Me he quedado débil...

—¿Muy lejos de dónde? —Jay preguntó aunque adivinó la respuesta.

—Demasiado lejos —contestó con voz somnolienta, ahogada—, de donde yo...

—¿Perdiste los zapatos? —Jay completó la frase con tono alegre.

Susie sonrió.

—Sí —se impulsó en su inexistente columpio—. No puedo ir demasiado lejos, me siento mal y todo me duele —cerró los ojos y tragó con dificultad—. Intenté ir a casa esta mañana.

—¿Está lejos tu casa? —preguntó Jay.

Ella solo asintió.

—Quería... solo quería decirle a mami y a papi dónde estaba. Prometí que siempre les diría adónde iba a ir. Pero... esa vez no lo hice. Necesito decírselo —detuvo su balanceo y miró a Jay a los ojos—. O, lo necesitaba antes. Pero ahora que te he encontrado, tú puedes liberarme. Casi lo hiciste aquel día, semanas atrás.

—Pero ¿no deberíamos hablar con tus padres de todas formas? Deben extrañarte.

Un sollozo escapó de sus labios.

—Lo sé, Jay. Lo sé —exclamó en un arrebato de emoción—. Es en lo único que he pensado mientras recorro el lugar de construcción. Mientras los hombres apilan más escombros, y colocan cemento y ladrillos; lo único en que pienso es en mami y papi. Pienso que quizás irán a hacer las compras allí, cuando el lugar esté terminado. Y caminarán sobre mí cuando busquen un cartón de leche con mi fotografía en el envase.

Jay se estremeció y lo invadió un fugaz sentimiento de felicidad que se deslizó entre los pliegues de su sobreprotectora memoria.

—Yo se lo diré, Susie —se colocó la mano sobre el pecho como si prestara juramento.

Susie se cubrió el rostro.

—Oh, ¿me prometes que lo harás? Ahora no... después de que me haya ido. Libéralos después de que me vaya.

Jay quiso tocarla, liberarla en ese momento, o hacer lo que fuese que lo hacía especial. Pero cuando se acercó, algo se movió entre los árboles.

Atónito, Jay casi se cae del asiento del columpio. Susie, boquiabierta, se elevó en el aire. Una mujer salió corriendo, dando alaridos, miraba hacia atrás aterrorizada. Vestía un pantalón deportivo celeste de fibra de poliuretano, una camiseta muy corta, y auriculares que le colgaban del cuello. Se tropezó sobre... nada, y cayó de espaldas, con los brazos extendidos y las piernas ondeando.

Pero estaba sobre el césped.

Un viento fuerte, opresivo rugió a través del claro del bosque, haciendo tintinear las cadenas y levantando la arena del arenero como si fuese un tornado en miniatura.

—Otro fantasma —suspiró Susie—. Pero ¿de qué tiene miedo?

Un perro ladraba amenazadoramente desde el otro lado de los árboles.

Jay advirtió la camiseta destrozada, las vendas en su frente, las heridas en el abdomen, y finalmente, el cuello dentellado y la protuberante arteria seca.

Extrañamente, Jay se deslizó sin temor del asiento y se acercó hacia el fantasma revolcado.

Susie sobrevoló detrás de él, en silencio y curiosa.

La mujer gritaba pidiendo ayuda, después los alaridos cesaron como si le hubiesen colocado una mano sobre la boca. Mientras luchaba, arqueaba la espalda y el cuello pareció ladearse en un ángulo imposible.

El cuerpo fantasmal se sacudió una, dos veces, hasta quedar inmóvil, agitado cada tanto por débiles estertores.

Los ojos permanecían abiertos, fijos, sin vida.

Jay se arrodilló a unos centímetros de distancia.

—¿Puede escucharme? —le preguntó.

Nada.

—Tócala —sugirió Susie.

Acercó un dedo y se lo apoyó en el hombro derecho. El efecto fue inmediato y Jay y Susie fueron despedidos hacia atrás. La mujer se puso de pie en postura desafiante.

—¡Ey! —gritó Susie, de repente volando entre Jay y la mujer.

—¡Espere! —somos amigos.

La mirada llena de dolor y odio apareció en los ojos de la mujer.

—Pensé que eras mi amigo —siseó al acercarse, con las manos extendidas como una bruja a punto de lanzar un maligno y devastador hechizo—. Pero entonces me perseguiste para asesinar me.

—¿Quién? —preguntó Jay al tiempo que giraba alrededor de Susie y le

extendía las manos hacia la mujer en un gesto amistoso.

—No juegues conmigo, Karl —dijo con los ojos llenos de furia e intención de abalanzarse—. Me asesinaron, me violaron. Y lo que es peor, incriminaron a otro por eso.

Mientras hablaba, de la arteria del cuello le empezaron a salir burbujas y se sacudió espasmódicamente, y los órganos se le empezaron a salir por la herida abierta del estómago, debajo de la camiseta. Su mirada de odio era tan vehemente que Jay casi desfallece. Susie voló hacia atrás, y el perro ladró frenéticamente.

—... sojuzgada para toda la eternidad a una infernal repetición hasta que el castigo se cumpla.

—¿Por qué debo sufrir por tu maldad? ¿Cuál fue mi crimen, Karl? ¿Tener un amigo involucrado en cuestiones sanguinarias? —siseó las últimas palabras, y se abalanzó hacia Jay, pronta a clavar sus garras y morderlo hasta matarlo.

El espíritu encontró la carne, y ninguno cedió por completo. Jay sintió un estremecimiento de calidez, un calor intenso, aunque placentero. La sensación le recorrió todo el cuerpo desde el lugar donde la mujer lo tocaba. Se le erizó la piel y la sangre le fluyó con repentina energía.

En medio de los inútiles intentos de arañar y lastimar de la mujer, las manos de Jay se elevaron y se las colocó sobre la cabeza. Presionó gentilmente una a cada lado. Y la lucha de la mujer inmediatamente cesó. Con los ojos en blanco, la boca abierta de par en par, de sus labios se escapó un suspiro.

—¿Qué estoy haciendo? —le gritó a Susie ansiosamente. Pero al preguntar, lo supo. De igual forma que sus manos sabían cómo moverse, tocar, tirar.

Susie permaneció junto a él, con los ojos desorbitados de asombro.

—Creo que la estás liberando —suspiró.

El espíritu de la mujer se elevó, brillando con un resplandor dorado. El aura latió con fuerza, y una amplia sonrisa extendiéndose en medio de esa luminosidad. Destellos de luz la rodearon y titilaron alrededor del fantasma. Sus rasgos perdieron nitidez, se convirtieron en una dorada bruma humanoide. De repente, su cabeza, después todo su cuerpo, pareció fundirse,

plegarse en sí mismo hasta transformarse en una onda centelleante de luz con motas plateadas que giraban y danzaban alrededor del niño. Jay solo pudo jadear con azorado asombro, estupefacto por su hazaña.

El ciclón de energía espiritual brillaba con una intensidad casi cegadora. Jay se cubrió los ojos y espió por el angosto resquicio de sus dedos. El deslumbrante remolino de aire finalmente fue perdiendo intensidad, atenuando más y más su brillo, desvaneciéndose en haces opacos hasta convertirse en puntos plateados que brillaron durante escasos instantes, para finalmente desvanecerse también.

Jay quedó mirándose las palmas de las manos. Lentamente, alzó la vista.

Vio cómo Susie se le acercaba, y descendía abruptamente para abrazarlo.

Durante un segundo quedaron inmóviles, asombrados, aterrorizados por el poder que Jay tenía.

Habían constatado una prueba de su fuerza. Confirmaron lo que era capaz de hacer. Pero aún necesitaba ayuda, dirección, para superar las reservas que Susie tenía. La vidente debía ser encontrada nuevamente.

Jay parecía desalentado ante la idea, pero los pensamientos de Susie, llenos de designios del destino, la hicieron sonreír con infantil optimismo.

## Capítulo 7

*Washington D. C., viernes, 20:00 horas.*

El juzgado estaba cerrado cuando Rebecca llegó.

A regañadientes, Johnson y Myers la habían autorizado a dejar la cabaña, particularmente protectores después de que ella se había escabullido sin ser notada, para regresar histérica y llena de arena. Se negó vehementemente tanto a contar lo que la había aterrorizado como a tomar los calmantes que le había ofrecido la enfermera. Por cierto, estaba aterrorizada, pero también profundamente furiosa consigo misma por haber huido.

Nunca había huido de algo antes. Siempre había desafiado lo desconocido con la frente en alto. Había retado cada hecho, investigado cada pista.

Había iluminado cada esquina oscura, y perseguido decididamente las volátiles sombras.

Y aquí estaba, corriendo de cosas insubstanciales, cosas que pedían su ayuda. ¿Qué sentiría el perro? ¿Seguiría actuando según sus necesidades, o ya podría disfrutar de la bendición de la libertad? Y el hombre, la elegante pero imponente figura cuyos ojos la cautivaron a pesar del terror... ¿Cuál sería su historia? ¿Qué relato triste hilaría de concedérsele la oportunidad? ¿Qué solicitaría de los vivos?

Cuando ella había cumplido ocho años, le habían regalado uno pesada linterna negra. La noche que se había escapado de la granja y escabullido para explorar había iluminado con ese poderoso haz de luz cada milímetro, cada agujero, cada madriguera.

Constantemente, había tenido la sensación de que algo estaba reptando y confabulando en la oscuridad detrás de ella; y había pensado que si iluminaba hacia alguna dirección apartaría su atención de ella y podría darse cuenta del peligro. Por eso, cada tanto, se daba la vuelta, dispersando las sombras que se habían espesado detrás de ella.

Finalmente, semanas más tarde, las baterías se habían agotado, y sus incursiones en lo desconocido cesaron, hasta que varias tragedias conmocionaron su vida y la retrotrajeron al inicio del círculo, la retornaron al comienzo de la maraña de misterio.

Dedicó su vida a resolver ese enigma para desatar los nudos de la confusa existencia.

Y de repente, cuando la mejor herramienta para la búsqueda le fue brindada, salió corriendo.

Corrió, asustada del misterio de las sombras que la rodeaban por doquier, adelante, atrás, a la izquierda, a la derecha.

La mejor linterna, pensó, equipada con baterías que jamás se agotarían. Recordó haber visto una ridícula película años atrás sobre un luchador que había encontrado un par de gafas muy particular, con el que se podía ver a los extraterrestres que se habían mimetizado en nuestro planeta como seres humanos, como los que pasan junto a nosotros todos los días: el cartero, el banquero, la señora mayor de la esquina, todos eran en realidad horripilantes invasores esperando su momento oportuno, explotando nuestra ceguera. De igual manera, su visión había sido alterada, aguzada para percibir ese reino espectral; irreal e intangible, como aquél en el que había crecido.

A pesar de ello, el factor esencial seguía sin develarse, y ésta era la oportunidad para completar la búsqueda. Podría ser que el secreto de la vida no estuviese en el mundo de los vivos.

Quizás, pensó cuando la enfermera se le acercó con el sedante en la mano, sea necesario primero entender la muerte para poder develar el misterio de la vida. Algunos decían que al morir se conocen las respuestas.

Rebecca siempre imaginó una hilera de almas arrastrándose en una gigantesca biblioteca donde un ángel controlaba cada partida de defunción antes de autorizar el ingreso a ese lugar donde, por el resto de la eternidad, se podía absorber el conocimiento de lo infinito. La Muerte era la Gran Reveladora. Cuando se cruzaba el umbral, todos los misterios por los que se había padecido eran resueltos, descubríamos el porqué de todo, desde la extinción de los dinosaurios y las verdades de la religión hasta el lugar donde se encontraban las plumas extraviadas durante toda la vida.

Posiblemente, solo bastaba que uno de este lado conversase con alguien que había cruzado, algún alma habilitada en el archivo de la biblioteca

celestial para explotar ese pozo de sabiduría.

Rebecca se había enfrentado a la muerte, había estado cerca. Sin embargo, no le fueron dadas las respuestas.

Pero se le habían brindado los medios para buscar a aquellos que ya no se preguntaban más. Podría ser que no encontrase el propósito esencial de la vida, pero podía utilizar el don recibido para corregir muchos de los males intrínsecos en el mundo, y brindar un atisbo de significado a la vida. Podía servir como los ojos de la Justicia, para buscar las respuestas sin dilucidar aún en las oscuras bolsas de la realidad.

Con esa determinación Rebecca había apartado a la enfermera, había cogido las llaves de su coche y se había dirigido hacia la puerta.

Johnson y Myers maldijeron furiosos, y después de que Myers había apagado el vídeoreproductor, se apresuraron a seguirla.

Cuando llegaron al tribunal los guardaespaldas dejaron el automóvil y revisaron cuidadosamente las sombras y los umbrales. Había demasiado movimiento en la Avenida Constitución. Demasiado para su gusto. Johnson mantuvo la mano en el bolsillo aferrando el revólver al acercarse al coche de Rebecca. La luz proveniente de un farol de la calle iluminó los dos autos.

—¿De qué se trata todo esto, señorita Evans? —preguntó el agente Myers cuando ella bajó la ventanilla. Gerry Myers estaba molesto. Era una húmeda noche de viernes, viernes trece, recordó con un escalofrío que le recorrió *las capas de exceso de equipaje*, como le gustaba llamar a los treinta kilos de peso indeseado. Myers era un hombre de baja estatura, rollizo pero aparentemente ágil.

Él y Doug Johnson habían trabajado en equipo durante siete años; «Abbot y Costello», los llamaba el jefe. En el servicio de protección, entre los dos hombres habían matado a trece hombres, y *a una mujer ruda*.

Eso sucedió en los días de peligro. Ahora, se habían vuelto aburridos. Lo que solía ser una operación que implicaba emboscadas, embozos, trampas caza-bobo, se había deslucido por su banalidad. Ahora se sentaban detrás de cortinas cerradas bebiendo cerveza suave y mirando películas de estreno, y ocasionalmente se levantaban para revisar el lugar. Ninguno de los trabajos asignados en los últimos seis meses habido implicado una amenaza real. Por cierto que el dinero estaba bien, pero ambos estaban de acuerdo en que era momento de cambiar, de salir durante los fines de semana; había pensado en

encontrar una mujer a quien le gustaran los hombres rollizos, y sentar cabeza.

Y allí estaban, en una calurosa noche de viernes trece, intentando vigilar a una joven que no le importaba un ápice su propia seguridad.

Rebecca ignoró su pregunta. Salió del automóvil y cerró la puerta bruscamente.

—Cerrado —murmuró y giró su hermoso rostro hacia Myers quien gruñó, reconociendo que no podía quejarse de la persona a la que debían custodiar—. Necesito entrar allí —les dijo Rebecca decididamente, encaminándose hacia el silencioso edificio de mármol cuyas columnas se elevaban hacia la oscuridad con las estrellas como telón de fondo. La escalera de piedra ascendía hasta una sombría entrada.

Myers casi rió sonoramente.

—Lo siento, señorita. Las incursiones clandestinas no son parte de nuestro oficio. Puede regresar mañana por la mañana.

Le dispensó una adusta mirada.

—Esto está relacionado con mi seguridad.

Detrás de la hilera de árboles y faroles, pasó un automóvil lentamente, como agobiado por el calor.

—¿Cómo? —preguntó Johnson, mirando nerviosamente al callejón en penumbras.

Rebecca cerró los ojos.

—Vamos, muchachos. Es muy probable que allí se encuentre algo que necesito, y requiero tiempo para conseguirlo, tiempo del que no puedo disponer durante el día, con toda la gente rondando por allí.

—¡Por Cristo! —exclamó Myers—. Es una locura, no podemos solo...

—Por favor —imploró aferrándole los hombros. Sin ajustarse totalmente a la verdad, dijo—: Esta puede ser mi única oportunidad para atrapar al asesino. Créanme. No estoy loca, solo... apremiada.

Myers constató la verdad en sus ojos.

—Está bien —dijo sin detenerse a pensarlo.

Johnson tragó con dificultad. Pero cuando vio la mirada de su compañero, se contuvo.

—Bueno, pero entra y sale rápidamente, y nosotros la acompañamos en todo...

—No. Ustedes deben permanecer fuera del recinto.

—¿Qué? Señorita, usted tiene razón, no está loca. Está completamente demente.

—¿Qué demonios...?

—Intento protegerlos, muchachos —aseguró subiendo los escalones.

—Cuanto menos sepan, menor es su responsabilidad. Confíen en mí. Sólo entraré y saldré enseguida. No hay peligro.

Rebecca se encogió avergonzada por sus palabras. Pero ¿realmente no había ningún peligro?

¿En qué se estaría metiendo? Se estaba introduciendo en un mundo desconocido por propia voluntad. Cualquier cosa podía suceder...

Finalmente, Johnson y Myers subieron los escalones tras ella, y arriba fueron persuadidos fácilmente. Johnson llevaba una ganzúa en la pistolera, y pronto estuvieron dentro, cerraron la pesada puerta de madera detrás de ellos.



Rebecca dejó a los custodios en la puerta de entrada; si alguien la había seguido, podrían interceptar al atacante y al menos dar la voz de alerta. Ese sentimiento del deber fue la causa por la cual le habían permitido seguir adelante.

Se sintió estúpida en un principio. El tribunal estaba vacío. Desprovisto de seres vivos o muertos. Pero cuando Johnson y Myers quedaron fuera de la vista, los primeros signos de aprensión comenzaron a roer su confianza. Y a medida que fue avanzando por los pasillos de mármol iluminados por lámparas de techo, alcanzó a oír un sonido indefinible, disipando los últimos rastros de dudas de su mente. Para ese momento, había llegado a la escalera, fue entonces cuando escuchó el sollozo.

Y como un eco lastimero, más allá de la curva al terminar la escalera, escuchó el familiar llanto, el ahogo, el tono desolado, que solo podía pertenecer a Ronald Jacobs.

Las piernas le flaquearon y se tambaleó debiéndose aferrar al pasamanos.

La cabeza le giraba y el corazón le latía apresuradamente, cerró los ojos e

inspiró tratando de llenar los pulmones de aire y de controlar el miedo.

Adelante, Becki. Está esperando. Es tan solo otra entrevista.

Con cada paso no pudo evitar recordar el momento final del juicio de Jacob. Los ojos despidiéndose e implorándole...

«¿Alguna novedad, señorita Evans? ¿Algo que pueda salvarme o debo atravesarme el cerebro ya mismo?».

... la conmoción agitando todo el recinto cuando su cuerpo sangrante sacudido por estertores se desplomó contra la primera fila...

Rebecca subió el último peldaño y avanzó con gran esfuerzo.

Un pálido brillo cubría la antesala del recinto cuyas imponentes puertas de roble permanecían cerradas, una opresiva quietud dominaba el ambiente. El sollozo fue más audible, aunque de alguna manera más suave y lastimera. Con paso inseguro, luchando contra los temblores que le corrían por la línea de transpiración de la espalda, movió la puerta. Como en un sueño, vio su mano penetrar la penumbra, localizar el picaporte, y empujar.

Suavemente, sin hacer ruido, la puerta se abrió, dejando salir una suave brisa y un mar de sollozos. La oscuridad la absorbió y el miedo la dominó. El llanto estaba mezclado con un vago murmullo y un extraño, rítmico goteo. Al avanzar impulsivamente palpando la pared, tropezó con una silla.

Finalmente localizó el interruptor, y el recinto se iluminó.

Entornando los ojos a causa del repentino brillo de la luz, Rebecca intentó situar el origen del movimiento en la parte de adelante de la sala; enfrente del escritorio una figura inmaterial estaba vestida con un fino traje azul; tenía brillante cabello negro y largas patillas. Estaba gesticulando vehementemente frente al estrado, con una pluma en la mano señalaba a la mesa vacía que se hallaba a su espalda, después se dirigió bruscamente hacia el jurado acodándose contra la barandilla. Sus labios se movían incesantemente, pero Rebecca no podía escuchar su voz.

Sólo un apagado goteo, como la de una gotera cayendo del techo.

De repente, se dio cuenta de que había dos presencias en la habitación. El sollozo provenía del escritorio de la defensa, donde una forma desplomada levantó la cabeza a regañadientes, alarmada por la luz.

El llanto se acalló cuando el fantasma lentamente se dio la vuelta en el asiento. Tenía una perforación en el centro de la frente. Los ojos hinchados de

Ronald Jacobs se fijaron en los de la periodista, y en sus anteojos etéreos, Rebecca vio el familiar reflejo de apatía, mezclado con el anhelo de reivindicación.

Dejá-vu, pensó Rebecca mientras se desplomaba en una silla.

La expresión de Jacobs se iluminó. Con el mentón caído al levantarse a través del escritorio, se dio la vuelta y la miró de frente flotando en el aire sobre el mueble.

El abogado, al otro lado, continuaba presentando silenciosamente su caso ante el jurado.

Rebecca dijo:

—Hola, Ronald.

El fantasma reaccionó como si lo hubiesen golpeado.

—¡Señorita Evans! Usted...

—Puedo verte, sí —estaba sorprendida de cómo el terror había sido rápidamente controlado. Podía ver hacia todos lados. No había nada que temer. Sólo había conocimiento esperando ser revelado.

—¡Oh, gracias, Dios mío! —Jacobs giró en el aire, estrechándose los hombros—. ¡Tengo otra oportunidad! —esbozó una amplia sonrisa que estiró la piel transparente de su frente de manera tal que la cuchillada se agrandó formando una gran elipse.

El fantasma del abogado se detuvo para mirar a ambos, como si estuviese perturbado por la falta de respeto en el recinto, después continuó con su alegato ante el estrado.

Rebecca se obligó a avanzar y se detuvo en el pasillo.

De nuevo percibió el sonido de un líquido goteando.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Jacobs flotando hasta el final del pasillo, al notar el vendaje.

—Karl Holton, eso es lo que me sucedió, Ronald. Me encontró, me disparó, me cortó la garganta. Quería silenciarme.

El fantasma se cubrió el rostro con las manos, y gimió nuevamente.

—Hice muy bien mi trabajo —dijo ella.

—Es mi culpa —gritó Jacobs—. ¡Usted sufrió por mi culpa, todas esas

personas sufrieron por culpa mía!

—Pagué el precio por saber demasiado, Ronald —su voz fue suave, apaciguadora.

Jacobs pareció ignorarla.

—Y ésta es mi penitencia —hizo un gesto fugaz con el brazo hacia los escritorios y el estrado—. Aquí permanezco, sufriendo por el dolor que le he causado a otros.

—No —Rebecca negó acercándose—. Ésa no puede ser la razón por la que está aquí.

«¡Escúchate! Hablando de porqués...».

—No creo que esté siendo castigado. Se ha quedado por alguna razón.

«¿Razón, Becki? ¿Has cambiado?».

—La verdadera razón del sufrimiento está aún allí...

—Sí —declaró Jacobs después de un momento de silencio durante el cual el fantasma del abogado se paseó frente el estrado del jurado, agitando los brazos ostensiblemente y apretando los puños—. ¡Sí! —exclamó, al tiempo que se deslizaba y descendía hasta donde se encontraba Rebecca. Se arrodilló con los brazos extendidos hacia ella.

Rebecca pensó que podía ver todo a través de la incisión de la puñalada, sin obstrucciones fantasmagóricas en el túnel. Se irguió y gritó mentalmente con ansias de escaparse. Pero se mantuvo en el lugar. No había qué temer. Era la representación de la muerte arrodillada frente a ella.

La primera periodista en conversar con la Muerte...

—¡Sí! —gritó nuevamente—. Lleve a Karl frente ante la justicia. Limpie mi nombre —sus ojos se llenaron de lágrimas azulinas—. ¡Seré libre! Quiero seguir adelante, quiero... —apartó la vista.

—¿Qué...? —Rebecca preguntó arrodillándose—. ¿Qué... sucede cuando uno muere?

Jacobs se enfrentó a su mirada intensa. Parpadeó, sus ojos se agitaron fuera de foco, después comenzó a relatar lentamente, como si profiriese cada palabra con esfuerzo.

—Un dolor cegador, lacerante, en el cerebro... después... una especie de

paz. Estaba flotando en un mundo nebuloso de sombras y nubes; imágenes del recinto, los gritos, los alaridos... mi cuerpo arrastrado. Percibí algo cálido y me pareció que algo me atraía desde lo alto. Pero cuando intenté subir, me sentí demasiado pesado como para elevarme. Algo me obligaba a bajar, algo opresivo, demandante.

—El viento sopló y dispersó las nubes y aclaró la bruma. Y me hundí, me hundí hasta el techo inmaterial del tribunal. Aterrorizado, pensé que seguiría bajando, a través del suelo, a través de la misma tierra, que había sido juzgado una vez más, y nuevamente hallado indigno.

—Pero solo permanecí en el sitio de mi muerte. Sentí una profunda tristeza en el..., no sé cómo llamarlo, todavía duele como si fuese el corazón. Lo que se siente no difiere en mucho. Dolores y penas, todos desaparecieron, no tengo que afeitarme más. Pero de alguna manera, no he apreciado su triunfo sobre la carne. Porque tan pronto superé las miserias del cuerpo, me devastaron los horrores del alma.

Rebecca permaneció ensimismada en sus pensamientos durante un rato, después preguntó:

—¿Y nadie más ha podido detectar su... presencia?

Jacobs negó con la cabeza.

—No. Pero por supuesto, no me he esforzado en ello. Sentí que había logrado escapar de una grave sentencia para sufrir otra aún más inflexible. De la que no había escapatoria, ningún cuchillo para cercenar mi espíritu. Supe lo que era, y a pesar de la desesperación... lo acepté —su expresión pareció distenderse, tenía los rasgos más relajados—. Y en respuesta a su pregunta, no, nadie me ha visto. Ni mi compañero en la eternidad, el señor abogado defensor que está allí.

—¿Cuál es su historia? —Rebecca miró de nuevo al abogado bien vestido—. No parece sorprendido de que pueda verle y hablarle. Pensé que vendría enseguida hacia aquí, implorando algo.

Jacobs se encogió de hombros.

—Está demasiado lejos. Todo cuanto pude dilucidar es que está presentando su caso en contra de un hombre joven imputado por varios asesinatos.

Suspiró.

—De todas formas, antes de que realmente dejase de repetir las palabras en voz alta, alcancé a reunir fragmentos de información, y recordé el caso sucedido aproximadamente ocho años atrás.

—Un hombre llamado Sullivan había sido arrestado por el brutal asesinato de tres de sus colegas mujeres. El fiscal tenía sólida evidencia, pero...

Rebecca también recordó el caso que la había perturbado profundamente... pero los investigadores no habían cumplido los procedimientos correctos según la jurisprudencia existente y la defensa había logrado liberar a su cliente.

—Y una semana antes de que fuese inculpado con nueva evidencia, Sullivan siguió a la hija del abogado... —Jacobs dejó la frase sin terminar.

Rebecca cerró los ojos, y siguió viendo al fantasma pasearse ante el jurado, golpeando la madera, alegando ante el juez. Y descubrió qué era lo que estaba goteando.

—Oh, Dios...

Tenía dos cortes en las muñecas de los cuales la sangre goteaba eternamente sobre el suelo del recinto del tribunal.

Jacobs carraspeó y retomó el tema.

—Una vez, un perro vidente fue retirado de la sala. Con el pelaje del lomo erizado, no cesó de gruñir y ladrar furiosamente, se soltó y corrió hasta la mesa en donde me encontraba, aullando frente a un joven pirómano. Siempre me he preguntado por qué los perros empiezan a ladrar sin más a la nada en el medio de la noche...

Parpadeó, y continuó.

—Y en varias ocasiones, cuando me sentía de humor como para ello, fui capaz de desordenar algunas hojas del escritorio de los jueces.

—Nada importante, no del tipo *Poltergeist*.

Rebecca lentamente se puso de pie, se dio la vuelta y permaneció con la cabeza gacha.

—¿Qué sucede? —preguntó Jacobs, y al intentar apoyarle la mano en el hombro, se lo atravesó.

Movió la cabeza.

—Creo, acabo de darme cuenta... La muerte no brinda todas las respuestas —se dio la vuelta y encontró su mirada confundida—. Parece ser una existencia aún más sin sentido y confusa que la vida misma...

Jacobs asintió pero una sonrisa logró apartar su taciturna expresión.

—No considere mi condición o la de ese pobre infeliz, como la muerte.

Purgatorio, limbo, llámelo como quiera. Todo lo que sé es que usted puede liberarme. Haga lo que no pude hacer yo cuando estuvo con vida. Atrape a Holton. Descúbralo... expóngalo.

Sonrió ampliamente.

—Sé que usted me liberará. Y podré morir realmente. Hay más, señorita Evans, más allá de esto. Hay algo más...

Ella cerró los ojos, y sintió la sensación de lucha una vez más; recordó el túnel, la luz guía...

—Sí —asintió, y se le serenó el corazón al tiempo que sonreía tan ampliamente como él.

—Hay algo más, es cierto.

## Capítulo 8

*En el exterior de la Universidad de Georgetown,*

*23:00 horas.*

—¿Otro trago, señor?

El hombre que se hallaba en el reservado pareció ignorar la pregunta, y la camarera empezó a enojarse. Era de un tipo extraño, de apariencia distinguida, brillante cabello oscuro, teñido supuso, vestía un jersey negro de cuello alto con las mangas arremangadas hasta los codos. Sentado silenciosamente en las penumbras, contrastaba profundamente con el resto de los parroquianos, el bar cada vez más bullicioso con la gente que celebraba animadamente el final de la semana de trabajo. Sin embargo, ese hombre permaneció en silencio durante casi una hora ocupando él solo un reservado.

Había terminado un tequila triple de un sorbo en la barra, después se había llevado otro que bebió mirando concentradamente las marcas de la mesa de madera.

—Con permiso, amigo —dijo con tono molesto. Había comenzado a trabajar al mediodía, y estaba empezando a cansarse del ruido y del humo—. Su vaso está casi vacío. ¿Quiere otro, o las dos últimas vueltas lo convirtieron en un zombi?

Lentamente, levantó el mentón, y giró la cabeza. La lámpara de arriba, un globo que proyectaba una tenue luz, parecían producir el efecto contrario, quitándole la luz de los ojos. Manchas negras le desdibujaban los rasgos, las cuencas de los ojos le produjeron un escalofrío en todo el cuerpo. No podía explicarlo, pero percibió que en esas sombras vacías, en la profundidad de esos pozos oscuros, se albergaba algo maligno.

En ese brillo fantasmagórico, la figura se movió. Una mano grande, magníficamente enjoyada con anillos de oro de garras con piedras, salió de debajo de la mesa. Los labios apretados.

—Traiga la botella —dijo. Y la mano depositó en la mesa un billete de cincuenta dólares.

La camarera contuvo la respiración, no por la suma de dinero, o por el resplandor de las joyas, sino por la voz del hombre. El tono era insensible, descarnado, irritante, y pareció tener como un eco, como si fuesen dos voces hablando al unísono. Penetrante, en la forma en que modulaba las palabras, poderosa; imponente con un acento irreconocible, contenía esa característica particular del nacido para el liderazgo, que exige incuestionable lealtad.

Cuando se acercó con la cuenta, la mano le retorció la muñeca. Pestañeó con una mueca de dolor, pero no pudo gritar.

—Encárguese de que no me molesten nuevamente, mujer.

Al borde del llanto, asintió rápidamente, estrujó la cuenta en los dedos retorcidos. Finalmente, la soltó y tambaleándose, regresó a la barra donde un trío de estudiantes de verano de Georgetown casi borrachos la silbaron y la miraron lascivamente, y pidieron otra vuelta.

El hombre del reservado respiró profundamente y quedó sumido otra vez en su concentración. La visión se le nubló, los ojos quedaron fijos en un punto en la distancia. La respiración se hizo rítmica, controlada, suave y lenta. Los finos labios temblaron y enrolló la lengua contra el paladar, convirtiéndose su respiración en un horripilante silbido.

—*Ramsey...*

El cuerpo se sacudió con un espasmo, la copa sobre la mesa tembló.

—*¡Ramsey! Gorrión. Ven... Aparece, te dejo lugar. Ocúpalo.*

El brazo izquierdo sufrió un brusco espasmo, golpeando las flores del estante en la pared; las puntas de los dedos se clavaron frenéticamente en la suciedad.

—*Ven... Tu Tlatoani se dirigirá a ti.*

La camarera, sorprendida por los temblores del hombre, regresó.

—*Gorrión. Regresa a lo que una vez fue tu nido.*

Colocó la botella en el centro de la mesa, consciente del sudor que le bañaba la frente. Una pareja del reservado contiguo le hizo una seña impaciente.

—*Ah. Despierta. Responde a mi llamada, fiel creyente.*

En el momento en que iba a entregarle el cambio, le echó una rápida mirada al rostro del hombre que se retorcía en la oscuridad. La piel tensa en los pómulos prominentes y huesudos, los dientes al descubierto, y los ojos, los ojos completamente en blanco.

—*Te permito ocupar una parte para que podamos hablar. ¡Levántate, buscador de la verdad!*

La camarera guardó desordenadamente el dinero en el bolsillo, se tambaleó, tropezó contra una mesa y derramó dos jarras de cerveza. Murmurando disculpas incoherentemente, corrió hacia el baño.

—*¡Ven!*

Un gemido, una profunda inhalación. Músculos que se distendían. Ojos que se cerraban.

—*Ah, allí estás. Bienvenido.*

—Señor... aaayyy... —los labios luchaban infructuosamente para proferir las palabras.

—*De esa forma, no, estúpido. Transmite tus pensamientos. ¡Hazlo!*

—*Señor... Aquí estoy.*

—*Bien.*

—*¿Qué... dónde estoy? ¿Cómo podemos estar ambos conscientes?*

—*Simplemente he renunciado al control de una fracción de espacio al que perteneces. El tiempo es cada vez más escaso. No puedo desperdiciarlo en engorrosas técnicas de comunicación.*

Ramsey agitó los párpados con los ojos abiertos y giró la cabeza hacia una dirección, después hacia la otra.

—*¿Por qué estamos aquí? ¿Un bar? Lo último que recuerdo... Bergman muerto. Varios espectros pavorosos arrodillándose frente a usted, jurando su eterna lealtad. Después...*

—*Después reclamé tu cuerpo y recorrí las calles de esta vasta ciudad, el centro de un imperio.*

—*¿Señor?*

Silencio altivo.

—*¿Cómo puede ser... que sea capaz de ver esas... apariciones, esas*

*presencias de los que murieron hace tanto tiempo?*

*—Necesito que puedas ver mi forma cuando estemos separados. Y por eso, alteré, digamos, aumenté tus sentidos hasta su capacidad total. Antes, tus ojos aunque abiertos, estaban impedidos, limitados; como si sufrieran de una ceguera autoinducida; un rechazo a ver lo que no creías. Corregí el defecto, como lo hice con muchos de los impedimentos físicos que has acarreado al igual que otras cargas innecesarias.*

*—Mi cojera...*

*—No corresponde con un emperador evidenciar ningún signo de debilidad.*

*—Me siento vibrante, joven. Le has devuelto años a mi cuerpo. Años, sí. ¿Se nota? ¿Alguien lo nota?*

El cuerpo de Ramsey tembló de repente, los labios se le secaron y la garganta se le contrajo.

*—Con tu receptáculo mortal atravesé las calles de ésta extensa ciudad. Sentí el calor de soles ficticios, deambulé a través de sus desperdicios, me regodeé con su opulencia. Dos veces debí enfrentarme con matones exigiéndome riquezas. Sus cuerpos irreconocibles yacen destrozados en acueductos subterráneos.*

*—Investigué y aprendí. Busqué por todos lados a la Paloma, pero no pude detectar su rastro. Estuve cerca algunas veces, estoy seguro.*

Meditativo silencio.

*—¿Podría ser, oh mi Señor, que él lo sepa y que se haya escondido?*

*—¿ESCONDIDO?*

Un temblor sacudió todo el cuerpo de Ramsey, haciéndole golpear la cabeza contra la madera. Alguien murmuró desde el otro lado:

*—Quédate quieto, imbécil.*

*—¿Escondido? ¿Por qué habría de querer escapar de un destino tan glorioso? ¿Se oculta un emperador en otra tierra cuando los ejércitos derrotados llegan para rendirle homenaje, a ofrecerle riqueza, sus mujeres, sus propias vidas?*

*—Lo siento, yo...*

—*¡SILENCIO!*

En una convulsión, Ramsey se agitó hacia los costados mordiéndose la lengua levemente.

—*No. Él no, no puede saber su destino. Está allí. Cerca.*

Un hilillo de sangre le bajó por la garganta. Las manos se aferraron con fiereza al borde de la mesa.

—Lo siento —dijo una mujer de cabello castaño que de repente había aparecido junto a la mesa.

—¿Qué es esto? Qué descaró...

Rió tontamente y señaló a un grupo de estudiantes que estaban del otro lado del bar. Las dos mujeres le devolvieron el saludo, los tres hombres sonrieron con suficiencia y levantaron las botellas. Una de las mujeres, más baja que las otras, con la mano vacía, frunció el ceño levemente; entrecerró los ojos y abrió la boca de par en par con preocupación.

—¿No es usted el profesor Mitchell? —dijo la joven de cabello castaño, inclinándose hacia delante, apoyándose en los codos, la blusa, con tres botones desabrochados.

La tenue luz le bañó la piel con las doradas tonalidades del crepúsculo, mostrando seductoramente sus bien formados pechos.

—No sabía que había vuelto —rió nuevamente y apoyó el mentón en la punta de los dedos.

—*¿Quién es esta perra? Deshazte de ella, Ramsey.*

—Es decir, sabe que lo extrañamos este año realmente. Bueno, colocaron un estúpido anciano para dictar la clase 120. Dios, qué aburrimiento. Mis amigos y yo abandonamos el curso en la segunda semana. Íbamos a esperar por usted. Es decir, por algún curso suyo previsto para el próximo semestre, sabe, en la primavera voy a ir al exterior. Un semestre a América Latina —se pasó la lengua por los labios.

Un pesado aliento a cerveza azotó el rostro de Ramsey.

—¿Algún consejo para darme, tal vez?

—Se...

—¿Qué? —se acercó aún más—. ¿Se siente bien? —miró la botella.

—Todavía llena, no lo puede haber afectado aún, Mitch. Eh ¿por qué no viene con nosotros? Nos encantaría pasar un rato con usted. Podríamos hablar acerca de su viaje y contarnos sobre los pequeños misterios que haya desenterrado. O podría escuchar a Marsha. Nos ha impresionado durante la última hora, ella es psíquica, sabe, o algo así, ya le contará. Nos dijo que puede entrar en una habitación y empezar a conversar con todos los espíritus que estén allí, hacerles preguntas, jamás lo creería.

—*Yo no puedo hablar, Señor. Yo...*

Un puño golpeó la mesa, sacudiendo la botella que cayó y giró hasta las manos de la joven.

—Ah, lindos anillos. ¡Son increíbles!

—*Muy bien. Necesito escalpar de tu lastimoso cascarón de todas formas.*

La joven castaña se dio la vuelta y sonrió con suficiencia a sus amigos cuando un feroz viento la azotó con toda su fuerza. El cabello se le arremolinó sobre los ojos, la botella se cayó y se hizo añicos. La lámpara de arriba empezó a moverse como si fuera un péndulo, ocultando e iluminando los rasgos desfigurados del profesor Mitchell.

La joven pestañeó y se apartó los mechones de cabello.

—Qué... oh.

—Lo siento, Mitch. Pensé... Guau, ¡qué viento!... ¿Quién dejó una ventana abierta? En todo caso...

Ramsey logró recomponerse.

—Lo siento, señorita... ¿Andrews, me parece?

—¡Sí, se acordó de mí! Es realm...

Un alarido ensordecedor se escuchó en todo el bar. Una mujer se puso de pie bruscamente, con la boca abierta de par en par, y el rostro lívido por el terror.

La joven castaña pegó un salto.

—¡Marsha! ¿Qué sucede? ¡Marsha!

Con los ojos desorbitados, Ramsey miró a la joven y a la figura siniestra sobre la mesa.

Ahuítzotl parecía tan sorprendido como él. Pero su expresión de asombro

cambió rápidamente a una de furia descontrolada. Los puños, cerrados con fuerza, los músculos de los brazos etéreos, tensos. El mentón erguido desafiante, los ojos entreabiertos debajo del elegante casco en forma de águila. El viento azotó nuevamente desparramando manteles, haciendo caer vasos de plástico, despejando el humo de los cigarrillos. El pánico se desató en el bar, brotaron gritos mezclados.

—*Me ven, Ramsey.*

—*¿Cómo puede ser?* —preguntó el profesor, asombrado mientras intentaba ponerse de pie.

Y recordó, psíquica, que habla a los fantasmas... El Tlatoani había alterado su poder visual. El poder de Marsha podría haber surgido naturalmente, un misterio de la genética, o un tipo de accidente que modifica las células cerebrales.

La cabeza espectral giró, chispas de furia le danzaban en la profundidad de los ojos vidriosos.

—*Debe ser eliminada. Cómo alcanzó a tener ese poder no importa. Ella es una amenaza.*

—*¿Por qué? ¿Qué daño puede hacer? Seguramente, nadie le creería cuentos sobre un fantasma azteca rondando desquiciadamente por ahí.*

Ahuítzotl no le quitó la vista a la joven, clavándole la mirada a través de la confundida multitud.

—*¡No debo ser visto! Aquellos que quisiesen usurpar mi destino podrían fácilmente mutilarme a través de ti. Sí, leal siervo. Eres mi anfitrión, me muevo y actúo a través de ti. Vero si el caparazón que me alberga expirase, para siempre estaría impedido de viajar lejos de aquellos componentes esenciales que echaron raíces en tu sistema...*

Una figura en la esquina del bar llamó la atención del azteca, un hombre con chaqueta de cuero que cabeceaba adormilado, abstraído de los gritos, sumido en su intoxicación.

La señorita Andrews había regresado a la mesa de Marsha. Intentó calmar a su amiga desesperadamente. Marsha aún chillaba, señalando e intentando balbucear algo coherente.

Y Ahuítzotl voló suavemente sorteando los parroquianos y confundidos fortachones, a través de los distintos bancos y lámparas, a través de la mesa

de billar. Al igual que Ramsey, Marsha lo observaba, sus ojos aterrados seguían cada uno de los movimientos del fantasma.

Todo el tiempo, Ahuítzotl le obsequió una amplia sonrisa de dientes perfectos. Llegó a su destino, levantó al borracho que estaba inconsciente. Haciéndole un guiño a Marsha, la pretérita aparición cerró los ojos y descendió, encogiéndose en la espalda del hombre dormido.

Marsha se soltó de sus amigos e intentó salir del reservado.

El viento se calmó dejando arremolinados zarcillos de humo disolverse en las lámparas de arriba.

El borracho que estaba del otro lado del bar se levantó erguidamente, con los ojos abrasados de percepción y propósito. Se deslizó de la silla, tambaleó y se encaminó aferrando una botella vacía de la mesa.

La psíquica apartó a uno de los jóvenes que intentaba detenerla. Le echó una rápida mirada al hombre con chaqueta de cuero, vio que sus pasos eran demasiado rápidos. Empujó a uno de sus amigos hacia donde se acercaba el atacante.

La botella osciló en un limpio arco estrellándose contra el cráneo del joven. Se partió cubriendo a Marsha con fragmentos de vidrio como hojas de afeitar.

Gritando desafortadamente, se cubrió los ojos con las manos ensangrentadas, retrocedió hasta chocar contra una silla caída y tropezó.

Él se le acercó.

Intentaron detenerlo, pero fácilmente se deshizo de ellos.

Marsha levantó un brazo para protegerse de la botella, pero el hombre enloquecido fue más rápido; se agachó, alzó la mano y descargó la botella partida en sus costillas desgarrando el cuerpo hasta perforarle el corazón que quedó incrustado en las dentadas puntas del cristal.

Ramsey dejó el reservado, con movimientos aturdidos y lentos, presencié la masacre.

Se detuvo, a pesar del horror que lo rodeaba, pudo percibir el alivio de sus piernas liberadas de todo dolor. Pero otra sensación desagradable se iba gestando. Lentamente, una bruma le aletargaba las células.

Con vista desfalleciente, Marsha pudo percibir al espíritu autoritario

separarse del cuerpo del borracho vestido de cuero. Se elevó como vapor que sale al levantar la tupa de una olla.

El espíritu le echó una última mirada de satisfacción, se cruzó de brazos, parecía estar esperando. El mundo se volvió todo negro como el carbón, menguó el dolor hasta desaparecer por completo.

Su espíritu se elevó hacia una luz guía, desde cuya brillante luminosidad figuras susurraban su nombre y la urgían a entrar.

Un dolor lacerante detuvo bruscamente la imagen. El mundo se tornó borroso y un vértigo le dominó la mente. Divisó una visión dantesca, un gruñido, una máscara lunática del mal.

Y algo se estrujó en el núcleo de su esencia, se cernió sobre su alma, y la ciñó. Aulló con insoportable agonía al disolverse sus extremidades cósmicas, al fundirse su torso en fibrosos haces, zarcillos de luz humeante.

Jadeando, luchó contra la maligna atracción; con el último resabio de brumosas volutas resistió la extinción de su alma. Pero fue inútil.

Fue como si un torbellino se formase en el puño del fantasma, y la arrastrase inexorablemente, girando a bandazos, empujándola. Su esencia atomizada luchó para poder huir, pero fue atrapada y sojuzgada.

Daba vueltas, y vueltas.

Un último grito se perdía, menguando lastimoso.

Había desaparecido.

Ramsey se acercó a la multitud de espectadores horrorizados. Notó que la señorita Andrews se cubría el rostro sollozando. El borracho había sido alejado del cuerpo; varios fortachones lo habían inmovilizado golpeándolo sanguinariamente y sin sentido.

Ahuítzotl flotó en el aire hasta quedar junto al profesor. Observando displicentemente como espectadores de un partido de fútbol.

—¿Por qué? —susurró Ramsey. Rememoró la muerte de Bergman—. *No, dos muertes... Un final tan horrible... seguramente ella no merecía ese destino.*

—*La última ofrenda* —contestó Ahuítzotl solemnemente—. *Huitzilopochtli no estuvo satisfecho solo con corazones humanos. ¿No lo entiendes, fiel creyente?*

Debatiéndose inmerso en un mar de dudas, Ramsey cerró con fuerza los ojos apartando la imagen de horror que desfiguraba los rasgos de la joven, los hilillos de sangre escurriéndose de la boca abierta. Sacudió la cabeza, y recordó algo que le había dicho Bergman: «... hay cosas que no deben salir a la luz... secretos que es mejor que se mantengan ocultos». Las cosas no estaban resultando como Ramsey lo había planeado; algo estaba muy mal, terriblemente mal.

Ahuítzotl continuó:

*—Siglos atrás, mis ofrendas fueron insuficientes. No bastaron para detener la destrucción, no sirvieron para obtener las bendiciones.*

Colocaron un mantel cubriendo el cuerpo de la psíquica. La gente se alejó parsimoniosamente, algunos pidieron un trago con desesperación.

*—Por lo tanto, el dios Sol y yo firmamos un pacto.*

Ramsey se encogió, y el recuerdo de las palabras de Bergman surgió una vez más, enviando ondas al tramado de la memoria de Ramsey.

*—Debía morir para ofrecerle lo que yo no podía ver ni tocar estando vivo: las almas, la misma esencia interior de los seres. Porque ¿qué es un corazón humano? Un órgano mortal, un instrumento que provee animación a una masa vulnerable de carne. ¿Qué significa para un dios? ¿Le ofrendarías a tu maestro un pedazo seco de carne? No, Huitzilopochtli requería algo más, una ofrenda de naturaleza similar a su ser eterno.*

Las sirenas ulularon fuera, acercándose.

*—En mi arrogancia había pensado que él estaría satisfecho con la fuente de la vida. Fui derrotado, y con humildad le rogué servirle desde el otro lado, para reunir a las almas, a las esencias eternas de la existencia misma.*

*Vida y muerte y todo en lo infinito del otro lado... eso es lo que prometí entregarle. Y ése ha sido mi deber. En Tenochtitlán, he ofrecido muchos... Sin mi lealtad vuestro sol habría expirado centurias atrás.*

Ramsey gruñó y sacudió la cabeza.

*—Sorprendente —suspiró—, realmente...*

*—¿Te burlas de mí?*

*—No, no —¿Cómo podía expresar su asombro ante la extensión de sus creencias? ¿Podría en un intento de abogar por la verdad producir otro*

resultado que no fuese una negativa categórica e inmediata desconfianza?—. *Perdóneme* —agregó optando por no intervenir. Particularmente, en consideración a que la fe del Tlatoani en la doctrina azteca era, después de todo, esencial para el cumplimiento de destino.

—*Por mi fe y mi lealtad, un día, Huitzilopochtli restaurará mi imperio.*

—*Cuando vuelva, con la tarea cumplida, gobernaré en Mictlán, el imperio de los muertos, el reino del más allá.*

Sin embargo, el profesor no podía escapar de la creciente sensación de temor. Las creencias no podían ser llevadas tan lejos. Quizás... quizás el Gorrión debió haberse mantenido en su nido. Algo le recriminó en su oído... mejor mantener oculto...

—*Cada alma que junte, Huitzilopochtli la toma como un tributo, como prueba de que no lo he olvidado.*

Ramsey consideró preguntar por qué, si el dios realmente tomaba las almas, Ahuítzotl brillaba más intensamente con una luz etérea después de haber consumido el espíritu de la joven; por qué parecía más grandioso, sus músculos más marcados, sus ojos más grandes y su brillo más radiante.

Mareado, Ramsey se tambaleó al borde de la inconsciencia.

Recordó la imagen de Bergman. «Arde en el infierno que has liberado...».

—*Me di cuenta de que había procedido bien cuando la Profecía fue proferida y supe de la Paloma, y de mi destino. Hasta ese momento, Huitzilopochtli me había cuidado, protegido mis restos. Porque aunque la carne es débil y carece de valor, el espíritu perdura junto al consuelo que una vez brindó, y no se desviará demasiado lejos. Pero entonces, tú, Gorrión, me fuiste enviado, y juntos terminaremos la gloriosa hazaña.*

—*¿Y cuando encuentre al que busca? ¿Qué sucederá, Tlatoani?* — Ramsey se encogió interiormente, porque vislumbró que entonces, su utilidad sería inexistente.

La señorita Andrews estaba sollozando, escoltada por sus amigos. La policía pululaba por el área. El humo se asentó, descendiendo en capas, moviéndose lentamente alrededor de los bancos y las mesas.

La gramola reproducía una simpática canción publicitaria, un taco de billar golpeó las bolas agrupadas. Surgieron voces apagadas resumiendo las preocupaciones de semanas venideras, sobre hechos locales y nacionales,

sobre el calor, acerca del crimen y castigo, drogas y prostitución, relaciones y amigos, béisbol y religión, vida y muerte.

Y Ahuítzotl se acercó al profesor Mitchell.

*—Entonces el Quinto Sol detendrá su trayecto celestial, conteniendo la respiración hasta que el Destino y yo nos encontremos finalmente, para intercambiar dones, y desearme una bienvenida eterna.*

## Capítulo 9

*Viernes por la noche, 21:30 horas.*

Un velo de ébano desciende sobre el cielo, precediendo la ola de abultadas nubes negras. En la ciudad, escudada por el brillo de miles de lámparas de neón, la transformación del reino celestial ocurre sin ser notada.

Un niño pequeño de la zona este se encamina hacia un gran cementerio, adonde su sombra se disuelve al tiempo que una delgada luna de cuarto creciente es devorada codiciosamente. Un profesor, quien una vez caminaba cojeando, se deshace de los restos de dos criminales. Y una periodista enciende la luz de su oficina del *Washington Post* para descubrir un pequeño paquete que la espera.

A kilómetros de allí, en una arenosa franja de tierra junto al agua agitada por el viento creciente, una figura cubierta con una capa permanece de pie, la atención fija en un punto distante del océano embravecido. Las olas que antes brillaban a la luz de la luna y capturaban imágenes estelares se han convertido en una pura sábana negra, que se eleva al encuentro del cielo. La arena danza y se arremolina alrededor de las piernas de la figura que las olas las embisten, extendiéndose a sus pies. El largo de su cabello, sujeto atrás con un retazo de tela, permanece inmóvil, y la capa cuelga suelta y quieta.

A su debido momento, se le une un perro de tamaño mediano. Juguetón en un principio, el animal hace cabriolas con un palo en la boca y agitando la cola hasta el lugar donde se encuentra la figura. La actitud del perro cambia repentinamente al percibir el humor del hombre. El animal suelta el palo, da vueltas en el lugar, después se echa a los pies de su amo, aullando suavemente.

Sabe que no habrá juegos esa noche.

## Capítulo 10

*Cementerio de Arlington, viernes 21:30 horas.*

Jay aferró los barrotes de hierro con fuerza, y lentamente dejó que su cabeza descansara sobre el frío metal. Respiró profundamente, aspirando la refrescante brisa.

Arrugó la nariz.

—Lo huelo —le dijo a la niña que estaba junto a él.

Susie estaba imitando su pose, las manos espectrales aferrando dos barrotes de las rejas, la cabeza espiando a través del espacio.

—¿Hueles qué? —preguntó con la mirada fija en la agonizante luminosidad del horizonte. Pinceladas violetas parecían vetear con pintura húmeda de color púrpura la neblina brillante. Densas nubes se acercaban del este, atiborrándose sobre las pequeñas estrellas y devorando el contorno de la luna. Las inconfundibles sombras de los encorvados árboles parecían agrandarse acompasando aquellas proyectadas por cientos de monumentos y lápidas que salpicaban la colina.

Jay tosió suavemente.

—Muertos —dijo escudriñando el cementerio.

Piedras irregulares sobresalían de parcelas cubiertas de césped recién cortado; mausoleos bajos lindaban con altas estatuas de mármol. Ángeles, cruces, urnas y banderas observaban desde privilegiadas alturas sobre las lápidas talladas. El suave viento susurraba meciendo las hojas de los pocos robles dispersados en la colina, y los grillos seleccionaban respetuosamente tonos sombríos para honrar la noche.

—¡Allí hay uno! —Susie casi gritó, señalando—. Junta a la estatua alta del ángel con la espada.

—Sí, ya lo vi —Jay miró con cansancio al punto en cuestión.

—Él solo flota allí con las manos unidas. Como si estuviese rezando...

Los ojos de Susie se iluminaron.

—¡Quizás has sido enviado en respuesta a su oración!

—Quizás —Jay se encogió de hombros.

—Tú contestaste a mi plegaria, Jay CaCollins —empujó la cabeza a través de la punta de hierro y lo miró de frente—. Rogué por un amigo. Un amigo que me pudiese ayudar.

Suspirando, Jay levantó la cabeza y aguzó la vista para verla. La sonrisa, su expresión esperanzada, ahuyentó su desesperación, y una expresión se dibujó en sus labios.

—Vamos, aguafiestas —le urgió—. Has logrado tantas cosas hoy, deberías estar orgulloso, feliz.

Jay frunció el ceño.

—Lo estoy. Es solo que... Bueno, sé que puedo brindar ayuda a esa gente, como al viejo del estadio, el que contó que había muerto durante la Depresión o algo así, cuando estaba jugando por peniques...

—... y la mujer de la librería —agregó Susie pensativa—. Quien dijo que no se iría hasta que su libro fuese publicado.

—... y el pobre banquero que se ahorcó porque había perdido el empleo.

—... y aquellos cuatro adolescentes fuera del hospital...

—¡Puaj! —gruñó Jay—. Era un desastre, todo ensangrentado. Olían igual que mi papá. El olor de la cerveza es hediondo... —Jay quedó sumido en silencio, y se dio la vuelta.

Posó los ojos en un par de apariciones que estaban aullando y gimiendo fuera de una bóveda.

—Es solo que... que no sé quién soy.

Susie pestañeó, abrió la boca. Bajó los ojos y se apartó para observar las lápidas más cercanas.

—Pensé que iba a haber más espíritus aquí —dijo de repente—. ¿Tú no?

—¿Quién soy? ¿Qué soy? —Jay sacudió la cabeza. Los gritos de los dos fantasmas golpearon sus sentidos—. ¿Por qué solo yo puedo oírlos y nadie más?

—Allí hay otro, atravesando el árbol —pareció aliviada—. Quizás es cierto lo que mis padres me decían...

—Si soy tan especial... —continuó Jay.

—Ella me dijo que las tumbas son lugares pacíficos. Sólo lugares de descanso.

—... ¿por qué me fue otorgada la peor vida? Aislado del mundo...

—Las almas se han ido...

—... atrapado en una habitación infame, sin que pudiese usar mi *don*.

—Los cementerios son para los vivos, solía decirme mamá.

—Susie ¿qué soy yo? —nervioso, cayó de rodillas. Se frotó los ojos con las palmas de las manos, como si pudiese físicamente anular su visión maldita.

La luz de la luna logró atravesar el techo de nubes, y por un instante tan solo, bañó el área con un brillo plateado. Las sombras del cerco pintaron rayas negras en el cuerpo de Jay, y una tranquila calidez le rozó la piel del rostro. Cuando la luz se apagó y la impaciente oscuridad regresó, Jay dejó escapar un grito profundo.

—Necesito ayuda. Alguien que me diga qué debo hacer, a dónde debo ir. Si soy tan especial...

—Las cosas saldrán bien. Tienen que salir bien —dijo Susie vehementemente, aunque su seguridad parecía disminuir.

—Si soy tan especial, las cosas tendrían que haber salido bien desde el principio —la miró con creciente ira en sus ojos oscuros.

Ella retrocedió.

—Jay, tienes que creer, tienes que tener fe.

—¿Y dónde la conseguiré? —se puso de pie, intentando sostenerse de un barrote de la reja.

—¿Cómo me podré pagar la comida, la ropa? No soy un fantasma, sabes. Todavía necesito comer —un rastro de humedad comenzó a brotar de la esquina de sus ojos.

—¿Dónde dormiré?

Suavemente, el viento comenzó a soplar, acompañado por el crujido de las

ramas del árbol más cercano. Varias gotas cayeron sobre la frente de Jay.

—Mierda.

Susie gimió, y se colocó las manos en la cabeza, mascullando.

—Ahora, voy a empaparme —murmuró Jay—. ¿Por qué no podría ser yo el fantasma?

Susie levantó el rostro hacia las gotas de lluvia cada vez más gruesas. Abrió la boca como si quisiese atrapar las gotas que atravesaban su lengua. Bajó su rostro entristecido para mirarse los pies descalzos. Contestó:

—Cuestión de suerte, supongo.

Jay gruñó y miró hacia atrás, a la calle distante. Pasó un automóvil oscuro cuyas cubiertas buscaban expandir los charcos que se juntaban en las cunetas poco profundas. Bajo la tenue luz de las lámparas de la calle las gotas bailaron, atrapadas en conos fosforescentes. Una tenue neblina se levantó de la calle caliente, subiendo en columnas como peces en un tanque.

—¿Quieres ir a tu hogar? —preguntó Susie.

Jay se mantuvo en silencio durante largo tiempo. La lluvia le golpeaba la cabeza, buscando los lugares secos de su camisa, humedeciéndola y escurriéndosele por el pecho.

El coro de grillos cesó de repente, permitiendo a los fantasmas competir con la tormenta por el derecho a cantar.

—Mi hogar —dijo el niño finalmente—. No lo he encontrado aún — cuando abrió la boca, las gotas lograron entrar y le golpearon los dientes y le salpicaron la lengua.

Susie flotó más alto, seca y sin cambios.

Jay se dio la vuelta y caminó hasta el cerco. Su rostro estaba desprovisto de expresión, como si la lluvia le hubiese borrado todo tipo de emoción.

—Aunque mientras tanto...

Las palabras siguientes fueron ahogadas por el rugido de las ruedas de un Semi que avanzaba a través de la lluvia. Jay se escabulló fácilmente entre dos barrotes, con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, caminó entre lápidas, alrededor de estatuas, sobre el lodo, adentrándose en el cementerio.

Susie se deslizó manteniéndose a la par, pero cuidadosa de no distraerlo o

menguar su determinación. Sus piernas atravesaron hileras de monumentos mientras Jay los esquivaba o caminaba sobre ellos.

Finalmente, se detuvo y con cuidado de no pisar los nuevos maceteros con flores, trepó a una piedra alta. Se tambaleó y casi cayó, pero logró recuperar el equilibrio.

De pie y erguido, estiró los brazos. La lluvia le fustigó el rostro y el viento azotó sus andrajosas ropas. Como arroyos en miniatura, el agua le corrió por los brazos, por debajo de la camisa y por los costados del cuerpo. Le dispensó a Susie una pequeña y húmeda sonrisa, y con voz cascada y salvaje que se impuso al viento y a la tormenta, le gritó al fantasma que oraba, a las almas perdidas y desesperanzadas que yacían sentadas en las tumbas, a las cosas insustanciales que farfullaban incoherencias frente a sus bóvedas.

Los llamó a todos.

Y con rostros ansiosos, le contestaron y se acercaron a él.

## Capítulo 11

Los números digitales 945 aparecían exhibidos sobre la radio del automóvil. El motor del Probe estaba apagado, los focos también. El viento enfurecido buscaba vanamente desafiar la inmovilidad del vehículo, y vendavales de lluvia caían del cielo como hebras devanadas. Ella estaba estacionada en la calle Sexta, a metros de la estación Gulf. La luz roja del semáforo se refractó en la cascada de gotas que golpeaba el parabrisas del Probe.

Rebecca se miró en el espejo retrovisor. Estelas escarlata se deslizaban sobre su rostro, y gotas refrescantes le salpicaban la piel. Sus dientes reflejaban tonos carmesí y, en los ojos, antorchas encendidas.

Nerviosa, parpadeó, giró el espejo, y miró por la ventanilla. A través del caleidoscopio creado por la lluvia, notó el parpadeo de unos focos cuadrados desde una calle lateral más adelante.

—Calma, Becki. Tranquilízate. Es solo otro propietario preparándose para una entrada enloquecida al garaje —suspiró, retiró la llave y apagó la radio—. Además, Dick Tracy y Sam Spade están estacionados atrás, a solo un coche de distancia. Sin duda engullendo alitas de pollo, pero seguramente lo están controlando todo. Recordó su furia cuando los hizo detenerse en la gasolinera, otra desviación de su plan de rutina.

—Oh, no deben aguantarte más, Becki. Otros trucos como éstos, y estarán dispuestos a atarte y enviarte por correo a la oficina de Karl.

La voz de Phil Collins surgió de los cuatro altavoces, acompañada de un tenue y rítmico repicar de tambores, y de un suave rasgueo de guitarra.

—«Es siempre lo mismo, es una vergüenza, no hay nada más. Nada».

—No es todo —golpeó la cabeza contra el volante— ni por asomo... hay mucho más —levantó la cabeza y pudo descubrir su imagen borrosa en el parabrisas. En el cristal, parecía un fantasma.

Pálida, transparente. Con ojos torturados que rogaban liberación.

Una vez más se enfrentaba al hecho de cuán imprevisible podía ser la vida. Tres horas atrás, no había una nube en lo alto; el cielo estaba tranquilo, el aire quieto.

Ahora, volvía a llover a cántaros contra el parabrisas y las gotas golpeaban con fuerza en el techo.

Dos semanas atrás ella creía que la vida era vida, y la muerte era muerte. Oh, se aferraba a la dulce esperanza de que cuando algo llamado alma se iba, para bien o para mal, se dirigía a otro lugar inaccesible a las limitaciones de la mortalidad. Pero que la vida y la muerte eran como el agua y el aceite, la línea estaba claramente definida, y jamás podrían cruzarse o mezclarse de ninguna manera. Psíquicos y practicantes de la necromancia<sup>[11]</sup>, no eran más que charlatanes con un disfraz elegante.

La verdad la había golpeado como si se tratasen de incontables dagas, empujando su cándida fe hacia una luminosidad deslumbrante, con efecto cegador y cuyo estruendo continuaba rugiendo, creciente, ensordecedor, cuando pensó que había menguado.

Reconoció que había dejado el tribunal demasiado pronto. Jacobs tenía todo el tiempo del mundo y había mucho que ella quería saber.

Hordas de preguntas luchando por el primer lugar. ¿Por qué deambula en ese lugar en particular? ¿Cuántos fantasmas más hay ahí? ¿Quién decide si uno se va o se queda? ¿Podría ser que no hubiese fantasmas que hayan permanecido durante siglos y siguieran deambulando sufrientes, buscando la paz que para siempre los elude?

Tantas preguntas sin respuestas, mezcladas, confusas. Abrumada, había sentido que la voluntad le flaqueaba; necesitaba el consuelo de los seres vivos, sólidos. Había tenido que irse. Además, sabía que Jacobs no tendría las respuestas. Le había prometido limpiar su nombre, él aseguró que lo sabría cuando sucediese y, entonces, se iría. Con lágrimas agradecidas, intangibles, como si ya estuviese libre, se lo había agradecido, ya que seguramente no volverían a encontrarse en ese plano de existencia.

La música la serenó, devolviéndole el sentido de la realidad, ahogando al mismo tiempo la furia de la tormenta. Phil cantó enérgicamente el último verso: «Y cuando pensé que todo saldría bien, descubrí que estaba equivocado al creer que estaba en lo cierto...».

Rebecca se reclinó hacia atrás, permitiendo que el apoya-cabezas acunara su cráneo. Se había soltado la coleta; el cabello húmedo logró meterse debajo del vendaje del cuello haciéndole picar la piel expuesta.

Se le puso la piel de gallina. La cinta del profesor Bergman estaba negligentemente tirada en el asiento sobre varios libros.

El reloj cambió de 9:48 a 9:49 horas y Rebecca cogió la grabación, la colocó frente a sus ojos.

—Urgente —su voz tapó el sonido quejumbroso de las guitarras. El paquete tenía una inscripción no muy prolija en tinta roja, «URGENTE». Se acordaba de Bergman. Ella había cubierto la historia de un robo en el museo. Según recordaba, era un hombre mayor, inteligente y sociable, y debió reconocer que había sido el tipo entrevista que necesitaba una periodista cansada a cuatro horas de la hora de cierre.

Obviamente confiaba en ella. Y le había enviado algo importante.

En el paquete había encontrado una sola cinta y cuatro libros voluminosos.

Una docena de anotaciones en *Post-it* pegadas en las páginas de los libros.

Otra nota en el primer libro decía:

*«Señorita Evans. Disculpe mi atrevimiento, pero no tengo alternativa y el tiempo se termina. Por favor, lea las secciones señaladas en los libros, después escuche la cinta grabada por un colega, el profesor Ramsey Mitchell, a cuyas clases usted no pudo concurrir en Georgetown. Por favor, cuando escuche a Ramsey, mantenga la mente abierta. Puede ser la noticia más importante de la historia».*

Rebecca levantó los libros, prestó atención a los títulos: *América Central primitiva*; *Antiguas ciudades de los mayas: Mitos y creencias mesoamericanas*; y uno sobre *Historia de los aztecas*.

Dos semanas atrás, nada la habría detenido y se habría sumergido en la historia y escuchado la grabación sin dilación. Dos semanas atrás, creía en la finalidad de la muerte.

Mientras sostenía en alto la caja, la luz rojiza del empapado parabrisas pintaba en ella figuras esotéricas. Era como si lo que había parecido sangre cubriéndole el rostro, de alguna manera, se hubiese esparcido con ondas suaves sobre la caja, salpicando y fluyendo sin solución de continuidad. La

ilusión era tan real que tuvo que pasarle los dedos para convencerse de que estaba seca.

La Rebecca Evans de dos semanas atrás se había ido, un caparazón exterior desechado.

Un reptil despojado de su vieja piel emergiendo con un nuevo rostro, con escamas más brillantes y más fuertes. Esta Rebecca dejó atrás la falsa arrogancia junto con la piel inútil. No lo sabía Todo. No estaba próxima a develar los misterios del mundo. En realidad, ni siquiera había hallado el cerrojo...

Los eruditos y sus respectivas civilizaciones habían debatido los eternos interrogantes durante siglos, y ahora ella intentaba resolverlos en unos pocos años. Habría querido cerrar el libro para siempre, arrojar a todos los filósofos en la línea de espera de los desempleados, y reclinarsse en el porche de atrás mientras bebía el néctar de la Vida, sabiendo exactamente cómo se preparaba el brebaje, y, lo más importante, por qué mantenía su sabor único.

—No puedes hacerlo todo, Becki —cerró los ojos y movió la caja entre los dedos.

De la misma manera en que quería arrojar la grabación en el paquete junto con los libros hasta que resolviese el intento de asesinato que había sufrido, además de la liberación de Jacob, algo de la vieja Rebecca subsistía, machacando las células nuevas. La vieja Rebecca se alimentaba de la urgencia y de la aventura. La vieja Rebecca seguía cada pista, chequeaba cada fuente. La vieja Rebecca olía una historia.

La compañía musical de Phil se acabó y fue reemplazada por el estridente acople de guitarras eléctricas.

—Un misterio a la vez —dijo Rebecca por encima del estruendo de la música de rock. Encendió las luces interiores del automóvil y abrió el primer libro en la página marcada.

Bajó el volumen de la radio y comenzó a leer en voz alta. Las palabras lograron calmarle los nervios, más que la música. Poco después se sintió como si hubiese vuelto al colegio y estuviera leyendo un libro de su materia favorita, y pronto se halló inmersa en el antiguo pasado.

«Los aztecas eran nómades que surgieron en lo que ahora se conoce como México a fines del siglo XII. Absorbieron las culturas nativas a las que dominaron. De forma gradual y después, cruelmente, se expandieron

conquistando, saqueando, arrasando a otros pueblos para volver con el botín obtenido a su capital, Tenochtitlán. Algunos ejemplos de la avanzada cultura alcanzada son: un alfabeto escrito, un calendario increíblemente exacto y las cartas astrales.

»Su arquitectura no tuvo paralelo, sus obras públicas fueron sorprendentemente eficientes.

»Eran politeístas y sus numerosos dioses jugaban importantes roles en la vida diaria.

»Quetzalcóatl, divinidad del inframundo, de las artes y del viento. Tláloc, dios de la lluvia, quien comparte la cima del templo del sol con el terrible dios guerrero del sol, Huitzilopochtli.

»Según la mitología azteca, ellos estaban viviendo en el Quinto Sol o el quinto ciclo de la creación, el mundo había sido creado y destruido cuatro veces. Cada destrucción fue provocada por fuerzas diferentes en las disputas de distintos dioses.

»En la antigua ciudad de Teotihuacán, a corta distancia de Tenochtitlán, fue donde el Cuarto Sol fue destruido, y donde surgió nuestra estrella actual.

»En Teotihuacán, durante la interminable noche del Cuarto Sol, los dioses, uno a uno, se tuvieron que sacrificar a sí mismos con el objeto de alimentar al nuevo sol y comenzar el nuevo ciclo de existencia. Cuando pereció el último dios, nació el Quinto Sol.

»La mitología azteca consideraba la vida como un don efímero, una condición que podía ser destruida en cualquier momento. Los dioses se habían sacrificado para crear el mundo y su subsistencia solo podría ser asegurada a través de los sacrificios de sus habitantes.

»Y de esa manera, el sacrificio humano era santificado. La práctica se estableció por medio de un rígido sistema de creencias y tradiciones sustentadas en la mitología.

»Así resultaba honorable morir sacrificado como ofrenda a Huitzilopochtli. Los prisioneros en camino a ser sacrificados nunca intentaron evadir su destino ya que era un destino envidiable. Así las víctimas lograban vivir en la gloria con Huitzilopochtli; y gracias a sus muertes, el sol permanecía en su lugar y el mundo continuaría.

»¿Qué podría haber sobrevenido de esa colosal civilización si no fuese por

las acciones de un imperio trasatlántico y de un hombre llamado Cortés en los inicios del siglo XVI? Eso entra en el terreno de las suposiciones. Algunos opinan que fue el progreso la causa de la caída del imperio azteca, otros lamentan su ocaso y presentan elocuentes hipótesis sobre futuros posibles».

Rebecca cerró el primer libro, lo colocó al final de la pila, después abrió el siguiente en la primera marca.

»Los Olmecas<sup>[12]</sup> fueron guerreros y artesanos que vivieron cerca del golfo de México. Prosperaron durante siglos, alcanzando su pináculo en el periodo 1100 a. C. 400 a. C. Se destacaron como grandes escultores, y entre las obras más curiosas que han perdurado figuran las cabezas de gigantes que miran hacia el Golfo. Cabezas chatas talladas en basalto cuyos ojos alargados escudriñan por siempre el agua. Según la tradición Olmeca, se llevaban a cabo danzas en los acantilados, cuyos participantes quedaban inmersos en un enloquecido frenesí durante toda la noche hasta que despuntaba el alba.

»Durante el primer siglo, los invasores se establecieron en Teotihuacán. Aproximadamente en 400 d. C. la ciudad controlaba toda América Central. En 650 d. C. por razones desconocidas, esta civilización se extinguió. Hasta ese momento Teotihuacán creció y floreció como ninguna otra ciudad. Su mejor obra de arquitectura, la Pirámide del Sol, permanece como testamento silencioso de una cultura avanzada y misteriosa. Mil años después, los aztecas realizaron peregrinajes a Teotihuacán por considerar a la Pirámide un lugar sagrado construido por los dioses antes del final del ciclo del mundo anterior.

«Después de 650 d. C. los mexicanos llegaron al poder infiltrando a los Zapotecas y apoderándose del control del valle de Oaxaca. Eran orfebres, pintores y escultores».

El último libro...

«A comienzos del siglo VII, la civilización maya ejerció una considerable influencia intelectual y religiosa sobre Mesoamérica. Con su avanzado conocimiento de la ciencia y de la astronomía resulta desconcertante que tantas ciudades mayas fueran abandonadas unos pocos siglos después...».

Rebecca cerró el libro y pensó que los pasajes eran ciertamente interesantes, y si bien servían para refrescarle la memoria sobre la historia de Centroamérica, no descubría nada trascendental en ellos. Tuvo la sensación de que Bergman estaba presentando un adecuado escenario.

Lo que el profesor Mitchell fuese a decir en la grabación estaría relacionado con el antiguo México.

Antes de escuchar la grabación, Rebecca apagó la luz del automóvil, cerró los ojos y pensó por un momento en lo que había leído. Los pasajes que Bergman había subrayado tocaron una cuerda sensible de Rebecca. Misterios que sabía habían existido en toda la historia. La verdad era esquivada, difícil de descubrir, al punto de ocultarse a sí misma conscientemente, como en el caso de las ciudades mayas consumiéndose bajo un grueso manto de crecientes junglas.

Colocó los libros sobre el asiento del acompañante y buscó la cinta.

Abrió la tapa con dedos temblorosos.

—Bueno, profesor Mitchell. En esta solitaria calle cubierta por la tormenta, usted cuenta con mi más completa atención.



En una angosta y sombría calle lateral bañada por cortinas de lluvia, un solitario y silencioso Transam se enfrentaba con la tormenta. Los exiguos desagües se habían llenado más allá de su capacidad, tosiendo e inundándose con el agua que los rebasaba, elevándose y fluyendo sobre la calle. Las ramas se sacudían y los árboles parecían luchar y retorcerse como si temiesen que la tormenta pudiese arrancar sus troncos del mismo suelo. En la estrecha hilera de casas económicas, varias luces tenues evidenciaban la presencia de sus ocupantes. Al levantarse la cortina de una casa cercana, un rostro borroso curioseó a través de la ventana empapada.

La figura hundida en el Transam se relajó. Los ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, había captado los haces de luz plateados que se filtraban desde la calle a través de la ventanilla. Estaba concentrado en la radio. Dos cables delgados se extendían desde detrás del equipo hasta una caja pequeña colocada en el asiento del acompañante. Otro cable más grueso estaba conectado al encendedor del automóvil.

Karl Holton estaba enojado con él mismo por no haber traído otro encendedor.

Necesitaba un cigarro. Desesperadamente. Había una cajetilla nueva en el tablero, y uno de los pitillos sobresalía del paquete burlescamente.

Maldita perra, maldijo en su interior. De todas formas, no se suponía que

estuviese viva. Nunca había estropeado un trabajo antes. Y ahora estaba en la situación más arriesgada de su vida. En 1988, cuando estaba en Nicaragua, haciéndose pasar por uno de los habitantes asesinados, había llegado tan lejos como para mancharse el cuello y el pecho con la sangre de una anciana que yacía con los ojos abiertos, había contenido desesperadamente la respiración y había evitado mirar a los rebeldes que pasaban negándose a gritar cuando revisaron el cuerpo buscando cosas de valor, la situación de aquel momento había sido menos precaria que el apuro que afrontaba ahora.

Había fracasado al intentar eliminar el único indicio que lo acusaba. Y, lo que era el peor, era una periodista altamente apreciada.

De contar con pruebas suficientes, ella podría exponer a su sórdido grupo por completo y a toda una serie de asuntos oficiales. Malversación, asesinato, fraude, traición... solo para nombrar algunas de las cuestiones que el público rotularía como crímenes. ¿Qué sabían ellos de crímenes? El público. Los juristas. Los políticos. ¿Qué sabían de libertad? La deseaban. La declamaban. La mencionaban en inspirados discursos para conseguir empleos cómodos.

¿Qué sabían de la sigilosa amenaza Roja, que sangraba desde las arenas de Cuba, nadando como una anguila hacia las costas de América Latina, infectando su tierra, saturando el aire y vertiéndose como lluvia desde las nubes?

El comunismo en nuestro patio trasero y la nación permanece frente a sus televisores japoneses observando Carson y MTV, bebiendo cerveza alemana y vistiendo ropas coreanas. Americanos.

Las manos de Karl aferraron el volante hundiendo las uñas en el mullido tapizado.

Él y su equipo de expertos habían actuado en nombre de la nación. Y la peor parte era que nunca podrían recibir el crédito por el retorno del continente a la democracia. Oh, todos vitoreaban la restauración de las elecciones populares en Nicaragua. ¿Pero quién podría asegurar que esa amenaza a la libertad no se atrevería nunca más a elevar su monstruosa cabeza?

No, él jamás podría reclamar el crédito. Los abogados no considerarían los planes a largo plazo, ni reconocerían que el fin justifica los medios. Mirarían estúpidamente y señalarían, una y otra vez, destacando los pequeños detalles, torturas, asesinato, desvío de ingresos públicos para financiar una Operación de Prevención.

Por eso, debía mantener cada aspecto de su trabajo bajo absoluto secreto.

Hubo que utilizar grupos para proteger la información, para transformar asuntos preocupantes en discretas ficciones.

Ronald Jacobs perteneció a esos grupos. Infortunadamente, Karl había estado demasiado ocupado como para supervisar cada aspecto del procedimiento, principalmente, para inculcar lealtad. Y cuando Jacobs renunció, sin haber completado su trabajo y con justificaciones difícilmente creíbles, Karl no tuvo otra alternativa. Mientras los asesinatos estaban siendo arreglados y la unión de la familia de Jacob agonizaba, Karl había ejercido control total sobre Jacobs.

Había monitoreado comunicaciones telefónicas, contratos comerciales, conversaciones durante cenas, todo.

Cada nivel había sido cubierto. El último vínculo se había solucionado con una sentencia de muerte, disfrazada de un expeditivo suicidio, que ahorraba unos cuantos miles a los contribuyentes.

Todo estuvo arreglado, hasta que Rebecca Evans metió demasiado su inquisidora nariz. Karl nunca supo cuánto había descubierto, pero el hecho de que supiese su nombre y de haber hecho preguntas sobre su paradero, fueron motivos suficientes para su eliminación.

¿Qué importaba una vida más sacrificada en aras de la libertad? Millones de nuestros hombres murieron en la Segunda Guerra Mundial para salvar a los europeos esnob y a los judíos. Pero ahora, cuando nuestro suelo estaba en peligro, ninguna muerte podía ser considerada importante.

Mascullando, Karl subió el volumen de la radio. Una luz parpadeó en la caja metálica del asiento. Había estado vigilando a la señorita Evans desde que supo que había sobrevivido. Extrañamente, excepto durante las primeras horas de su recuperación, había dicho poco sobre el caso de Jacob. Un confidente, soborno de por medio, había colocado micrófonos en su habitación en el hospital. Pronto le había mencionado su nombre a un compañero llamado Donaldson, quien probablemente después se lo dijo a su jefe. Por supuesto, la mujer estaba histérica, tenía alucinaciones, y probablemente no la habían tomado en serio.

Si fuese necesario que sufriese un accidente, una recaída... Le habían permitido dejar el hospital demasiado pronto. Incluso sus abogados podrían demandar a los médicos por negligencia.

La había seguido cuando salió del hospital y fue testigo de su estado de conmoción. Casi le había facilitado las cosas provocando que el conductor se saliese del camino. La había perdido solo durante media hora mientras estuvo en la casa. Se había escapado para dar una caminata por la playa, y durante ese lapso, sus micrófonos solo pudieron captar el ruido de los guardaespaldas engullendo comida comprada y había escuchado sus chistes de mal gusto. Ella había regresado balbuceando incoherentemente sobre nuevas alucinaciones.

Karl podría haberla eliminado en varias ocasiones, pero estaba intrigado. No podía comprenderla.

¿Qué se traería entre manos? Les rogó a los custodios que le permitiesen ir al tribunal. No solo se lo habían permitido, sino que, además, habían forzado la entrada para que ella realizara incursiones subrepticamente. ¿Qué había tan importante dentro? Karl jamás había estado allí; convenientemente, había arreglado unas vacaciones en Suiza durante todo el tiempo del arresto y del juicio.

Según el panel luminiscente de su reloj pulsera eran las 9:46 horas.

Extrajo un par de guantes de cuero de debajo del jersey negro de algodón. Instintivamente, chequeó mentalmente los elementos que portaba, un revólver calibre 38, un cuchillo de hoja dentada de 15 centímetros escondido en la pantorrilla izquierda, una pistola 45 con silenciador en la pistolera que portaba en el hombro bajo el jersey. En el bolsillo derecho delantero, dos agujas tapadas que contenían un líquido inocuo con burbujas de aire que provocarían una embolia a los pocos minutos de inyectarla. Debajo del cojín del asiento delantero, dos Uzis cargadas, un rifle semiautomático y siete granadas incendiarias.

El tiempo se estaba acabando. Cada minuto de vida que le perdonaba era un minuto restado a su propia vida. Pero la curiosidad...

Subió el volumen de la radio.

La lluvia resultaba indistinguible debido a los sonidos que captaba. La música de Génesis y de Phil Collins. Un suspiro femenino. El volumen de la estación de radio que la mujer subió.

—No puedes hacerlo todo, Becki.

Una débil sonrisa se extendió debajo de las sombras amorfas de profundas y sinuosas raíces que parecían estar creciendo en las cuencas de los ojos de

Karl.

—Habla sola —dijo con un suspiro irritado—. Bien.

Se estiró los guantes firmemente, flexionó los dedos de ambas manos. Sabía que sus guardaespaldas habían aparcado detrás de ella ya que no habían sido muy discretos.

Sin duda habían notado su automóvil, y probablemente se estaban preguntando si habían visto a alguien salir de él. Pero por el momento, no habían llamado a la policía, a nadie en realidad, para que lo revisaran. El Transam era robado, estaba registrado a nombre de un albañil de Fairfax. Nunca sería vinculado con él.

Con un suspiro resignado, Karl se dio cuenta de que probablemente tendría que llevarla con vida, para sacarle información sobre quién más sabía, y cuánto. Lamentaba no haber llevado elementos de tortura, pero estaba seguro de que se las ingeniaría. Después de todo, tenía mucha experiencia.

Démosle unos pocos minutos más.

Mientras tanto, Karl decidió constatar qué estaban haciendo Myers y Johnson. Había deslizado un pequeño micrófono debajo del felpudo del asiento trasero mientras ellos llevaban comida china a la cabaña de Rebecca. Ajustó la banda de la radio y la voz de uno de los guardaespaldas llenó el Transam.

—Demonios, Doug, nos van a pagar para quemarnos la lengua con esta salsa caliente y cuidar y una mujer hermosa. ¿En qué piensas?

—Ella no está bien. Este trabajo no está bien. Tengo un mal presentimiento.

Una lata de soda se abrió.

—Sí, quizás, pero tampoco querías aceptar el trabajo que hicimos para un millonario que nos dio un bono del treinta por ciento por encontrar a su maldito gato.

Se escuchó una risa entre dientes y el ruido de carne al ser masticada y engullida.

—Pero esta vez estamos lidiando con la CIA...

Ruido a huesos partiéndose. Dientes masticando.

—Puede ser, puede ser. La joven está viendo fantasmas cada vez que gira

la cabeza. ¿No vas a creerle el asunto de que la CIA quiere matarla? Demonios, es mucho más probable que se trate de un desertor escolar de Georgetown desquiciado que la atacó porque es famosa y...

—Su dirección no figura en la guía de teléfonos, Myers. Sabes tan bien como...

Karl cambió el dial a la frecuencia de Rebecca, los engranajes de su mente giraban al mismo tiempo y de igual manera que sus dedos. Podía escabullirse fácilmente hasta el coche de los hombres, y cuando bajasen la ventanilla, dispararles dos cargas con silenciador, y dirigirse hasta el automóvil de Evans sin que se diera cuenta de nada. Se le aceleraron las palpitaciones ante la expectativa.

Génesis estaba terminando de sonar en el coche de Rebecca.

Su reloj marcó las 9:49 horas.

Algo sonó en el reproductor.

La mano de Karl se deslizó hasta el picaporte de la puerta.

—Bueno, profesor Mitchell. En esta solitaria calle cubierta por la tormenta, usted cuenta con mi más completa atención.

Sus dedos se detuvieron, el picaporte giró hasta la mitad pero no lo suficiente como para abrir la cerradura y encender la luz interior.

Una voz extraña llenó el automóvil, Holton soltó el picaporte. Se dejó vencer por la curiosidad.

—Sí, profesor —dijo Karl—. Por favor prosiga. Usted cuenta con mi más completa atención.



—Mi nombre es Ramsey James Mitchell. Soy profesor de Antropología de la Universidad de Georgetown. La fecha es... 2 de julio. Lunes.

La voz no le era familiar a Rebecca. No sabía qué esperar habiendo visto en pocas ocasiones a Mitchell, solo en los pasillos de Georgetown.

Cuando hablaba, sus palabras parecían lindar la locura. Sonaba muy asustado como para avanzar coherentemente, pero también demasiado enardecido como para desistir.

—Si está escuchando esto, Edwin, algo ha salido mal.

Un automóvil pasó en otra dirección, sus focos atravesaron el velo líquido. Rebecca pestañeó, y se alejó de la ventanilla. Subió el volumen de la grabación.

—Le solicito como último favor y abusando de su cortesía, que escuche la grabación entera. Espere a terminarla antes de emitir cualquier juicio de valor. Se lo ruego. Para entonces, sin duda usted me habrá considerado un lunático, un profesor trastornado por ilusiones elucubradas por él mismo, o pensará que soy un hombre alterado después de un exasperante año bajo el sol.

—Puedo estar al borde del abismo que se abre ante mí, pero no, no estoy loco. Trastornado, obsesivo, desesperado. Sí. Es así como me siento. He investigado más a fondo que cualquier historiador, investigador, científico o detective. He cruzado límites que nadie jamás supo que existían ¡Dios, Edwin! ¡Todo encaja, todo!

—Oh, cómo desearía que usted hubiese dejado su cargo tedioso y me hubiese ayudado. Escalaríamos estas paredes juntos, amigo mío.

—Espero que tenga suficiente ambición y empuje como para aceptar la responsabilidad y terminar el trabajo que yo no pude.

—Ah, sé que con las incoherencias que he dicho hasta ahora no debe estar aún convencido totalmente.

—No llegue a rápidas conclusiones. ¿Recuerda, querido Edwin, las conversaciones que mantuvimos esas noches en Georgetown cuando dábamos debida cuenta del *brandy* y consumíamos cigarros hasta rebasar los ceniceros? ¿Acaso no soñábamos con poder aspirar a algo más de este mundo de banalidad? Cómo lamentábamos nuestros destinos, por ser simples coleccionistas, en vez de hacedores de la historia.

—Me he valido de la primera condición para alcanzar la última. Seré tanto forjador como destructor de la historia, Edwin, los misterios que he develado... No sé por dónde empezar. Una década atrás tropecé con la primera pista. Era tan solo un fragmento, un trozo solitario de basalto en la punta de un escarpado risco. Tan pronto lo vi, supe que era un hallazgo. Pero no tuve la visión suficiente como para vislumbrar lo que era realmente, un antiquísimo fragmento de una fantástica efigie.

—Con el tiempo, empecé a descubrir la verdad. Era un completo acertijo. Un gran rompecabezas milenario. El más endemoniadamente difícil que alguna vez fuese forjado.

—Tuve que hurgar a través de centurias del pasado de cada una de las principales civilizaciones, visitar todos sus monumentos. Lo que más me obstaculizó la tarea fueron los pedazos que habían sido destruidos, removidos y nunca incluidos en el grupo... por Dios, Edwin, se me acaba el tiempo.

—Si no puedo convencerlo de la verdad... solo estoy divagando. ¡Qué dolor!

—No puedo tomar los calmantes, tengo que seguir...

El silencio inundó el automóvil de Rebecca. De cierta forma, la tormenta se había calmado y el estruendoso aguacero se había convertido en un quedo golpeteo contra el capó. Miró fijamente las líneas de agua que se deslizaban sobre el parabrisas, observó cómo zigzagueaban, se cruzaban, se unían absorbiendo las pequeñas gotas quietas para desviarse en flujos descendentes. Se vio tentada a conectar el limpiaparabrisas para eliminar el intenso y fútil apremio de los raudos hilillos de agua, pero la acción le pareció un tanto cruel. Mentalmente, las asemejó a vidas humanas arrastrando sus existencias, entretejiendo esperanzados rumbos, interactuando y uniéndose con otras vidas; e imaginó una colosal mano cósmica acercándose al mando del limpiaparabrisas para destruir todo el afán y la lucha con un simple movimiento de los dedos.

La voz de Ramsey llenó nuevamente el interior del automóvil y sus palabras captaron toda su atención, como si aguardase al oráculo que prometía la verdad y el significado. Y, temblando de expectativa, se maravilló de la informalidad de su posición para que le fuese brindado tal conocimiento. El asiento delantero de un vehículo que la protegía de la lluvia. Sonrió de repente. Ah, qué ironía, el automóvil, un Probe<sup>[13]</sup>, y ella en el asiento del conductor. Quizás ese lugar tenía significado después de todo.

Cerró los ojos, se distendió y dejó que las palabras conjuraran poderosas y realistas imágenes. Con un suspiro se sumergió gradualmente en el relato...

«... Recuerde, Edwin, los hechos de la historia de México. Según lo he enseñado en mi cátedra, el imperio azteca sucumbió ante el poder del trono de España. Pero, ahora, querido amigo, debo aseverar con total convicción, que la caída de los aztecas fue predeterminada. Fue solo una escena en el acto final de un drama en el que el Tiempo ha representado edades antes de que la primera ciudad surgiera en Sumeria, antes de que los primeros hombres miraran hacia el cosmos y buscaran allí el significado...

»Sé que parece una nueva digresión, pero debe retrotraerlo

aproximadamente tres mil años, no al principio, fíjese usted, sino solo hasta un punto lógico desde donde proceder. En esa época, la de los olmecas, fue la primera pista, ese indicio que dio lugar a todo: las grandes cabezas de piedra olmecas que por sí solas no significaban nada, por supuesto.

»Las gigantescas esculturas mirando expectantes al mar. Inmediatamente, las relacioné con Cortés. Pero ¿cómo pudieron los olmecas predecir una invasión proveniente de una tierra desconocida, aproximadamente dos mil quinientos años antes de que sucediera? A su debido tiempo, iba a descubrir que las figuras realmente predijeron la llegada, pero no era un enemigo vivo lo que temían. Y Cortés era simplemente un actor en el gran drama.

»Pero voy demasiado rápido. Volvamos...

»En octubre, visité Teotihuacán, pero no encontré nada nuevo; nada hasta que por un golpe de suerte, durante el vuelo de regreso, el avión sobrevoló el lugar.

»Es posible divisar las ruinas en su conjunto, los templos, las avenidas, las chozas... formando un gran jeroglífico, una señal que ofrece a los avizores celestiales un mensaje.

»Ya antes había visto ese diseño en particular. Lo rastreeé, sabía que era de origen preolmeca. Con anterioridad al año 2000 a. C., varias tribus nómadas habían esbozado las configuraciones básicas, y las habían colocado en objetos de significación religiosa. Si pudiese dibujarle el diseño, sin duda reconocería la imagen ya que aparece en varios de los objetos exhibidos en su museo.

»Era el símbolo de la Creación, Edwin.

»¿Creación, se preguntará usted? Y se preguntará también por qué; esa misma pregunta es la que me obsesionó durante meses después de haber observado la vista aérea de la ciudad. ¿Por qué colocar un símbolo de la creación en un lugar que solo podía ser avistado desde el aire?

»Obviamente mi mente se proyectó a los siempre buscados seres extraterrestres irrumpiendo a pleno día, buscando una guía para su provecho. Si fuese así, el interrogante sigue planteado ¿Por qué la alusión a la Creación?

»Al tiempo que la hipótesis extraterrestre se debilitaba gradualmente, seguí hurgando en el pasado.

»Como sabe, en 1932 fue descubierta la “Tumba 7” en las ruinas del monte Albán. Junto a otros cientos de tesoros, había una pintura en especial,

realizada sobre una superficie de hueso. Aunque desvaída y astillada, pude descubrir detalles suficientes de esa simple fotografía. Los mexicanos tenían sus propios dioses y no los habían adoptado de Teotihuacán. Aun así, encontré un paralelismo, una imagen del sol, inmensa y radiante suspendida sobre dos líneas de figuras humanas difusas, con los rostros en blanco. Los individuos parecían estar de pie sin tocar el suelo y flotando hacia el sol.

»Una vez más, le recuerdo que no estaba buscando algo en particular. Sólo sabía que estaba intentando armar un rompecabezas. Cada pista que hallaba no tenía sentido por sí sola, y no lo adquiriría hasta que se le agregaba otra. No podía determinar qué era pertinente o no. Mi mente se convirtió en una esponja. Podía absorber todo, y los indicios más importantes los encontraba en mis viajes.

»El primer indicio surgió en una fría y húmeda caverna, en un lugar que había sido recientemente excavado al sur de Guatemala. Grabada en una pared e iluminada por la titilante luz de la antorcha de mi guía, se hallaba la imagen del sol sobrepuesta al símbolo de la Creación. Otra vez dos hileras de figuras se extendían hacia el sol. Una figura más grande estaba de pie ante el sol, con los brazos extendidos y goteándole sangre de las puntas de los dedos. Su vestimenta evidenciaba claramente su condición de soberano. Tenía la cabeza de un águila y sus pies terminaban en garras. El arte era característico de los olmecas, y seguramente pertenecía a los años 500 a. C., pero la razón por la cual el artista se había encontrado en Guatemala, era algo que no podía desentrañar.

»Por ende, tuve una imagen recurrente del sol adoptada por tres pueblos diferentes, dos de ellas con diferencias de miles de años entre sí. ¿Podría implicar algo más que la adoración del sol, lo que era bastante común en casi todas las culturas antiguas?

»La inclusión del símbolo de la creación me llevó a buscar otras posibilidades de explicación.

»Medité nuevamente sobre Teotihuacán y sobre los rostros de piedra en el Golfo. Estaban conectados, no tenía duda. De alguna manera oscura, intrincada.

»Seguí adelante. La contribución maya al rompecabezas provino de la antigua ciudad de Cacaxtla a través de un confuso mural que ahora se encuentra colgado en el Museo Nacional de Honduras. Un fascinante mural, aunque incompleto, de deslumbrantes colores con frescos minuciosamente

detallados y profusa información de astronomía que aludía fragmentariamente a una profecía. Me las arreglé para tomar varias fotos, y de regreso en el hotel conté con la colaboración de un criptólogo inglés que se encontraba de vacaciones. Juntos pudimos descifrar lo más esencial del mensaje escrito en el marco que rodeaba el mural.

»En dos palabras, lo que pudimos recuperar del mural de Cacaxtla decía lo siguiente:

*Gran Águila cayendo ante el dios del Este. Aunque en vuelo permanece, sobre el mismo sitio de la muerte. Reinando aún... un gran ejército bajo su mando... las águilas se levantarán y caerán, mientras él aguarda... que llegue del Norte el Gorrión para guiar a la Gran Águila hacia la Paloma. El Águila devorará a la Paloma, y se apoderará de su canción... cantar alrededor del mundo... atraídos por la Canción... y el Águila...*

«Asombrado, contemplé el pasaje una y otra vez. Lo analicé hacia delante, hacia atrás. Cómo maldije el paso del tiempo que provocó que las partes más importantes se deterioraran. Aunque tenía suficiente. Más que suficiente para impulsar mi búsqueda hacia la luz que brillaba al final del túnel.

»En ese punto, la razón y la lógica habían desaparecido de mi mente. Nunca se me ocurrió la idea de que el mural contenía algo más que una profecía de buena fe.

»Dios del Este. Eso era sencillo. Cristiandad. ¡España y Cortés habían sido vaticinados casi setecientos años antes de que el General guiara a su país al Nuevo Mundo!

»La “Gran Águila” podía referirse tanto al mismo Imperio Azteca como a uno de sus gobernantes. Una vez más, esa predicción era fácilmente deducible. Sólo tenía que recordar la imagen en la caverna guatemalteca, la figura majestuosa de pie frente a las hileras de personas con los dedos cubiertos de sangre. No podía ser otro que Ahuítzotl, cuyo largo y triunfante reinado finalizó once años antes de la llegada de Cortés. Volví a pensar en la pintura mexicana.

»El sol y dos formaciones de figuras.

»Ahuítzotl fue recordado por tres cosas: las grandes construcciones finalizadas durante su reinado; las masivas conquistas de todas las tierras lindantes desde el Pacífico hasta la frontera guatemalteca; y la asombrosa

mortandad atribuida al sacrificio de prisioneros ofrendados en el Gran Templo. Dos filas de prisioneros marchaban subiendo los escalones hasta la cima donde Ahuítzotl y sus asistentes, con solemne y ceremoniosa precisión, les arrancaban los corazones a cada uno. Los órganos eran arrojados a una gran urna e incinerados en honor del dios del sol, Huitzilopochtli».

«Hagamos una pausa, para que las conclusiones a las que haya llegado puedan...».



«Puedo imaginarme su asombro, hasta sentir pena por la consternación provocada por la asimilación gradual. Detenga la grabación y tómese el tiempo necesario para meditar lo escuchado, pero debe creerlo.

»Ah, las implicaciones que deben estar girando locamente en su cerebro ahora.

»Pero seré benévolo. Permítame evitarle el caos, aclarar la maraña de imágenes. Necesitamos detenernos por última vez en un punto de la historia. Volvamos a la época justo antes de que los aztecas llegaran gradual y devastadoramente a México. Al tiempo en que el poder de los toltecas era débil. Uniré las muchas reliquias que sobrevivieron a sus creadores, un bloque cuadrado de basalto fue desenterrado tres años atrás en las ruinas de Tula, al norte de la ciudad de México.

»Los cinco colosales rostros, notablemente preservados, estaban esculpidos con gran minuciosidad. Los detallados pictogramas, después de toda una vida dedicada a la investigación, desentrañaban más cosas que miles de palabras. El arqueólogo mexicano que descubrió la pieza, como muchos ignorantes que solo buscan dinero, entregó la piedra al gobierno por un considerable adelanto. Fue etiquetada y abandonada en un depósito hasta que alguien pudiese decidir dónde y cómo podría ser exhibida; la pieza permaneció escondida de los ojos humanos hasta que soborné a los guardias del depósito para poder verla personalmente, y por supuesto no me fui hasta que agoté un rollo completo. Esto fue en la moderna ciudad de Puebla, al sudoeste de la ciudad de México.

»Rápidamente organicé el material fotográfico de cada rostro en los que instintivamente consideré el orden correcto.

»Y la historia se me presentó en la palma de la mano.

»Mientras la verdad se me desplegaba como una pancarta en *technicolor*,

me imaginé una voz susurrándome al oído: ¿Por qué tardaste tanto, Gorrión?

»Querido Edwin, estoy convencido de que de haber tenido tiempo podría haber aplicado la hipótesis a cualquier cultura, a cualquiera sistema del mundo. Y en cada mito, subyacería la esencia de la leyenda. Está allí, existe, aunque disimulada, oculta tras disfraces inteligentemente consensuados. No puedo creer la extensión de nuestra ceguera colectiva. Las conexiones son sobrecogedoras. Pero, otra vez, puede ser que tuviéramos una razón para la perpetuación de la pérdida de visión.

»Las representaciones en la Piedra de Tula. Me debe estar recriminando ahora, sigamos, Ramsey. Muy bien, Edwin.

»Pero recuerde, si realmente he fallado, usted deberá ser el Gorrión.

»Escuche y prepárese.

»Lado uno. Un gran círculo, perfecto en su redondez. Dentro del círculo hay una docena de pequeñas estrellas, alineadas en columnas serpenteantes y aros inclinados.

»Lado dos. El mismo círculo. Pero las estrellas están fuera de la circunferencia, revoloteando como abejas alrededor de un retoño.

»Lado tres. Una escena de naturaleza viva. Árboles. Agua. Un pájaro en vuelo y un pez que salta del mar. Ambas criaturas tienen un espacio dibujado en su parte central, un espacio que alberga a una de las estrellas. Una luna creciente suspendida en el cielo que está encima del árbol.

»Lado cuatro. Un jaguar descansa bajo un árbol y un espacio similar grabado en la panza de la bestia. Sin embargo, el espacio está vacío. Varias de las estrellas están agrupadas en el extremo inferior de ese lado de la piedra. El círculo, claramente el sol, descansa en la parte superior izquierda. Furiosas ondas se dirigen hacia abajo.

»Lado cinco. La figura de un hombre llena el centro de la piedra. Aparece caminando, con la cabeza gacha, los ojos cerrados. Una nube esconde parcialmente al sol. Las estrellas, en un arco descendente, sobre la cabeza del hombre. Y una estrella se encuentra en la parte central.

»Y allí, en los cinco grabados, se hallaba el secreto.

»Y solo me pregunto si la piedra fue tallada por un hombre poseso, uno ridiculizado por su arte. ¿O si él realmente sabía? Y tuve que preguntarme cómo y por qué la piedra debió ser enterrada.

»Dejando eso de lado, supe que tenía las respuestas. Las tenía todas. Con un golpe de suerte, pude develar los eternos misterios, correr la cortina de la incertidumbre y revelar la proximidad del destino.

»Se encuentra ahí, Edwin. A la vuelta de la esquina. La consumación de incontables años de lucha filosófica y religiosa. La respuesta estuvo siempre dentro de nosotros, pero optamos por olvidar. Debimos hacerlo. A la Humanidad se le ha demandado miles de años bloquear su memoria para que los pensadores modernos pudiesen ponderar el significado de todo.

»Se lo diré, Edwin, si aún no alcanza a descubrir el brillo de la verdad.

»Al menos, lo pondré más claro que el agua».

«En un principio, estaba la Luz. Una luz. Una conciencia.

»Única.

»Por razones inexplicables, esa única creó otra de sí misma.

»Y así, aquellos cuerpos libres, aquellas esencias intangibles fueron creadas para rondar, volar sin ataduras. Las esencias crecieron y disfrutaron de sus existencias.

»Después la Luz creó el plano físico, habitado por elementos corpóreos. Montañas, océanos, árboles, placas tectónicas. Las obras.

»¿Le parece conocido?

»Después, la Luz introdujo las bestias al mundo físico.

»A este ambiente nuevo, llegaron las primeras creaciones. Y, al comienzo, se maravillaron de sus poderes en ese mundo estable. Nada podía tocarlas o dañarlas. Retozaron sobre estepas congeladas, danzaron sobre abrasadores desiertos. No conocían ni el hambre ni la sed.

»Eran solamente entidades de placer.

»Sin embargo, con el transcurso de las eras, el placer languideció y el gozo se extinguió. Las primeras creaciones comenzaron a discutir entre ellas. Algunas querían regresar a La Luz única para retrotraerse a la tranquilidad de la conciencia pura, a la trascendencia total.

»Otra facción de las primeras creaciones se enajenó con un objetivo diferente. La curiosidad había prendido. Eran parte de este mundo, pero no una parte de él. Estaban aquí, pero no podían afectar al mundo. ¿Qué importaba si podían volar a través de las montañas o caminar sobre las olas?

»¿Por qué no podían sentir? Querían tocar, saborear. ¿Cómo se sentiría el agua contra el propio... cuerpo? ¿Qué era el hambre? El dolor, la fatiga, la pérdida... ¿cómo eran esos estados? Placer, alivio, saciedad de la sed, goce de un sueño reparador.

»Esos miembros, los *primeros* querían experimentar. ¡Se les habían negado esos dones! Seres inferiores tenían en abundancia las bendiciones de lo material, mientras que ellos, nada.

»Ellos, los *primeros*, no desperdiciaron un momento más y descendieron sobre una variedad de bestias y encontraron con placer que podían existir en el interior de la criatura misma. En realidad, tomaron efectivamente el control del cuerpo físico. Como pez, nadaron y se sumergieron, aturdidos por la sensación de ser y estar; fríos, húmedos, hambrientos. Como halcones, planearon cruzando el aire cálido con susurrantes plumas, desgarradoras gorras y escudriñadores ojos. Como jaguares, corrieron a toda velocidad distancias cortas y treparon tras de su presa saboreando su sangre y sus cartílagos.

»Con un solo pensamiento podían abandonar el cuerpo elegido y seleccionar otro. Solían permanecer hasta que el cuerpo perecía, deleitándose con la experiencia de la muerte y de la descomposición, cuando la carne era devorada y la sangre coagulada.

»Pronto, aquellos que habían querido regresar a la Luz fueron tentados por las experiencias de sus hermanos. Bajo la protección de la oscuridad, porque le temían al calor abrasador del orbe en el cielo que asociaban con la Luz, se unieron a los otros. Vivieron juntos y actuaron en el mundo bajo el disfraz de las bestias.

»La Luz pronto descubrió lo que habían hecho los *primeros*. Y no estuvo complacida. Había credo a las bestias para existir por sí solas en el mundo. Los primeros estaban interfiriendo con el orden que la Luz había creado, y fueron echados de las bestias para siempre.

»Por ende, las entidades intangibles fueron privadas de las sensaciones una vez más, solas, en un universo eternamente fuera de alcance. Se escondieron de la Luz, preferían las sombras y la noche. Durante el día, se hundían en las profundidades más recónditas, bajo la tierra o el océano. Y lejos de la Luz, relataban sus hazañas pasadas como aventureros corpóreos. Y con los relatos, mantuvieron vivo el sueño.

»Las eras llegaron y se fueron. Los continentes cambiaron, las masas de

tierra se enfriaron, las aguas se expandieron. Las constelaciones se formaron.

»Y aún los más sabios de los *primeros* no pudieron olvidar los placeres del cuerpo. Muchos se marcharon en aventuras solitarias, soñando bajo el lecho del océano, paseando en los blancos desiertos árticos, flotando en el centro de la tierra.

»Gradualmente, uno a uno, los *primeros* fueron percibiendo o una nueva criatura que caminaba en la tierra. No era como las bestias, caminaba sobre dos apéndices, y consideraba el mundo como su jardín. Vivía de la tierra, hacía frente a las dificultades y aprendía de los errores. Mataba indiscriminadamente, incluso destruía a los su misma clase.

»Y uno a uno, los *primeros* comenzaron a buscarse entre ellos. Nuevamente se reunieron en la oscuridad, danzando y cantando, para examinar a ese ser agregado al mundo. Hombre, se llamaba. La última creación de la Luz. Quizás, algunos sostuvieron, un intento de enmendar el error que significó el *primero*.

»Poco después, las esperanzas no expresadas se confirmaron.

»El hombre no era negado a los *primeros*. No estaba moldeado con un escudo impenetrable como las bestias.

»El descubrimiento se propagó y, con entusiasmo, hasta el último espíritu eligió un cuerpo.

»Y, después de incontables eras, se deleitaron con el éxtasis de satisfacer las demandas de la corporalidad.

»¡Carne y sangre de nuevo! Dolor y placer, enfermedad y salud, hambre y saciedad. Una vez ligados a un cuerpo, se negaron a abandonarlo, hasta que la muerte del anfitrión liberaba al espíritu y éste se embarcaba a la búsqueda de un caparazón vacío. Este proceso causó un abrupto crecimiento del desarrollo del hombre, impulsado aceleradamente por los *primeros*. Las leguas se desarrollaron rápidamente para compensar la pérdida de la comunicación instantánea que disfrutaron los *primeros* en estado natural. Las Matemáticas y la Astronomía surgieron para facilitar los viajes del hombre.

»Muchas áreas de la tierra permanecieron intocadas por los *primeros*, en esas regiones, el desarrollo del hombre fue suspendido, lo que justificaría las ostensibles diferencias de las culturas actuales.

»Milenios han pasado con los *primeros* incorporados a caparazones

mortales.

»Las memorias comenzaron a perderse. Con cada muerte, el espíritu volaba instantáneamente a un cuerpo vacío, generalmente, un niño recién nacido.

»Y un cambio curioso sobrevino a los *primeros*. Gradualmente, con la continua inmersión en carne nueva, sus formas etéreas se convirtieron, de alguna manera, en injertos del cuerpo. Aunque hubiesen recordado su naturaleza, la separación hubiese sido imposible. Lo que es más, con la integración de la carne y el espíritu, una parte del ser intangible participó en el proceso reproductivo. La información genética del niño llevaba parte de la esencia del *primero*, una porción que creció con la maduración corpórea del niño.

»La existencia previa no fue más discutida. En cambio, las leyendas se expandieron manteniendo cierto apego a la verdad. El sol fue respetado y honrado, y los dioses fueron instituidos para que prodigasen sus bendiciones.

»El mensaje se cimentó enturbiado por un sistema de creencias que enseñaban al hombre a respetar al sol, ya que este proveía las maravillas de la comida y el calor, alimentaba la tierra y alumbraba nuestros caminos. Aunque en lo más profundo, en el inconsciente colectivo, lo sabían. Sabían que el sol representaba a la Luz, al Creador. El Único que había otorgado ese último regalo a los primeros, una ofrenda disfrazada de carne.

»Las mitologías surgieron para explicar también la creación. Los cinco mundos de los aztecas demuestran el intento de mantener un modelo, aunque insuficiente, para separarse completamente de la memoria heredada. Cinco mundos, cinco fases de existencia; existencia con la Luz; existencia separada de la Luz, existencia con las bestias, existencia solitaria bajo la tierra, y finalmente... existencia integrada a la forma del hombre.

»Por supuesto, esta última fue una existencia provisional. La Luz nunca ofreció su bendición a esa existencia como tal. Como no lo hizo con las bestias, por lo tanto podría echar a los primeros del hombre. Esta idea, reprimida y bloqueada en lo más recóndito de la memoria, surgió en la forma de religión. Los sacrificios se volvieron necesarios para apaciguar al Creador, a la Luz, al Sol. Llamadlo como se os antoje.

»Las ofrendas comenzaron y los rituales proliferaron en un ciclo autosustentado, creado por el hombre, quien confundido sobre su existencia y aferrado a la vida, buscaba apaciguar a la Luz a través de ofrendas de distinta

clase. Y así la continuación de la vida era percibida como una señal de complacencia del Creador cuyo beneplácito exigía del hombre nuevos sacrificios en su honor. La verdadera historia subyacía, y una señal persistía en caso de querer encontrarla. Las alusiones están presentes en las líricas de los cánticos a la muerte, en las oraciones a los dioses, en las fábulas de la creación, en el arte y la arquitectura.

»Por ejemplo, en las danzas de los olmecas durante la noche junto a las cabezas de piedra cuyos ojos miran al golfo de México, perpetuamente hacia el este; los rostros permanecen vigilantes, pero no en busca de buques enemigos ni de naves espaciales extraterrestres, sino del ojo del Creador; y la danza debía terminar y debían esconderse antes de que los rayos del alba tocaran el cielo.

»¿Y la muerte? ¿Podían los *primeros* y sus descendientes, incorporados y expuestos a los peligros de la carne, experimentar también ese acaecimiento? ¿Regresaban entonces a la fuente? Sería mejor reformular la pregunta como muchos la han expresado desde siempre. “¿Qué sucede cuando morimos?”.

»Ah, pero eso sigue siendo el misterio final, querido Edwin. Sólo puedo especular basándome en los rituales que esta combinación doble, llamada hombre, que perdió el derecho a lo inmortalidad. Hemos retenido la noción de un espíritu, de un alma perdurable. Algunos sostienen que pensar lo contrario es admitir la futilidad y ceder ante la desesperación. Debemos continuar después de que el cuerpo perece o la vida no tiene sentido. Si este pensamiento es el origen de nuestra creencia, o si el proceso va mucho más allá, es algo que usted tiene que decidir.

»En cuanto a Teotihuacán, como manifestación de esa creencia, automáticamente y, estoy seguro, con la asistencia de una memoria más profunda del acervo colectivo, la ciudad fue construida para llegar a ser el símbolo de la creación ¿Por qué?

»La única respuesta puede ser visible desde arriba.

»¿Por quién?

»Por los espíritus en su partida, por supuesto. Con nuestras mentes racionales nos imaginamos a nuestras almas echando una última mirada a la vida que dejamos atrás antes de elevarnos hacia la eternidad. ¿Y qué verían las almas de Teotihuacán en esa última visión?

»Su pasado. Libres de la carne entonces, en el ínterin entre el mundo y la

eternidad tendrían solo una posibilidad... quedar impactados por la memoria de lo que una vez fueron. Derrumbados todos los bloqueos, las barreras, las paredes erigidas para encerrar la memoria de existencias ingravidas. Todo vertiginosamente hacia atrás. El sentimiento inicial de libertad del Único, el gozo de la insubstancialidad, después el logro y cambio de la corporalidad, la vergüenza de vivir provocando la furia de la Luz, el ocultamiento...

»Miles de millones de años reflejados en un solo instante.

»Habiéndose acordado de su disimilitud con la Luz ¿cómo puede el alma proseguir a su encuentro?

»El alma permanece.

»Y creo que en esos casos el alma debe permanecer cerca del cuerpo del cual recientemente ha partido. ¿Por qué?

»¿Recuerda el injerto de la carne? Es algo irreversible. Aunque la carne se pudra y los huesos se pulvericen, el espíritu deberá permanecer cerca ya que renunció a su libertad cuando eligió existir dentro de un caparazón mortal, y nada puede cambiarlo ya. Quizás se sientan dolores imaginarios si los espíritus se alejan demasiado. Necesitan la consolación de la proximidad de aquello por cuyo canje sacrificaron la inmortalidad.

»Ésa es mi teoría, al menos. Llamadme loco. Colocadme un chaleco de fuerza. He vislumbrado la eternidad, profesor. He saboreado una mezcla de cielo, infierno, vida, muerte, reclusión y trascendencia. Debo seguir adelante.

»Porque he descubierto el más profundo terror de todos.

»Si había tenido alguna duda de la profecía maya, ya no la tengo ahora. Sus dioses, el poder de la mente, la fuerza del colectivo...

»Tenochtitlán, querido Edwin. Tenochtitlán.

»La ciudad entera. Hice mapas y registré los detalles de todo el plan. Lo analicé en su conjunto y desde cada ángulo.

»En cuanto a la Luz, Edwin, ¡jeroglíficos en todos lados! Hasta en Teotihuacán, ¡casi un milenio antes!

»¿Entiende las implicaciones?

»¿Se da cuenta? Cortés devastó Tenochtitlán en 1524. La ciudad había sido construida, con todas sus modificaciones, en 1487.

»Treinta y siete años...

»¡Durante aquel tiempo ninguna de las almas pudo irse!

»Teotihuacán estaba desierto alrededor de 650 d. C., después de haber prosperado desde el primer siglo. Según estimaciones aproximadas, la población de Teotihuacán en 600 d. C. era de 150 000 personas.

»Piense, Edwin. Si mi teoría es correcta...

... las dos ciudades están atiborradas de fantasmas.

»¿Adónde nos conduce eso? La Profecía es todo lo que me queda. La Gran Águila espera a su Gorrión. Ahuítzotl es el que la completará. La gloria azteca murió, es verdad. Pero su espíritu siguió viviendo. Los miles de sacrificios, las víctimas de las guerras, el hambre y las enfermedades.

»Todos permanecen.

»Tienen a su rey, su Tlatoani eterno.

»Pero este ciclo de la creación está llegando a su fin. A la piedra Tolteca en el depósito de Puebla debe dársele la vuelta para que inscribamos del lado que está en blanco, el sexto lado.

»Nosotros, la Gran Águila y yo.

»Sus cenizas son lo único que me falta. Debo encontrar los últimos componentes de su cuerpo.

»A su muerte, siguiendo la costumbre azteca, Ahuítzotl fue cremado. Sus cenizas fueron colocadas en una gran urna en el templo a Huitzilopochtli.

»Cuando Tenochtitlán fue registrada en 1790, muchos objetos, incluso la Piedra del Sol, fueron desenterrados, la urna fue guardada en la gran catedral. El presidente Díaz llevó la piedra al museo en 1835.

»Pero después no se hizo más mención de la urna.

»¿Otra acción por parte del colectivo? ¿Guardar las cenizas para que no se perdieran o le causaran daño, para conservar la urna hasta el día que fuese necesario? El Museo de Antropología de la Ciudad de México guarda un extraño silencio ante mi demanda de información concerniente al paradero de la urna.

»De nuevo oigo el fantasmal susurro en mi oído que dice: “Sigue adelante, Gorrión”.

»No hemos nacido para ser espectadores pasivos de este drama, Edwin.

Somos actores. Debo llevarlo adelante. Para bien o para mal. Ésta era está próxima a su fin.

»Cómo se presentará el final, no lo sé, pero ¿cuál es la diversión si se tienen todas las respuestas, eh?

»Pliego mis alas, me afilo el pico.

»La Gran Águila me llama.

»Y me detengo solo para preguntarme sobre la Paloma, y su Canción...

»Edwin, créame.

»Aquí culmino.

»Ésa es mi historia. Pero no es solo mía. Le pertenece al mundo. Porque éste es el mundo.

»Mi nombre es Ramsey James Mitchell y soy profesor de Antropología...

»Puede que nos encontremos en la Luz, Edwin. En la Luz...».

## Capítulo 12

*23:00 horas.*

Una ensordecedora música de rock surgió de repente de los altavoces del Transam.

Con el sonido de fondo del repicar de tambores y el rasgueo de las guitarras, Karl detectó el ruido tenue del encendido del motor.

—¿Qué mierda?

Permaneció sentado como si hubiese echado raíces en el asiento de vinilo. A través de la ventanilla mojada por la lluvia Karl vio encenderse los focos del Probe como si los dispositivos mecánicos estuviesen al acecho.

El automóvil se sacudió y las cubiertas derraparon. Aumentó la velocidad, rugió al cruzar la intersección y desapareció en una cortina de lluvia.

Otro par de focos atravesaron la noche.

Rápidamente, Karl encendió la radio.

—No puedo creerlo —sonó la voz de Myers.

—¿Adónde demonios se dirige?

Ruido de encendido de motor.

—No sé, pero estamos detrás de ella.

—Maldita sea, me provocará una úlcera.

—Ya la tienes, imbécil.

—Por los mil demonios, tienes razón. Tengo que dejar este tipo de trabajo.

Cuando el automóvil desapareció ni doblar lo esquina, Karl apagó la radio y dejó caer los cables en la caja que estaba debajo del asiento. Arrancó el automóvil y aceleró el motor.

Sabía hacia donde se dirigía. Tomaría otro camino y llegaría al museo poco después que ella, sin llamar la atención de los guardaespaldas.

El recorrido le llevó menos de veinte minutos. Durante ese tiempo, Karl intentó evaluar la situación, y trató de encontrar algún sentido a toda esa idiotez. Debería haberla matado esa mañana. A los guardias, a la enfermera y a ella. Ya habría terminado con todo y estaría de vuelta en su propiedad en Orlando bebiendo un trago frío.

Demonios, tendría que haberlo hecho bien la primera vez. Un disparo en la cabeza.

Los Escuadrones de la Muerte lo habrían hecho así, apuntando al cráneo a dos pies de distancia.

Pum. Un cuerpo silencioso.

En vez de eso había optado por la garganta. Y ese cuerpo había vuelto, como una amenaza más peligrosa que nunca. Por suerte su atención estaba enfocada hacia otra cosa. Parecía estar lidiando con un lunático. Aunque tenía que admitir que el fulano había tejido un cuento fantástico. Y se había encontrado a sí mismo intentando penetrar la mente del profesor. La historia era tan fantástica, cuidadosa y laboriosamente elaborada, que poseía una innegable lógica. Varias veces mientras la escuchaba, debió concentrarse en otra cosa pues el encanto de las imágenes era demasiado poderoso a pesar de lo absurdo de la historia.

La mujer estaba de alguna manera al tanto de todo ese asunto místico del Juicio Final, pero por suerte él podía adelantar el asunto, tenía más urgencia en finiquitar ese proyecto que la que había tenido para la cuestión de Jacob.

La encontraría en el museo. La interrogaría sobre lo que sabía respecto de él, y después, si estaba en condiciones de hablar, le preguntaría sobre la hipótesis del profesor y lo que ella significaba. Y así habría terminado con toda esa cuestión. Se retiraría de los negocios de una vez por todas. Había cumplido más que lo suficiente. Que otros soportaran la carga. Después de todo se la había aligerado considerablemente.

Sólo una muerte más, posiblemente también la de los guardias, dependía de cuán acendrado tuviesen el sentido del deber.

El Probe y su escolta estaban estacionados frente a la entrada principal. La señorita Evans no se encontraba a la vista, aunque dos sombras permanecían en el otro vehículo.

Karl lo rodeó y estacionó no muy lejos, en la calle 14. Se quitó los guantes, se palmeó la 45 que tenía bajo el brazo y se colocó la chaqueta de cuero. Caminó a paso vivo bajo la lluvia que lo taladraba hacia la rotonda principal, peligrosamente cerca del vehículo ocupado.

En el interior del vestíbulo del museo se encontraba un solo guardia leyendo una revista.



Cuando Karl pasó junto al automóvil giró la cabeza levemente, se secó las gotas de lluvia de los labios y les hizo un guiño a los guardaespaldas antes de escabullirse hacia la entrada principal.

El vigilante nocturno se levantó y abrió la boca. Inmediatamente, Karl le mostró la insignia de identificación de la CIA y lo apabulló con una sucinta historia que incluía una velada amenaza. Por encima del hombro, vio cómo los fornidos detectives se atropellaban para salir del automóvil, mascullando furiosas protestas.

Sonriendo, Karl subió las escaleras.



Rebecca había tenido que implorarlo al vigilante.

—Bergman. Por favor tengo que verlo. Aquí tiene mi credencial de la Prensa. Llámelo, ahora.

El guardia había exhalado un exasperado suspiro mientras cerraba el último ejemplar de Fantasías Adultas. Marcó el número.

—¿Bergman? —silencio—. Oh, es usted profesor Mitchell. Sí, ya sé que es tarde y que ustedes dos no desean... sí, sí, lo sé. Pero... —colocó los ojos en blanco y después miró con furia a Rebecca.

Mitchell. Rebecca suspiró el nombre. ¿Allí? ¿Ya estaba allí? Se le congeló la sangre, y sintió un gran peso en el estómago.

—Señor, una mujer de la Prensa está aquí y quiere verlo. Rebecca Evans.

—Dice que es realmente importante, y...

Rebecca se secó los párpados mojados por la lluvia. Tenía el cabello empapado y el agua le chorreaba por el rostro. El cuello le picaba terriblemente bajo el vendaje y la ropa húmeda se le pegaba a la piel.

—¿Ya mismo? Sí, señor. Le diré que suba —colgó el receptor—. Bien, señorita. Puede pasar. Suba las escaleras por allí, siga por el primer pasillo, doble a la izquierda, la segunda puerta a su derecha.

—Sí... lo sé. He estado aquí antes —se movía incómoda en sus blandas zapatillas. Mirando hacia fuera, recordó haberles gritado a Myers y a Johnson para que se quedaran quietos allí, estaría solo un momento. Ahora reconsideraba inquieta su decisión.

—¿Qué está esperando, una alfombra roja? —el guardia rió por lo bajo y cogió la revista.

«No hemos nacido para ser espectadores pasivos de este drama».

Las palabras habían estado dirigidas a Bergman, pero de alguna manera encontró que se aplicaban a ella. Una extraña conjunción de circunstancias y coincidencias habían surgido en su vida, después de su muerte. Quizás su fallecimiento fue una prueba de admisión y había conseguido el papel estelar al ser enviada de regreso para una última representación. Deslumbrar a la audiencia. Dar lo mejor.

No tuvo que esperar. La alfombra roja la aguardaba.

Y con piernas cansadas y temblorosas caminó hacia la escalera.



Mientras se dirigía hacia la oficina de Bergman, Rebecca contó once espectros.

El primero la conmocionó. Permanecía de pie como a un metro del brillante suelo aferrando un hacha *tomahawk* en la mano. Era calvo y tenía la frente y las mejillas con trazos de pintura de guerra. Llevaba una aljaba con flechas en la espalda y un arco alrededor del hombro. Varios mechones de cabello cubiertos con gotas escarlata pendían de su cinturón. La miró con furia, después se elevó a través del techo con un jubiloso grito de guerra.

Se obligó a continuar, y solo se detuvo cuando un par de caballeros feudales montando caballos espectrales rugieron desde la pared que se hallaba adelante, para después desaparecer hacia el otro lado en cuestión de segundos.

Intentando recobrar la confianza se dijo que esos fantasmas no podrían causarle daño, y siguió adelante. Dos hombres sollozando y vestidos como monjes caminaron en su dirección y ella les cedió el paso. De repente, se escucharon disparos, e instintivamente se arrojó al suelo. Un hombre salió de

la pared revolcándose, llevaba un rifle y una bayoneta apuntando hacia el techo. Con los ojos desorbitados miraba hacia arriba, sacudía la cabeza hacia adelante y hacia atrás, gritó y se zambulló contra la pared opuesta.

Empezó a correr. Una mujer cubierta con un velo se desplomó desde el techo, pasó frente a Rebecca y desapareció hacia abajo. Otros fantasmas aparecían y desaparecían de su vista. Pertenecían a distintas épocas y lugares, pero todos parecían agitados, confusos y temerosos.

Dios mío, pensó. ¿Habrían permanecido allí durante siglos?

¿Y por qué no habrían sido confinados al lugar donde fallecieron, según lo indicado en la grabación? ¿No deberían estar deambulando en un cementerio o algo así? No había tantas momias en ese museo. Y había visto espectros de caballos. ¿No había argumentado el profesor Mitchell que los animales no podían tener alma? Recordó al fantasma del *Golden retriever* de la playa, y llegó a la conclusión de que el profesor no lo sabía todo.

Dio la última vuelta a la izquierda con paso lento y la respiración agitada. La puerta de Bergman estaba custodiada por dos soldados de la Confederación que mantenían los mosquetes en posición de atención.

Esforzándose para no mirar a los fantasmas, se encaminó hacia la puerta. Si ellos supiesen que los podía ver, se le habrían arrojado encima en un segundo, rogando, implorando. Debía permanecer calma, tranquila.

Estaba en un escenario después de todo.



Cuando Karl Holton llegó a la escalera buscó la 45 que tenía debajo del jersey. Le quitó el seguro y le colocó el silenciador. Con un suspiro pensó que tendría que matar a otros más, además de a la mujer. Después de saber qué sabía y a quién más se lo había dicho, tendría que encargarse de los guardias, del vigilante del museo y de ese profesor Bergman. Qué mala suerte para él, pensó Karl. Todo aquel que supiese de la CIA y que él había estado allí, debía ser silenciado.

Miró hacia atrás a través de la pequeña ventana de la puerta, y vio con satisfacción que los guardaespaldas de la mujer estaban siendo detenidos por el vigilante.

Sonriendo, subió las escaleras.



—Ah —dijo la figura que se hallaba sentada en la silla detrás del escritorio—. Usted debe ser la señorita Evans. ¿Una... amiga del profesor Bergman?

La oficina se hallaba incómodamente a oscuras, sombras espesas y deformadas cubrían la mitad de la habitación. Una pequeña lámpara de escritorio con pantalla iluminaba difusamente los lujosos muebles del otro extremo manteniendo en la penumbra el rostro del que hablaba.

Algo se movió en la oscuridad, a la izquierda. Se escuchó una risa por lo bajo.

Rebecca sintió su propia voz al dar un paso hacia adelante.

—Y usted es Ramsey James Mitchell.

La figura que se hallaba sentada se inclinó hacia adelante, sonriendo y con los codos apoyados sobre el escritorio. Una voz, indudablemente la misma de la grabación aunque de alguna manera evidenciaba un acento extranjero, le dijo:

—¿Y qué pensó usted de mis teorías, señorita Evans?

Se aclaró la garganta. «No deberías estar aquí, Becki. Definitivamente, esto no está bien». Pero tenía que saber, tenía que descubrir de qué se trataba todo eso.

—Veo que está intrigada —dijo Ramsey. El tono en que fueron proferidas las palabras rechinó en la mente de Rebecca como si alguien hubiese raspado algo metálico contra una pizarra.

—Somos muy parecidos, usted y yo ¿no es así, señorita Evans? —pudo ver la mano llena de anillos que cambió la lámpara de lugar, su rostro quedó bañado por una luz brillante que lo otorgaba una apariencia angelical en medio de la habitación en penumbras.

—No puede ignorar una historia. Le resulta imposible descansar hasta conocer los hechos. Usted está obsesionada, de la misma manera que lo estuve yo —dijo con una amplia sonrisa y ojos que asimilaron y guardaron la luz de la lámpara.

—¿Pudo lograrlo? —preguntó Rebecca finalmente.

Ramsey suspiró y se recostó cruzando las piernas.

—Totalmente —dijo. Rebecca intentó discernir qué eran las sombras a su

izquierda, pero el resplandor de la luz en los ojos, se lo impidió—. ¿Dónde está Ahuítzotl?

Ramsey bajó la cabeza. Su risa, suave al principio, creció hasta convertirse en un rugido. Con ambas manos se cogió del borde del escritorio y se puso de pie extendiendo los brazos.

—¿Por qué, señorita Evans? —y en otro tono de voz como en un eco aterrador se escuchó—: Estoy aquí.

La carcajada murió pero la sonrisa perduró, de oreja a oreja.

—En la carne.

Rebecca gimió y retrocedió.

Alguien chasqueó la lengua y caminó arrastrando los pies en las sombras. Se puso lívida.

—Por supuesto, no es mi carne *per se*. De cualquier manera, carne es —se inclinó hacia adelante, hasta que los codos quedaron afirmados en el escritorio y apoyó el mentón sobre los puños.

—¿Dónde está Ramsey? —logró preguntar Rebecca.

—Oh, aún se encuentra aquí. Sólo lo saqué del camino, lo envié más adentro.

—¿Y Bergman?

Se escuchó una risa entre dientes en las sombras.

Ahuítzotl, o Ramsey, señaló con la cabeza algo que estaba junto a Rebecca.

Volvió a escuchar una risa burlona y pasos arrastrándose. De repente, la oficina se iluminó.

Rebecca se dio la vuelta y gritó retrocediendo hasta la esquina de la oficina.

No sabía qué era más aterrador, si el cuerpo retorcido y mutilado de Edwin Bergman desplomado a medio camino del gabinete de licores o el horripilante y terrorífico espectro cuyos dedos se posaban sobre el interruptor de luz, o la aparición, imponente y musculosa, vestida con pieles de animales salvajes. Tenía el pecho desgarrado y la piel totalmente despellejada en algunos lugares. Una espesa barba y grueso cabello le cubrían casi toda la

cabeza.

Aun así, pudo divisar claramente que a ese ser de rasgos salvajes le faltaba un ojo, y el otro, abierto de par en par, ardía con ansias de lucha. Un hacha, deformada y astillada, pendía del cinturón. Le recordó dibujos de vikingos. En su mano libre llevaba en alto una descolorida calavera a la que le faltaban varios dientes y tenía el cráneo partido.

Le llamó la atención la calavera que portaba, pues se dio cuenta de que no era parte del espectro. Era sólida.

Se sintió como si la hubiese aplastado una tonelada de ladrillos. Y recordó al perro que llevaba un palo en la boca... Oh, Dios, no estaba totalmente a salvo de ellos.

—Usted tiene dos opciones —le informó el cuerpo de Ramsey—. Una, terminar igual que el querido Bergman.

El vikingo se rió burlescamente con una sonrisa desdentada y colocó ambas manos en la calavera, mimándola, acariciando los huesos de las mejillas.

—Dos, ofrecerse voluntariamente como anfitrión de uno de mis siervos.

Apartó los ojos de la aparición y de la mirada inmóvil y aterrorizada de Bergman. Un gusto amargo le llenó la boca. ¿Qué era todo eso? Se preguntó dejando de lado la actuación. ¿La habían traído de vuelta solo para que fuese asesinada otra vez, sin propósito alguno?

—Su era y su mundo están llegando a su fin. Puede quedarse sentada ociosamente mientras sucede o puede cumplir otra función. Le estoy dando la oportunidad de tomar parte en mi destino, mujer —Ramsey se irguió—. Ayúdeme a situar a la Paloma.

Gradualmente, la frustración dio paso a la ira. Miró con furia al profesor, con los puños apretados y los ojos entrecerrados.

—Veo que está preocupado. Quizás Ramsey mismo pueda ser más persuasivo —el cuerpo del profesor chocó contra la biblioteca. Arqueó la espalda y gimió. Los ojos en blanco quedaron fijos en el techo.

Rebecca se olvidó completamente de su furia. Asolada, observó como el emperador azteca dejaba libre la carne de Ramsey. Con vestimentas deslumbrantes, el impresionante monarca emergió estirando las piernas de las rodillas encogidas del profesor.

Ramsey se desplomó contra el suelo gimiendo y aferrando la alfombra.

Ahuítzotl, con los brazos cruzados sobre el fornido y engalanado pecho, estudió el rostro de Rebecca. Los ojos se le agrandaron inconmensurablemente. Echó un vistazo a Ramsey, al vikingo, y después volvió la mirada hacia Rebecca.

Con un tenue grito, se dio cuenta de su error. Él había notado que ella lo veía.

Se abalanzó sobre ella con los brazos hacia atrás, se le acercó gruñendo, le atravesó los dedos y los retrajo, después le agarró la camiseta.

Se sintió arrastrada por una fuerza tremenda que casi le desgarró la prenda. Fue arrojada a través de Ahuítzotl y se tambaleó hasta la esquina quedando a escasas centímetros del rostro ensangrentado de Bergman.

—¡Otra que puede verme! —gritó Ahuítzotl con el pecho hinchido y los brazaletes tintineando—. ¿Cómo es posible? —dio un paso hacia Rebecca.

Un indio bravío irrumpió de prisa en la oficina desde la pared junto a la puerta.

—¡Tlatoani!

Ahuítzotl se dio la vuelta y se acercó al espíritu aferrándole la garganta.

Jadeando, el espectro señaló el suelo.

—O... otro humano, Amo.

Aflojó la presión. —¿Dónde?

—Acaba de entrar al museo. Lleva un arma, y...

—¡Desaparece! —Ahuítzotl golpeó al espíritu con el reverso de la mano, el cachetazo retumbó en toda la oficina—. Vigílalo. Si se acerca, avísame.

Humildemente, el salvaje se arrastró en el suelo.

Rebecca, se apoyó en el gabinete de licores para ponerse de pie. Ahuítzotl se deslizó hacia adelante.

—¿Quién es él? ¿Uno de sus compañeros, quizás?

Rebecca negó con la cabeza pero no pudo proferir respuesta. No podía pensar bien. Una vez más, lo que había aceptado como la verdad había sido destrozado. Había tenido que modificar sus creencias anteriores sobre seres intangibles. Pero ahora se daba cuenta de que los espíritus eran capaces de

tocar y de interactuar con el mundo material. El aceite y el agua todavía se mezclaban.

—¡Ahuítzotl! Espera —la voz de Ramsey. Fría, humilde.

—Déjame hablar con ella. Quizás pueda convencerla de que acepte voluntariamente. No tiene que ser como con... Bergman.

El fantasma del vikingo lanzó la calavera y la atajó en el aire.

Ahuítzotl respiró profundamente.

—Adelante pues. Rápido.

—Gracias, Amo —Ramsey se puso de pie, caminó hacia Rebecca—. No me tema —le dijo mientras sus ojos contenían la seguridad feroz que le faltaba a su voz—. Soy la única oportunidad que tiene.

Rebecca pestañeó y miró a Ramsey, después a Ahuítzotl. Por el rabillo del ojo vio al vikingo que, divertido, lanzaba y atajaba la calavera.

—¿Cómo puede verlos? —preguntó Ramsey.

Tragó con dificultad.

—Yo... fallecí. O algo así. Y cuando regresé, podía ver. Eso es todo.

Ramsey permaneció un momento en silencio.

—Tiene sentido. Usted fue puro espíritu durante un tiempo, provista de todos los sentidos y capacidades. Cuando revivió mantuvo una capacidad visual y auditiva potenciada. O, pudo ser que usted recordara algo del pasado colectivo pero no quiso renunciar a la verdad al regresar a la mortalidad.

Rebecca levantó la cabeza.

—Oh Dios, no lo sé. ¿Qué le sucedió a usted? —preguntó de repente—. ¿Encontró la urna?

Él asintió. —Había sido sacada en secreto de la Catedral por los sirvientes de Díaz. Se mantuvo en la familia hasta que pasó a posesión del último descendiente, el curador del Museo de Antropología de México.

—Mis cartas requiriendo información lo alertaron de que la Profecía estaba próxima a cumplirse. Se preparó para mi visita sabiendo que yo intentaría robarla si era necesario.

—Por eso, cuando vine a buscar las cenizas de Ahuítzotl, sus empleados me estaban esperando. Me drogaron para debilitar mi espíritu para que el

Tlatoani pudiera sojuzgarlo y poseer mi carne. Luego... me hicieron ingerir por la fuerza sus cenizas molidas y mezcladas con un líquido.

Ahuítzotl sonrió.

—Y su cuerpo pasó a formar parte del suyo —completó Rebecca.

—Exactamente. Mi sistema absorbió sus últimos restos permitiéndole no solo existir en mi cuerpo y conocer todo lo que tenía en mi memoria y en mis pensamientos, sino también desplazarse corpóreamente.

Ahuítzotl dijo:

—Y así el Gorrión liberará a la Gran Águila de su cautiverio y la guiará hacia la gran tierra del norte.

Rebecca se sintió marcada.

—¿Funcionó, Ramsey? ¿Su hipótesis era correcta?

Asintió.

—Bien... sí. Funcionó.

—No parece muy seguro.

—Es un estúpido —dijo Ahuítzotl—. Un irremediable estúpido. Esperaba algo más. Una necedad totalmente errada.

El vikingo les sonrió. La calavera casi se le cae de la palma de la mano pero reaccionó rápidamente y la cogió con la otra.

—Su mente está constantemente elucubrando incoherencias sobre verdades reprimidas y ritos quiméricos.

—No sabe nada. —El azteca levantó los puños y arqueó el cuello. El pico de su elaborado tocado pareció rozar el techo.

—Huitzilopochtli es la única verdad, y mi destino es el único destino. Estoy predestinado a provocar el fin de uno de los ciclos de la creación. Después de lo cual, Huitzilopochtli me reclamará y me llevará a mi hogar.

Ramsey captó la mirada de Rebecca.

—A la Luz —aclaró con los ojos cerrados y recostado contra la biblioteca—. El poder del inconsciente colectivo era más fuerte de lo que había supuesto, señorita Evans —Rebecca apartó con recelo la mirada de Ahuítzotl. Distinguía los ojos sin vida de Bergman fijos en ella. ¿O estaban fijos en Ramsey?

—Había pensado, de acuerdo con el símbolo de la Creación que vi, que al volver a la forma del espíritu original se podría recuperar la memoria y conocer la verdad tan claramente como la brillante luz del día.

—Pero no era tan poderoso —dijo Rebecca.

Ramsey meneó la cabeza. Parecía estar perdiendo fuerzas.

—No lo suficiente. Tuvo más poder la voluntad para olvidar combinada con el tiempo de permanencia dentro del cuerpo. Con cada generación de espíritus que permanecían y se trasladaban a la prole de los humanos, la verdad perdía fuerza; y crecía el apego al cuerpo, o la cultura y o el sistema de creencias en el cual vivían.

—A la muerte de Ahuítzotl, mientras su esencia comenzaba el viaje de regreso hacia la Luz... —Rebecca hizo una pausa— él divisó el símbolo de la Creación en Tenochtitlán...

—Y recordó solo las lecciones fundamentales.

—Que era distinto a la Luz. Que no le pertenecía.

—Exactamente —Ramsey aplaudió—. Todo el resto permaneció en su lugar, la creencia en el templo azteca, la necesidad de sacrificio, el propósito del ritual, y...

—SUFICIENTE —gritó Ahuítzotl—. Estoy harto de tus mentiras.

Rebecca lo ignoró y se dio la vuelta hacia Ramsey.

—¿Pues cómo puede usted seguir brindándole su apoyo? Si él persigue un conjunto diferente de...

—Ah, pero ése es justamente el punto —Ramsey señaló al azteca—. Él no está buscando un destino diferente. Inconscientemente está actuando de acuerdo al plan. ¿No se da cuenta? ¿Qué importa si los nombres han cambiado? ¿Designio de Huitzilopochtli o voluntad de la Luz? —Ramsey miró a uno y a otra—. Le sigo siendo fiel porque la causa no ha sido traicionada.

Una rosa bajo otro nombre...

Ahuítzotl se acercó a él.

—Tú me sigues siendo fiel, perro, porque así te lo ordeno, en cuanto a tu...

Sonó un disparo de mosquete fuera.

Ahuítzotl giró la cabeza abruptamente. Parecía estar mirando a través de la pared.

El vikingo apoyó la calavera sobre el gabinete de licores y extrajo el hacha.

—Nos atacan —gritó.

Un alarido desgarró el aire, y un soldado de la Confederación atravesó la pared tambaleándose, con una flecha corta atravesada en el pecho.

Ahuítzotl levantó los brazos y lanzó un grito salvaje, desnaturalizado. Desde lejos le contestó un coro de voces fantasmagóricas.

Rebecca se alejó unas pulgadas de la biblioteca dirigiéndose hacia la puerta.

Percatándose del movimiento, Ramsey la llamó.

—No correría si estuviese en su lugar.

—Puede ser que Ahuítzotl no sea capaz de seguirla porque debe estar en mi cuerpo, pero el vikingo que está allí solo necesita llevar su cráneo para seguirla a cualquier lado.

Maldiciendo, con el ruido de la lucha de los desventurados atosigándole los oídos, se quedó quieta.

—Si se está preguntando —continuó Ramsey— cómo pueden tocar objetos... Es algo que me molestó durante un tiempo. Pero luego me di cuenta. ¿Por qué no habría de tener sentido? Los *Primeros* originales eran de una naturaleza completamente diferente a la de los seres materiales. Sin embargo, ¿qué les sucedería después de vivir en el interior de ellos? ¿Se convertirían en algo indistinguible de la carne con el paso del tiempo, de manera tal que aun liberados de la carne, mantendrían la capacidad de controlar el mundo físico que habían tenido en su existencia mortal? Oh, es cierto que ya no pueden tocar la carne por volver a ser de naturaleza opuesta. Pero los objetos, es otro asunto. Con concentración y suficiente seguridad en sí mismos, es posible. Ahuítzotl se lo ha enseñado a muchas de las almas perdidas de este museo.

—¿Qué está pasando allí? —preguntó Rebecca mirando a través del vikingo, al soldado que estaba luchando por sacarse el arma de madera que tenía incrustada en el pecho etéreo. Parecía estar desintegrándose en espirales

de humo azul que salían de sus ropas y de su piel.

—Después de la muerte de Bergman, los espectros se dividieron adhiriendo a facciones opuestas. Ahuítzotl los ofreció poder y libertad. Sin embargo, a lo largo de los años, Bergman había hecho muchos amigos entre las pretéritas almas perdidas. Esos espectros están dispuestos a vengarlo... y posiblemente se estén movilizand para protegerla.

Ahuítzotl la miró rápidamente y desenvainó de su cintura transparente una espada de bordes aserrados del tamaño de su brazo, tenía la hoja pintada con signos aztecas. Se disponía a proferir una declaración cuando varias cosas sucedieron simultáneamente.

Primero, el vikingo se abalanzó sobre el soldado agonizante y le clavó los dientes en el cuello. Los haces que se estaban esfumando fueron absorbidos por la boca del vikingo mientras se batían a golpes y después se separaron.

Armas y cabezas emergieron del suelo, como buzos de las profundidades; y muchas armas brillaron en los puños espectrales.

El otro soldado confederado irrumpió en la habitación tambaleándose, trasgado por la espada del caballero del siglo XIII que lo seguía. El oficial rebelde se estaba disolviendo rápidamente con la boca exánime en un silencioso grito.

Dos figuras cubiertas con armaduras siguieron al caballero. Ambos blandían sendas espadas. Uno de ellos tensó la ballesta y apuntó al corazón de Ahuítzotl.

El azteca gruñó y arremetió contra ellos, pero la lucha se tornó salvaje y desaparecieron a través de la biblioteca después de que el vikingo incrustara el hacha en la rodilla del guerrero.

Ahuítzotl, enceguecido por la furia, estaba encima del caballero. La enorme espada perforó el pecho plateado y lo desgarró hasta el hombro bajo una densa bruma de vapor azul.

De repente, la habitación se atestó de espíritus. Del suelo surgieron espectros que arremetieron contra los caballeros. Seres esqueléticos vistiendo uniformes nazis trepaban empuñando ametralladoras. Guerreros indios blandiendo lanzas, comandantes de submarinos escudriñaban la habitación con binoculares.

Llegaron arrastrando los pies para unirse a la refriega.

Rebecca permaneció de pie perpleja. No podía creer lo que veía, y deseaba fervientemente que los doctores tuviesen razón, que ella estaba sufriendo alucinaciones increíblemente reales. La masacre era increíble.

A los caballeros se les unieron soldados en uniforme camuflado y varios luchadores orientales. Aparte de ellos, a Rebecca le resultaba difícil distinguir quién peleaba contra quién. Brillaron espadas, aparecieron ametralladoras, piernas y brazos volaron a través de las paredes sin ningún impedimento. Cuerpos fantasmales estallaron en arremolinadas columnas de humo que fueron absorbidas por otro espíritu que parecía fortalecerse al incorporar la energía.

Ahuítzotl estaba en el fragor de la contienda, degollando, batiéndose a golpes. De alguna forma, había conseguido otra espada y giraba empuñándolas con sus poderosos brazos. Extremidades y cabezas cercenadas se desprendían de sus dueños.

Ramsey se había cubierto los ojos y temblaba en un rincón alejado.

Rebecca divisó algo plateado que se dirigió hacia ella. Uno de los caballeros la llamó.

—¡Corre, mujer! Huye. Debes vivir para vencer a este demonio, este...

Se escuchó un horrible crujido seguido de chispas después de que la espada grabada de Ahuítzotl se incrustó en el casco y decapitó al caballero cruzado cuya cabeza atravesó el techo.

Ondas de energía brotaban de la garganta destrozada del caballero como dedos expuestos a la boca abierta de Ahuítzotl.

Esa imagen sirvió para darle a Rebecca el impulso que necesitaba. Ya había iniciado la carrera hacia la puerta cuando un soldado de la GESTAPO vestido de negro le salió al cruce, cogió el picaporte.

Sintió algo que le aferraba la camisa.

Luchó por liberarse y se lanzó a través de la puerta abierta en dirección al pasillo. Ahuítzotl gritó su nombre. La voz le congeló la sangre y le paralizó el cuerpo. Parecía que corría en cámara lenta.

Se abrió la puerta al final del pasillo. Apareció una figura sólida, toda de negro, que empuñaba un arma.

Y algo gritó desde la oficina de Bergman llevando un deslucido cráneo y siseando su nombre.

No tuvo otra opción más que seguir adelante.

El hombre que estaba en el umbral levantó el brazo y apuntó el arma.

Rebecca percibió algo familiar en él. Se le acentuaba el dolor de los puntos en el cuello con cada paso y la espalda parecía que le iba a estallar.

El arma se disparó con un sonido sordo. Y un trozo de yeso cayó del techo cuando el atacante cayó desplomado por un extinguidor de incendio.

Un espectro, vestido de fraile permanecía de pie junto a la figura que gruñía en el suelo. Una mano que surgió de la manga holgada hizo una seña para que Rebecca se apurara.

No mires atrás, se dijo a sí misma, pero no pudo evitar echar una última mirada.

La sonriente calavera estaba a tan solo una yarda atrás sostenida por un vikingo que gruñía ferozmente.

Saltó por encima del atacante sin preocuparse de echarle una segunda mirada. Corrió detrás del clérigo, rodeando las escaleras y avanzó de cuatro en cuatro escalones a la vez. Cuando llegó al final pudo divisar al religioso y al vikingo luchando cuerpo a cuerpo al tope de las escaleras.

Un desgarrador grito sofocado le indicó que el vikingo había reiniciado su persecución tras ella. Rebecca bajó las escaleras volando, y descendió al nivel siguiente saltando por encima de los barrotes de la balaustrada. Esperaba que la bestia fantasmal se materializara en cualquier momento bloqueándole el paso, pero recordó que debía acarrear el cráneo sólido.

Alcanzó a llegar al pasillo del último piso. Myers y Johnson estaban corriendo hacia la puerta dejando atrás al vigilante que frenéticamente intentaba pedir ayuda por teléfono.

—¡Corran! —les espetó con un grito ronco al pasar junto a ellos. Cuando alcanzó el escritorio echó una mirada hacia atrás. La puerta que daba a las escaleras se estaba abriendo.

Rebecca se dirigió a toda carrera hacia la tormenta. Corrió hacia el automóvil mientras buscaba a tientas la llave en los bolsillos.

—¡Vamos! ¡Vamos!

El vigilante del museo se interpuso.

—¿Qué demonios está pasando...? —se desplomó bruscamente al ver una

calavera bamboleándose en el aire a seis pies de altura del suelo. Pestañeó y se frotó los ojos. La puerta de salida fue empujada y se abrió lentamente. La calavera se dio la vuelta y pareció sonreírle burlescamente, después flotó fuera debajo de la lluvia.

Dos automóviles rugieron en el estacionamiento. El Probe salió primero arrasando una señal de aparcamiento para minusválidos, después se enderezó y salió a toda velocidad.

Con respiración agitada se ajustó el cinturón de seguridad, buscó a tientas el mando del limpiaparabrisas y el de las luces. El acelerador estaba presionado al máximo.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —giró en la curva sin tocar el freno, el vehículo sobrepasó rugiendo a una camioneta que avanzaba lentamente y que perdió el control saliendo de la carretera. Alejándose a toda velocidad del museo, echó una mirada al espejo retrovisor—. ¡Contrólate, Becki Contrólate!

—Sí —dijo una voz chirriante desde el asiento del acompañante—. Por favor, cálmese...

Se dio la vuelta y gritó con toda la fuerza de sus pulmones agitados, aunque solo pudo lograr con esfuerzo un chillido agudo.

La sonrisa desdentada se hizo más amplia bajo la enmarañada barba, y el único ojo abatió las estropeadas pestañas en su dirección. Un brazo empapado en sangre se extendió a través del parabrisas donde la mano del vikingo sostenía la calavera para señalar el hueco de los ojos.

—¿Nota el parecido? —preguntó el fantasma, pegando su rostro al de la calavera mientras levantaba las cejas.

El vikingo se acercó a su garganta.

Rebecca sacó el pie del acelerador, cubriéndose con los brazos, y frenó violentamente.

El cinturón la sostuvo bruscamente, su cabeza frenó a centímetros del parabrisas.

El Probe chirrió con el frenazo y giró bruscamente, patinando sobre el agua, las ruedas se apartaron de la carretera por un instante. El vehículo describió un círculo completo y se sacudió violentamente al detenerse.

El vikingo quedó detrás de ella, a unos buenos sesenta metros de distancia. Razonó rápidamente, con el golpe debió haber perdido su sostén

material en el coche y, por ende, perdió inercia y quedó parado mientras el coche continuó derrapando hacia delante. A la calavera, sin embargo, le fue mucho peor. Debió haber salido expelida violentamente del débil asidero del fantasma describiendo un gran arco hasta caer aproximadamente a cincuenta pies del camino, el golpe en el cráneo se había agrandado bastante. Estaba inmóvil, al borde del cono de luz proyectado por los focos del Probe, como si fuese un ciervo asustado intentando realizar un cruce peligroso.

Dejó el pie fijo sobre el freno, mechones húmedos de cabello le caían sobre los ojos, y encendió el motor. El dolor en el cuello era lacerante y la idea de que la herida se debía haber reabierto le cruzó súbitamente la mente.

El espíritu del vikingo la alcanzó y se adelantó al automóvil dirigiéndose a recobrar la calavera. A diez pies de los focos, se detuvo, mirando sucesivamente a la calavera y al rostro detrás de los raudos limpiaparabrisas. Se dio la vuelta y corrió por la calle, mirando hacia atrás como si corriese por su última posesión.

Quitó el pie izquierdo del freno, y clavó firmemente el pie derecho en el acelerador hundiéndolo hasta el final. El chirrido de las cubiertas apagó el sonido del latido acelerado de su corazón. Encontró y golpeó el botón de la velocidad en el apuro. Sintió un fuerte empujón hacia atrás, contra el asiento, aferró ambas manos en el volante, alineó las ruedas delanteras en dirección a la calavera.

El vikingo sintió su proximidad, se dio la vuelta y levantó los brazos en un gesto que intentaba detenerla.

Sin pestañear o alterar su rumbo. Rebecca embistió y atravesó al espíritu. No fue más que un resplandor. Un suave hormigueo en la rodilla. Echó una rápida mirada al espejo y pudo ver al fantasma gesticulando salvajemente. Corriendo tras ella.

El velocímetro superó los noventa kilómetros, una fugaz sonrisa le apareció en los labios mientras guiaba las ruedas del Probe hacia la calavera. Una suave sacudida y un sordo ruido le indicó que le había pasado por encima.

Se detuvo lentamente y al mirar por encima del hombro vio las luces de un automóvil que se acercaba, probablemente el de Myers y Johnson, el fantasma se arrodilló frente a los fragmentos blancos que yacían sobre el pavimento. Movía las manos como si intentase recogerlos. Levantó la cabeza hacia el vehículo que se aproximaba. Pasó a través de él arrastrando varios

pedazos de huesos que quedaron desparramados en el trayecto de las huellas.

Sonriendo ampliamente, Rebecca metió la marcha atrás y retrocedió.

Su risa no esperó a que su temor disminuyese.

## Capítulo 13

Cuando la masacre se aplacó y los gritos se apaciguaron, Ramsey abrió los ojos, y espió por el borde del escritorio. Ahuítzotl y cuatro indios permanecían allí. Con una orden del azteca se dispersaron, devorados por las paredes.

Ahuítzotl envainó la espada. Parecía haberse agrandado después de la pelea, y un aura azul lo rodeaba.

Ramsey se levantó con esfuerzo. Su cuerpo estaba agotado y las piernas apenas lo sostenían.

—Amo...

—¡Silencio!

—Pero...

Ahuítzotl giró y Ramsey vio que los ojos del Tlatoani habían cobrado un color turquesa intenso; parecían gotear a través de las órbitas oculares, diluyendo el distante blanco mar.

—Debo encargarme del otro intruso.

Dio tres grandes pasos y desapareció por la puerta.

Ramsey se desplomó en una pila junto al escritorio. La presencia física de Ahuítzotl dentro de su cuerpo estaba minando considerable energía de sus propias células. El espíritu del Tlatoani no estaba presente para nutrir sus restos corpóreos, y por ende se alimentaron del vigor remanente de Ramsey, sosteniendo el sistema vital a través de su fuerza. Necesitaba que Ahuítzotl regresara a ese cuerpo y repusiese sus propios elementos de mortalidad.

Se lo escapó un quejido de los labios. Escudriñó la habitación y automáticamente detuvo la mirada en el cuerpo del profesor Bergman. La sangre de la frente perforada había formado una especie de telaraña que se extendía hasta los ojos, acumulándose en charcos de tono carmesí en las

órbitas cuyas pupilas avellana alguna vez habían brillado con vida.

*Cava demasiado profundo, amigo.*

—No... —Ramsey cerró los ojos y deseó poder levantar las manos para taparse los oídos.

*Debería haberse quedado en la universidad. Podría haber tenido algo agradable con la señorita Andrews.*

—¡Déjeme solo!

*¿Por qué? ...debería estar agradecido porque su conciencia aún funciona.*

—¡Basta! Si no hubiese sido yo, otro habría unido las piezas...

*... destino. Ya lo sé. Otro pequeño Gorrión habría sido llamado para que dejara su rama e hiciera la obra.*

—¡Sí! —Ramsey sollozó y se mordió los nudillos—. Sí. El destino.

*Pero permítame preguntarle algo. ¿Cuál es exactamente ese destino por el cual está tan eufórico?*

Respiró profundamente y se arriesgó a mirar a Bergman, quien no se había movido, ni siquiera una contracción.

*¿No lo sabe realmente, no es así? Incoherencias sobre desenlaces cíclicos y cosas por el estilo.*

—Pero la Profecía... —hizo un esfuerzo para levantarse apoyándose en los codos.

*... estaba incompleta. Está en el aire, colega. En el aire.*

—No —Ramsey insistió con un suspiro intentando convencerse a sí mismo—. Todo está decidido. No puedo cambiarlo.

Imaginó al cuerpo de Bergman haciendo un extraño gesto como si se encogiese de hombros.

*Arde en el infierno que has desatado*



Las imágenes se hicieron nítidas solo después de luchar duramente contra las fuerzas de la inconsciencia. Clavaron profundamente sus garras en la voluntad de Karl, pero las dominó, sacudió la cabeza como si quisiese espantar hordas

de polillas.

—¡Mierda! —la palabra fue repetida en un espeluznante eco al rebotar el sonido contra las paredes a lo largo del pasillo vacío. Se frotó el cuello, advirtió el cartucho plateado cerca de sus pies retorcidos. Rodó sobre la espalda y pateó suavemente el extinguidor.

Algún bastardo lo había sorprendido desde atrás justo en el momento en que le iba a disparar a Evans. Ella había corrido aterrorizada hacia él fuera de sí, como si la persiguiese un fantasma de su pasado. Le había agradecido al destino por esa oportunidad, le apuntó, y después... las luces se apagaron para Karl.

Le echó una mirada al reloj. Había estado inconsciente durante siete minutos. Maldijo otra vez e intentó levantarse. La base del cráneo le dolió intensamente y tuvo que sentarse hasta que le fue posible dominar el sufrimiento. Con un ataque de pánico tembló al pensar que le habían quitado el arma, pero allí estaba, esperando donde la había dejado caer.

Cuando intentó acercarse a ella algo en el otro extremo del pasillo hizo un agudo clic.

Las luces se apagaron.

—¡Hijo de perra! —Karl se agachó buscando a tientas la 45. Alguien estaba todavía allí, jugando con él. Alguien que sabía la verdad.

De repente, sintió una ráfaga de brisa fría que le agitó el cabello y le secó los ojos. Frenéticamente, se arrastró con ambas manos por el liso suelo buscando el lugar donde había caído el arma.

Tic, tic.

Karl quedó paralizado. El ruido provenía de apenas algunos metros adelante. El sonido parecía de algo metálico contra el suelo. Metal...

Maldita sea. El bastardo tiene mi arma. Karl inspiró profundamente y sin hacer ruido levantó la pierna izquierda.

Tic, tic, tic.

Más cerca. En la profunda oscuridad, Karl sonrió. Dejemos que el idiota siga con el juego. Su enemigo pensaba que estaba desarmado. Grave error.

Levantó la pierna izquierda del pantalón, cogió el revólver 38.

Tic, tic, tic, tic, tic.

—¡Hijo de una gran perra!... —Karl cambió de mano el arma y la cogió con fuerza. Una vez, dos veces. Por la luz de los disparos, detectó el brillo de su 45 pendiendo en la oscuridad.

Apuntó y disparó por tercera vez, cuarta, quinta y sexta, hacia el espacio de arriba donde divisaba su arma robada.

Silencio.

Oscuridad.

Los ojos de Karl se movían bruscamente hacia la derecha, la izquierda, intentando desesperadamente ver algo. No había oído ningún grito. Ni siquiera un gruñido.

Nada.

Se arrodilló.

A la derecha, un nítido ruido metálico.

Tic, tic, tic, tic.

Karl dejó caer el revólver y se desplomó de espaldas, alejándose del ruido.

—¡Oh, maldición, por favor! Le pagaré. Lo que me pida. Lo tengo. Casas, autos, mujeres... jovencitos —buscó a tientas el cuchillo que tenía sujeto a la pierna.

—¡Lo que quiera, por favor!

Tic.

Repentinamente, perdió la fuerza de las piernas. Un recuerdo lo asaltó bruscamente, la decisión que había tomado dieciocho años atrás de unirse a la CIA. Había dudado entre tres empleos. Los otros dos eran cómodos pero aburridos, contables. Había elegido la aventura, demonios ¿quién no lo habría hecho? El sueldo era el mismo, y le brindaba la oportunidad de hacer algo por su país, algo que le permitiría a otros pusilánimes hacerse cargo de tareas contables sin tener que temerle al terrorismo o a una revolución.

Nadie le había dicho que tendría que morir por un disparo de su propia pistola en un oscuro pasillo, a manos de un atacante desconocido.

—Por favor...

—¡Bang! ¡Bang!

El primer disparo le impactó en la rótula, cercenándole el hueso. Rebotó

en el suelo y se le incrustó en la parte inferior del muslo. El segundo disparo le entró profundamente en el hombro.

Los gritos de Karl eran ensordecedores.

¿Dónde había oído antes gritos similares?

¡Bang!

La mano izquierda fue arrojada contra la pared cuando la munición le perforó la palma.

¡Bang!

La cuarta bala le impactó justo en el abdomen. La sangre manó a borbotones de la boca de Karl, enmudeciendo repentinamente los alaridos. Maldición, no tuve oportunidad de concentrarme en una herida cuando ya me infligieron otra.

¡Bang!

Otra rótula.

—¡Jesús, Dios!

Pensó que había algo terriblemente familiar en esa escena mientras nadaba en un mar rojo. El dolor le resultaba más impreciso. Parecía sentirlo en todas partes, como si con martillos le estuvieran clavando clavos en cada hueso...

Martillos... huesos destrozados...

Y recordó.

¡Bang!

Una bala explotó atravesándole el esternón. Su cuerpo se sacudió y se agitó.

Sus víctimas, especialmente, las mujeres y los ancianos.

Eso era lo que había estado tratando de recordar. Sí. Complacido con su memoria, Karl se acordó de los centros de detención que había recorrido durante altas horas de la noche, donde oyó los lamentos de los prisioneros torturados; recordó las sesiones con los izquierdistas que había dirigido personalmente. Cómo habían rogado, suplicado y ofrecido sus vidas, sus cuerpos; y las vidas y cuerpos de todos sus descendientes; si tan solo terminaba con sus sufrimientos.

Oh, sí. Recordó.

Karl abrió la boca para implorar por última vez a su agresor. Pero tenía la garganta ahogada de sangre, y no pudo producir más que un vago gorgoteo.

Bang.

Una fracción antes del impacto, Karl hubiese jurado que podía distinguir el número de serie de la munición que giró frente a su ojo izquierdo.



A catorce kilómetros de distancia, en el segundo piso del Centro Municipal, el sollozo que había sido un elemento recurrente durante varias semanas en el recinto del tribunal, cesó. El fiscal de distrito, en medio de su alegato ante el jurado, se detuvo para mirar al hombre que se encontraba en el escritorio de la defensa.

En la penumbra, Ronald Jacobs se sentó erguido. Atento, giró la cabeza como si escuchase una canción en la distancia. Se le secaron milagrosamente las lágrimas, los ojos se le iluminaron y los labios se distendieron en una sonrisa.

Libre. Sonrió y dio vueltas en el aire.

¡Rebecca! Gracias, señorita Evans. Gracias.

Lágrimas, ahora de alegría, le caían libremente por las mejillas mientras se elevaba hacia el techo.

Gracias, graa... su espíritu se detuvo bruscamente, como un perro a la carrera que de golpe descubre el largo de la cadena que lo sujeta. Parpadeó, se miró las manos, después al cielo más allá del techo. Miró fijamente, boquiabierto. Levantó una mano.

No. ¡Noooooo!

El fiscal de distrito movió la cabeza con tristeza, se limpió la sangre de los puños y retornó a su alegato frente a un juez inexistente.

El espíritu de Jacobs voló, se sacudió hacia atrás como un anzuelo vacío recogido por el riel. Fue empujado de vuelta al escritorio. ¡No puede ser! Gritó en el recinto vacío.

No puede.

¿Dónde estaba la justicia? Le preguntó al fiscal de distrito, quien

prontamente lo ignoró.

¿Terminaría alguna vez esa pesadilla?



—No tan rápido —le dijo Ahuítzotl al espíritu perverso que intentaba huir.

El fantasma de Karl Holton se retorció en el puño del azteca. La mano poderosa le aferraba la garganta, y Karl supo que podría destrozarse su esencia con solo un pensamiento.

—Se preguntará por qué apareció en este escenario, gusano —lo empujó hacia él hasta quedar frente a frente. El fuego que despedían los ojos del azteca pareció incinerar cualquier sentido de individualidad que quedara en Holton—. Ahora le otorgo un papel en este acto.

Le incrustó los dedos en la garganta etérea. El dolor era peor que todos los impactos de bala juntos. La sangre aún le brotaba en abundantes borbotones de la boca y de las cuencas de los ojos, y los órganos internos comenzaron a escurrírsele por el agujero que tenía en el estómago.

—Hace un momento ofreció cualquier cosa para terminar con el dolor.

El espíritu amordazado de Karl asintió rápidamente.

—Me lo estoy cobrando —Ahuítzotl sonrió—. Su alma me pertenece. Júreme lealtad.

Karl abrió la boca. Lo que fue su cuerpo se inmovilizó y se desplomó hacia adelante, después golpeó bruscamente contra el suelo.

Se encontró con la terrorífica mirada de su asesino.

Ahogándose, logró proferir solo unas palabras:

—Le... pertenezco.

## Capítulo 14

*Playa Delaware, 1:30 horas.*

Gerry Myers debió apartar la vista del cuello de Rebecca. Algunos de los puntos se habían abierto y la sangre fresca fluía poco a poco del labio de la herida. La enfermera Beverly Harris había trabajado diligentemente desinfectando el área con antisépticos.

Rebecca estaba sentada en una mesa de cristal en la cocina. Mantenía los ojos cerrados mientras la enfermera atendía la herida. Myers tuvo que admirar a la mujer, loca como era. Tenía fortaleza. Y resistencia. Demonios, parecía capaz de enfrentarse a toda los agentes de la CIA.

Myers pensó que estaría muerta. Cuando Holton, tuvo que haber sido ese bastardo asesino, salió tan fresco del automóvil, incluso tuvo el descaro de guiñarles un ojo, Myers se había sobrecogido con el indiscutible presentimiento de que habían fallado en su última misión.

De alguna manera, la señorita Evans había eludido a Karl, incluso le había infligido graves daños. Aunque Myers no había conseguido ninguna información de ella todavía.

Tan pronto como llegaron a la casa, la sobreinspectora enfermera insistió en atender a la señorita Evans antes de cualquier interrogatorio.

Myers dejó vagar la mirada por la cocina, sin poder distinguir nada aparte de la herida que se había abierto. En las sencillas paredes colgaba una estantería de cristal que exhibía hermosos caracoles. Encima del fregadero, había un estante con cuchillos de varios tamaños y una pila de platos y jarros de café estaban apoyados en la encimera.

—Está cicatrizando muy bien, Rebecca —la enfermera le colocó una venda adhesiva alrededor de la zona. Su paciente se encogió—. Pero no está lo suficientemente recuperada como para andar corriendo por ahí. Si persiste en ello, tendré que insistir en que regrese al hospital.

Myers movió los ojos.

—Vea, enfermera. Realmente necesitamos hablar con ella. ¿No puede apresurarse?

Beverly lo miró indignada y abrió la boca.

—Está bien —dijo la señorita Evans apoyando la mano sobre el hombro de la enfermera. Se bajó de la mesa—. Estoy bien. Gracias —dirigió la mirada a Myers—. Pero realmente necesito hablar con ellos ahora.

Myers sonrió y asintió. La cogió del brazo y la llevó hasta la sala, hasta un suave sofá azul. Doug Johnson se sentó en una silla de mimbre frente a ella.

—Qué tal si nos cuenta qué está sucediendo, señorita Evans —dijo Johnson.

Rebecca asintió.

—Es necesario. No puedo manejar esto sola.

Myers se sentó junto a ella, consciente de que la enfermera lo miraba molesta recostada contra la encimera de la cocina.

—Aunque realmente me gustaría que estuviese Donaldson aquí. Él estaría más dispuesto a creerlo —al menos, pensó, más dispuesto que estos dos extraños.

—Podemos llamarlo si usted quiere —dijo Myers—. Podemos despertarlo y decirle que venga.

Rebecca asintió.

Johnson se paró y se encaminó hacia el teléfono.

La pequeña ventana rectangular de la cocina explotó cuando un pequeño objeto la atravesó. Pasó por encima de la cabeza de la enfermera Beverly y cayó al lado de Myers haciendo un ruido sordo contra el suelo, rodó y fue a parar junto al pie de Rebecca.

—¡Abajo! —gritó Johnson instintivamente, agachándose.

Myers se dirigió hacia Rebecca y la empujó contra el suelo enfrente del sofá. Buscó el revólver que tenía en la pistolera.

La enfermera Beverly gritó y se ocultó detrás de la encimera.

Myers le echó una mirada a Rebecca para cerciorarse de que estaba bien.

Estaba lívida, con la boca abierta y los ojos clavados en el objeto.

Su expresión demostraba que le resultaba imposible de creer.

Myers lo miró. Se acercó y lo levantó.

—¿Quién ataría una bolsa *Ziploc* a un ladrillo?

Johnson, empuñando el arma, espío por encima del sofá, y preguntó:

—¿Qué hay en la bolsa?

Myers miró más de cerca.

—Pedazos de roca blanca, o algo así.

—Huesos —le contestó Rebecca con voz ronca—. Fragmentos de una calavera.

Se retorció para liberarse del brazo del hombre.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Ahora!

—¡Quédese quieta! —siseó Myers levantando el arma—. Nos encargaremos de esto.

Un alarido ensordecedor llenó la cocina. Horrible y torturado, surgió, enmudeció y se repitió.

Myers se puso de pie, apuntó con el revólver. Pensó que debía haber algo que no había visto. La enfermera yacía de espaldas sobre la encimera mientras dos cuchillos de cocina flotaban en el aire sobre ella. Uno descendió primero, le atravesaron el uniforme dejando trazos de sangre en la piel con cada una de las salvajes cuchilladas.

Se oyeron disparos detrás de él. Johnson disparó varias veces al aire, hacia los cuchillos. Aparecieron agujeros de bala en las salas. Gritaba:

—¡No hay nada allí! ¡Nada!

Myers solo pudo mirar boquiabierto las hojas de los cuchillos teñidas de color carmesí mientras salpicaban sangre sobre las paredes, las lámparas, los platos.

Los gritos de Beverly cesaron cuando su cuerpo dejó de luchar.

Los cuchillos permanecieron inmóviles en el aire.

Rebecca, a su lado, le clavó las uñas en el brazo.

—¡Muévase! ¡Nos ve!

Myers la miró completamente confundido.

—¡Rápido! —gritó—. Mientras esté drenándole la vida de su espíritu.

Rebecca se ocultó de la vista del vikingo de un solo ojo cuyos dientes estaban clavados en el cuello del espíritu de Beverly. El alma de la enfermera estaba vestida igual que su cuerpo con el uniforme del hospital desgarrado en el hombro. El fantasma la tenía inmovilizada debajo de él mientras devoraba ansiosamente la energía de su espíritu que se le escapaba por el cuello.

Rebecca se soltó de las manos de Myers que la sujetaban.

Mientras Johnson seguía maldiciendo y disparando al azar, Myers siguió a Rebecca, intentando permanecer entre ella y la cocina. Demasiado tarde se dio cuenta de su decisión tomada por instinto. Rebecca gritó y se aferró de sus hombros en un intento para apartarlo del cuchillo que habían lanzado en su dirección. La hoja le penetró el hombro y le desgarró los huesos del pecho. El brillo del metal ensangrentado permaneció en sus retinas mientras la vida se le escapaba.

Rebecca dejó que el cuerpo del agente muerto se soltara de sus manos. Los ojos vacíos fijos en ella se pusieron blancos mientras se desplomaba. Algo salió deprisa de su cuerpo. Pudo distinguir la rápida sonrisa y el brillo de los ojos mientras la figura transparente se retorció y desaparecía de la vista.

Johnson efectuó un disparo con su arma. Dos. La arrojó a la cocina. Sin preocuparse más por la seguridad de Rebecca, buscó una salida frenéticamente, espió la tormenta y salió corriendo.

En la cocina, el vikingo regresó al estante de los cuchillos, y seleccionó los dos con hojas más grandes. Sonriendo, caminó por la encimera y arrojó uno primero, después el otro. Ambos se clavaron en la espalda de Johnson.

Gruñó y giró en el aire desplomándose a través de la ventana, cayendo con un ruido sordo sobre la tarima de madera en una lluvia de cristales rotos.

El viento entró ansiosamente a través del agujero del cristal partido acarreando grandes gotas de lluvia, el rugido del océano y el sonido del ladrido de un perro que avisaba.

El fantasma caminó lentamente sobre sus pasos para elegir otro cuchillo.

El grito de Rebecca finalmente logró ser audible. La última acción de una mujer desesperada, pensó. Sin lugar a dónde correr, sin escapatoria. Las llaves

estaban en un cajón de la cocina, y aparte del coche, no había otra forma de escapar del fantasma. La calavera del vikingo, desparramada como estaba, se encontraba en el living de su casa. Podía romperla aún más hasta pulverizarla pero de todas formas seguiría allí.

Sus alaridos cesaron, reemplazados por torturados sollozos mientras caía de rodillas. Las gotas de lluvia se marcaban en la alfombra y salpicaban una pintura en la pared. El ladrido del perro se hizo más intenso, más nítido.

Una señal de su destino, pensó desesperadamente. Muchas gracias.

El vikingo levantó el último cuchillo y lo lanzó en el aire ofreciéndole visuales perfectas de cada lado. Su júbilo era descaradamente evidente.

La iba hacer sufrir. Después de que su cuerpo falleciera, le devastaría el alma y le devoraría el espíritu.

Se dio cuenta de que ésa sería la peor parte. Nunca vería la Luz de nuevo. No podría seguir adelante. La paz le sería negada para siempre. La cortina del más allá nunca se levantaría, su estrella nunca brillaría. Sólo la nada, absoluta inexistencia.

El espíritu se le acercó con el cuchillo en alto, sujeto con ambas manos.

Rebecca contuvo la respiración y rogó porque su espíritu pudiese soportar la increíble lucha después de que su cuerpo muriera.

El sonido de un gruñido feroz mezclado con aullidos de furia llegó hasta sus oídos. El vikingo gritó y el cuchillo cayó, clavándose de punta en la alfombra junto a la mano de Rebecca. Giró hacia atrás, llegó hasta la pared y comenzó a levantarse.

Cuando miró hacia atrás, un perro que gruñía había clavado los colmillos con fiereza en la garganta del vikingo, perforándola, desgarrándola. Le clavó las garras en el pecho y las poderosas patas traseras le patearon el estómago.

El vikingo le rodeó el lomo intentando dislocar, luego quebrar al perro.

Con un grito de agonía el perro se soltó, arrancando un pedazo de carne espiritual humeante. El vikingo aferró la garganta del perro con una mano y levantó al animal. Sus patas peludas se agitaban salvajemente y su aullido cobró una nota torturada.

Una imagen borrosa cayó del techo ante los ojos de Rebecca hasta quedar a varias yardas junto al vikingo. La figura transparente estaba envuelta en una capa negra, salvo por un brazo al descubierto, y una mano que aferraba un

trabuco de chispa de caño largo.

Bajo una maraña de cabello oscuro, un enfurecido ojo azul se cerró mientras el otro se entornó apuntando al vikingo con la mira.

—Suelte a mi perro —dijo el hombre de la capa con voz calma.

Rebecca pestañeó y el vikingo echó hacia atrás la cabeza y rugió salvajemente.

—No me parece que esto sea gracioso —dijo el recién llegado mientras tiraba del gatillo. Una nube de humo azul salió del caño, y el espacio entre los ojos del vikingo explotó, seguido por una ráfaga de vapor.

Soltó al perro que rápidamente cayó y mordió la pantorrilla del guerrero. Ignorando al animal, el vikingo se llevó las manos a la cabeza como si quisiese detener el flujo de energía que se le escapaba. Brotó un quejido de su garganta, ahogando los gruñidos del perro. Clavó los ojos en el fantasma de la capa.

Pateando para liberarse del perro, con las manos estiradas en una extraña posición, el vikingo se abalanzó sobre el hombre. El fantasma de la capa arrojó la pistola que voló en la cocina. El extraño se apartó y arrojó la capa sobre un hombro para alcanzar algo que tenía en el cinturón.

Gruñendo, el vikingo se impulsó hasta el lugar donde su enemigo había estado. Se dio la vuelta, pateó al animal que lo atacaba y arremetió de nuevo.

El hombre se había mantenido de espaldas mientras saltaba, pero de repente, la capa se arremolinó, la figura giró sobre sí misma, extendió el brazo y una brillante espada curva se clavó en el fantasma que lo embestía.

Rebecca vio cómo la hoja se enterraba en la espalda del vikingo cubierta de pieles, escuchó su gutural grito de agonía. El espadachín se enderezó, levantó una bota que descargó contra el estómago del vikingo y lo apartó de una patada. El espectro que se disolvía se deslizó del arma firmemente asida y fue arrojado a través de la sala hacia la ventana abierta a la tormenta, desintegrándose en el camino. Para cuando llegó a la ventana, dejando una estela de haces de luz tras él, la forma del vikingo se había reducido a un revoltijo de partículas cual amebas que finalmente giraron en la tormenta, y allí se disiparon totalmente en el aguacero.

Trastornada, solo atinó a mirar boquiabierto al fantasma de la capa mientras se limpiaba la espada en la pierna, y después la envainó. El perro de

pelaje dorado brincó hacia su amo y saltó hasta sus brazos, hociqueándole el suave rostro.

—Está bien, está bien Caesar. Ya te he saludado.

Ella desvió la atención hacia la ventana abierta. Las palabras se le atropellaron en la boca:

—¿Qué le ha sucedido a... él?

—¿Al caballero de los execrables modales? —el fantasma sonrió burlonamente—. Partió hacia la muerte final.

—¿Muerte final?

Asintió, apoyando una rodilla en el suelo para que el perro bajara de sus brazos. —Final. Concluyente. *Kaput*. El fin. Nada más. Es lo que nos sucede cuando nos matan de esta forma.

Rebecca frunció el ceño.

—¿Y su esencia?, él absorbió la vida del fantasma de mi enfermera. ¿Dónde fue la de él?

Poniéndose de pie y arrojando la capa sobre la túnica blanca se encogió de hombros.

—A ningún lado. A todos lados. Para él, no es relevante. Sin recuerdos, sin existencia. Es como si nunca hubiese existido.

Rebecca cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared.

—Oh, él existió, en verdad. E hizo suficiente daño como para asegurar que su recuerdo nunca muera.

El fantasma echó una rápida mirada alrededor de la habitación, notando los muebles por primera vez. Sus ojos se posaron en los cuerpos sin vida.

—Sabe usted, *madame*. Usted realmente debería ser más cuidadosa con sus invitados.

Lo miró penetrantemente, se encontró con sus apasionados ojos azules.

—Usted... vio...

—Parece que es algo recurrente en su casa. Una semana atrás fue un mortal que buscaba su muerte. Y ahora, un fantasma —se arrodilló frente a ella, se apartó un mechón de cabello de los ojos y se ajustó la banda negra revelando gran parte de su frente. Los pómulos pronunciados y su mentón

prominente destacaban su labios bien marcados y sus brillantes dientes blancos.

Rebecca intentó concentrarse solamente en su imagen para no prestar atención a la visión de las paredes ensangrentadas de la cocina que divisaba a través de su rostro.

—¿Usted estaba allí? ¿Cuándo sucedió?

Él asintió.

—Cerca. Caesar oyó el ruido de la ventana al romperse. Yo escuché el disparo. Cuando llegamos, el atacante estaba en una bicicleta, y usted, querida, estaba camino a la paz eterna.

Ella suspiró y las lágrimas le brotaron espontáneamente.

—*Madame*, lamento profundamente mi comportamiento en nuestro primer encuentro esa noche. Mi intención era probar una mera cuestión a mi excesivamente solícita mascota. Admito mi grave error y humildemente reconozco los sentidos más agudos de mi compañía canina.

El perro profirió un gruñido satisfecho.

—Le ofrecería una mano para ayudarla —dijo el fantasma— pero desgraciadamente, nuestras naturalezas divergentes prohíben tal cortesía.

Una exhalación se le escapó de los labios y con ojos húmedos le suplicaron ayuda. —¿Quién es usted?

Tan rápidamente como se irguió, el fantasma pareció realmente enojado consigo mismo.

—¿Puede ser que mis trescientos años de intangible caballero me hayan hecho olvidar formalidades tales como las presentaciones? Le presento mis sinceras disculpas desde el fondo de mi corazón, si en verdad conservo alguno. —Estiró los brazos y la capa se le deslizó de los hombros.

—Soy Duncan Miles, el hijo del renombrado conde de Berkshire.

Hizo una grácil reverencia.

—Absteniéndome de mi profesión de noble, busqué aventuras en los Grandes Mares; y por desgracia, me topé con una buena cantidad, con el tiempo me convertí en un pirata, de la más conspicua y flagrante clase, a bordo del barco Devilspawn. ¿Quizás ha oído hablar de él?

Con los ojos abiertos de par en par, Rebecca negó con la cabeza.

—Está muy bien, se encuentra a dos millas adentro —señaló hacia el océano—. Abrazado al fondo del mar —apartó la mirada de ella, siguiendo una línea invisible que se extendía desde su dedo, a través de la tormenta y por encima de las olas...— donde mi esqueleto, cubierto de suciedad, continúa tercamente aferrado al mástil.

Pestañeando, se dio la vuelta hacia ella de nuevo. Hizo un ademán hacia el *Golden retriever* que estaba sentado en el aire moviendo la cola y lamiéndose la pata derecha.

—Ya conoce a Caesar.

—¡Guau!

Al mirar al alegre cachorro, Rebecca tuvo que sonreír.

—Hola, Caesar —miró de nuevo al pirata—. Juega muy bien a buscar el palo.

—¡Guau!

Duncan rió.

—Sí. Es un juego sencillo —su rostro se ensombreció mientras la sonrisa se esfumaba, y se dio la vuelta hacia la ventana—. Sirve para pasar el tiempo...

Rebecca tragó con dificultad y se puso de pie. De inmediato la masacre de la habitación la impactó con la fuerza de una locomotora.

—Oh Dios, debo llamar a la policía. Les diré que los agentes de Karl lo hicieron, y... oh, Señor. ¡No puedo pensar bien! —se sentó en el sofá cercano al cuerpo de Myers y se cubrió el rostro.

—¿Por qué no dice que logró escabullirse por la puerta de atrás durante la pelea?

—Que se escondió en los médanos hasta que los atacantes se fueron.

Alzó la vista y miró a Duncan. Estaba en posición horizontal sobre Caesar. Con las piernas cruzadas, y la cabeza apoyada en una mano, parecía que estuviese recostado de lado en el suelo. Con la otra mano le rascó la mandíbula a Caesar.

Rebecca suspiró.

—Está bien. Funcionará —se levantó y fue hasta el teléfono—. ¿Sí, *madame*...?

Se dio la vuelta.

—Oh, Dios mío. Lo lamento. Es Becki. Ah, quiero decir, Rebecca Evans.

—Lo sé —contestó Duncan— he leído su correspondencia. Lo que yo...

—¿Ha leído mi correspondencia?

—Bueno... —el pirata se encogió de hombros y se cubrió los ojos—. No hay mucho para hacer en esta playa...

—¡Guau! —Caesar protestó vehementemente.

Duncan le sonrió.

—Estoy bromeando. Solo vine una vez a su casa, después del asesinato. Tenía interés en descubrir quién era usted y por qué casi la asesinan.

—Oh —Rebecca lo miró dubitativamente, después se dirigió hacia el teléfono.

—*Madame* —Duncan se colocó en posición erguida—. Lo que estaba intentando decirle, antes de la agradable interrupción, era que para que la versión funcione, usted debe estar mojada. Mojada como un pez, querida.

Él tenía razón. Todavía no podía pensar bien. Su cerebro parecía abrumado. Es extraño, pensó. Los científicos dicen que usamos solo el cuatro por ciento del cerebro, que el resto está vacío. Quizás, debería estar listo, preparado para esos días traumáticos cuando nuestra vida cambia varias veces por completo.

—Por ende, debo tomar una ducha vestida, y después...

—¿Por qué no sale a caminar conmigo? —le propuso Duncan extendiendo la mano.

Caesar ladró dos veces y se puso a dos patas. Empezó a dar vueltas, intentando morderse la cola.

—¿En la playa? —miró hacia la oscuridad del exterior. La luz de un relámpago se extendió sobre el océano iluminando las olas salpicadas por la lluvia.

—En la playa —repitió acercándosele—. Bajo la lluvia, junto a las olas embravecidas, sobre los médanos anegados. Tan solo dos almas...

—¡Grrufff!

—Tres almas. A solas con el mar eterno.

Rebecca se mordió el labio.

—Es que...

Duncan se puso de rodillas. —Se lo ruego, *madame*. Duncan Miles III ruega solo una vez cada trescientos años. Si me rechaza...

—Está bien, está bien —los labios de Rebecca se distendieron en una amplia sonrisa espontánea.

Duncan saltó en el aire sonriendo como un triunfalismo infantil.

Caesar ladró intensamente, dando vueltas otra vez, haciéndose eco del entusiasmo de su amo. Moviendo la cabeza, Rebecca siguió al pirata que la guió a través de la ventana. No pudo evitar sentirse contagiada de su buen humor. —Se dará cuenta, señor, que debo volver a una hora razonable.

La risa llena de alegría de Duncan duró casi un minuto antes de sumergirse en la copiosa lluvia.



Empapada hasta los huesos, Rebecca regresó aproximadamente a las 2:45 horas. Llamó a la policía y les dio su versión de los hechos. Se sentó en el último escalón, y durante el tiempo que debió esperar hasta que llegaran, mientras Caesar yacía acurrucado junto a los pies de su amo, le terminó de contar a Duncan lo sucedido en los últimos pocos días, completando lo que había empezado lacrimosamente bajo una tormenta eléctrica sobre el arenal más alto al lado del océano. La escuchó pacientemente, haciendo preguntas puntuales solo cuando ella hacía una pausa. La teoría de Ramsey despertó particularmente su curiosidad. Le hizo repetir algunas partes, y respecto de otras, la instó a sacar conclusiones al respecto.

Ella tenía muchas cosas que quería preguntarle. Realmente se sentía como si estuvieran en una primera cita con un extraño, del que no conocía ni su pasado, ni su personalidad, ni sus experiencias amorosas. ¿Cuáles eran sus esperanzas? Sus sueños y sus temores. ¿Dónde había estado y por qué había permanecido allí durante tres siglos?

Sin embargo, sintió que la historia era tan conmovedora como larga. Pero después de la visita de la policía, las preguntas, la repetición y el nuevo interrogatorio, se sintió abrumada por el agotamiento del día. Cuando se

llevaron los cuerpos burdamente envueltos, le pesaban tanto los párpados que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Durante todo el procedimiento, Duncan permaneció en una esquina con las piernas y los brazos cruzados. El perro, muy curioso al principio, olfateó a cada recién llegado buscando esperanzado una pista de reconocimiento en los ojos de cada oficial de policía. Después de un rato, disgustado, regresó junto a Duncan, le apoyó el hocico en la oreja y se acurrucó en su regazo.

Finalmente, aproximadamente a las cinco y media, cuando del cielo habían terminado de escurrirse las últimas gotas, los detectives se marcharon. Dos oficiales fueron apostados en un automóvil fuera, y Rebecca quedó sola en la casa.

Inmediatamente, se arrojó boca abajo sobre el sofá. Sumergida en un torbellino de sentimientos, las imágenes se agolparon en su mente, Ronald Jacobs sollozando en el tribunal, un anciano paciente paseándose frente a su cama, una familia mutilada deambulando por la carretera, Ramsey Mitchell liberando al espíritu maligno, el cuerpo grotesco de Edwin Bergman deslizándose del gabinete, el emperador azteca blandiendo la imponente espada, un vikingo portando su propia calavera, una oscura figura apuntándola con un arma...

—¿Duncan...? —lo llamó con voz asustada.

La lámpara junto al sofá se apagó.

—Estoy aquí, *madame*.

—Becki —lo corrigió adormilada.

—Becki —repitió la voz calma.

Sintió cómo le aflojaban los lazos de las zapatillas. Como le quitaban suavemente el calzado. Flexionó los dedos de los pies, cambió de posición. Muy cómoda. Pero muy fría. La policía había cubierto la ventana rota con un plástico, pero...

Sintió cómo le apoyaba una manta en los hombros, con la que después la tapó gentilmente.

Rebecca sonrió.

—No me deje —murmuró.

El suave sonido de las gotas de lluvia contra el plástico decreció. Unas

cuantas rezagadas hicieron un último desesperado intento, después desistieron del esfuerzo. A través de un pequeño desgarramiento del material el viento silbó una melodía olvidada, y a corta distancia, un perro roncaba tranquilamente.

Al abandonarse en los brazos del sueño, recordó la imagen de una niña, hermosa niña. E intentó recordar por qué estaba tan triste, desesperada en realidad.

Suavemente, alas blancas volaban alrededor de su cabeza, y una dulce voz le susurró al oído.

—Dulces sueños, Becki.

## Capítulo 15

En el medio, de la noche Jay Collins se despertó de golpe por el penetrante sonido de su propio alarido. Se retorció bajo la manta de periódicos, desgarrándolos y pateando contra las letras impresas. Incapaz de encontrar dónde se hallaba, mientras la realidad se abalanzaba y le usurpaba la influencia al debilitado sueño. Jay luchó como si lo hiciese contra un enemigo invisible.

El grito de una niña desgarró el muro de su desorientación. Se aferró a esa voz, sintió su consuelo; y cabalgó en ella a través del ámbito penetrado, irrumpiendo en la serena lógica del presente.

La tierra estaba suave y húmeda, y se filtraba a través de la cama improvisada que había ingeniado con un surtido de periódicos, revistas y cartón.

Una suave llovizna golpeaba contra el papel y una monótona canción de un grillo dominaba la noche, la pequeña voz del insecto parecía surgir de todos lados al unísono. Desde detrás del muro redondeado de los arbustos brillantes, un gato aulló una lastimera canción.

—¿Un mal sueño? —preguntó la niña descendiendo de las sombras que le extendían de un gran roble.

Jay parpadeó ante la súbita aparición. Su llamada era el que lo había sacado del letargo, secuela de la pesadilla, sin embargo, su presencia no fue demasiado reconfortante. Parecía formar parte de su mundo de ensueño, un personaje que había burlado el cerrojo del inconsciente, palpitando una existencia material a través de sus párpados aún pesados con residuos de la visita del Hombre de la Bolsa<sup>[14]</sup>.

Necesitaba el contacto con el frío y duro mundo real después de ese paseo en la pesadilla.

Arrugó los periódicos viejos, Jay aspiró profundamente el aire frío de la

noche.

—Mal sueño —contestó—. Muy malo.

El espíritu de Susie flotó hasta el suelo y se sentó con las piernas cruzadas.

—Es temprano todavía, sabes. Deberían tratar de dormir un poco más...

Miró con tristeza el lugar donde había dormido.

—... en una cama de verdad —se le iluminaron los ojos—. ¡Quizás podrías dormir en mi casa, en mi cama! Les escribiré una nota a mis padres, y...

—Susie, no —Jay apartó la mirada, deseando ser como el grillo, dormir durante el día, cantar en la noche.

—Cantar...

Recordó el sueño convertido en pesadilla.

—No.

—No puedo ir a tu casa. Y no puedo dormirme otra vez —cerró los ojos y dejó que las gotas le salpicaran el rostro. Le caía agua de la nariz y le dolía la garganta.

—¿Fue tan feo? —preguntó Susie, haciendo un mohín de pena.

Jay le dijo que sí y procedió a contarle el sueño del que había logrado despertar. Había estado volando muy alto y grácil por el mundo, regodeándose con la brillante luz del sol, sus alas blancas desplegadas en el azul insondable del cielo.

Se remontó sin esfuerzo sobre árboles y arroyos, cascadas y valles, montañas y planicies. Pudo ver cada ser viviente, cada animal corriendo de prisa para esconderse, cada insecto zumbando.

Y cuando les cantó, se detuvieron y escucharon, cada uno de ellos. Incluso los peces nadaron bajo la superficie. Su canción los emocionó a todos.

Cuando se detenía para respirar, ellos esperaban ansiosamente el nuevo verso.

Fue allí donde se convirtió en una pesadilla, una grieta que rasgó el paraíso, con lluvias de fuego y azufre sobre los campos, demoliendo las montañas, ennegreciendo el agua y pudriéndola. Los peces hirvieron en los

mares, los insectos se chamuscaron en las rocas, los animales se quemaron en hogueras ardientes, y los pájaros se precipitaron del cielo como humeantes bolas de fuego.

Y algo lo perseguía.

Se dio la vuelta, y vio al águila.

Con plumas humeantes, ojos de carbón encendido y garras de acero, se precipitó de un banco de nubes teñidas de escarlata. De su curvado pico, salió un horrible chillido al volar más deprisa. Las puntas de las plumas estaban encendidas, Jay agitó cuanto pudo sus alas, pensó en esconderse en el holocausto que destruía al bosque para escapar del águila.

Pero sus alas habían desaparecido, reemplazadas por largos y oscuros muñones de carne con dedos que se retorcían intentando aferrarse al vacío. Cayó, se dio cuenta de que ya no era una criatura alada. Lanzó golpes y pateó con brazos y piernas, y gritó con pulmones humanos.

Una forma difusa y crujiente le bloqueó la visión. Sus abrasadoras garras se le clavaron en el pecho; las zarpas hirvientes se le ensartaron en la piel deteniendo su caída.

Abrió los ojos solo para ver el pico brillante de la gran águila. Sus ardientes ojos negros le impartieron un mensaje de desesperanza: éste es tu destino, niño... tienes lo que es mío. Abrió su puntiagudo pico y le rasgó la garganta, le desgarró la piel buscando el tesoro escondido.

Como Jay gritó y pateó, ya en los primeros niveles del despertar, el águila levantó la cabeza y aflojó las garras. Mientras caía, la mirada de Jay quedó atrapada en la masa sanguinolenta que colgaba del pico, después desvió la vista para observar la destellante corona en la cabeza del ave.

Los ojos del águila rebosaban con diabólico triunfo mientras inclinaba la cabeza y tragaba el preciado premio cubierto de sangre.

—Dios mío —Susie suspiró alejándose—. Eso es muy malo. ¿Significa algo?

Jay sollozó y se echó de bruces sobre el césped.

—Significa que tengo problemas. Grandes problemas.

—¿Por el águila? —preguntó Susie mirando hacia lo alto, al dosel de hojas, temiendo encontrar una señal del ave. Buscó intensamente detectar el aleteo de sus alas encima.

—No sé —refunfuñó Jay—. Solo sé que es malo.

Con un bostezo, se tapó con la sección de deportes. El relato de su pesadilla le había quitado un peso de encima. Ahora, alguien más compartía la carga. Agotada su energía, Jay sintió cómo se hundía en los brazos del sueño. Las pisadas del hombre del saco se acercaban, acompasadas con el sonido de la punta de los dedos sopesando los granos.

—¿Jay? —una palabra suave dicha en un tono de voz calmo.

Una palabra tranquilizadora. No la palabra, la voz ¿qué significaba?

No podía concentrarse. Todo se esfumaba, como envuelto en una sola gota de lluvia. Girando, hacia abajo... hacia abajo...



Susie levantó el montón en un mohín hacia el cielo y cuidadosamente observó las goteantes hojas. Parecía como si los mismos árboles estuviesen llorando; las ramas temblaban y se agitaban, crujiendo en el viento mientras el agua goteaba de sus extremos.

Suspiró y decidió pasar el resto de la noche trepando a los árboles, ya que eso seguramente los alegraría y su tristeza se iría.

Antes de volar hacia el tronco más cercano, le arrojó un beso al niño dormido.

—Dulces sueños, Jay CaCollins.

## Capítulo 16

*Playa Delaware, sábado, 14 de julio, 9:30 horas.*

Entornando los ojos por el repentino brillo del sol que se asomaba detrás de una perezosa nube con forma de pato, Rebecca arrojó otro pedazo de pan a la voraz bandada de gaviotas de la playa. Las aves graznaron y se subieron unas a otras en la prisa por alcanzar los mendrugos. Caesar corrió tras las gaviotas, apretando las mandíbulas intangibles sobre los cuerpos emplumados, retorciéndose, deslizándose y persiguiéndolas, mientras ladraba furiosamente, lamentando su impotencia.

El cielo era un aterciopelado mar azul, y las nubes intermitentes iban haraganas flotando a la deriva a lo largo de las corrientes como si fueran trozos de hielo. Los vientos y lluvias de la noche anterior habían dejado a las dunas suaves y tranquilas. Pequeños cangrejos cavaban túneles y daban rápidos saltos sobre la arena esculpida.

Una línea de huellas marcaba la playa, un solo rastro desde la pequeña cabaña al borde de la playa donde el océano adormilado avanzaba y se retraía de la costa. Una sola huella guiaba hasta el lugar donde dos figuras permanecían sentadas cerca del agua, arrojándole pan a las gaviotas y maravillándose de la belleza de la mañana.

Si pudiese congelar ese momento, pensó Rebecca. Tomar una instantánea. Ella y Duncan junto a la costa, Caesar en pleno salto intentando atrapar una gaviota que levantaba vuelo, el sol perezoso parcialmente escondido detrás de una hinchada nube. Si tan solo pudiese vivir en una fotografía, dejando atrás al mundo para que empalideciese como un rollo expuesto al sol. El pasado y el futuro esfumándose con un simple pestañeo, llevándose los recuerdos y los temores de toda una vida. Si solamente el sol pudiese ser detenido, impidiéndole liberarse de la nube.

Y si sus preguntas, al igual que el sol, pudiesen ser reprimidas.

Pero ella no podía detener al mundo en su eje; y sus preguntas no serían silenciadas. El pasado seguía allí; solo tenía que rebobinar la película.

Necesitaba ver y entender cada toma, tenía que estudiar la luz y los ángulos para aprovechar el resto de la cinta y avanzar hacia el futuro. No sabía cuántas fotografías le quedaban en el rollo. Quizás era el último para todos.

Parpadeando, se dio cuenta de que Duncan le había hecho una pregunta antes que formulara la propia.

—¿El azteca? —repitió, la palabra mancilló inmediatamente el momento de encanto. El mundo tomó rápidamente un aura distinta. Las nubes cambiaron quedando con bordes dentados, amenazantes. El sol se cubrió de una sombra púrpura, abrasándose en su escondite, irradiando furiosamente su calor. Las gaviotas se picotearon entre ellas y se clavaron mutuamente las garras, y los cangrejos se retiraron con presteza a sus santuarios.

—¿Existe la posibilidad de que rastree tu casa?

Rebecca pensó en ello.

—No —dijo finalmente—. Mi dirección no figura en el listado. A menos que vaya a mi oficina y busque en mis archivos, es muy improbable que pueda encontrarme.

—Bien —el pirata le sonrió y después desvió lo mirado hacia la inmensidad del océano—. Tenemos tiempo, pues.

—¿Tiempo?

—Para planificar.

—¿Planificar? —Hundió las puntas de los pies en la arena caliente mientras dibujaba ochos en su sombra—. Interpreto que está ofreciendo sus servicios para mi causa.

Se dio la vuelta hacia ella con una pícaro sonrisa en el rostro. Estaba sentado con las piernas estiradas hacia delante y las puntas de los pies flexionadas en su cobertura de cuero. La capa estaba plegada en la espalda, aparentemente enterrada en el suelo; y los brazos con las mangas holgadas enrolladas hasta los codos, cruzados sobre el pecho. Dos botones de la túnica abiertos, y el cabello suave y suelto le cubrían las orejas hasta rozarle los hombros.

—Servirla a usted, lo consideraría un honor, *madame*.

Caesar ladró su consentimiento al regresar de jugar con las gaviotas. La lengua le caía por el costado de la boca.

—¿Un honor?

Duncan se encogió de hombros mirándola a los ojos.

—Un privilegio, por lo menos. Podría hacer algo noble salvándole la vida. Además, Caesar nunca me perdonaría si algo le sucediese.

El perro carraspeó, dio una vuelta, cavando infructuosamente la arena, después se sentó a los pies de Duncan. Olfateó la suave brisa y se lamió el hocico.

—Y por supuesto —continuó el pirata— conlleva una promesa de aventura. ¡Excitación y aventura para afrontar cualquiera terror en los Grandes Mares!

—¿Cómo puedo darle la espalda a tal invitación? ¿Cómo puedo permitir que se zambulla en el peligro mientras me quedo sentado aquí, paseando en los médanos arrojando palos?

Caesar se dio la vuelta y resopló amenazadoramente.

—Mucho agradecería su ayuda —dijo Rebecca—. Pero, si su esqueleto sigue allí y usted está obligado a permanecer en la playa... ¿Qué sucedería siuviésemos que viajar?

Duncan aplaudió.

—Ah, estaba deseando que me lo preguntara. Porque necesito que me ayude en ese sentido. En realidad, usted está en lo correcto. Debo permanecer junto a mis restos mortales; el llegar hasta su casa me demandó un agotador esfuerzo y...

—Aun así usted permaneció allí toda la noche... —Rebecca lo miró fijamente como si se hubiese quitado una máscara y le descubriese un nuevo rostro.

—Considéreme ávido de castigo —le sonrió.

Rebecca frunció el ceño.

—¿Y qué pasa con Caesar? ¿Cómo puede alejarse tanto?, si estuviese sufriendo, seguramente...

Duncan negó con la cabeza.

—No entiende. Caesar es diferente. Ese tal Ramsey del cual usted me habló solo conoció la mitad del asunto. Según lo que he aprendido durante tres siglos, y de acuerdo a lo que usted me contó anoche, parece que hay dos tipos de condiciones para las apariciones.

—Una es del tipo que describió el profesor Mitchell, por la cual el espíritu permanece encadenado a su aspecto físico. Su profesor atribuyó esa atadura a una dependencia con el cuerpo adquirida durante eras, y fortalecida con el paso del tiempo; por lo tanto, ambas, inseparables durante la vida, mantienen el vínculo después de la muerte.

Duncan hizo una pausa para respirar, y Caesar bostezó y se desperezó, colocando una pata sobre la bota de su amo.

—Sin embargo —continuó—, al examinar el segundo tipo de aparición, resulta evidente que el profesor no estuvo realmente acertado.

—¿El segundo tipo de aparición? —Rebecca estaba confundida.

—Sí. Se habrá preguntando sobre los espíritus del museo.

Rebecca asintió. —Por qué había tantos si sus cuerpos no se hallaban en exhibición. De igual manera que el anciano del hospital. Y Ronald Jacobs ¿por qué deambulaba por el tribunal en vez de hacerlo cerca de su tumba?

Duncan levantó la mano.

—Exactamente. Mi teoría resuelve esas condiciones.

—Se puede explicar como que un alma, espíritu, como lo llame, se está balanceando constantemente entre dos fuerzas: el cuerpo y la psiquis.

—En el segundo ejemplo de aparición, los fantasmas permanecen en un sitio de particular significado, grabado muy profundamente en la memoria del individuo, como para doblegar el aferramiento del cuerpo al alma. El apego a lo corpóreo puede ser fuerte, pero es posible que sea anulado por un proceso mental intenso a través del cual otro lugar, incluso un objeto, mantiene un dominio total más fuerte sobre el espíritu. Puede ser un hito escénico donde la persona retiene un recuerdo de completa felicidad, un lugar que, en cierto sentido, definió su ser. El asiento del parque donde un anciano, cuando era joven, encontró su verdadero amor, la casa donde un niño se enfrentó a una muerte prematura, la laguna donde el amor de alguien, y la razón de su vida, se ahogó, la biblioteca que sirvió al erudito como medio para alcanzar el objetivo no cumplido de la sabiduría...

Rebecca sintió caer la mortaja de la ignorancia.

—... un tribunal que para uno, simbolizó la última fase contra contingencias increíbles, y para otro, un bastión de justicia cuya falla no podía ser racionalizada en vida. Una cama de hospital donde un anciano pasó sus últimos días, contemplando, y posiblemente, lamentando la decisión más importante de su vida. Una familia aferrada unos a otros como lo estuvieron en el último momento, que permanece en la carretera donde injustamente se les arrebató la vida y los sueños.

Duncan la ayudó a seguir profundizando.

—Y de igual manera que con los lugares, sucede con los objetos. Si en vida, el individuo le otorgó tal valor a mis posesiones, puede rehusar seguir en su afán de protegerlas con celo. Es probable que los fantasmas del museo fuesen de esa clase, sus esencias deben estar ligadas a los objetos que en vida tuvieron un inmenso valor sentimental. La obra maestra de un pintor. El uniforme de un soldado estimado más que todo el resto, incluso que a sí mismo.

—La calavera del vikingo —agregó Rebecca.

Duncan la señaló.

—Así es. Él era una pequeña bestia, egocéntrico, y probablemente pensó que su horrible rostro era un regalo de Odín<sup>[15]</sup> a las mujeres.

Riendo, Rebecca continuó:

—Y Caesar...

Duncan levantó la mano.

—Bueno, la historia de ese cachorro es más complicada.

El perro aulló y se desperezó.

Con la mirada en las olas, Duncan respiró profundamente.

—En vida, Caesar amaba jugar a buscar el palo. He perdido el rastro en el tiempo, pero creo que lo conocí hace aproximadamente sesenta años.

Rebecca parpadeó. ¿Por qué había supuesto que habían estado juntos desde el principio?

—En ese entonces, esta playa estaba más poblada. Casas bajas se alineaban más allá de donde uno podía ver. Todas fueron arrasadas por un

huracán hace aproximadamente treinta años —hizo una pausa, se humedeció los labios y continuó—. Ese verano, una joven de aproximadamente dieciséis años, venía todos los días a la playa. Una vez por la mañana, y otra por la noche. Solía gritar el nombre de Caesar cuando el perro se quedaba atrás o se alejaba. Siempre le arrojaba un palo, y así comenzaba el juego. Durante sus paseos nocturnos, solía caminar al borde del agua. Algunas veces, cuando se sentía tentada y si no había nadie a la vista, se quitaba la ropa y nadaba a corta distancia.

—Caesar permanecía en el borde mientras ella nadaba; ladrando todo el tiempo furiosamente, molesto porque lo dejaba, ya que él odiaba el contacto con el agua; cuando las olas rompían en sus garras, aullaba y retrocedía, con el rabo entre las patas.

Duncan suspiró e inspiró profundamente. Clavó los ojos en la distancia como si se retrotrajera al pasado reciente.

—Hacia el final del verano, cuando los días se volvieron más largos y el césped se oscureció, la joven, repentinamente, dejó de venir a la playa. Durante una semana completa ambos no aparecieron. Lamenté mucho su ausencia. Ella había sido la primera compañía real que tuve en casi un siglo. Aunque jamás notó indicio alguno de mi presencia, de alguna manera, sentía que estábamos relacionados. Solía correr con el perro detrás del palo, y seguía a la joven a través de las olas, compartiendo la juvenil exuberancia, deleitándome a través de ella de la emoción de sentir y amar la vida.

—Cuando casi había perdido la esperanza de que regresara, lo hizo. Una noche, tarde, cuando los últimos tonos violetas estaban sangrando en el oscuro horizonte, apareció caminando en la playa. Caesar saltaba alrededor de sus pies, alegre de regresar a su lugar favorito de juego. Inmediatamente se alejó con la nariz pegada al suelo en busca de un pedazo de madera.

—Cuando me deslicé feliz hacia donde se hallaba ella, noté que algo faltaba. La joven estaba con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Tenía los hombros abatidos y los brazos desmañados a los costados. Sostenía un objeto delgado en la mano.

—Aminoré el paso. Caesar ladraba juguetonamente a lo lejos. Si la joven lo escuchó, no evidenció interés alguno en el juego. En cambio, levantó el objeto hasta su rostro. Sus ojos se abrieron, y noté el brillo de las lágrimas en ellos. Y al estar más cerca, pude advertir que estaban hinchados y enrojecidos, al igual que sus mejillas, como si hubiese estado llorando durante mucho

tiempo.

—Con profundo temor, floté detrás de ella, esforzándome para ver en la oscuridad qué era lo que sostenía.

—Era una fotografía. Dificultosamente por la oscuridad, pude advertir que era de un joven parecido a la muchacha; estaba sentado en un artefacto metálico con ruedas. Una tenue sonrisa no podía disimular la pena de sus ojos.

—Justo cuando la estaba analizando, se le escapó de los dedos arrebatada por una suave brisa que la hizo volar por la playa.

—Los ladridos de Caesar se acercaron y parecieron amortiguados, como amordazados. En realidad, había encontrado un buen trozo de madera, y corría ansioso por iniciar el juego.

Duncan hizo una pausa, las palabras se le agolparon en la garganta.

—Me había hecho una promesa siglos atrás, cuando acepté mi condición y conocí la magnitud de mi poder: no interferir en la vida de los mortales. Después de todo, había tenido mi oportunidad; ahora era el momento de otros. Así como había vivido mi vida sin interrupciones del reino espiritual, mi decisión fue que le brindaría al resto la misma oportunidad de manejar sus propias vidas.

—Si hubiese sido un poco más rápido, habría roto mi promesa esa misma noche. Pero la situación no se había desencadenado aún. Yo estaba con mi mente todavía en el juego del perro; no estaba preparado... para lo que ella hizo después.

—Y una vez que se había quitado la ropa, no hubo nada que yo hubiese podido hacer. Mientras ella se adentraba en el océano, las lágrimas le corrían sin reparo por el rostro; atrapadas por el viento seguían el mismo rumbo de la fotografía. Finalmente, reconocí esa determinación en su expresión. La había visto antes, el deseo de morir.

—Creo que enloquecí entonces. Rompí mi promesa, me esforcé por hacer cualquier cosa para llamar su atención. Nadé en la arena detrás de ella, agité las olas, moví rocas y caracoles, pero de nada sirvió.

—El agua le llegó al pecho y un silencioso sollozo se le escapó de los labios. Desesperado miré hacia la costa y vi a Caesar de pie en el borde con el palo junto a las patas. Debió haber percibido la gravedad del momento;

empezó a pasearse desesperadamente, hacia delante y hacia atrás, juzgando la distancia. Instintivamente salió del agua, retrocedió y lanzó un lastimero aullido. Mientras lo observaba, el perro saltó las olas, y fue inmediatamente golpeado hacia atrás por la corriente que lo empapó. Se sacudió y corrió hacia delante otra vez, lanzándose sobre la cresta de la ola, arremetiendo y pataleando hacia nosotros.

—La joven se detuvo, con el agua llegándole al mentón. La esperanza que albergué en mi corazón etéreo, fue cruelmente arrasada. «Michael, oh, Michael» y se hundió. La seguí, hundiéndome en el agua con ella. E intenté poseer su ser corpóreo, meterme en su carne, pensé que si nadaba de vuelta a la playa, podría dejarla allí, inconsciente en la arena.

—Pero su voluntad era demasiado fuerte. Aunque sus pulmones se ahogaban con el agua salada, aunque la vida se le escapaba del corazón, su ansia de muerte se negaba a ceder. Decidida hasta el final, tragó más profunda y ansiosamente. Hasta el fondo de arena, con las piernas aun respondiendo órdenes de su cerebro sofocado llevándola hasta el límite. Descendimos juntos, lentamente y a la deriva de la corriente fría que la subía nuevamente.

—Su alma había partido, pero me llevó lo que parecieron horas hasta que me di por vencido. No podía aceptar la decisión, no alcanzaba a comprender por qué alguien querría terminar de esa manera. Seguramente ella amaba a su hermano, y seguramente el significado de su vida había perdido fuerza sin su presencia... ¿Pero sería razón suficiente como para renunciar a las alegrías y aventuras de la vida por una condición, que más tarde o más temprano, nos reclama a todos?

—Con esos pensamientos en la mente aparecí en la superficie del océano, y regresé a la costa. La playa estaba silenciosa salvo por el silbido del viento. Arriba, las constelaciones habían aparecido con todo su brillo y belleza. Y desparramado en la arena, hinchado y casi indistinguible de un espeso manojito de algas marinas, yacía el perro de la joven.

—Caesar, que había vencido su temor más grande para adentrarse en el océano detrás de su ama, se había sacrificado en vano. Retrospectivamente, me di cuenta de que había intentado salvar el alma equivocada. Pero resultó que esa alma volvió.

—Aproximadamente una hora más tarde, mientras me hallaba sumergido en mis eternas cavilaciones sobre la vida y la muerte, escuché un aullido desorientado. Profundo y lastimero, y hasta el viento se silenció ante su

sonido. Lo rastreeé y me topé con el espíritu del perro, parado atentamente contra un pequeño pedazo de madera que flotaba a la deriva. Gritaba, miraba al océano, y nuevamente al palo. Y otra vez aullaba.

Una densa nube gris pasó frente al sol, ennegreciendo el brillo de las agitadas olas. Los ojos de Duncan se enfocaron nuevamente retornando al presente.

—Y así fue —dijo— como conocí a Caesar.

El perro levantó la cabeza hacia el pirata, aulló y le colocó la mandíbula en la rodilla.

—Para cuando encontraron el cuerpo de la joven a dos millas de aquí, yo ya le había enseñado de Caesar cómo levantar un pedazo de madera material. Fue sencillo, y un proceso que este obseso pudo fácilmente aprender —un esbozo de sonrisa le cruzó los labios—. A los perros viejos, y a los no tan viejos pero muertos, se les puede, definitivamente, enseñar nuevos trucos.

Rebecca rió, aunque sonó más como un sollozo. Los ojos amenazaban anegarse en llanto; con solo parpadear...

—Por tanto —balbuceó—. Caesar se quedó porque...

Duncan descruzó los brazos.

—Por el juego, Becki. El juego. Era todo lo que importaba en su pequeño cerebro. Cuando dormía junto a ella en la noche, cuando en la mañana buscaba la comida en su plato, los pensamientos siempre estaban en el palo, el lanzamiento, la devolución. Una y otra vez. Incansable.

—Se quedó por el juego, y yo me convertí en su compañero.

—Por tanto —contestó Rebecca asombrada—. Lo negará a usted...

—Exactamente —Duncan acarició al animal, le rascó las orejas caídas, le frotó el cráneo—. Adonde yo vaya, él irá, aunque algunas veces, es él quien guía. ¿No es así, callejero sarnoso?

—No está atado a nada, salvo por la devoción hacia aquel que le permita mantener el juego con vida.

—En cuanto a la aseveración de su profesor acerca de que los animales no tienen alma...

Duncan suspiró.

—¿Qué puedo decir? Obviamente estaba equivocado. Quizás esa Luz a la que hizo referencia tenía un plan más sutil. Quizás en lo más profundo de sus pechos, las bestias no estaban originalmente vacías, y contenían una pequeña fracción residual de espíritu. Suficiente, quizás, para que sus vidas tuviesen sentido. Para que no luchasen por nada...

Rebecca suspiró.

—Sentido...

—¿Perdón?

—Nada. Sólo estaba pensando —se sentó derecha de repente y lo miró de frente, notó las marcas de arena en la piel y en la capa debajo de su cabeza—. Espere un minuto...

—¿Qué?

—Usted habló de la «Luz», como si creyese en ella. Y durante mi relato de la idea de la creación de Ramsey, usted permaneció sentado, aceptando la mayor parte de ella. Y ahora está cambiando.

—¿Sí, y con eso?

Exasperada, Rebecca dijo:

—¿Y qué pasa con esa necesidad colectiva de reprimirla a la que aludió Ramsey? Si la leyenda es correcta, nuestros espíritus, de los cuales usted es un referente, continuarán incorporando rituales y mitos de la cultura humana aun después de muertos; y, como Ahuítzotl, honestamente negarán toda referencia a la verdad. La verdad sobre su pasado, y sobre la Luz, y...

—Espere —interpuso Duncan—. En sus mismas palabras yace la respuesta a la pregunta.

Se limitó a mirarlo.

—Usted dijo que el alma retiene los mitos, rituales y creencias a los que adhería en vida aun después de que el vínculo entre el cuerpo y el espíritu desaparece. En vida, yo no tenía mitos. No profesaba ninguna religión, no oraba a ningún dios, ni practicaba ningún ritual.

Se inclinó hacia ella, como si tuviese la intención de impactarla con un codiciado secreto.

—Creía solo en mí mismo —dijo.

Ella parpadeó intentando comprender.

—En mí mismo —repitió—. En mi capacidad, en mi cuerpo y en mi mente. No confiaba en nada ni en nadie más. No necesitaba de ninguna deidad confusa para pelear, comer o que velara por mí. Y no esperaba nada que no pudiese conseguir por mí mismo.

—¿No creía en un Dios? —Preguntó incrédula Rebecca—. Ni siquiera en una fuerza superior, algo que velara por nosotros y cuando cayésemos...

Negó con la cabeza.

—Si podía valerme por mí mismo, no quería ayuda para recuperarme de una caída. Prefería arrastrarme; de esa manera al menos el avance era obra mía —se encogió de hombros—. Puede considerarme insensible y porfiado, pero desde esa perspectiva, y por ende, ningún otro era responsable de mis errores, había alcanzado un perfecto nivel de comprensión. Mis logros eran solo míos, y por tanto, nadie más era responsable de mis tropiezos y mis defectos. Y de esa manera, en la seguridad en mí mismo, encontré que podía lograr lo que otros esperaban ciegamente de rodillas de la intervención divina que nunca llegaría. Por esperarlo de arriba se privaban de la mejor fuente de ayuda que podían encontrar, la que tenían dentro. Encontré así paz interior y terminé amando la vida por lo que era, una efímera aventura en un mar impredecible, donde uno se embarca en un bote de una sola vela, un único remo y sin ancla.

Rebecca lo instó a profundizar más.

—¿Y qué pasa con la muerte? ¿No le teme a la otra vida? Sin creencias... cómo debe haber temido el naufragio de aquella nave.

Sus ojos azules se oscurecieron como si las pupilas hubiesen capturado una imagen concentrada de un claro cielo vespertino empalideciéndose frente a la oscura noche nublada. Con expresión pétrea dijo:

—Usted ha... ¿cómo le dicen hoy en día? ...dado en el clavo.

Caesar carraspeó, se sentó y se fue cansado de la conversación.

Duncan bajó la vista; levantó el brazo hasta la cintura y lo balanceó a través de la arena como si estuviese probando la temperatura de un estanque de agua.

—¿Duncan? —Rebecca suspiró. Una cauta gaviota se posó cerca de sus pies, y se pavoneó frente a ella.

—¿Por qué —preguntó ella al tiempo que él se daba la vuelta— se queda?

La pregunta quedó pendiente en el aire, hasta que el viento la arrebató y se la llevó hacia el océano.

—Trescientos años —musitó ella—. Obviamente usted está ligado a su cuerpo. Pero... ¿por qué se queda? ¿Su nombre fue irrevocablemente manchado? ¿Desea vengarse?

—No —habló sin mirarla de frente—. La venganza fue mía antes de morir.

—Y nadie conoce mi verdadero nombre, ni se preocuparon lo suficiente por mi reputación. No es nada tan simple como eso.

Miró hacia el océano una vez más. Y los ojos se le llenaron de imágenes de fuego y de arremolinadas brasas del pasado.

—Es solo lo que usted dijo: miedo.

Se dio la vuelta hacia ella, le temblaron los labios, y el cabello le ocultó parcialmente los ojos.

—Miedo —repitió—. En mi juventud frecuentaba el teatro, una vez presentaban una asombrosa tragedia llamada Hamlet, príncipe de Dinamarca.

Tragó con dificultad.

—El trágico príncipe lleva a cabo un extraordinario soliloquio donde cuestiona los méritos del suicidio...

Rebecca recitó lo que recordaba le había dicho una colega de la clase de inglés. —«Morir, dormir; dormir... tal vez soñar. Sí, he ahí el obstáculo, porque es forzoso que nos detenga el considerar qué sueños pueden sobrevenir en aquel sueño de muerte, cuando nos hayamos liberado del torbellino de la vida».

La miró bruscamente; levantó las cejas.

—Debe haber sido más popular de lo que había pensado.

—Por lo tanto —dijo Rebecca—. Usted está aterrorizado por lo que viene después...

—Los sueños que llegan en ese letargo, sí. Pero no necesariamente diría «aterrorizado». Aún en este estado intermedio entre la eternidad y la mortalidad, me gusta hallar el equilibrio. En un lado de la balanza está el

temor de algo horrible que está esperando detrás del velo final. A pesar de mi aparente bondad y encanto, Rebecca, he hecho mucho daño en mi vida. ¿Qué tal si el dios cristiano es el verdadero? ¿Dónde me encontraría? ¿Y qué sucedería si los ateos estuviesen en lo correcto, y yo quedase en el olvido?

Rebecca permaneció en silencio.

—En mi mente —explicó—, es mejor sufrir la soledad de la costa que seguir y arribar a una playa donde no pudiese elegir entre encaminarme desde el norte o desde del sur, caminar rápido o lento, o no caminar en lo absoluto. Un lugar donde no soy más que un grano de arena, sin capacidad de movimiento entre miles de millones que esperan la marea que pueda o no llevarme a nuevos paisajes; o si las religiones del Lejano Este están en lo correcto, mi conciencia es entregada a otra vida, a un cangrejo, por ejemplo. Ese temor —dijo—, tiene del otro lado de la balanza, un intenso apego a la vida. Ah, Rebecca, la alegría que sentí junto a la joven treinta años atrás. ¡Saborear la efervescencia de la vida por cada uno de sus poros! Estaba tan enamorada de la vida.

Duncan cerró los ojos ante el recuerdo.

—Me recordó a alguien.

—Alguien tan enamorado de cada aspecto de su corta expedición, porque tan solo eso es la vida, una exploración; cada paso es una incursión en un territorio desconocido donde todo lo visto y hecho es nuevo y diferente.

—Sí, ella me hizo acordar de alguien que vivió hace muchos años. Alguien quien, en el ocaso del siglo XVII, comenzó su exploración; alguien quien no solo le sacó el jugo a la vida, sino que lo frotó por toda la piel y se revolcó sobre él hasta marearse.

Rebecca lo dejó explayarse, sabiendo que la historia se remontaba a siglos atrás, siglos, fabricándose y compaginándose en su esencia, esperando oídos receptivos.

Ella estaba allí, y evidentemente lo escucharía.

Horas más tarde, cuando temblando con gran emoción, Duncan había finalmente terminado su dramática historia, a Rebecca le resultó imposible alejar de la mente las imágenes de cañones, relámpagos y barcos hundiéndose. La vida de Duncan, sus aventuras, y su trágica muerte fueron narradas tan vívidamente que los hechos parecían más sustanciales que la fresca playa bajo sus pies o el suave movimiento de las olas a unas pocas

yardas de distancia. Cerró los ojos y realmente pudo sentir el azote del viento y la copiosa lluvia de aquella noche tres siglos atrás cuando el mar reclamó tres barcos de guerra y decenas de vidas.

Duncan había desechado la vida de nobleza que le había sido impuesta por una rígida cultura y un padre igualmente estricto. Abandonó la propiedad de su padre a los dieciocho años, se compró un barco veloz al cual le colocó el nombre de Prometeo, contrató a una tripulación y se hizo a la mar en busca de aventuras. Al cabo de casi un año, el barco fue capturado por buques piratas. Su tripulación y su mejor amigo fueron masacrados en una valiente pero infructuosa batalla, a Duncan le fue perdonada la vida por el capitán pirata con la condición de que continuase como primero de a bordo y liderase las hordas de asesinos durante los ataques. El Prometeo se convirtió en el Devilspawn, el barco pirata más temido de los grandes mares. Y Duncan ejerció el más sangriento reinado del terror durante seis años ya que los piratas atacaron barcos comerciales de todos los países. No había aguas seguras y ningún barco pudo equipararse al Devilspawn o a su cruel tripulación. Duncan vivió en un mundo de sangre y lucha, de tierras exóticas y tesoros que superaron cualquier sueño. Totalmente corrompido, nunca olvidó ni perdonó la agresión original contra su sueño y sus amigos. Sea cual fuese la verdad, se dijo, estaba desempeñando su parte, aguardando su momento, esperando su venganza.

La que llegó en su momento, cuando los piratas se volvieron descuidados, consumidos por el ansia de sangre. Una noche de marzo de 1691, atacaron el barco de unos colonos desarmados cerca de la costa del Nuevo Mundo. Duncan encabezó un motín y logró asesinar al capitán pirata antes de que la tripulación pudiese sofocar la rebelión. La noche siguiente, antes de que los piratas pudiesen llevar a cabo su ejecución, dos galeones británicos encontraron al Devilspawn. Durante la intensa batalla que siguió, un cañonazo liberó a Duncan de su celda. Herido, se arrastró por la cubierta del barco que se estaba hundiendo, a tiempo para ver los cascos en llamas de los barcos británicos tragados por el agitado océano. En su propio barco, Duncan se arrastró hasta el mástil, aunque, a pesar de ello, desapareció bajo las olas agitadas y furiosas. Finalmente, sucumbió a la helada succión del Atlántico, justo a un kilómetro de la costa de Virginia. Poco después, su espíritu emergió y sobrevoló las oían hasta donde esperaría solo durante siglos.

Cuando a su momento Rebecca abrió los ojos, el océano parecía tranquilo, pasivo y confiable. Que fuese capaz de tal devastación le resultaba

incomprensible. Permaneció sentada, abrazándose las rodillas mientras contemplaba la planicie azul que se extendía kilómetros más allá de las botas transparentes de Duncan. Le dolían los músculos por la falta de movimiento, y los hombros y la espalda clamaban por un suave masaje. Se humedeció los labios secos, extendió las piernas y clavó los puños en la arena caliente. Sintió un calor templado en el rostro y los brazos.

Duncan permanecía de pie varios metros adelante, de espaldas a ella, con los pies varios centímetros por encima del océano. Con la cabeza gacha, hundida por debajo del cuello de la capa, Rebecca solo pudo adivinar su expresión, solo pudo imaginar cómo las emociones cruelmente jugaban a pillarse en su conciencia.

Cuando se puso de pie, Caesar levantó la cabeza abruptamente. El perro había permanecido a su lado, como si deseara airearse los lugares menos expuestos. Le seguía todos los movimientos con la mirada, movía las orejas con cada pisada suya. Agitó el rabo, cavó en la arena y olfateó el aire.

Las plantas de los pies le protestaron de dolor con cada paso sobre la ardiente arena, pero su atención estaba fija en el pirata. Su postura, sus hombros caídos, sus puños cerrados. Levantó una mano unos centímetros sobre de su hombro, después la apartó.

Caesar olfateó y Rebecca respiró profundamente, se dio la vuelta quedando casi espalda contra espalda del pirata. Cerró los ojos, y a pesar del clamor de dolor de sus pies, se imaginó tocándolo, abrazándolo, hundiéndole los dedos en el grueso cabello, acariciándole la mejilla, y sintió su respiración caliente en el cuello.

Retrocedió dos pasos. Uno. Dos. Sus pies respiraron aliviados al refrescarse en el agua fría, en la arena húmeda del borde del mar. Miró a través de los ojos entornados, vio la abundante melena agitarse, los labios gruesos separarse y los ojos agrandarse. Levantó la mano derecha, con la palma abierta, lentamente, la acercó a su rostro. Se mordió el labio cuando los dedos se acercaron a la piel espectral. Concentrada solo en los perfiles, la realidad de su visión le acarició, sin percibir contacto, la faz etérea, y le apartó mechones intangibles de cabello oscuro.

Con la mirada fija en sus movimientos, Duncan levantó la mano derecha, y con el dedo índice le trazó una larga línea a lo largo del brazo, que empezó en el hombro y avanzó lentamente hacia la muñeca hasta entrelazar sus dedos con los de la mano femenina.

Ella movió la palma para aceptar la caricia; lo miró a los ojos, y entornó los párpados imaginando cosquilleos en la punta de los dedos y presión en sus nudillos.

Suspiró y resistió el anhelo de arrojar los brazos alrededor de su esencia intangible. Sintiendo el sol caliente contra el rostro, la tranquila brisa del océano, y el agua fría, Rebecca tembló con una sensación repentina tan extraño como hermosa.

Y cerca, Caesar saltaba junto a sus pies, aullando alegremente mientras corría en círculos tras su cola.

## Capítulo 17

*Washington, 9:30 horas.*

—Es el monumento en memoria de la Guerra de Vietnam —le dijo Susie cuando alcanzaron a ver el monumento. Primero, habían subido los escalones del monumento en honor a Lincoln, donde Susie le había explicado a Jay que la colosal estatua representaba a un hombre quien, más de cien años atrás, le había dado la libertad a los hombres de la raza de Jay liberándolos de las cadenas de la esclavitud. Susie encontró difícil de creer que Jay fuese tan ignorante de la historia. Ella había visitado esos lugares por lo menos siete veces en excursiones escolares.

—¿Qué es Vietnam? —preguntó Jay, rascándose la cabeza mientras se ponía de puntillas para ver mejor. Estaba parado en el césped fuera del camino que descendía al monumento, donde miles de nombres y fechas estaban talladas en bloques de granito negro. La gente caminaba silenciosamente, algunos murmuraban entre ellos o consigo mismos. Cada uno parecía usar una máscara, como si se dirigiesen a una gran fiesta de la Noche de Brujas o a un baile de disfraces, furia en algunos, orgullo en otros, dolor, remordimiento, tristeza y temor. Aprensivamente, muchos caminaban hacia un gran libro y comenzaron a hojear las hojas.

Mientras Susie estaba divagando acerca de algo llamado comunismo y de alguien llamado Johnson, la atención de Jay fue captada por las estatuas de hierro que estaban en la colina. Cansados y devastados por la guerra, los tres soldados verdes tenían la mirada fija en el monumento. Mirando hacia la colina, aguardaban, como si esperasen que sus compañeros se levantaran y los saludaran alegremente con la mano.

Jay se dio la vuelta hacia el monumento, y por primera vez, les prestó atención.

No saludaban ni sonreían. Volaban sobre los bloques, deslizaban sus dedos etéreos sobre las letras. Atravesaban las paredes.

Piernas, brazos y cabezas nadaban en esa pileta de granito, algunos desaparecían en la colina, otros se retorcían hacia el espacio. Sobre los murmullos de los visitantes, Jay detectó sus voces. Gritos y alaridos, órdenes y mandatos. Exclamaciones lastimeras, súplicas angustiadas.

Se imaginó que podía oír el eco hueco de las armas y el rugido sordo de las bombas.

Cuando Jay se adelantó en el camino y se acercó, una voz en particular se destacó. Pronto localizó al fantasma, un hombre alto, con uniforme andrajoso y cubierto de sangre, con el casco torcido. Estaba sobre un bloque de granito con las manos en las caderas profiriendo órdenes furiosas a los otros.

*—¡Levántense! ¡Muévanse imbéciles! ¡Charlie nos localizó! Nadie se detiene, nadie da la vuelta. Nos dirigimos directo hacia ellos. ¡¿Entienden?!*

El fantasma del oficial buscó el arma en un lugar vacío de su cinturón.

Apuntó el arma invisible al azar a un cuerpo que flotaba.

Sin detenerse a pensarlo, Jay dejó el camino y comenzó a trepar la pendiente del monumento. Susie lo llamó y empezó a seguirlo, pero sus gritos se perdieron en el torbellino del trájín espectral.

*—¡Harrison! ¡Rata cobarde! ¡Levante su arma! —El oficial alzó el brazo como si realmente estuviese disparando. Ninguna explosión tronó en el aire.*

Jay se acercó aún más, con los ojos clavados en el vociferante soldado.

*—¡Jones! ¡Vuelva aquí! ¡Niederman! —Cayó de rodillas golpeando un nivel invisible del suelo detonado—. ¡Nadie corre! ¡Ninguno! ¡Desertores! —Sollozó y se cubrió los ojos—. Todos son desertores. Todos menos yo. Malditos cobardes.*

*—No me creyeron cuando les dije que Charlie estaba allí... entre los árboles, detrás de los arbustos, en aquella villa. Están allí. Los vi. Charlie. Parpadeando sus ojos achinados y riéndose porque todos corrían.*

Jay casi había llegado a la cima de la colina, a unos pocos pies de la parte superior del granito. El oficial estaba de espaldas. El espíritu estaba de pie nuevamente, gesticulando con fiera resolución, sacudiendo los brazos y vociferando.

*—¡No voy a hacerlo! ¡Voy a ir! ¡Cierra la boca, Davis! Ese campo no está minado, maldita sea. No hay minas, ¿me escuchas? Sólo ojos achinados. Voy a ir... ¡quítame tus malditas manos cobardes de mí!*

Jay se adelantó unos pasos, se puso de puntillas, y se mareó al mirar a través del fantasma, hacia abajo del monumento. Vio una columna de letras que se extendían bajo su pie. Un fantasma surgió del fondo del bloque de granito, arrastrándose, con el arma preparada; y una anciana en el camino del soldado extrajo un pañuelo de su bolso.

—¡Voy a ir! ¡Voy a ir!

El oficial gritó y colocó las manos en alto.

Jay cerró los ojos y se acercó, le colocó las manos alrededor del casco del hombre. Presionó los dedos en las suaves sienes del fantasma. Jay se retorció ante el cúmulo de sensaciones, casi se cae del borde, pero se aferró con las plantas de los pies y mantuvo el equilibrio. El espíritu se fundió y se convirtió en gelatina entre sus manos; sintió una exultación correrle por las palmas que le provocó un calor frenético en los brazos hasta el pecho y después le fluyó como una lluvia por el interior del cuerpo, bajándole por las piernas hasta las plantas de los pies.

Los murmullos espectrales se desvanecieron y solo quedó el ruido de lentas pisadas mortales y el sollozo de la anciana que rompía el silencio de la mañana.

Lentamente, Jay abrió los ojos. Entre las palmas algunos destellos de plata centellaban como iluminados por una lámpara brillante y antes de que pudiese respirar habían desaparecido. Jay dejó caer los brazos y, al mirar hacia abajo, notó a los dueños de ojos inmateriales que pugnaban por su atención.

Habían detenido su camino, habían interrumpido su sigiloso avance en cubierto arrastrándose a través de las *bolas de arroz*<sup>[16]</sup>, el soldado que se sostenía la pierna cercenada mientras señalaba un lugar en la pared, el escuadrón que se reunió para estudiar el mapa, el sargento radio-operador que se arrodilló frente al equipo de comunicaciones, hasta el último de ellos miró fijamente a ese pequeño niño que estaba sobre el monumento.

—¡Jovencito! —Chilló la anciana al notar su presencia por la sombra que el niño proyectaba en su hombro—. Bájate de allí, pequeño...

—¡Jay! ¡Jay! —se escuchó la voz de Susie quien intentaba acercársele pero el soldado la empujó y, con la boca abierta de par en par y los brazos extendidos, se unió a la multitud que voló hacia el niño.

Con ojos implorantes y tanteando con las manos llegaron hasta él.

Abrumado, retrocedió y cayó de rodillas. Lo sofocaron en su desesperación, y lo único que pudo hacer fue concentrarse de a uno en uno. El cuerpo se le retorcía y convulsionaba bajo el influjo de sensaciones tremendas.

Un visitante que pasaba por ahí chilló al ver al niño sacudido por las convulsiones y corrió para llamar a una ambulancia.

Susie luchó contra la turba, pero se vio obligada a abandonar a Jay a la horda. Desaliñada, flotó sobre las estatuas de los tres soldados y permaneció de pie entre ellos.

Del centro de la multitud aparecían destellos intermitentes al tiempo que a cada alma le era concedida la libertad. Parecía una masa de luciérnagas amontonadas en el lugar, mientras los resabios de los destellos de cada disolución permanecían en el aire durante varios segundos. En el fragor de la acción, las manos de Jay se movían espontáneamente, asiendo y aferrando, para después abocarse al siguiente.

Por cada alma que se desvanecía en sus manos en un ligero vapor, otro espíritu surgía del monumento y aguardaba su turno.

Bajo el ulular de las sirenas, varios hombres de blanco llegaron a la escena. Caminaron a través de los apiñados espíritus, cogieron al niño, reteniéndolo, y finalmente colocaron su cuerpo, dominado por las convulsiones, en una camilla.

Susie atravesó el techo de la ambulancia y pateó al último de los fantasmas que lo perseguían a gran velocidad, pero la ambulancia avanzaba más rápida. Trastornado y sudado, Jay luchó contra las ataduras intentando levantar las manos.

—No he terminado todavía... —murmuró—. Debo finalizar, debo...

El enfermero le dijo suavemente que no terminaría nada en ese momento. Le prometió que hallarían a su familia y que pronto regresaría a su hogar.

Se encontraría bien.

Cuando el hombre vestido de blanco apartó la mirada, Susie aflojó las tiras, y envió una brisa suave y fresca sobre al rostro del niño.



Un minuto más tarde, en una cafetería a varios kilómetros al oeste, Ramsey Mitchell levantó la frente de la mesa y se sentó erguido. Tenía los ojos

intensamente azules abiertos de par en par, el rostro ceniciento y el mentón laxo. Aferró el mantel arrojando el desayuno continental de la mesa.

*¡Ramsey!*

El pensamiento se desplomó como un gran peso arrojado a las profundidades del océano.

*¡Gorrión!*

Luchando desde aquellas profundidades, dando patadas con aletas ficticias, la esencia de Ramsey Mitchell ascendió.

*¿Amo...?*

*¿Lo oyes, anfitrión? ¿Lo oyes?*

*¿Oír qué, amo?*

*Presta atención, imbécil. Escucha la melodía interpretada por los instrumentos del Destino.*

El zumbido del aire acondicionado, el tintinear de la vajilla, las entreveradas conversaciones del desayuno. Alguien hablando acerca de los misteriosos asesinatos en el Museo Smithsonian la noche anterior

—... incluso asesinaron al vigilante en el escritorio de entrada.

*Amo, yo...*

*¡SILENCIO! Abre la mente, escucha la canción.*

Por los altavoces se escuchó un tema de los Ramones.

*No, imbécil. Proviene del este. Potente, cautivante.*

*¿Qué es?*

*La Canción, estimado anfitrión.*

De repente, Ramsey pateó la silla; giró bruscamente y avanzó dando grandes pasos hacia la salida.

*¿Dónde?*

*Debemos seguir la Canción. Mi destino cabalga en sus notas.*

Empujó la puerta de cristal y salió a la atestada calle bajo el resplandeciente cielo.

*¿Y qué hay de la mujer? —La pregunta fue tímidamente formulada—. El*

*alma que poseíste anoche conoce su dirección...*

*Ella puede esperar. Después de que la Canción sea mía, habrá mucho tiempo para encargarse de ella. Huitzilopochtli me ha otorgado esta oportunidad, y debo volar para cumplir Su voluntad.*

*La Paloma está cerca, y yo estoy hambriento.*

Huitzilopochtli señaló el camino, y Ramsey lo siguió. Y mientras Ahuítzotl ejercía nuevamente control sobre la carne, la esencia de Ramsey sucumbió a la oscuridad con un pensamiento final; el recuerdo de una habitación de hotel en Honduras.

*El Águila devorará a la Paloma, y obtendrá tu Canción...*

El sol se elevó apenas, anticipando orgullosamente su próxima ascensión y glorioso reinado.

## Capítulo 18

*Washington, por la tarde.*

Acobardándose frente a una andanada de insultos y obscenidades, Jay intentó mirar por encima del asiento para constatar si Susie aún se hallaba en la parte trasera de la camioneta.

—Maldito sea, bastardo hijo de perra, bueno para nada... —su padre golpeó el volante con la palma de la mano cuando la camioneta se sacudió y se detuvo en una intersección de calles. Le asestó un golpe con el revés de la mano a Jay en el costado de la cabeza.

Furibundo, más enfurecido aún por la falta de respuesta de su hijo frente al dolor, Ben Collins levantó el puño para golpearlo nuevamente. Entrecerró los ojos para divisar algo al otro lado de la ventanilla de Jay.

—¿Qué demonios miras tú, perra? —hizo un gesto obsceno con el dedo a la mujer de mediana edad que conducía el Plymouth en el carril contiguo, después hizo rugir el motor durante tres segundos hasta que la luz del semáforo cambió y le dio paso.

Jay pudo ver brevemente un mechón de cabello rubio en la parte trasera de la camioneta, se giró y se acomodó en el asiento, contemplando la posibilidad de soltar el cinturón de seguridad y arrojarlo del vehículo a través de la ventanilla.

Como si hubiese percibido sus pensamientos instantáneamente, Ben rugió:

—Y será mejor que no se te ocurra ninguna estúpida idea acerca de huir ¡No volverás a escaparte, bastardo! Me costó bastante atraparte esta vez. Estoy hundido en la mierda ahora y por Dios que te arrastraré conmigo.

Su padre estaba vestido como Jay nunca antes lo había visto: un traje oscuro a rayas y una elegante corbata ancha. Parecía un hombre diferente, y por un esperanzado momento, Jay se había atrevido a pensar que alguien

había venido a rescatarlo. Pero una vez que estuvieron fuera del hospital y del alcance de la vista de las personas que podrían ayudarlo, aquel hombre bien vestido se convirtió en la bestia de costumbre, arrojando a Jay dentro de la camioneta y partiendo a toda velocidad hacia calles menos transitadas en las que le pudiese dar un golpe o dos a su hijo mientras conducía.

—Maldita sea, los de Bienestar Social vendrán ahora —intentó golpear nuevamente a Jay en el cráneo, pero el niño lo pudo esquivar agachando la cabeza en el último momento—. Se preguntarán dónde has estado toda tu vida ¡Me harán pagar! Pagar por tu inservible maldita...

Con la cabeza apoyada contra las rodillas, Jay luchó por contener las lágrimas. Susie se encontraba en la parte trasera. No podía permitir que lo viera llorar. Debía ser fuerte. Por ella. Tenía que probar que ella estaba en lo cierto en lo referente a ser especial. Los niños especiales no lloraban cuando los aporreaban.

¿O sí? Jay sollozó y refunfuñó a causa de la punzada de dolor que le provocó el golpe en el hombro.

—Todavía puedo lastimarte, niño. No vayas por la vida pensando que solo porque vendrán los de Servicio Social no volverás a recibir golpes. Sé cómo pegar sin que puedan descubrirlo. Te seguiré pegando, niño. Y fuerte. Fuerte ¿Me has escuchado?

Jay agitó la cabeza y volvió a mirar en dirección a la manilla de la portezuela. Pero no, los niños especiales tampoco huían. No se daban por vencidos cuando las cosas se complicaban. Soportaban y hacían su mayor esfuerzo por sobrevivir.



El taxi aún los seguía. Desde la puerta de la camioneta Susie monitoreaba el devenir de los sucesos. Los seguían dos autos que se deslizaban hacia el medio de la calle para que el conductor pudiese ver la camioneta.

Los seguían a ellos. Precisamente a Jay, según se percató Susie. Cuando estaban en el hospital, el hombre que llevaba puesto el impermeable cruzado había caminado por el pasillo y pasado frente a la puerta de la habitación en varias oportunidades. Susie se hallaba sentada en el suelo junto a la mesa de Jay mientras le hacían los exámenes de rutina y habían determinado que se encontraba bien. La puerta estaba cerrada, pero Susie, que podía ver a través de la madera, había observado al hombre alto pasar por primero vez y echar

una rápida mirada hacia el interior, después había vuelto a pasar en la dirección contraria. Llevaba puesto un jersey de cuello alto bajo el pesado impermeable. Y los anillos. Susie recordó haber notado la gran cantidad de anillos que el hombre tenía en la mano cuando la extrajo del bolsillo para echarse hacia atrás el cabello despreocupadamente. Tenía los ojos oscuros y hundidos, como los de un ave.

O como los de un águila, había pensado con horror. Le había echado una mirada a Jay para constatar si estaba agitado o si se había percatado de la presencia del hombre que patrullaba fuera, pero él no evidenció preocupación alguna, solo el temor por la inminente llegada de su padre.

Cuando acompañaron a Jay fuera de la sala de análisis para que se reuniera con su padre, el extraño hombre había desaparecido, no había rastros de él. Flotando sobre la silla de Jay, ella salió y escudriñó la acera fuera del hospital. Como era de esperarse, allí estaba, apoyado contra la puerta de un taxi. Ni bien Jay apareció, el hombre de los ojos de pájaro extrajo un par de lentes de sol de uno de los bolsillos del impermeable y se los colocó. Jay fue arrastrado por su padre dentro de la camioneta, y el extraño hombre subió al taxi y le dijo al conductor mientras señalaba la camioneta.

El coche blanco dobló en una calle lateral, dejando solo una pequeña y oxidada Yugo entre ellos. Susie echó una mirada por encima del hombro. Entrecerró los ojos al ver que el Señor CaCollins golpeaba a Jay en el hombro. Qué hombre tan malvado, pensó. Deseaba poder hacerle algo al coche para así lograr herir al señor CaCollins para que nunca volviese a lastimar a Jay.

Una extraña sensación se apoderó repentinamente de ella. Algo, algún recuerdo se aferraba a su esencia. Susie miró a su alrededor, incorporando lo que veía. Las confusas fachadas de las tiendas, las luces, los árboles, la multitud de peatones, los perros, los policías montados, el claro a lo lejos... y el cartel que anunciaba la construcción por parte de Howard del futuro centro comercial Richardson.

Susie cerró los ojos y resistió el impulso de dirigirse al sitio donde las excavadoras arrasaban la tierra, donde los andamios se elevaban por sobre crecientes capas de ladrillo, y donde un pequeño y destruido zapato era levantado junto con una pila de tierra que sería arrojada en un camión y llevada al alejado basurero.

Un chirrido de neumáticos volvió la atención de Susie al camino. La Yugo

había doblado hacia el oeste, en busca de un lugar para aparcar en una atestada calle lateral.

El taxi rugió cuando se adelantó y quedó tan solo unos metros detrás del guardafangos de la camioneta.

Susie, intentó asirse de la compuerta de la camioneta y espió a través del parabrisas del taxi, buscando divisar al hombre que se hallaba en el asiento trasero. Pudo ver su mano apoyada en el respaldo del asiento delantero, los grandes anillos centelleaban con la luz del sol.

Repentinamente pudo ver el rostro, el hombre estaba inclinado sobre el asiento y los lentes de sol le resbalaban por la nariz, y...

Susie profirió un grito mudo.

... Los hundidos ojos la miraban directamente a ella.

Se echó hacia atrás y tropezó al hacerlo. Su corazón estaba preso de una andanada de terror. El taxi aminoró la marcha y, lentamente, permaneció distante. El hombre bajó el cristal y asomó la cabeza de águila por la ventanilla. Ya sin los lentes de sol, sus ojos azotados por el viento, miraron en dirección a Susie. El hombre abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás.

Susie pensó que se deslizaría por la ventanilla y se desplomaría sobre el pavimento; o quizás un camión que avanzara en dirección opuesta le golpearía la cabeza arrancándosela del cuerpo. Pero el hombre permanecía en la misma posición y él tráfico que avanzaba en dirección opuesta, maniobraba para esquivarlo.

Susie lo observaba absorta y se quedó mirándolo fijamente cuando los ojos del hombre se volvieron blancos y su cuerpo comenzó a convulsionarse como si hubiera introducido los dedos en un enchufe.

Para cuando se sobrepuso de su estado de parálisis, ella solo tuvo un instante para evadir al monstruoso guerrero que empuñaba una espada, el cual había emergido del cuerpo del hombre, chillando como un águila mientras se le acercaba.

Ella gritó cuando las afiladas uñas del guerrero le desgarraron la carne espiritual del brazo. Susie se giró y se soltó, perdiendo la condición de movimiento. Pasó a velocidad cero, el taxi pasó a través de su cuerpo y el techo del vehículo la atravesó por la mitad. Miró por encima del hombro y se percató de que el fantasma ataviado la perseguía. Tenía los brazos extendidos

como las alas de un avión y arrastraba la enorme espada.

Desesperada, Susie se elevó en el aire, dio medio salto mortal y se lanzó sobre el pavimento.

Una camioneta pasó velozmente primero sobre ella y después sobre el fantasma azteca quien descendió sobre el camino, y en el momento en que otros tres vehículos lo atravesaron, bajó la cabeza, impulsándola por debajo de la superficie de la calle. Volvió la espalda primero hacia la izquierda y después hacia la derecha. Se puso tieso, después estiró el cuerpo y descendió desapareciendo dentro del camino.

Un camión con remolque pasó rugiendo por el lugar, y cuando se disipó la polvareda que dejó a su paso, la calle estaba vacía.

En las alcantarillas que se encontraban más abajo, un grupo de ratas chilló y chirrió, escabullándose a causa de una repentina ráfaga de viento. En los tenues y polvorientos conos de iluminación que se hallaban en los espaciados enrejados sobre el techo abovedado, se escurría lentamente el agua fangosa.

Susie avanzó rápidamente por el túnel en la dirección en la que sabía que se dirigía Jay. Intentó no mirar a los peludos animales de larga cola que daban rápidos saltos debajo de sus pies, espantados por su presencia.

A sus espaldas se escuchó un rugido agudo. Se arriesgó a echar un vistazo y divisó los destellos dorados, las plumas, el centelleo de la espada mientras su perseguidor atravesaba las sombras y los rayos de luz.

Se le veían los dientes, su rugido era tan ensordecedor como paralizante.

Susie aumentó la velocidad y se impulsó hacia delante concentrándose solamente en escapar. Más ratas huyeron por su avance, el agua formó pequeñas ondas y el túnel se bifurcó más adelante. Eligió al azar la ramificación de la derecha... y chocó contra el pecho de un desaliñado y amargado fantasma quien perdió el equilibrio hacia atrás y casi cae. Pero la cogió de los codos con sus mugrosas manos y se aferró a ella para no perder el equilibrio.

—Más espacio, pequeña —dijo el andrajoso espíritu. Ella inmediatamente se percató de que se trataba de un vagabundo o de una persona sin hogar. Su ropa estaba hecha jirones, llevaba puestos guantes sin dedos, tenía el calzado roto a la altura de los dedos del pie; la camisa ajada, el cabello largo y enmarañado y llevaba una botella bajo el cinturón.

—No necesita ir tan aprisa, señorita —sonrió, y sus ojos se agrandaron como monedas bajo una lupa—. No hay lugar adónde ir. He estado aquí durante por lo menos unos ocho años. Desde la nevada del ochenta y dos. Fue una nevisca brava, déjeme decirle...

—¡Fuera de mi camino! —gritó Susie, golpeando al hombre en el estómago y liberándose de sus manos. Lo eludió por un lado, y en el momento en que el hombre se disponía a cogerla, el inmenso cuerpo dio la vuelta a la esquina del túnel a gran velocidad.

El azteca extendió los brazos de manera refleja, cogió al hombre de la garganta y se la retorció bruscamente; balanceó la otra mano y destajó con la espada el estómago del vagabundo, la punta del arma emergió por la clavícula del hombre.

Por el rabillo del ojo, Ahuítzotl vio a la niña escapando a través de una de las paredes del túnel. Profirió un insulto, retiró la espada y se dispuso a seguirla, pero la energía espiritual que emergió del agonizante fantasma lo retuvo rápidamente; se aferró al sitio e introdujo la mano en la arremolinada masa vaporosa, y extrajo su poder, absorbiendo su fuerza.

Susie cortó camino a través de cuatro ramales de túneles, emergió en una pequeña caverna que se hallaba más al norte, se impulsó hacia delante y después salió a la luz del día atravesando el hormigón. Se elevó cada vez más alto hasta que pudo ver a kilómetros de distancia en todas direcciones; buscó puntos de referencia, divisó la calle y se dirigió hacia ella.

Después comenzó a buscar el taxi.

El hombre con el impermeable la observó con los ojos abiertos de par en par cuando ella descendió sobre el taxi. Susie voló en dirección al techo, lo atravesó y cogió el mando del volumen de la radio. El volumen subió desmesuradamente, casi empujando al conductor fuera del vehículo. El coche viró cuando el conductor cogió el mando y bajó el volumen.

Susie reaccionó de inmediato girando nuevamente el mando en la dirección contraria.

El conductor profirió algunos insultos, y el hombre que se hallaba en el asiento trasero le gritó que se detuviera.

La camioneta avanzaba más despacio con el intermitente del lado derecho encendida.

Susie miró hacia atrás, hacia el rostro atemorizado del hombre que luchaba desesperadamente por desprenderse del cinturón de seguridad.

Ella sonrió abiertamente y se estiró para alcanzar la palanca de cambios. Había visto conducir a sus padres y le fascinaba el procedimiento. A su padre le agradaba enseñarle la función de cada uno de los dispositivos. Sabía que cuando no se usaba el coche, la palanca debería estar colocada a la izquierda en «aparcar» y en «avanzar», obviamente, cuando estaba en movimiento.

Se concentró en la palanca que sobresalía del volante y la envolvió con la mano. El hombre del pesado impermeable se inclinó hacia delante.

—¡Frena, idiota. Por el amor de Dios!

Susie empujó la palanca hacia arriba hasta que la línea roja estuvo sobre la letra de «aparcar».

Ben Collins giró en la esquina al tocar el freno.

—¡Maldito sea! —Murmuró mirando por encima del hombro mientras se ponían a la par—. ¡El imbécil perdió el control de la maldita cosa! ¡Condujo derecho hacia el poste de teléfono! Eso le pasa al bastardo por conducir tan cerca.

Jay se inclinó hacia atrás en el asiento y escuchó las palabras susurradas a su oído. Susie había regresado y todo estaba bien.



A una manzana de distancia, la puerta trasera del taxi crujió al abrirse. Ramsey Mitchell bajó con dificultad del asiento trasero, le dispensó una última mirada al ensangrentado conductor del taxi y le sonrió burlonamente al azorado espíritu que aún permanecía allí, reiniciando un cronómetro imaginario para que marcara los segundos hasta el infinito.

Le sangraba la cabeza y tenía el hombro magullado. Por lo demás, se encontraba bien. Se tambaleó a través de la multitud que se acercaba para observar, y se recostó contra el parachoques de un coche que estaba estacionado.

El cemento de la calle a sus pies vomitó la figura del encrespado azteca. Los ojos del espectro bulleron al ver a Ramsey y emitió un fuerte rugido gutural.

Ramsey abrió la boca para dar explicaciones y un fantasmagórico puño lo golpeó desapareciendo a la altura hombro. Las mejillas de Mitchel se

expandieron, la garganta se le hinchó como un globo. Ahuítzotl parecía comprimido, y, como si se tratase de una fina columna de humo, fue absorbido dentro del cuerpo de su huésped.

Ramsey se desplomó sobre la calle y se llevó las manos a la garganta, enmudecido y con convulsiones.

—Amigo —le preguntó un preocupado conductor quien se inclinó y le extendió una mano—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda? ¿Que lo lleve a alguna parte?

Con el rostro entre las sombras y un destello perverso en la profundidad de sus ojos, Ramsey elevó la vista.

—Oh... qué amable —se incorporó y le dispensó al hombre una cálida sonrisa—. Serás bien recompensado por este acto, créeme.

Mientras caminaban hasta el coche, el samaritano no pudo evitar sentirse levemente nervioso a causa de la inquebrantable sonrisa de aquel hombre.

## Capítulo 19

*Playa Delaware, 12:30 liorna.*

Después de que había tocado a la puerta de Becki veces, los dos policías exhaustos que custodiaban la entrada le informaron a Scott Donaldson de que ella podría haber salido por atrás hacía ya muchas horas. Aunque estaba vestido para la playa, con lentes de sol Ray Ban, *shorts* color caqui, una camiseta color rosa brillante y sandalias, sintió como si se estuviese derritiendo bajo el calor del sol del mediodía. Quizás, pensó, no era tanto el sol sino los recuerdos lo que lo afectaban. La última vez que había ido por aquel lugar, Rebecca yacía de espaldas sobre la arena y respiraba con dificultad a través del inmenso corte que tenía en la garganta.

Recordó los pensamientos que le habían pasado por la mente al ver la ventana rota, al oír el horripilante eco del disparo. Si solo hubiera conducido más deprisa de camino a la casa de Rebecca. Dios, si se hubiera ido de la oficina unos minutos antes... ¿Qué habría sucedido si el asesino hubiera irrumpido y los hubiera hallado a ambos sentados a la mesa de la cocina?

Ambos estaríamos muertos ahora, había concluido Scott. Pero, afortunadamente, la suerte había decidido darles una oportunidad. De hecho, cuanto más lo pensaba, el haber llegado justamente en aquel preciso momento, le resultaba más extraño y menos fortuito. Si hubiera llegado un momento antes, el asesino los habría hallado a ambos; y si hubiera llegado más tarde, Rebecca habría muerto.

Meneó la cabeza y rodeó el porche al tiempo que dispensaba una rápida mirada hacia el lugar en la arena donde Rebecca había caído. ¿Qué esperaba ver? —se preguntó—. ¿La marca que había dejado su cuerpo? ¿Un contorno hecho con cinta por la policía?

Subió los escalones y caminó por la terraza de madera. Una de las ventanas estaba sellada con plástico. Con las manos hizo un cono contra el cristal, miró hacia el interior pero no vio nada. Golpeó el cristal y la llamó

nuevamente.

—¡Scott! —alguien dijo desde atrás, desde la playa. Por supuesto. Scott se dio la vuelta y saludó con la mano. Sintió que el corazón se le henchía al verla; resplandeciente, vivaz. Ella le devolvió el saludo con otro ademán y se aproximó por la playa, brincando. Scott se detuvo a admirar sus piernas, esbeltas y hermosamente bronceadas, y después se cambió de posición para poder apreciar su figura por completo. Llevaba puesto un par de ajustados pantaloncillos Levis cortados y una colorida camiseta con tirantes bajo una blusa blanca abotonada hasta el busto y las mangas arremangadas. Su sedoso cabello parecía bronce líquido que caía sobre sus ojos y sus hombros.

De pie, al borde de la terraza, recostado contra la baranda de madera, Scott la observó aproximarse. Ella sonreía y, ocasionalmente, miraba hacia atrás por encima del hombro, en un momento, cogió un palo y lo arrojó hacia atrás a lo lejos. Daba la impresión de estar hablando sola. Por supuesto que siempre lo hacía, recordó Scott. Él se sentía alegre de que ella estuviera de tan buen humor. Pensó que seguramente, después de lo de la noche anterior...

Ella había sido sometida a una situación límite, de acuerdo. Scott debía maravillarse de que no la hubiese devastado. Vibrante, feliz; parecía encontrarse bien. Quizás, para ser devuelta a la realidad, todo lo que le hacía falta era una mañana soleada, de cielo apacible y agua calma.

Bajó las escaleras para saludarla. Todo estaría de maravilla, siempre y cuando no continuara viendo fantasmas. Scott sonrió al acercársele. Con la buena noticia que estaba a punto de darle, se recuperaría por completo.

—Scott —dijo ella casi gritando— ¡gracias por venir!

Él se estiró para cogerle la mano, pero ella le echó los brazos al cuello, abrazándolo fuertemente. Él le devolvió el abrazo y la asió al tiempo que ella levantó los pies de la arena y los sacudió en el aire. Perturbado por el contacto de sus senos contra su pecha, Scott la soltó suavemente.

—¡Dios mío! —exclamó él—. Gracias. Dime ¿es por las gafas de sol, verdad? No te puedes resistir a un hombre que lleva puestas unas Ray Ban.

—En realidad —respondió ella apretándole el mentón—, creo que he tomado demasiado café esta mañana.

—¿Café? —Scott se quedó boquiabierto y la apartó—. ¿Café? ¿Es solo eso? ¿Quieres decir que todo lo que tenía que hacer era darte café?

Pestañeó y alzó la cabeza.

—Durante tres años he sido un perfecto ciego. Intenté con rosas, poemas, cenas, chocolates... y todo lo que tenía que hacer...

Él suspiró profundamente al tiempo que una densa nube que se trasladaba por el cielo cubrió el disco brillante. Scott se bajó un tanto las gafas de sol y espió a Rebecca por encima de la nariz.

—Se te ve de maravilla —le dijo.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Aún está un poco inflamado —se tocó el vendaje que tenía en el cuello—. Pero, considerando lo sucedido...

—Es cierto —él estiró la mano y le tocó el hombro—. Te recuperarás, pequeña. Tengo fabulosas noticias.

—¿Sí?

—Así es —Scott le guiñó un ojo—. Pero primero cuéntame por qué fuiste al Smithsonian y lo que ocurrió allí.

Rebecca parpadeó en un gesto de fastidio. La sonrisa de su rostro desapareció. —Scott... no puedo. Son muchos detalles. Es solamente otra asignación en la que estoy trabajando. Es un asunto personal.

Scott frunció el ceño.

—Comprendo. ¿Y acaso te topaste allí con alguien que conocías? ¿Alguien, digamos, que ya había intentado matarte?

Abrió los ojos de par en par, como si acabara de desvelar un importante misterio. —¡Oh, por Dios! ¡Era él! —Apartó la mirada, como si observara algo lejano en la playa— ¡debe haber sido él! Pensé que solo se trataba de otro fantasma, uno de los acólitos del azteca, pero...

—¡Eh! Becki, Becki —Scott meneó la cabeza. Ella había parecido tan racional, tan controlada. ¿Cómo podía ser que aún sufriera alucinaciones? No lo sabía, pero no iba a sacar el tema nuevamente. Obviamente ella necesitaba ayuda profesional; había personas que él le podía recomendar. Su hermano había sufrido una serie de colapsos nerviosos después de la muerte de su madre. Jerry había insistido en que podía ver el espectro de su madre siguiéndolo a todas partes, acosándolo. El terapeuta fue maravilloso y, a través de la hipnosis, había podido convencer a Jerry de que los fantasmas no

existían. El problema fue resuelto y él había admitido después que ella solo había existido porque él se había forzado en creer que tenía la capacidad de verla.

—¿Entonces, viste a Karl? —le preguntó Scott.

Rebecca respiró profundamente.

—¿Verlo? Bueno, supongo que podría decir que fugazmente. Sabía que alguien intentaba matarme otra vez, pero logré escapar —lo observó con sus lúcidos ojos—. ¿Qué sucedió...?

Scott se cruzó de brazos. Las nubes se retiraron y tuvo que entrecerrar los ojos.

—Asesinó a un guardia. Hallaron una bala de su 45 en el cráneo del hombre. Según lo que la policía puede deducir, después subió a la oficina del curador, pero en el camino se detuvo y cogió una antigua lanza de la exhibición. Apuñaló al viejo dos veces, en el estómago y en la cabeza. Después lo colocó en su propio aparador para licores y colocó la lanza, toda ensangrentada, de vuelta en su lugar.

Rebecca asintió, inclinándose hacia adelante, expectante.

—Y... —Scott hizo una pausa. Ella no parecía haberse impresionado por el sangriento episodio que le acababa de describir. Eso le llamó poderosamente la atención, dado que sabía que Rebecca había entrevistado al curador poco tiempo atrás, ella ni siquiera pestañeó cuando le mencionó que el hombre había sido asesinado.

—¿Karl? —preguntó ella.

Scott suspiró fuertemente.

—Muerto. Muerto como este... trozo... de... madera seca aquí a... mis pies —levantó la vista del palo y miró a Rebecca. Estaba seguro de que la madera no se encontraba allí antes; de hecho era increíblemente similar a la que Rebecca había arrojado hacia el mar mientras se aproximaba por la playa. ¡E incluso... estaba mojado!

—¿Muerto? —Rebecca golpeó las manos y se giró hacia un costado—. ¡Está muerto! —Anunció como si se lo comunicara al viento—. ¿Cómo? —preguntó cogiéndolo rápidamente de los hombros.

Aún atrapado por el misterio del trozo de madera mojado, Scott balbuceó.

—Oh, por su propia pistola. Cerca, según cree la policía, hubo algún tipo de gresca en la que él perdió la 45. Y su asaltante velozmente la usó contra él —sonrió burlonamente—. Tenía orificios de bala por doquier, las heridas fueron hechas sistemáticamente en los lugares de su cuerpo que le causarían gran agonía. Bastante macabro.

Sonriendo, Rebecca se giró nuevamente.

—Debo revisarlo.

—¿Qué? —Scott se estiró para cogerla y pisó el trozo de madera al hacerlo—. ¿A qué te refieres?

Dispersa, con la atención en otra parte, ella dijo:

—Recuérdame ¿de acuerdo? Después de que vayamos al bote. Quizás más tarde, por la noche. Debo revisar el recinto del tribunal.

—¿Bote? —Scott la cogió de los hombros—. ¿Becki, te encuentras bien? No tienes un bote. Y definitivamente no estás en condiciones de salir a navegar —le preguntó con el ceño fruncido—. ¿Quieres que me quede contigo hoy?

Ella abrió la boca para responderle. Permaneció inmóvil en esa posición como si escuchara algo. Repentinamente estalló en risas, sujetándose los costados del cuerpo.

—Oh no, detente. Mis heridas. Oh.

—¿Qué? ¿Qué? Rebecca, actúas... ¡Hey!

Algo le aferró el pie a Scott y lo soltó cuando dio un paso hacia atrás. Pestañeando, se tambaleó y casi pierde el equilibrio. Señaló y, con la boca abierta, intentó llamar la atención de Rebecca.

—¿Vi... viste eso?

Ella lo miró con un deje de sonrisa burlona. Se encogió de hombros inocentemente y siguió su dedo con la mirada. —¿Ver qué?

Scott agitó la mano frenéticamente. —¡A... allí! ¡Va hacia la duna!—. Esta vez él se desplomó en la abultada arena. —Se ha ido.

—¿Qué? —se arrodilló junto a él. Daba la impresión de que intentaba controlar la risa.

—El palo... —comenzó a decir. Un movimiento a los pies de Rebecca le

llamó la atención. La arena se movía por sí sola junto a su pie derecho, cubriéndole los dedos y el tobillo. Ella daba patadas impacientemente, interrumpiendo los intentos por sepultar su pie. No hubo otro movimiento en la playa.

—¿Qué palo? —preguntó mirando a su alrededor.

Scott estaba a punto de explicárselo cuando la razón se apoderó de sus sentidos. Todos sus esfuerzos por convencerla de la inexistencia del mundo paranormal se derrumbarían si comenzaba a ahondar sobre palos que se movían por sí solos hacia el agua y de regreso de ella, como si fueran llevados por una mano invisible.

—Mmm... e... nada. Olvídalo. Manchas solares. Me sentí un tanto débil —respiró profundamente, se incorporó y ayudó a Rebecca a hacer lo mismo.

—Bien —dijo ella—. Muchas gracias por haberme traído noticias. Pero, en realidad, no necesitas quedarte. Me encuentro bien. Me han asignado nuevos guardaespaldas, vigilan la entrada. Con suerte y con la muerte de Karl...

—Oh, creo que tu vida ya no corre peligro, pequeña. El FBI actuó de inmediato. Una vez que descubrieron que Holton era un agente de la CIA atraparon a veinte agentes más. Ya tienen la lista de todos los que pertenecían al grupo de Holton. Jacobs será reivindicado, pero, desde luego, ya es demasiado tarde. No le servirá absolutamente de nada ahora.

—No estés tan seguro —lo interrumpió Rebecca sonriendo abiertamente.

Scott se acomodó las gafas de sol y decidió intentarlo de nuevo.

—¿Estás segura de que no deseas compañía *de carne y hueso*?

Rebecca tosió ante esa frase.

—Quizás podríamos ir a buscar algo para comer, o, mejor aún. Te prepararé unos entremeses succulentos. Mi especialidad, el sándwich Supremo Donaldson. Huevos revueltos, queso, tocino, una pizca de...

—Scott, no —le cogió la mano y se la apretó fuertemente—. De verdad. Gracias, pero tengo algunas cosas que hacer ahora —miró algo por encima de su hombro, asintió y sonrió—. Cosas importantes.

—Pero...

—Es personal, Scott. Confía en mí. Necesito hacer algo sola —sus

húmedos ojos socavaron la determinación de Scott.

Dios, musitó. Esta mujer doblega mi voluntad solo con una mirada. Podría lograr que limpiara los pisos con la lengua, o que comiera rosquillas sin queso crema con solo pedírmelo. Debo...

—Hijo de p...

Agitó el pie para quitar la arena que le cubría el tobillo. Soltó a Rebecca y dio un paso atrás bruscamente.

—Mmm... de acuerdo. Te llamaré luego. Quizás pueda traer comida china... ¡*Ouch!*

Se frotó el lado izquierdo del cuerpo, giró la cabeza hacia ambos lados y buscó con la mirada la causa de su aparente ataque.

Rebecca se había dejado caer sobre la arena, y no podía contener la risa.

Con un grito ahogado Scott se dispuso a correr, perdió una sandalia en el camino y regresó para recuperarla; se inclinó hacia la arena cuando el viento, aparentemente, la agitó por los aires, la hizo rebotar dos veces y después la dejó quieta, hasta que la volvió a mover. A unos pocos pies del suelo, describió un gran círculo y le fue devuelta.

Scott chilló, se quitó la otra sandalia de una patada y corrió a su automóvil. Al pasar junto a los oficiales que bostezaban, señaló hacia el camino que había recorrido y empezó a balbucear algo acerca de sandalias animadas.

Cuando finalmente pudo dejar de reír, Rebecca cogió la sandalia que Caesar había dejado junto a sus rodillas. Se puso de pie y comentó sobre lo buen perro que era, después arrojó el objeto por encima de su hombro.

Duncan la observaba desde su posición sobre la tarima. Descendió silenciosamente e hizo una sutil reverencia.

—*Madame*, mi comportamiento para con su amigo fue inexcusable. Y, mientras el perro es claramente dueño de su mente, se me debe considerar responsable por sus acciones. Le ofrezco mis sinceras disculpas... —alzó los ojos y los observó a través de la maraña de cabello que le caía sobre el rostro —... pero debo admitir que la travesura me ha brindado el primer momento gracioso (que he experimentado) en muchos, muchos...

—Bien —sonriendo, Rebecca le arrojó arena con el pie al fantasmal pirata —. Te encantó, espectro.

Sus miradas se encontraron y las sostuvieron por un momento. El sol brillaba a espaldas de Rebecca y proyectaba su sombra hasta donde se hallaba Duncan.

Duncan le guiñó un ojo, después metió la mano en la capa y extrajo un trozo de tela negro que comenzó a atarse alrededor de la frente; lo ató detrás de la nuca, sujetando el cabello hacia atrás para permitirle ver.

—Gracias —agregó Rebecca—. Scott tiene buenas intenciones, pero...

Mientras terminaba de hacer el nudo, Duncan asintió.

—Él no es para usted.

Sonriendo, Rebecca se dio la vuelta y miró hacia el océano.

Caesar regresó y colocó la sandalia sobre sus pantorrillas.

—¿Estás listo? —le preguntó quedamente.

Duncan se deslizó junto a ella. Aferró los pliegues de la capa con los brazos, también miró en dirección a las olas, maravillado por la ilusión de quietud de esa expansión en movimiento constante.

—Listo —dijo.

—¿Puedes guiarme hasta allí?

—Guiarla —cerró los ojos y respiró profundamente—. Sí.

Caesar ladró y movió la sandalia con la pata.

Rebecca se giró hacia el pirata con una mirada de determinación y entusiasmo que le hicieron brillar los ojos.

—Deja que vaya a buscar mis tarjetas de crédito y coma algo. Aún soy mortal ¿sabes? —sonrió ante la mirada de impaciencia del pirata y dijo—: Has esperado durante trescientos años. Unas pocas horas más no harán la diferencia.

El *Golden retriever* los siguió hasta la casa sacudiendo la cabeza mientras mordisqueaba la sandalia.

Rebecca le echó una última mirada al océano.

—Además —dijo—, no puedo nadar con el estómago vacío.

## Capítulo 20

*Washington, centro de la ciudad.*

—¡Jay! ¡Debes correr! —Susie estaba frenética—. ¡Escapa ahora!

Jay había caído a medio camino en las escaleras. Había corrido demasiado rápido al atravesar la miserable vivienda, girando vertiginosamente alrededor del pasamanos en un esfuerzo por llegar a su alcoba y echarle el cerrojo a la puerta antes de que su padre pudiera atraparlo. En el instante en que había aparcado, Jay había salido de la camioneta a toda velocidad. Yacía sin aliento, exhausto y dolorido, a tres escalones del final de la escalera, con las uñas clavadas en la madera.

Se oyeron golpes en la pared. En la casa de al lado, el señor Young reclamaba silencio.

Y, al pie de la escalera, Ben Collins se quitó el cinturón, lo aferró fuertemente con ambas manos y lo azotó frente a él mientras trepaba el primer escalón.

—¡Huye, Jay. Va por ti!

Susie flotaba cerca de donde Jay había caído; ella había abierto la puerta de la alcoba. Le hacía un ademán desesperado para que entrase.

Jay tropezó en su huida y extendió una mano en dirección a Susie. —No puedo...— jadeó.

—No —dijo su padre—. No puedes escapar. Quédate allí, pequeño trozo de mierda —subió otro escalón—. Afronta tu paliza.

Susie se deslizó hacia abajo, donde se hallaba Jay. Miró a su padre con expresión furiosa y después se elevó sobre su amigo con las manos extendidas.

Ben Collins subió otro escalón. Algo cogió el cinturón de sus manos y lo azotó sobre su cabeza. Cayó fuertemente de espaldas, se deslizó dos escalones

y rodó sobre un costado en el suelo. Gruñó y maldijo al tiempo que gritaba el nombre de su hijo, intentó ponerse de rodillas.

Susie voló de regreso hacia donde se hallaba Jay sin dejar de mirar la puerta.

—No me refería a tu padre, Jay —se inclinó sobre él y le tocó el hombro vacilante, enviando un cálido hormigueo a través del cuerpo de ambos—. Me refería a alguien más. El hombre malo.

Jay alzó abruptamente la cabeza. Olvidó a su padre y, cuando el sueño le vino a la mente, abrió la boca y comenzó a intentar impulsarse para subir.

—¿El hombre malo? —repitió. El sueño regresó a su mente—. ¿El Águila?

Susie meneó la cabeza, insegura.

—Sólo sé que es malo, muy malo. ¡Te ha estado siguiendo y ahora está aquí! —señaló la puerta.

—Maldito hijo de perra —Ben Collins se arrastró para ponerse de pie, apoyándose en el pasamanos de la escalera. Miró a Jay y en lo profundo de los ojos le brilló un deje de intención asesina. Repentinamente, al oír algo, se giró hacia la puerta.

—¡Vamos Jay! ¡Muévete! —una nota de desesperación mezclada con impotencia acentuó el ruego de la niña.

Subió un escalón sin dejar de mirar a su padre.

Ben lo señaló.

—Ve a tu cuarto, niño. Si se trata del hombre de Asistencia Social, yo me encargaré. Tu solo ve a tu alcoba y no salgas ¿Me has escuchado? —le dispensó otra mirada de furia a Jay y después caminó pesadamente hasta la puerta, pateando latas de cerveza a su paso.

—El Águila —musitó Jay con el rostro desencajado—... quiere mi Canción. No puedo alejarme volando.

—Jay —Susie se hallaba nuevamente a su lado con el rostro ensombrecido y los ojos húmedos—. Tú puedes volar más rápido que él —dijo y su voz careció de la confianza que había esperado inspirar.

Jay meneó la cabeza tristemente.

—No. No puedo.

Ben Collins llegó a la puerta justo cuando golpearon.

Susie dejó salir un sollozo contenido.

—Jay. Yo... —miró hacia la puerta—. Debo irme ahora.

Aquello llamó rápidamente la atención del niño.

—¿Qué? —pestañeó e intentó cogerla, después se echó atrás sabiendo el peligro que aquello implicaba—. ¿Qué quieres decir? ¿Te irás? ¿Me dejarás?

Ella asintió mientras las lágrimas agolpadas en sus ojos comenzaron a derramarse. —Yo... no quiero morir... —tragó con dificultad y se esforzó para pronunciar las palabras—... de nuevo.

La puerta se abrió.

—¿Qué quiere? —Le gruñó Ben al visitante—. Ya he pagado mis malditos impuestos. Ahora váyase.

Jay se quedó mirándola, confundido.

—Pero...

Susie se arrodilló cerca de él.

—Lo vi, al hombre malo, él... asesinó a otro que era como yo. Fue espantoso, horrible.

—¿Él puede verte? —Preguntó Jay, sorprendido—, ¿tocarte?

—Sí, pero no como tú. Él hace cosas malas —se enjugó las lágrimas que le recorrían las mejillas—. No quiero dejarte, pero...

Desgarrado y triste, Jay miró por entre los barrotes de madera. Al otro lado del umbral, en las sombras, se hallaba de pie una figura alta y enhiesta. Algo le brillaba en la mano.

—¡Ve a tu alcoba! —le rogó Susie. De alguna manera Jay halló la energía, recuperó la fuerza para ponerse de pie y subió uno y después otro peldaño.

—¿Qué mierda es esto? —Ben dio un paso atrás y levantó la mano—. ¿Qué...?

Jay echó una mirada por encima de la baranda al llegar a la parte superior de la escalera. El hombre blanco cerró la puerta de un puntapié y avanzó sobre su padre, blandiendo un gran cuchillo.

—¿Quién demonios es usted? —gritó Ben al tiempo que retrocedía con los puños levantados.

El visitante sonrió y describió un arco con el cuchillo, cortándole a Ben los nudillos.

—Puedes llamarme muerte —dijo el hombre.

El señor Young gritó:

—¡Cierren la boca!

Avanzando brevemente hacia la puerta desde la que Susie lo llamaba insistentemente, Jay no pudo quitar la vista de la escena. Su padre maldijo y se abalanzó sobre el hombre blanco que bajó el cuchillo y lo volvió a levantar por debajo de su guardia, perforándole la corbata de seda antes de enterrárselo en las tripas.

Ben quedó boquiabierto, los ojos le refulgían. El hombre desenterró la hoja y la sangre salpicó una caja de *pizza*, después lo volvió a apuñalar, introduciendo el cuchillo cerca de la primera herida. Ben cayó al suelo, contorsionándose de espaldas, intentando retirar la hoja.

Jay sintió la bilis subirle por la garganta. Le dieron náuseas y estuvo a punto de desmayarse.

El hombre blanco levantó la palma de la mano sobre su cabeza, y curvó la punta de los dedos hacia dentro. Brillantes franjas doradas salpicadas de sangre le circundaron los dedos. Se arrodilló y se dirigió hacia el pecho de Ben. Le abrió la empapada camisa con la otra mano.

Paralizado, Jay observó con horror cómo le clavaba las puntas de los dedos en la piel de su padre hasta los huesos hasta que la mano completa desapareció dentro del pecho. A Jay le dio la impresión de que el hombre estaba excavando, buscando algo como lo hace uno cuando busca un anillo perdido en la arena.

El hombre se puso de pie al liberar la mano. Líneas de color carmesí le surcaban la muñeca, al chorrear desde los brillantes dedos y del bulto ensangrentado con forma de tomate que pulsaba sobre la palma de su mano.

La imagen de su padre retorciéndose sobre un lecho de latas de cerveza aplastadas permaneció en la mente de Jay mientras se liberaba de la parálisis de terror y corría hacia la alcoba, después atrancó la puerta y echó el cerrojo.

—No tenemos salida —dijo, mirando las paredes detrás de Susie.

Recordó el día en que había entrado allí y la había visto por primera vez. Cerró los ojos y deseó poder volver a aquel día, cuando su padre era malvado, cruel, pero aún estaba con vida. Jay recibiría la paliza, soportaría el dolor. Para poder estar junto a Susie, lejos de las cosas que los separarían. De la manera como eran entonces, cuando podía verla; cuando no sabía nada de canciones o águilas.

Un grito torturado y atormentado llenó el apartamento, Jay se percató de que era el espíritu de su padre sufriendo la destrucción final.

—Todavía puedes lograrlo —dijo Susie mientras se le acercaba flotando—. Eres especial ¿recuerdas? —Se movió para mirarlo a los abatidos ojos—. No permitas que se lleve tu Canción. Es tuya, y solo tú puedes cantarla correctamente. Él la destruirá.

Fuera, un escalón crujió.

Jay la miró a los ojos y vio que se le llenaron de temor al mirar la puerta.

Otro escalón cedió a causa del peso.

—Jay...

Miró la puerta, después a ella. Sus suaves coletas, el rostro puro, los pequeños pies con calcetines.

—... No quiero morir... otra vez.

—Lo sé —le dijo quedamente mientras elevaba los brazos y estiraba la punta de los dedos.

Dubitativa en un principio, como un ave zancuda que teme mojarse, ella se colocó entre sus brazos, se estiró y le tocó el rostro suavemente. Él cerró las manos sobre sus hombros y la acercó.

El último escalón crujió.

Ella lo abrazó, suspirando con la emanación de energía liberada. Un millón de libélulas parecieron revolotear en derredor de su visual. Su sensación corpórea comenzó a desvanecerse; ya no podía sentir. ¿Todavía lo estaba abrazando? Una sensación ardiente le envolvió la consciencia, y sintió que se disipaban todas sus dudas y sus temores. Imaginó una estalactita bajo el calor del sol, que rápidamente se derretía y se encogía. El conocimiento la abordó; imágenes y hechos, un torbellino de información.

—Siempre serás mi mejor amigo, Jay... Collins —dijo, o pensó, o de

alguna manera se lo hizo saber.

Y su esencia se disipó, todos sus sentidos se expandieron y se convirtieron en uno. El mundo que había experimentado y conocido se esfumó en una niebla grisácea que se arremolinaba.

Se oyó un golpe en alguna parte de aquel otro reino; pero no importó. Apareció una luz espléndida y centelleante que disipó las sombras, levantó todos los velos y la convocó.

*Adiós*, la palabra le llegó desde aquel mundo pasado. Dulce y tierna, su armonía la escoltó hacia la brillante luz.

El aire destelló entre las yemas de los dedos de Jay, las luces fulguraron en los surcos mojados que habían dejado sus lágrimas. Sollozando, cayó de rodillas con una mano aún extendida intentando acariciar los destellos de luz que se esfumaban. Se le hincharon las venas con increíbles corrientes de poder. Se le nubló la visión, el corazón le latió con fuerza, se sentó y se abrazó a sí mismo.

La puerta tembló y después se salió del marco. El panel crujió y se abrió de par en par dejando entrar al hombre que inmediatamente cayó de rodillas y emitió un chillido ensordecedor.

Jay cerró los ojos, deseando ser imperceptible a la vista de su enemigo. No le iba a dar al hombre malo la satisfacción de ver el temor en sus ojos.

Unos pocos segundos después, percibió otra presencia en la minúscula habitación.

Un plato fue arrojado al otro lado contra la pared. Y una voz escalofriante se estrelló contra la voluntad de Jay, forzándolo a abrir los ojos y mirar la aterrador forma adoptada por el águila.

—Al fin —entonó el imponente espíritu mientras lo escudriñaba—. Ahora conozco a la Paloma.

## Capítulo 21

23:30 horas.

Una suave brisa proveniente del océano sopló por encima de la barandilla y le salpicó los brazos y el lado izquierdo del rostro. Repentinamente, el estómago le dio un brinco cuando el bote de motor perdió momentáneamente contacto con el agua. Después otra ola la salpicó desde el costado, empapándole la camiseta y los muslos desnudos.

—¡Duncan! —dijo Rebecca dando un salto, meciéndose al tiempo que sus pies descalzos casi patinan en la resbaladiza cubierta; pudo cogerse de la barandilla. La camiseta amarilla flameaba con el fuerte viento, azotando el traje de baño rojo de una pieza que llevaba puesto debajo. Tenía el cabello sujeto con una trenza francesa. Algunos mechones le caían sobre la frente y se aplastaban a causa del viento—. Por favor, ¡ve más despacio! —gritó.

Duncan se puso de pie frente al timón con una amplia sonrisa en el rostro, ni su vestimenta ni su cabello se movían por el viento. Incluyó el cuerpo hacia un lado mientras hizo girar el timón para embestir una ola que se les aproximaba.

—¡Al menos evita las estelas de las otras embarcaciones! —gritó ella cubriéndose la boca con la mano. En los quince minutos que habían pasado desde que había alquilado ese bote de veinte pies llamado Dark Manta, habían visto más de nueve embarcaciones más; y ella había perdido la cuenta del número de veleros, surfistas y *jet skis* que había en el agua, disfrutando de los placeres marinos de un tranquilo domingo de julio.

Exasperada, y un poco más que preocupada porque la gente en los otros botes de motor pudiera verla cuando pasaban junto a ellos, volvió a gritar.

—Éste no es un crucero social ¡por el amor de Dios! Dejé que pilotaras porque me di cuenta de lo que significaba para ti.

—¡Es fantástico! —le respondió él gritando—. ¡La velocidad, la fuerza

bruta! ¡La maniobrabilidad! —Duncan se giró por un momento y cerró el puño sobre su cabeza—. Con todo el debido respeto a mi Prometheus, nunca igualado, esta nave es... simplemente increíble. Oh, ya había visto naves de esta clase, de hecho presencié la evolución del bote a motor; estuve a bordo de uno o dos cuando pasaron por encima de mi tumba de agua. Pero nunca me percaté de hasta qué punto se tenía el control, la libertad de los vientos...

—Eso es maravilloso —dijo Rebecca avanzando hacia la proa del bote—. ¿Pero dónde está tu sentido común? Deberíamos estar evitando el tráfico. Conmigo sentada en la popa y ¡maldición! —Lo miró furiosa y se acercó al asiento del conductor—. Aquellos dos hombres en *jet ski* a quienes acabas de pasar nos están señalando.

Miró por encima del hombro y los localizó, ambos habían sido arrojados de las máquinas cuando la estela del Dark Manta había llegado hasta ellos. Protestaban en el agua, aún gritaban y los señalaban.

—¿Qué les sucede? —preguntó Duncan chistosamente—. Parece que no habían visto nunca a un bote girar por sí solo.

Rebecca alcanzó el borde del asiento y recuperó el equilibrio. Le dispensó una mirada feroz que pensó que amedrentaría su amplia sonrisa. En vez de ello, su expresión no cambió y con la etérea mano tiró parcialmente de la palanca del acelerador. El bote aminoró la marcha, el rugido del motor se transformó en un suave murmullo. El agua estaba oscura y calma y dejaba pasar graciosamente al Dark Manta a esa velocidad.

—Gracias —dijo ella con el deje de una sonrisa jugueteándole en los húmedos labios. Sintió un gusto salado en la boca y decidió abrir la nevera y extraer una Pepsi. Se hallaba solo a unos pasos de la nevera y una mano la cogió del hombro cuando estaba a punto de dar otro paso.

Giró sobre sus talones y sintió cómo la presión palpité y después se desvaneció. Duncan había estirado el brazo y extendido los dedos. Su sonrisa desapareció y fue reemplazada por una expresión de disculpa.

—Lo siento, Becki. La emoción de la velocidad me apartó de la razón, y... ¿qué sucede?

Rebecca meneó la cabeza y dio un paso hacia atrás. Se tocó el hombro donde había estado la mano de él ¿Por qué lo había sorprendido? El dios azteca había podido ejercer presión sobre ella por medio de su camiseta ¿Por tanto por qué no podría Duncan, también, tocarla indirectamente?

Pero aquello era diferente, pensó repentinamente. De alguna manera...

—No tema —dijo Duncan deteniendo el motor y alejándose del timón.

Eso era. Parpadeó comprendiendo, no sin sentirse un tanto confundida por la respuesta. No sentía miedo, como le había ocurrido en la última ocasión. Era algo distinto. Sorpresa, sí. Pero placentera. Y deseada.

—No —balbuceó—. No... no tengo miedo. Es solo que... me sorprendiste —se atrevió a mirarlo a los ojos y se sintió atraída hacia ellos, deseosa de fundirse en su profundidad oscura y difusa. Él tenía la mano amablemente extendida con la palma abierta...

Ella volvió a girar sobre sus talones, caminó alrededor del equipo de buceo e introdujo la mano en la nevera. Se inclinó y buscó entre el hielo, se percató de la sangre que le palpitaba en las venas, su corazón marcaba el mismo paso de aquellos latidos y sintió un delicado estremecimiento recorrerle la piel. Colocó los dedos alrededor de una lata fría. Cerró los ojos, la cogió y respiró profundamente.

—¿No estás preocupado por Caesar? —le preguntó involuntariamente. La última vez que había visto al perro, éste iba de un lado a otro del muelle, gimiendo y, de vez en cuando, emitiendo un ladrido enojado ante la partida del bote. El perro había subido a bordo en un principio, a pesar de la protesta de Duncan. Él le había explicado a Rebecca que la única manera de que Caesar se quedara con ellos mientras el bote tomaba velocidad era si él mismo sostenía al cachorro; aparentemente la concentración requería que en todo momento se cogiese de una parte tangible del bote, o al menos de un objeto que estuviese a bordo y que se moviera con la misma velocidad; era demasiado complejo para Caesar. Duncan sostenía orgullosamente que después de trescientos años de experiencia y práctica podía adecuar cualquier parte de su forma espiritual para que actuara en el mundo físico sin hacer un gran esfuerzo mental. Por ende, podía ponerse de pie o sentarse sin necesidad de asirse del timón, y permanecía en el bote mientras éste navegaba. Caesar, sin embargo, quedaría suspendido en el aire con el primer movimiento del bote. Y de hecho, eso mismo había ocurrido; Caesar había aullado, después corrido unos metros para alcanzarlos y por último había recordado cuánto le disgustaba el océano y había regresado a su lugar en el muelle, a mordisquear el palo que Duncan le había dejado.

—Un poco —contestó Duncan cruzándose de brazos y dirigiendo la atención hacia la distante costa—. Pero supongo que nos sigue arrastrando el

palo por la playa.

Apenas concentrada en su respuesta, Rebecca intentó calmar sus aceleradas emociones. Se sentó, bajó la cabeza y largos mechones de cabello le cayeron sobre los ojos. Abrió la lata torpemente y bebió varios sorbos.

—Oh Dios —dijo Duncan tajantemente.

Ella lo miró, pálida, temerosa de que él hubiera malinterpretado sus sentimientos. Pero él no la estaba observando, sino que miraba en dirección al camino que habían recorrido y no había notado su expresión.

—Nuestros curiosos amigos del *jet ski* se aproximan. Será mejor que tome el mando nuevamente y huyamos de aquí. Todavía quedan varios kilómetros por recorrer.

El motor se aceleró nuevamente y la bebida se derramó de la lata por las sacudidas durante el avance.

—Sabes —dijo él con tono casual—. No soy tan ingenuo en lo referente a las cosas de este mundo como habría de esperarse de un marino del siglo XVII varado en una playa —viraron ligeramente para permanecer a una distancia prudente de los botes a motor que se aproximaban—. Como habrá notado hoy, la extensión de mi alcance es considerable. ¿Qué distancia hemos recorrido hasta el lugar donde alquilamos el bote, unos ocho kilómetros?

—Aun así —dijo Rebecca después de respirar profundamente—, en verdad parecía como si te fueras a desplomar.

—¡Pamplinas! —Duncan giró la cabeza hacia donde se hallaba ella y frunció el ceño—. De acuerdo, es lo más lejos que me he aventurado, y a medida que avanzábamos mi esencia sufrió dolores insoportables; pero no fue nada en realidad. Viajé en un exótico y cómodo automóvil, visité un astillero fascinante y, por supuesto, disfruté de la delicia de su compañía —guiñó un ojo y volvió a mirar en dirección al océano.

Rebecca intentó imaginar al hombre de capa comandando un gran navío británico, gritándole órdenes a una tripulación leal y respetuosa, guiando el navío a vela por las peligrosas aguas. Sintió un escalofrío de nervios al percatarse de que en menos de una hora estaría en las profundidades, lejos de la superficie y del alcance de los rayos del sol, observando directamente en el mismísimo barco que, en su mente, había tomado las características de una leyenda.

—Como le estaba diciendo —continuó Duncan—, he estado siguiendo el progreso de este mundo que continuó girando sin mi presencia física. Primero fueron solo los botes que pasaban sobre el Prometheus. Flotaba en cubierta y escuchaba las conversaciones, examinaba los avances tecnológicos, hojeaba los libros y los periódicos. Con el tiempo me aventuré a ir a tierra firme. Cuando el mercado de bienes raíces finalmente reconoció el valor de las propiedades que daban al mar, las escasas cabañas de pesca fueron reemplazadas por hogares y casas de fin de semana. Sin entrometerme demasiado en los asuntos privados, visité las moradas ocasionalmente, quizás una o dos al año, observando el cambio en las costumbres, la moral y las creencias. Leía las enciclopedias mientras los propietarios dormían. Me estremecí ante la victoria de la revolución norteamericana; me entristecí por la división y el alto precio que se pagó por liberar a las naciones de la esclavitud; me maravillé ante el cambio del mundo al convertirse en un lugar de centros industrializados y sistemas eficientes; me sobrecogió el advenimiento de los aviones y ver navíos del tamaño de ciudades.

—He visto suficiente —dijo después de un breve silencio durante el cual el viento aulló ante la imposibilidad de tocar al capitán—. Suficiente para seguir adelante, para no sorprenderme de los sucesos; he sido testigo durante tres siglos, un espectador imparcial que alentaba a un equipo desorganizado y desordenado. He visto suficiente del progreso del hombre como para lamentarme de sus errores, suficiente como para festejar sus victorias. Suficiente como para percatarme de que el mundo no ha cambiado desde el último cañonazo del Devilspawn. Gira y gira, las naciones se levantan y vuelven a caer, los movimientos alcanzan su apogeo, su punto culminante y después se desvanecen en el trajín de la vida diaria; la gente vive y muere, y le dejan lugar a los prolíficos miles de millones que aguardan su turno.

—La vida es una gran puerta giratoria. Entramos, giramos un tiempo y después volvemos a salir, dejando entrar a alguien más, alguien que quizás lleva puesto un traje diferente y un periódico más complicado, pero nada cambia; el recién llegado también girará, quizás durante un minuto o dos más gracias a los avances tecnológicos, y después se retirará por el mismo lugar que su predecesor.

—¿No estás siendo un tanto cínico hoy? —preguntó Rebecca después de tomar otro sorbo.

Duncan se encogió de hombros.

—En realidad pensé que estaba siendo bastante generoso. Podría haber ahondado en la creciente inhumanidad del hombre, la progresiva brutalidad, la violencia doméstica, la avaricia, la corrupción. Todos estos crímenes empeoran ante el hecho de que, con tales avances en otros campos, nuestros espíritus, por decirlo de alguna manera, no han madurado al mismo paso. De hecho abusamos del conocimiento adquirido.

Rebecca permaneció en silencio, escuchando el suave rugido del motor y el persistente enojo del viento, mientras que las palabras de Duncan hacían eco en su propio razonamiento, se halló a sí misma negando apasionadamente sus acusaciones.

—Es cierto —dijo cogiéndose de la barandilla para incorporarse—, has tenido trescientos años para elaborar esta sobresaliente perspectiva; pero esa puede ser la falla que arruina tus observaciones. Como periodista sé que solo las malas noticias venden. ¿Quieres incitar al público? ¿Hacer que corran al puesto de diarios más cercano? Pues publica algo horroroso en letras grandes y llamativas en la portada anunciando una tragedia tras otra. Haz hincapié en la maldad y envía todo lo demás a las sombras.

Respiró profundamente, preguntándose de dónde había salido todo aquello. No recordaba que esos pensamientos hubieran sido concebidos antes ¿Dónde habían estado un año atrás cuando no había podido hallar la salida de uno oleado de pesimismo?

—El asesinato vende. La muerte, las masacres, los accidentes sin sentido, los suicidios, las violaciones y las siempre tan populares guerras, es eso lo que ves si solo vives a través de los periódicos. Si nunca sales al mundo. Nunca vas solo a una cafetería y se te pide que te sientes junto a un extraño, si no entablas una conversación en la parada del autobús ni caminas por el parque observando a las familias y a las parejas, si nunca experimentas la vasta veta más allá de lo que merece ser noticia, más allá de los acontecimientos más destacados de la historia, no podrás evitar sentirte sobrecogido por el pesimismo —bebió otro sorbo, estrujó la lata y la colocó en el asiento.

—Créeme —continuó—. Por cada acto inhumano del que se tiene registro, hay millones y millones de desconocidas proezas de bondad. Por cada traficante de drogas expuesto hay miles de niños que dicen «No». Por cada hombre que golpea a su esposa o viola a una extraña existen miles de hombres que le hacen el amor tiernamente a su compañera cada noche. Sólo tenemos que afrontarlo, la bondad es aburrida; y la gran mayoría de la

población sigue ese camino, lo diferente les inquieta, aunque también los consterna.

Duncan aminoró lentamente la marcha del bote. La observó en silencio durante un momento.

—Es usted muy sabia, Becki. El solo hecho de que en ésta era exista alguien como usted, le da esperanzas a la humanidad. Y tiene razón; yo solo he aprendido acerca del mundo a través de las noticias o de novelas trágicas. Lamento profundamente no haber podido adentrarme en la corriente dominante de la cultura y la vida del siglo xx. Una era tan vibrante, repleta de posibilidades. Tantas puertas al alcance de la mano...

La pregunta casi le brotó de la garganta. Ella deseaba preguntarle, con el don de la edad y de la imparcialidad con que él contaba. ¿Creía él que esta carrera de ratas llevaba a alguna parte? ¿Veía él algún propósito para que las puertas continuaran girando? ¿O solo daban vueltas una y otra vez sin razón, construidas y después abandonadas hasta que los tornillos se oxidaran y las puertas se atrancaran?

Pero la pregunta que él le hizo suprimió la suya y pronto todo se desdibujó en la lejanía.

—¿Dónde están sus padres? —le preguntó él—. ¿Y cómo son? Siempre pensé que los padres podrían...

—No lo sé —dijo ella tajantemente, interrumpiéndolo con la verdad. En realidad no lo sabía ¿no era cierto? ¿Qué tal si? Desestimó el pensamiento. No, estaba segura de que sus sombras eran las que había visto en la Luz. Se giró y se recostó contra la barandilla, observando las olas, fascinado por la espuma que se formaba, se disolvía y se volvía a formar ante sus ojos.

—¿No lo sabe? —él detuvo el bote y se deslizó hacia donde ella se encontraba—. ¿Cuándo los vio por última vez?

Rebecca cerró los ojos y musitó:

—Hace quince años.

Duncan contuvo el aliento e hizo una pausa.

—Por Dios, mujer. Quince años. Deben haber tenido una gran pelea. Ellos... —quedó boquiabierto. Una nube cubrió el sol y, con la pérdida de luminosidad el rostro de Duncan también pareció ensombrecerse.

—Lo siento —dijo quedamente. En silencio se movió para colocarse detrás de ella y, vacilante, extendió una mano para acariciarle la espalda—. No pensé que... Debe haber sido difícil. Era usted tan joven...

—Tenía diez años —ella se puso tensa ante el roce de sus dedos que describían círculos en su espalda arrastrando la camiseta al hacerlo.

—¿Puede hablar de ello?

Ella comenzó a contestarle afirmativamente, pero se percató de que durante quince años en realidad no se lo había contado a nadie. Les explicaba brevemente a sus amigos que no tenía familia, pero nunca había entrado en detalles como lo iba a hacer en ese momento.

—Me hallaba en la parte trasera de la furgoneta *Chevy*. Fuertemente sujetada con el cinturón de seguridad. Era un día de calor, las ventanillas estaban bajadas. La parte de atrás estaba atestada con cajones repletos de diferentes hortalizas, nuestras mejores muestras de la feria de Kentucky.

Sintió que se le aflojaban las piernas, que se le estrujaba el corazón y que se le secaba la garganta. Pero se forzó a continuar, permitió que el recuerdo fluyera y regresara a su mente, allí donde diera lugar al tormento de las emociones ya derrotadas hacía tanto tiempo.

—La radio estaba encendida, sonaba una canción de Neil Young que cantaba acerca de nuestro hermoso país; papá silbaba y se acomodó la gorra de los Reds de Cincinnati. Mamá se había dado la vuelta y, sonriéndome, se estiró por encima del asiento para coger la bolsa de fruta que habíamos traído para comer durante el camino.

Las palabras se le agolparon en la garganta. Se concentró en la amable caricia de Duncan y se forzó a seguir hasta llegar al punto culminante del relato.

—El camión negro estaba cargado con fardos de heno. Recuerdo haber visto las matas rectangulares temblar y sacudirse con los tumbos que daba el camión al aproximarse desde un sendero de tierra a la izquierda del camino. Yo miraba por debajo del mentón de mamá, preocupada de que el camión no detuviera la marcha al llegar a la intersección.

—Papá... con su típica camisa a cuadros, viró, pellizcó suavemente a mamá y dijo que preferiría una pera en lugar de una manzana. —Rebecca se atragantó con la frase, contuvo la respiración y luego suspiró lentamente—. Yo abrí la boca, pero, era como si me hallara de alguna manera más allá de la

escena.

—En el instante previo a que el camión embistiera contra el costado del lado de papá, intenté ver al conductor del camión. El sol estaba a nuestra derecha, y brillaba contra el parabrisas del camión. Me cegó el resplandor y después recuerdo una fuerza terrible, una sensación de ingravidez, un grito que me heló la sangre y el ruido de los cristales haciéndose añicos. Rodamos una y otra vez, el cinturón me sujetaba fuertemente mientras mi cabeza se sacudía de un lado a otro. La madera se astilló y el metal reventó, y después, afortunadamente, me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento, respondiendo violentamente a un horroroso hedor bajo mi nariz, alguien me asió y me pasó un paño frío y mojado por el rostro. Tenía el cráneo inflamado, pero aparte de eso, estaba bien. Un calor intenso me bañó los ojos, induciéndolos a enfocar. Durante varios minutos, mientras el policía me ayudaba a ponerme de pie y murmuraba algo, observé la escena, intentando hallarle el sentido a lo que había ocurrido.

—Primero vi el heno. Había heno por todas partes, apilado al azar formando un montículo y un pasillo que conducía a un camión boca arriba cuyas ruedas todavía giraban. Me percaté de las centelleantes luces y de la gente que se agolpaba y observaba atónita. Gradualmente distinguí la forma de la camioneta. Estaba parada al lado de ella, había pequeñas llamas flameando en los bordes, esparciéndose sobre la capa superior de paja. Los cajones se habían hecho pedazos y su contenido se había desparramado entre el heno, tallos de maíz, sandías destrozadas, tomates y zumo.

—Dos... camillas cubiertas estaban siendo llevadas hacia una camioneta blanca que tenía las puertas abiertas. Las sábanas... estaban empapadas de un color rojo brillante. Y... colgando debajo de una de las sábanas... vi un brazo ensangrentado, con la manga de la camisa a cuadros completamente desgarrada. Recobré la cordura entonces y comencé a gritar y a llorar. Corrí hacia las camillas, pero me cogieron de la cintura fuertemente con un brazo impidiéndome que avanzara. Pateé y golpeé hasta que quedé exhausta. Jadeando, me así del brazo del policía. Miré a la multitud y vi que apartaban la vista cuando los miraba. Algunos meneaban la cabeza y se llevaban pañuelos al rostro. Alguien dijo algo sobre los misteriosos designios de Dios, y un arrebató de furia se apoderó de mi corazón.

—Quería saber el gran misterio. Quería que me dieran pistas sobre el gran

plan. ¿Por qué? Necesitaba saberlo ¿Qué razón posible podía haber? Si antes de que nos fuéramos de la granja me hubieran preguntado acerca de nuestro destino, habría dicho que era ir a la feria y mostrar nuestra mercancía, quizás ganar un premio o dos, y de regreso, detenernos para tomar un helado. Ese plan estaba bien una hora antes ¿Por qué tuvo que cambiar? Y lo que es más ¿por qué ellos murieron y yo seguí viva? ¿Qué tenía yo de especial y por qué era esencial que continuara sin ellos?

Después miré hacia el camino, hacia el camión, el destructor de mi familia. Entrecerré los ojos y la resolución me corrió por las venas. Quizás ése era el plan, pensé. El propósito de mi vida sería hallar al conductor de ese camión, quizás matarlo al cabo de algunos años justo antes de que fuera a hacer algo horrible que afectaría a miles de personas. De esa manera se justificarían ambas muertes, ya que me encolerizaba lo suficiente como para destruir a una que, de lo contrario, dañaría a tantas otras.

Rebecca suspiró. El viento sopló y le arrancó varias lágrimas en su recorrido por las mejillas.

—Dos hombres vestidos de blanco se acercaron al camión, se inclinaron sobre algo oscuro que yacía sobre la paja. Le levantaron un brazo, lo sostuvieron un momento y después lo dejaron caer. Ambos hombres permanecieron de pie meneando la cabeza y después hicieron un gesto con la mano hacia la camioneta blanca. De ella sacaron otra camilla y supe que no habría venganza, ningún gran plan para mi vida. No tenía sentido. Ningún sentido. Mi mente pareció sumirse en el aturdimiento; las imágenes se arremolinaban en cámara lenta, los fardos de heno cayendo detrás del camión, mamá guiñándome un ojo, papá pidiendo una pera...

Rebecca se estremeció y se dio la vuelta, alejándose de la caricia de Duncan. Se aferró firmemente de la barandilla de metal detrás de ella. Finalmente elevó los ojos enrojecidos y húmedos para aceptar cualquier emoción que él pudiese estar expresando. Vio solo comprensión en él.

—Se me perdonó la vida —dijo ella—. Y en las semanas siguientes, cuando el estado me sacó de mi hogar de Kentucky, de hecho y durante los años siguientes, cuando maduré, esa pregunta me persiguió a cada momento de vigilia y ha invadido una buena parte de mis sueños. ¿Por qué seguí con vida? Era una negación vehemente de mi muerte, una aseveración de que había algo importante que debía hacer. Era suficiente con convencerme de la existencia del destino, de una suerte ya echada para cada uno de nosotros.

Pero... a medida que viví y adquirí experiencia, que estudié y aprendí en los años siguientes, hallé que no había propósito alguno. Seguí las tragedias ajenas, busqué a otros supervivientes, entrevisté a las víctimas años después de ocurridos los sucesos que habían marcado sus vidas. Y no hallé nada. Nada. —Rebecca se llevó las manos al pecho—. ¿Comprendes? —le dijo con mirada implorante—. ¿Puedes comprender la tragedia a la que me enfrento?

Duncan parpadeó y se estiró para cogerla de los hombros. Suavemente la caricia la apaciguó.

—Creo que sí, Becki. Se ha cavado una cómoda tumba en vida, dentro de la cual la vida cabe perfectamente. Ha logrado autoconvencerse de la inexistencia del sentido de las cosas, de que solo rodamos a bandazos con las circunstancias. Todo tenía sentido; no fue una situación necesariamente agradable, pero, aun así, fue una racional.

Derramó lágrimas al decir aquellas palabras.

—Puede atribuírselo a la coincidencia. El hecho de que no haya muerto y de que haya logrado sobrevivir relativamente ilesa, puede ser racionalizado desde la visión que tiene del mundo —le deslizó las manos desde los hombros hasta el borde de la manga y volvió a subirlas.

—Pero dos... dos veces golpeó las bases de su vida.

Rebecca abrió los ojos.

—Exactamente, esa vez no solo sobreviví a otro roce con la muerte, Duncan. Morí. Fallecí; estuve en el portal, con un pie en el otro mundo. Y se me negó la entrada, me mandaron de regreso ¿Qué otra prueba necesito? No puede haber evidencia más irrefutable que ésa. Si alguna vez existió una causa para decir «no es mi momento», fue ésa. No tengo alternativa más que aceptar que soy necesaria aquí, que la muerte de mis padres, la del conductor del camión, la elección de mi carrera, mi extremo interés en el caso Jacobs; todo fue parte de un gran pero aterrador plan.

—Y ahora puedo ver y hablar con los muertos. ¿Acaso se trata de esto? ¿Por eso todavía estoy aquí? ¿Es por Ronald Jacobs, o por el azteca o... o por ti? ¿Por qué, Duncan? ¿Por qué estoy todavía aquí? ¿Por qué?

Se estiró para abrazarlo y pasó a través de él desplomándose sobre la cubierta. Se dejó caer de lado y lloró abiertamente mientras golpeaba el suelo de plástico con el puño. Sintió una presión en el cuello, unas manos cálidas en la espalda.

—Tranquilícese, Becki —Duncan se arrodilló a su lado—. No se torture así, mi *lady*. Si existe un propósito, y le puedo mostrar un montón de almas que disientirían ardientemente, pues debería por tanto estar agradecida. Ya que alguien o algo, algún poder de cuya existencia no estoy todavía convencido, la ha señalado como distinta. La ha incluido en un esquema que...

—¡Yo no quería que se me incluyera, maldita sea! —Rebecca se encogió sobre su estómago, se cubrió el rostro y sollozó—. Yo solo quería vivir, crecer y envejecer. Enamorarme; arder como un pequeño meteoro, dejar mi impacto y después seguir mi camino. No deseaba ser parte de ningún plan o designio maestro, Levantó la cabeza y lo miró con lleno con los ojos repletos de lágrimas. —Podría haber elegido a otra —siseó.

Duncan la sostuvo lo mejor que pudo, frotándole la espalda mientras miraba hacia el sol. Una sombra de dolor le oscureció los ojos, y derramó fantasmales lágrimas. La dejó llorar. Dejó que la furia y la frustración de quince años colisionaran y batallaran con los conflictivos mensajes del presente.

Y finalmente ella se incorporó con dificultad, se enjugó los ojos y le sonrió tristemente a Duncan.

—¿Dónde está ese cuerpo tuyo, a todo esto?

Duncan parpadeó y se cruzó de brazos.

—Bueno, Rebecca. Hemos estado flotando sobre él hace ya más de diez minutos —sus pies comenzaron a desaparecer a través de lo cubierta—. Cuando estés lista, prepárate y arroja el ancla —le guiñó un ojo cuando estuvo inmerso hasta la cintura—. Voy a saludarme y a ver cómo he estado.

Rebecca descendió cautelosamente, colocando una mano detrás de la otra en la tensa soga, siguiendo el ancla hacia la penumbra. El agua, refrescante en un principio, pronto la entumeció filtrándose por el traje húmedo, helándole los huesos. El miedo le afectó los movimientos, estaba descendiendo más de lo que lo había hecho en cualquiera de las otras dos zambullidas de placer en el Caribe; allí ella había aprendido lo básico, y había bajado y observado los corales jugar con la vida marina. En ese momento buceaba sola. Todo el equipo era alquilado y le era poco familiar, extraño e incluso hostil.

Hizo movimientos ligeros en el agua con las aletas mientras colocaba una mano en la guía, cogió la linterna que estaba atada a su cinturón. Halló el interruptor y jugueteó con el haz de luz en las oscuras profundidades donde

los matices de color índigo se disolvieron en la lobreguez intacta.

En algún sitio de aquel mundo de tinieblas la aguardaba Duncan.

El pensamiento la hizo avanzar, y le dio lugar a las otras consideraciones que disiparon sus miedos y ocuparon su mente. Mientras descendía y el haz de luz de la linterna que llevaba en la cintura rasgaba al azar la oscuridad, reflexionó sobre sus sentimientos por aquel pirata de varios siglos de edad. No recordaba que ningún hombre viviente hubiera tenido tal efecto sobre ella. ¿Acaso solo la atraía su misticismo, el encanto de un caballero con la gloria de épocas pasadas?

¿Cómo podía sentirse tan relajada con él, confiar en él por completo? ¿Era por el hecho de que él confiaba en ella lo suficiente para dejar al desnudo sus esperanzas, sus temores y sus sueños? ¿Como una oveja que le ofrecía el cuello al lobo? ¿Y su gran atractivo? Por lo general ella no le prestaba mayor importancia a la apariencia física, prefería lo interior a lo exterior. Pero no podía negar la atracción. La primera vez que lo había visto en la playa temprano la noche anterior, se había sentido impactada por su belleza rústica; la tersa piel, los pómulos prominentes, los embrujadores pero compasivos ojos, la espesa y arrogante melena, por su libertad salvaje y abandonada que presentaba una imagen en principio sensual y encantadora.

¡Y su roce! ¿Cómo podía explicar lo que había experimentado ante su contacto? Las sensaciones que la habían recorrido desde la punta de los dedos de él susurrando dulcemente una llamada, las ansias que despertaban dentro de ella y se elevaban para responder. Descendió más rápido, casi ignorando el procedimiento para adaptarse a las presiones a mayor profundidad. Cuando se deslizó en las regiones más frías y oscuras, no pudo resistir el pensamiento tentador de que mientras ella llevara puesto el traje de buceo, él podría acariciarla por completo, abrazarla fuertemente...

El haz iluminó un tramo de madera. Volvió a revisar el suelo, a casi veinte pies más abajo, un borde rocoso y desigual, el ancla se asió rápidamente. La luz recorrió el fondo del mar, se posó sobre una línea curva, con incrustaciones de suciedad y percebes. Pequeños peces ciegos entraban y salían de las hendiduras y los agujeros. El haz de luz jugueteó sobre el casco, y Rebecca notó varios huecos enormes donde anidaban las anguilas, ocultándose de la luz. Finalmente obtuvo perspectiva. El barco estaba parcialmente inclinado. El casco estaba frente a ella. Había una sección completamente despedazada, y la luz se posó sobre varios arcones grandes,

dos esqueletos, un cajón y varios objetos brillantes.

Se alejó de la línea del ancla y nadó hacia el naufragio después de echar una mirada hacia atrás. Justo al borde del alcance de la luz de la linterna, divisó una oscura masa, difícilmente reconocible como el contorno de otro navío.

Las burbujas que emanaban de él se interponían en su camino. Rebecca nadó hacia lo que supuso era la cabina de mando de la nave. El haz de luz se movió en las profundidades cuyos secretos habían permanecidos ocultos durante incontables siglos. Algo que parecía una delgada aguja desgarraba el agua más adelante, en el borde del casco; se percató de que se trataba del mascarón de proa.

Después, la luz alumbró otra sección del barco, sobre una fila de cañones, donde algo había estado escrito con grandes letras de metal, la mayoría de las cuales se habían desprendido o habían sido cubiertas por hollín o suciedad. Todavía quedaban la «D» y la «SP...N». La «A» y la «W» eran casi ilegibles. Hizo una pausa sobrecogida por el descubrimiento, sintiendo como si se hubiese topado con el arca de Noé.

Le llamó la atención un sonido que no supo de dónde provenía, como si la atmósfera del océano destrozara la voz adrede y no dejara que se mantuviera uniforme.

—... becca... Reb... eccca...

Giró rápidamente la linterna y movió las aletas. Se elevó por encima de una barandilla astillada. Sobre cubierta, el ojo de la linterna se desplazó sobre un cañón dado la vuelta, hendiduras dentadas, un mástil quebrado cuya punta estaba enterrada en el fondo del océano del otro lado, impidiendo que el Favio se ladeara por completo. Un cardumen de peces plateados salió apresuradamente de un área destrozada, nadaron hacia ella y después la eludieron y se alejaron.

—... ebecca... aquí...

El haz de luz iluminó un cuadrado con barrotes en la cubierta, debajo, un pozo de oscuridad. Sintiendo cansada, ella aminoró la marcha y se sumergió para pararse en la cubierta inclinada. Cuando se deslizó hacia abajo para cogerse de un palo de madera que sobresalía, percibió movimiento más allá en la cubierta. Alzó la linterna.

Duncan se regodeó como si fuese el centro de atención, con las manos

extendidas sobre la cabeza y una mirada de alegría brillándole en los ojos. Más allá de su pecho y de la túnica seca, se divisaba la escalofriante figura del timón. Él permaneció de pie junto al timón, como si guiara al orgulloso navío fuera de puerto, lanzándose hacia una aventura más allá de los sueños de su creador. Rebecca imaginó la luz del sol rozándole los hombros, refulgiendo en su mirada, castigando la cubierta. Una corriente cambió en las profundidades y ella pensó en las primeras ráfagas de viento que habrían henchido el gran velamen impulsando al majestuoso barco hacia su destino. Un destino que con el tiempo lo llevaría a la profundidad del océano, con las velas destrozadas y el casco despedazado.

Ella se aferró al palo para recuperar el equilibrio y lo saludó con la mano.

Él le devolvió el gesto, se impulsó pasando a través del timón y descendió hasta donde ella se encontraba. Movié los labios y ella comprendió las palabras, apenas distorsionadas.

—Bienvenida —le dijo y se inclinó en una digna reverencia— al Prometheus, después denominado el sospechoso Devilspawn. —Se veía igual, el agua no le afectaba ni al cabello ni a la ropa. La instó a seguirlo—. Sé que no puede responderme de manera razonable, así que yo hablaré. En la sección de estribor podemos observar una gran variedad de impactos de balas de cañón y algunos restos de esqueleto. El mástil mayor soporta a este barco, protegiendo tanto a la mayor parte del casco y al área lateral de las rocas que se encuentran debajo. Debe haber notado una sección destrozada del casco al entrar; desparramados por el suelo y en varias de las cajas hay casi ochenta y siete libras de oro. Más tarde, tenga a bien servirse de unas cuantas monedas o adornos. Si mira hacia la izquierda, verá los distantes restos del último enemigo del Devilspawn...

»De cualquier manera —dijo flotando hacia atrás para poder observarla—. Más adelante se encuentra el mástil mayor, el puesto del vigía y un esqueleto muy prominente que ha aguardado pacientemente su llegada durante siglos. Le advierto que puede que no sea una visión agradable.

Rebecca sonreía debajo de la máscara, a pesar de su creciente terror. Pataleó con fuerza para alcanzarlo, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, estiró el brazo y la mano enguantada señalando la mano de él. Duncan aminoró la marcha con una expresión de sorpresa en el rostro. Estiró el brazo cortando el agua, acercando los dedos a los de ella. Se tocaron, permanecieron así un momento y después deslizaron las manos hasta que estuvieron cogidas

con igual fuerza. Los dedos de Rebecca pasaron momentáneamente a través de sus nudillos, después los retiró un tanto y los volvió a acomodar como si él hubiera solidificado su mano mentalmente. Ella volvió a colocar la linterna en el cinturón y levantó la mano libre hacia la de él.

Nuevamente Duncan la cogió, y juntos siguieron la extensión del mástil, completando con facilidad un recorrido que él había hecho solo y en agonía trescientos años atrás. Rebecca relajó las piernas permitiendo que Duncan la arrastrara suavemente con él. Ella se cogió fuertemente de sus manos, miró por encima de su cuerpo donde la capa del color del ébano se arremolinaba y se fundía en la oscuridad de la profundidad del océano.

La luz iluminó destellantes trozos de metal evidenciando la suciedad en los peldaños tallados en la madera. El mástil parecía interminable; no podía imaginar a aquel hombre, o a cualquier otro, con la suficiente determinación de trepar aquella altura, batallando con la muerte a cada paso, sabiendo que cada escalón solo anticipaba lo inevitable.

—Contemple usted —dijo Duncan disminuyendo la velocidad. Le sonrió sombríamente y separaron las manos sin querer hacerlo en realidad. Señaló algo blanco que brillaba en las sombras por encima de su hombro.

—El cuerpo.

## Capítulo 22

*Washington D. C, 16:30 horas.*

Las puertas del ascensor se abrieron y Scott Donaldson bajó en el quinto piso. La mayoría de los cubículos estaban vacíos, las luces apagadas y los escritorios ordenados. Pero un buen número de redactores y escritores aún se hallaba trabajando arduamente. Se escuchaba el ruido de las teclas y sonaba una suave música en la comodidad del aire acondicionado.

—¡Hola Post! —gritó Scott con júbilo. Sonriendo ampliamente avanzó por la curva de un pasillo, balanceándose en los escritorios a su paso—. Las noticias nunca duermen ¿No es así, Nancy?

Una mujer con gafas y cabello gris levantó la vista de la máquina de escribir. —Así es, señor Donaldson. Usted, sin embargo, debería considerar dormir como una de sus principales prioridades.

Scott se bajó las gafas de sol y le guiñó un ojo.

—Es cierto, Nancy —se alejó y tropezó contra una pared. Tomó aire profundamente, se acomodó la camiseta, se quitó las gafas y, después de varios intentos, logró engancharlas debajo del cuello y entrecerró los ojos para observar el lugar.

—Dormir —musitó—. En cuanto averigüe en qué está trabajando ella.

Un sonido gutural se le escapó de los labios mientras forzaba los ojos para reducir el número de Bob Parker que aparecía en su visual.

—¡Bob! ¿Cómo demonios estás?

Scott le dio al hombre una palmada en el hombro.

—Un traje fantástico. Pensé que irías de pesca hoy. ¡Eh, Mary! No me pases llamadas. Estaré en la... oficina de Becki.

—Scott —una mano lo cogió del brazo—. ¿Cuánto has bebido,

grandullón?

Donaldson se dio la vuelta y cogió a Bob por detrás de la cabeza.

—Parker, no te metas conmigo. Una sandalia me persiguió media manzana esta tarde, y... por consiguiente, no estoy de humor para... más... problemas.

Avanzó con dificultad, y halló finalmente el nombre de Rebecca en la puerta cerrada.

—¡Mary! —gritó—. No me pases... oh Dios. Casi un lapsus freudiano. No importa. Estaré aquí...

Abrió la puerta, la cerró de un puntapié, encendió la luz y se dirigió a la silla alta de cuero donde se desplomó.

—¿Cuánto? —murmuró y extrajo la billetera. La abrió torpemente y revisó el interior—. Maldición. Tres dólares. Entré allí con... cuarenta y cinco. Eso hace...

La billetera cayó de sus manos al piso.

Scott repentinamente profirió una risilla.

—Eso hace que Scotty esté muy ebrio.

Riendo entre dientes, miró el escritorio. Vacío. Abrió uno de los cajones al azar. Lápices, gomas elásticas, clips, una instantánea de la vista de la playa frente a la cabaña de ella.

Bob Parker asomó la cabeza por la ventanilla de la puerta. Scott le hizo un gesto soez con el dedo y giró en la silla. Se impulsó y rodó hasta la repisa que se hallaba debajo de la ventana que daba a la calle 14; levantó las persianas, silbó y se echó hacia atrás, protegiéndose los ojos del intenso resplandor.

—Maldición —musitó—. Qué vista —abrió otro cajón y lo registró también.

—¿En qué estás trabajando, Becki?

El borde del cesto de papeles se interpuso en su visión doble.

—¡Ajá! Veamos qué cayó, eso es.

Cuando se inclinó hacia el cesto, detectó que fuera se desataba una conmoción, unos cuantos gritos, el ruido de papeles.

—Nada de lo que debas preocuparte, querido Scotty. Porque... —Levantó

el brazo de la profundidad del cesto.

—Le doy gracias a Dios por los perezosos empleados de limpieza —dijo mientras inspeccionaba un sobre roto—. ¿Qué tenemos aquí? Para Rebecca Evans, bla bla bla. Domicilio del remitente... E. Bergman, Smithsonian.

Sonriendo, Scott se recostó en la silla.

—Todo lo que debo hacer ahora, es hallar lo que te envié, querida. Ocultas algo grande. Verdaderamente grande. Y el querido Scotty lo averiguará. Te lo sonsacaré y llevaré zapatos esta vez y ¡qué demonios!

Alguien pasó corriendo frente a la oficina, detrás de un remolino de papeles. Las plantas se mecieron con furia, los cestos de papeles cayeron y rodaron.

—¿Quién dejó las malditas ventanas abiertas? —gritó para sí. Observó el sobre nuevamente, después se puso de pie—. Idiotas, todos ellos. Pero yo me largo de aquí. Tengo una cita. Yo...

Un viento glacial lo golpeó con fuerza, ondulándole la camisa y arremolinándole el cabello. El papel voló de sus dedos y se tambaleó hacia la repisa.

—¿Qué demonios? No hay ninguna ventana abierta aquí. Esto no puede estar sucediendo.

Su cabeza se tambaleó, sintió un gusto ácido en las parte de atrás de la garganta. Sintió la vejiga hinchada. Los últimos cuatro *martinis* no se mezclaban bien con el mismo número de *bloody Marys* en su estómago.

—No tomé tonto —murmuró—. Podría caminar derecho. Demonios, hasta conducir, yo...

El viento se arremolinó sobre su cabeza. Susurros siniestros parecían provenir del centro de la brisa y sentía como si dedos y garras se le incrustaran en la piel.

Intentó caminar hacia la puerta, pero la oficina dio vueltas y más vueltas y perdió el equilibrio. Antes de caer al suelo, algo más le golpeó con fuerza el cuerpo, penetrándole la mente y el alma.

El último pensamiento de Scott Donaldson antes de que la tremenda fuerza lo empujara al reino de la nada fue que quizás debería haber seguido el consejo de Nancy y haberse ido a dormir un largo tiempo atrás.

El viento se aquietó, las plantas se quedaron inmóviles y los papeles que antes revoloteaban habían caído. La oficina era un caos. Los pocos empleados que había allí, comenzaron enloquecidamente a escudriñar el desastre y después a restaurar el orden previo.

Scott Donaldson salió de la oficina de Rebecca Evans. Con los ojos ocultos detrás de las Ray Ban, atravesó el desorden tranquilamente, con las manos en los bolsillos, asintiendo de tanto en tanto. Las puertas del ascensor se abrieron cuando las tocó.

Bob Parker lo llamó y le preguntó si necesitaba un taxi.

—Tengo uno esperando para mí —respondió Scott al tiempo que entraba en el ascensor, se giraba y le sonreía. Las puertas se cerraron y se volvieron a abrir para dejar descender al ocupante en el hall de entrada. Dando largos pasos, Scott se desplazó hacia la salida y empujó las puertas de cristal, bajó los peldaños de mármol hacia la calle. Avanzó media cuadra hacia el sol que se estaba poniendo, cruzó la calle y se aproximó a un Lincoln Continental blanco con vidrios polarizados.

Abrió la portezuela del lado del acompañante y se deslizó en el asiento haciéndole un gesto afirmativo al conductor, un hombre alto que llevaba puesto un jersey de cuello alto, el pelo engominado hacia atrás y los dedos adornados con costosos anillos.

Del asiento trasero provino un sonido apagado.

—No hay problema —anunció Scott bajando el visor y examinando su rostro en el espejo. Se acomodó el cabello, se miró los dientes, bajó las Ray Ban y entrecerró los ojos—. Nada mal. Nada mal en absoluto. No es una mejora, pero...

—Deja de divagar —siseó el conductor mientras se unía al flujo de tránsito—. Dime cómo llegar a la casa de la mujer.

—Bien —Scott volvió a subir el visor y comenzó a dar indicaciones. Agregó que quizás deberían detenerse en su oficina y proveerse de más suero tranquilizante y quizás otra jeringa—. A propósito —agregó—. Le estoy tan agradecido, Maestro, por la oportunidad que me ha brindado. Yo...

El conductor lo miró intensamente, y con sus centelleantes ojos lo hizo enmudecer.

Nuevamente se oyó un sollozo, un gruñido y un movimiento de lucha

desde el asiento trasero.

—El niño... —Scott echó una mirada por encima del asiento—. Se está soltando ¿Debo ajustar las ataduras?

—Déjalo en paz. Sólo los purificados pueden tocarlo.

—Sí. Lo que diga —Scott apoyó la cabeza nuevamente contra el asiento y estiró las piernas—. Escuche, Maestro.

—¿Qué sucede ahora? Verdaderamente estoy comenzando a lamentar no haber devorado tu alma como me lo había propuesto en un principio.

—Bueno, yo solo quería cerciorarme. ¿Yo me encargo de la mujer, verdad?

El conductor suspiró.

—Sí, Karl. Siempre y cuando ella sea silenciada, tú puedes acabar con su vida, puedes consumir su alma.

Scott/Karl se cruzó de brazos y sonrió agradecido, ignorando las patadas contra el respaldo de su asiento.

## Capítulo 23

*Playa Delaware, 20:30 horas.*

El masaje se sentía genial. Después de la rigidez de la cama de hospital, después de los sustos de la tarde anterior y después de haber pasado una hora bajo el agua, eso era exactamente lo que ella necesitaba. Estaba recostada contra la baranda del porche, con la cabeza relajada hacia delante mientras las manos y los dedos de Duncan le masajearon expertamente el cuello y los hombros y le frotaban firmes círculos hacia abajo a cada costado de la columna vertebral. Ella solo llevaba puesto un holgado camión abotonado que le llegaba hasta las rodillas. El cuello de la prenda estaba echado hacia atrás para que él pudiese llegar también a la nuca. Ella se había estado preparando para darse una ducha, con el fin de refrescarse antes de partir para, en primer lugar, investigar el asunto de Jacobs y en segundo, para averiguar lo que pudiese sobre Ramsey Mitchell y Ahuítzotl, cuando Duncan la llamó desde el porche, ansioso por compartir con ella los últimos rayos del crepúsculo. El pirata estaba de un humor extremadamente jubiloso, experimentaba una nueva libertad. Juntos, habían desprendido su andrajoso esqueleto del mástil y, con cuidado de no extraviar ninguna parte, ni siquiera un dedo, habían regresado al bote y habían colocado el cuerpo en una bolsa grande de plástico negro. Desde el muelle se habían dirigido directamente a la casa de un conocido de Rebecca, uno que le debía a ella un favor; el hombre tenía un trabajo de medio turno en el crematorio de Arlington y estaba ansioso por saldar su deuda prendiéndole fuego a los restos. Le dijo al hombre que los huesos eran de una mascota que había tenido desde la infancia, un perro que ella extrañaba inmensamente y, que en vez de mantener su esqueleto en Kentucky, había deseado quedarse para siempre con sus cenizas.

Más tarde, con las cenizas de Duncan en una urna firmemente cerrada, ambos habían regresado a casa y se vieron forzados a jugar un breve juego de arrojarse palos para recobrar el afecto de Caesar.

Los últimos destellos lavanda lucharon y fueron vencidos por la cortina descendiente de la oscuridad. Mientras los músculos de Rebecca eran liberados de los nudos e hinchazones, aparecieron las primeras tímidas estrellas. Ella levantó la cabeza, y se encogió de hombros a causa del movimiento de Duncan. Caesar roncó desde donde se hallaba acurrucado sobre la arena, mezclándose con las sombras.

—Un alma acaba de entrar al paraíso —murmuró ella observando el extenso reino del crepúsculo.

—¿Qué? —susurró Duncan a través del suave cabello detrás de su oreja.

Una gota de sudor resbaló por la frente de ella. El aire estaba húmedo, en la playa solo había una suave brisa. Repentinamente sintió un aire fresco desde detrás del hombro, a través del cabello, refrescándole la frente, secándole los labios.

—Gracias —murmuró ella, girando la cabeza para mirarlo a los ojos, a no más de unos centímetros de distancia. Él dejó descansar las manos en sus hombros. Ella casi pudo sentir su ancho pecho contra su espalda arqueada—. Un alma —repitió levantando la vista para observar a uno de los brillantes personajes del escenario nocturno.

—Es algo que mi padre me dijo una vez —parpadeó y esbozó una sonrisa con la comisura de los labios—. Una linda historia que, para una niña de ocho años, tenía absoluto sentido, una historia que reducía a la vida y a la muerte a proporciones manejables.

—Cuéntame —Duncan la instó presionándole con los dedos cada una de las vértebras de la espalda.

Rebecca suspiró y señaló el cielo.

—Allí ¿Ves esa estrella brillante, ahí sola?

—Sí, la veo.

—Acaba de centellear.

—¿Centellear?

—Sí. Brillar, resplandecer, fulgurar, titilar, no lo sé. Carl Sagan brindaría alguna clase de razonamiento técnico y sofisticado en lo referente a la distorsión de los rayos de luz a través del tiempo y el espacio; pero aunque lo llames como deseas, centelleó.

—¿Y eso resolvió el misterio de la vida y de la muerte para ti? —Duncan emitió una risilla—. Tu padre debe haber sido un relator de historias muy convincente.

Ella cerró los ojos. Caesar bufó y le hizo recordar a Sparky, cuya muerte había sido la primera que ella había racionalizado de esa manera. —Papá me dijo que el paraíso estaba allí. Más allá de la Tierra, más allá de todo. Era como una enorme mansión. Y las estrellas eran las ventanas— hizo una pausa para respirar. En su mente ella se había retrotraído al pasado, estaba aferrada del cuello de su padre en el medio de los maizales de Kentucky, observando la maravilla celestial que se extendía sobre sus cabezas.

—No había puertas, solo ventanas. Y cada ventana tenía una cortina del lado de fuera. Cuando un alma entraba a la gran mansión, solo tenía que levantar la cortina y deslizarse a través de la ventana —Rebecca abrió los ojos, el sonido del viento en el maizal se fundió con el susurro de las olas en la rompiente. Miró a Duncan a los ojos. La expresión de él se había tornado pensativa e intensa. Sus movimientos se hicieron más lentos y dejó reposar las manos pesadamente en la espalda de Rebecca.

Ella continuó, firmemente.

—Y cuando se levantaba la cortina, el brillo de la mansión resplandecía a través de la ventana durante un instante.

Duncan retiró las manos de su cuerpo, apartó la mirada de ella y observó hacia arriba.

—Por lo tanto, centellean —respiró profundamente y pestañeó como si el resplandor de los minúsculos puntos fuese demasiado intenso.

—¿Qué sucede? —le preguntó Rebecca dándose la vuelta para mirarlo de frente. Percibió su ausencia. Solitaria y ansiosa, aguardó su caricia—. ¿Qué fue lo que dije?

Él meneó la cabeza.

—Sólo me preguntaba —dijo él—, qué le sucedía a las almas que no llegaban a aquella gran mansión —le echó una mirada—. ¿Qué sucede con el resto? ¿Con aquellos que no merecen las comodidades de ese lugar?

Rebecca se mordió el labio y se encogió de hombros.

—Si creemos en la teoría de Ramsey, parece que todas las almas son admitidas allí, sin importar sus acciones pasadas. Todas regresan a la Luz.

¿No es así?, no se mencionaba ninguna otra alternativa, nada que coexistiese con la Luz, de donde los malignos pudieran ser desterrados. Puede ser que los mitos acerca del infierno o de la reencarnación continua fueran solo parte de una mitología desarrollada cuando los espíritus estaban encarnados; quizás se dieron cuenta de que tenían que funcionar como criaturas mortales frágiles, y, como tales, necesitaban leyes y castigos, y ¿qué castigo podía ser más duro para controlar la sociedad que la amenaza de la maldición eterna?

Duncan no parecía convencido.

—Eso puede ser. Pero una vez que se está dentro de esa espaciosa mansión a la que todos tienen acceso ¿qué sucede después? ¿Los pecadores y los puros de corazón comparten cócteles juntos en las fiestas? ¿Los judíos y los nazis beben uno al lado del otro? ¿Los asesinos y las víctimas brindan juntos por las pobres almas que quedaron en la tierra? —se sobresaltó como si le hubieran asestado un golpe—. La mansión puede ser un lugar enorme, lleno de intrincados pasillos y escaleras ocultas que conducen a los desobedientes a alcobas más profundas y oscuras, quizás atestadas de elementos que llevan a la locura. ¿Qué sucede dentro, Rebecca? Esa pregunta es la que yace en el centro de mis preocupaciones.

—Lo que sucede dentro... —Rebecca pensó durante un momento y tuvo que imaginarse nuevamente en el maizal, imaginar que ella era el padre y que el inquisitivo y temeroso niño a sus espaldas le había hecho una pregunta difícil—. Quizás —comenzó a decir, sacando las fuerzas de algún profundo lugar de su interior—, es como muchos lo han imaginado, una especie de sueño. Y una vez que uno está dormido sobre fabulosas sábanas de satén, soñamos... —se movió para que él la viese. Se retiró los húmedos mechones de cabello que le caían sobre los ojos y continuó— y al igual que nuestros sueños en la vida real pueden ser influidos por los sucesos del día, lo mismo puede ocurrir con los sueños que tenemos en ese reino, al ser influidos por los sucesos de nuestra vida. Si uno vivió de manera decente, intentando darlo todo para que el mundo fuese un lugar mejor, si uno vivió de acuerdo con su consciencia o siguió diligentemente un conjunto de creencias, tendrá sueños placenteros, rodeados de las personas a las que uno ama, donde todas las fantasías puedan volverse realidad —ella sonrió—. Y si has llevado una vida deshonesto y destructiva, causando daño y...

Se detuvo abruptamente, percatándose del dolor en los ojos de él y de su error.

—Y, por tanto —susurró Duncan apartando la mirada—, puedo esperar tener sueños de inconmensurable horror, atrapado en una espantosa pesadilla sobre la cual no tengo control ni de la que tampoco puedo despertar.

—¡No! No... —Rebecca se estiró para tocarlo, su mano pasó a través de su pecho.

Caesar gruñó.

—¡No lo sabes! —argumentó ella, enojada por haber comenzado con su teoría—. No me escuches, solo estoy divagando. Además, tú has hecho mucho bien, tú...

—He matado a cientos de inocentes, Rebecca. Reí mientras que las naves mercantes eran consumidas por las llamas, mientras la tripulación saltaba a la muerte o era convertida en cenizas o se encogía al otro extremo de mi espada. Ayudé y alenté a un loco durante seis años de matanzas indiscriminadas.

Duncan colocó las palmas de las manos hacia arriba y se miró una y después otra. —Dime que estas manos están libres de sangre. Dime que este corazón contiene un ápice de bondad. Dime...

—¡Maldición, Duncan! —Rebecca lo abofeteó en, o a través del rostro. La furia se apoderó de ella, brotándole desde dentro, quizás como una reacción para apoyar su propio entendimiento del hombre—. ¡Deja de intentar esconderte detrás de tu autorrecriminación! Eso sucedió hace siglos, en una época diferente, una época en la cual, seguramente, estuviste innecesariamente absorbido; pero incluso entonces, tu verdadera personalidad se manifestó y te pronunciaste en contra del mal.

—¿Qué bien le hizo a los que habían muerto, o a mí mismo, a largo plazo?

—¡Eso no importa! ¿No te das cuenta? Estamos hablando de tus motivos, de tus impulsos, de tu alma, para decirlo de alguna manera. Cuando se te juzgue, si es que eso sucede, nadie tomará en cuenta las consecuencias de tus acciones, serán tus intenciones las que examinarán, las intenciones que surgieron de tu alma —ella continuó, casi sin aliento—. Y yo... yo he visto tu verdadera personalidad. Precisamente es tu alma lo que ha perdurado ¿Qué cosa mala has hecho desde que tienes esta forma? ¡Nada! Intentaste salvar a una joven de la muerte, convertiste en tu amigo a un desolado animal...

—¡Guau! —en la arena, Caesar levantó la cabeza y pareció sonreír.

—Y salvaste mi vida, y te quedaste conmigo, y...

—Por motivos egoístas —la interrumpió Duncan—. Fue por egoísmo. Sabía que podías ayudarme a recuperar mi cuerpo, y...

—¡Pamplinas! —ella permaneció de pie, erguida y con los puños apretados—. Tus ojos no pueden mentir; tus expresiones y tus maneras traicionan cualquier reclamo de egoísmo. Ayudaste, por amabilidad, compasión, y quizás...

Los ojos llorosos de Duncan se posaron en los de ella por un instante, después apartó la mirada. —No lo digo, *madame*. No lo haga...

—¿Por qué, Duncan? Si es verdad, pues es prueba de la pureza de tu alma. He visto el brillo en tus ojos, he percibido la vacilación en las yemas de tus dedos...

—Nervios, eso es todo —dijo mirándose los pies—. No estoy acostumbrado a estar rodeado de mortales, y...

Caesar se incorporó y pudieron verlo, levantó las patas traseras, colocó el hocico entre las patas delanteras. Comenzó a gruñir suavemente.

—Tu perro no está de acuerdo, ni yo tampoco —Rebecca dio un paso hacia delante y levantó las manos a cada lado del rostro de Duncan—. No puedes ser completamente malo, Duncan Miles III. No puede ser.

Ella sonrió ampliamente y lo miró a los ojos con los suyos llenos de lágrimas de felicidad a punto de ser derramadas.

—Debe haber algo bueno en ti —dijo— porque por primera vez... me he enamorado.

Caesar ladró alegremente y Duncan le rodeó los hombros con los brazos y la apretó contra él.



—¿Hay algún problema —dijo ella recostándose en el marco de la puerta del baño— si te pido que te des la vuelta? —el cabello le caía graciosamente a los lados del cuello, por detrás de las orejas, enmarcándole el mentón. Frotaba las rodillas una contra otra y tenía una mano sobre el primer botón del camisón.

El sonido de la ducha golpeando contra la bañera intentó mitigar su voz, pero solo logró alterar el producto final convirtiéndolo en una sensual

propuesta.

—Ninguno —respondió el pirata mientras emergía por completo en su alcoba, y sus botas dejaban huellas más claras en la alfombra frente al colchón—. Creo que la tentación de espiar sería avasalladora, querida. Y, dado que puedo ver muy bien a través de las paredes...

La risa de Rebecca bordeó el nerviosismo, se apartó de la puerta y dejó caer la mano a un lado.

—En ese caso... ¿por qué no me ayudas?

Cerró los ojos y respiró entrecortada y pesadamente, sintió que se desprendía el primer botón y después el segundo de su camisón. Una fresca ráfaga le rozó la sudorosa piel y la recibió con placer. El aire del cuarto estaba viciado y era densamente húmedo. El vapor emergía desde la puerta del baño.

Ella aguardó a que se soltara el siguiente botón, pero en lugar de ello sintió el roce de la yema de los dedos sobre su tenso vientre, deslizándose por el camisón, tocándole el ombligo, rodeándole las caderas, las piernas...

Rebecca suspiró, abrió la boca y su lengua jugueteó sobre los húmedos labios, después susurró su nombre.

Los suaves puntos de presión ascendieron desde los muslos por los costados de su cuerpo hasta los brazos. Desde los hombros, los dedos descendieron tocándole el borde de los pechos, después se juntaron trazando una línea entre ellos, descendiendo y separándose; las manos se dirigieron lentamente hacia su espalda, descendieron ejerciendo gran presión desde sus omóplatos hasta sus glúteos, y más abajo para coger el extremo del camisón.

Se levantó lentamente, el borde le hizo cosquillas en los muslos. El camisón se elevó por encima de su cintura; la tranquilizadora brisa le reconfortó la piel desnuda. La tela se elevó más, deteniéndose a la altura de sus pechos, donde sintió una presión muy breve que le provocó un gemido de placer.

Jadeó y alzó los brazos permitiéndole que levantara el camisón sobre su cabeza. Las mangas fueron lo último de lo que se despojó.

Desnuda, permaneció de pie frente al fantasma; bajó los brazos y, con los ojos todavía cerrados, abrió la boca e imaginó sus labios acercándose para besarla, su lengua jugueteando dentro de la boca de ella...

—Eres hermosa —susurró Duncan—. Absolutamente... hermosa...

Ella levantó una mano.

—Duncan... —la brisa, en lugar de refrescarla, sirvió para incitar la pasión en reinos más fogosos. Con los pezones hinchidos y erectos, su cuerpo tembló.

—Puedo ser tuyo, Becki —le dijo quedamente, esta vez desde atrás, hablándole al oído. Pensó en su cuerpo presionándose contra el de ella, sus brazos rodeando los de ella, sus manos recorriéndole el cuerpo.

—¿Cómo? —murmuró ella, sintiendo el pecho oprimido. Se sintió mareada.

—Déjame entrar —la exhortó—. Una unión completa. Compartiremos el cuerpo. Yo me moveré y tú sentirás. Abre tu mente, Becki. Deséame. Deséalo...

Ella se dio la vuelta y casi se desvanece.

—Ven —le dijo. Echó la cabeza hacia atrás y puso en blanco los ojos. Se le erizó la piel y perdió el control de la voluntad. Intentó imaginar su alma abriéndose para él, permitiéndole unirse, llenarla por completo.

—Soy... tuya... —susurró. Sintió como si su cuerpo se elevara de la alfombra; pero se dio cuenta de que solo se trataba de su espíritu, que se henchía y giraba ante la nueva libertad. Sintió pánico un instante cuando intentó, a fuerza de costumbre, mantener el control, pero el deseo era demasiado intenso, y se entregó completamente para que la poseyera el otro ser.

Él se introdujo gradualmente, entrando suavemente en su cuerpo. Virgen en la experiencia de la posesión, Duncan sintió la emoción tan fuertemente como Rebecca. Una vez que traspasó el umbral, su espíritu se sintió atenazado, llenando rápidamente el espacio y acostumbrándose a su nuevo cuerpo. Como si se probara un traje, Duncan estiró los brazos de ella, encogió los dedos de los pies; él abrió la boca de ella, lamió sus labios, le recorrió el cabello con los dedos.

La cálida sensación de la materialidad incitó un arrebato de pasión, un deseo ardiente, puramente físico en su naturaleza. Los recuerdos etéreos se disolvieron en una andanada de sensuales apetitos. Él fue consumido por el fuego de Rebecca. Se tambaleó hacia delante, se inclinó y se dejó caer de espaldas sobre la cama. Él levantó las rodillas de ella, le arqueó la espalda, gimió con sus pulmones, suspiró con su voz.

Rebecca... pronunció su nombre mentalmente. Le recorrió el cuerpo con las manos de ella, le acarició los pechos, apretó, jugueteó, suavemente, intensamente. Él sintió su vientre, recorrió con las uñas de ella la parte interna de sus muslos. Buscó con sus dedos...

—Aquí... —contestó la dulce voz, haciendo eco desde inescalables muros de placer—. Estoy aquí, Duncan. Duncan... no te detengas, no lo hagas... por favor... amor... Te amo... te necesito.

Al otro lado de la ventana, las centelleantes constelaciones emergieron triunfalmente, su brillo se debilitó frente a la luna creciente que resplandecía sobre las olas, enviando su potente luminosidad dentro de la alcoba, bañando de gloria plateada la figura solitaria.

Y más abajo, de pie entre las contorneadas sombras, el insustancial perro de pelaje amarillo elevó la cabeza y emitió un largo y sombrío aullido en la quietud de la noche.



Exhausta pero renovada, Rebecca yacía en las revueltas sábanas, el agua de la ducha aún le caía por la piel. El cabello mojado le hacía cosquillas en los ojos y le rozaba los labios. La luz de la luna perforaba las persianas y se escurría formando figuras sucintas en su piel. Se relajó, respirando profundamente y comenzó a dejarse llevar. Las dos presencias dentro de ella parecieron fundirse, arremolinarse en una sola, intercambiaron los pensamientos, los sueños y los secretos, compartiendo todo en una tierna unión.

Una ola de alegría se elevó en una, en la otra, o en ambas almas.

—¿... aún enojada con el destino?

—No podría estar más agradecida...

*Paz. Tan reconfortante, tan perfecta.*

—No deseo que te vayas nunca.

—Tendrás que comer por dos.

—¿Cuál es tu comida preferida?

—¿Becki?

—¿Si?

—Yo...

—¿Si?

—... soy un hombre de acción, no de palabras, y... Puedo leer tu mente, ¿sabes?

—Ah. Puedes. Por tanto no hay necesidad...

—Pero aún quiero escucharlo.

—¿Escucharlo?

—Escucharlo. Por favor.

—Becki, te am...

—¿Qué sucede? Detecto temor. ¿Acaso...?

—No, no tú. Algo. Fuera. Debo incorporarme, escuchar...

—¿Qué? Dime.

—El perro. Ladrando fuerte, urgente.

—¿Una advertencia? ¿Qué...?

—Debo constatar...

—¡No! Quédate, por favor. Yo...

Un fuerte ruido de astillas estremeció los sentidos de Duncan, penetrando su verdadera alma, sacudiéndola antes de que recobrarla el control.

¡LA PUERTA DE ENTRADA!

Duncan fue lanzado como una roca de una honda, arrojado fuera de su cuerpo, al otro lado de la alcoba, girando a través de la pared del baño.

Se oyeron pasos pesados en la escalera. Subían rápidamente.

Los ladridos habían cesado.

Rebecca saltó de la cama envolviéndose con las sábanas. Debía llegar a la cómoda. El revolver en el segundo cajón...

La puerta de la alcoba se abrió de par en par y se golpeó contra la pared. Desde las sombras adheridas al umbral, se escuchó una voz.

—Hola de nuevo, dulzura.

Se encendió la luz y Scott Donaldson entró a la alcoba. Llevaba una gruesa jeringa en una mano y una pistola en la otra.

—He regresado —dijo en un tono de voz que parecía una mezcla de la entonación de Scott con una modulación más áspera y profunda.

Colocó la pistola en la frente de Rebecca.

—Ven aquí, cariño. Y toma tu medicina —sonriendo, se acercó un paso más. Hay alguien que quiere conocerte muuuy bien.

Una figura borrosa rugió a través de la pared, se abalanzó contra el pecho de Scott y lo arrojó al suelo. El arma fue extraída de su mano, se elevó por los aires y le apuntó.

Con mirada furibunda y la respiración pesada, Duncan, desde el interior de la capa, levantó el brazo que tenía libre. Un viento fuerte azotó a Scott, levantándole la camiseta y arremolinándole el cabello.

—¡Duncan, no! —Rebecca corrió hacia él—. ¡Es Scott!

—No es Scott.

—Escúchala, extraño —Scott se frotó el pecho—. Si me disparas, el querido Scotty será hombre muerto. Y el viejo Holton seguirá aquí. Después de satisfacerse con el espíritu de Donaldson, vendrá por ti.

Duncan lo miró enfurecido, después buscó entre los pliegues de la capa y extrajo una pistola etérea.

—Me gustaría ver que lo intentara.

—Eso —dijo otra voz desde la entrada— no será necesario.

—¡Ramsey! —siseó Rebecca dando un paso atrás.

—Nos volvemos a encontrar, mi querida amiga —vestido con un impermeable largo de color blanco, Ramsey entró a la alcoba y se cruzó de brazos. Hablaba con aquella misma voz, nefasta, glacial—. Veo que otro caballero de brillante armadura ha acudido en tu defensa.

Duncan miró a Rebecca, a Ramsey y después a algo detrás de las piernas del profesor.

Con la pared como soporte, Scott se puso de pie y constató la jeringa.

Rebecca gritó.

—¡Mátalo ahora! ¡Atrapa a Ramsey!

Duncan entrecerró los ojos y apuntó; pero, como había supuesto, el profesor se agachó y expuso la pequeña figura que se escondía detrás de los

pliegues de su abrigo.

Ramsey alzó al niño negro y lo colocó delante de su pecho.

—Vamos, dispara, pirata. ¿Qué diferencia hace una Paloma de más o de menos? —dijo otro paso. El niño parecía estar profundamente dormido, la cabeza se le bamboleaba y los ojos le revoloteaban—. O quizás no tienes conciencia, pirata. Quizás estás acostumbrado a matar niños. Quizás...

—¡SUFICIENTE! —Duncan bajó el arma. Le echó un vistazo a Scott y a la jeringa. Por el rabillo del ojo vio que una figura se escabullía subiendo la escalera—. Déjeme adivinar sus planes, profesor. Drogar a Rebecca y dejar que su morador azteca habite su cuerpo y después...

—Y después regresaremos al glorioso Tenochtitlán, la primera parada en nuestro camino a Teotihuacán, donde ella y la Paloma serán sacrificadas según las órdenes del gran Huitzilopochtli. Más tarde, —dijo con voz gutural mientras bajaba la cabeza invitando a las sombras a cubrir sus rasgos— daré comienzo a la Canción para iniciar el fin del Quinto Sol.

Duncan asintió y levantó el revólver.

—Estoy un poco confundido, su Gracia. Si de cualquier manera morirán, si toda la creación está a punto de sumirse en el olvido ¿qué pierdo con matar a su anfitrión y a esta escoria y después pruebo mi suerte con su fantasma?

Ramsey gruñó y asió al niño con más fuerza.

—Tu alma, pirata. Perder tu alma eterna.

Duncan se encogió de hombros y martilló el arma.

—Nunca le he dado gran valor a los elementos de tal insustancialidad.

Rebecca contuvo la respiración e intentó gritar su nombre, pero el disparo ahogó su voz.

Duncan había cambiado el ángulo de puntería en el último momento y le había disparado a la parte de abajo del cuerpo de Ramsey. Su rótula estalló en una lluvia de sangre y hueso y el profesor se retorció de dolor, dejando caer al niño cuando el impacto lo sacudió hacia atrás.

—¡AHORA Caesar! —Duncan le gritó a la figura en el rellano mientras le arrojaba el revólver a Rebecca y, con el mosquete aun apuntando al pecho de Ramsey, extrajo su espada.

En un arrebató de furia, Ahuítzotl se liberó de la carne de Ramsey y,

estaba a punto de coger su espada, cuando algo se le clavó en la espalda. Caesar clavó la mandíbula en el hombro del azteca desgarrándole la carne espiritual. Ahuítzotl estiró el brazo, cogió al perro por detrás de las orejas y, con un movimiento rápido, le rompió el cuello y después lo arrojó contra Duncan.

El pirata logró apenas mover la punta de la espada cuando Caesar le golpeó el pecho. Los angustiosos quejidos del perro le desgarraron el corazón; las pequeñas garras se aferraron a sus brazos, sus oscuros ojos giraron y apretó y abrió la mandíbula mientras que su cabeza se inclinaba en un ángulo extraño. De la boca le salieron bocanadas de vapor azulino.

Ahuítzotl voló hacia ellos blandiendo la gran espada y con los ojos encendidos.

Scott Donaldson avanzó sobre Rebecca con la jeringa en alto.

Duncan dejó caer la pistola trabuco y sostuvo a Caesar con la mano libre mientras esquivaba el golpe. Se dio la vuelta, la capa se arremolinó en el trayecto del azteca. Depositó a Caesar junto al tembloroso niño y levantó la guardia justo a tiempo para enfrentarse al ataque de Ahuítzotl.

—Retrocede Holton —Rebecca se apartó temblando. Sostuvo la pistola con dedos trémulos—. Te dispararé en el muslo y después en el brazo.

Kalt rió con la voz de Scott.

—No es mi cuerpo ¿Qué demonios me importa lo que hagas con él?

Las hojas de las espadas chocaron, Duncan apartó los ojos de los del guerrero para ver cómo se hallaba Rebecca. Asestó un rodillazo en el estómago del azteca, lo empujó y cayó al suelo mientras oía el enfurecido chillido más arriba de él. Rápidamente voló a través del estudio y emergió por el techo justo entre Rebecca y Scott. Duncan se abalanzó y golpeó a Scott en el estómago, después le pateó las ingles.

El niño que se hallaba en el suelo movió la cabeza y parpadeó mirando la desconocida habitación a su alrededor. Caesar se retorció y se encogía a solo unos pies de distancia. Tenía las garras curvadas hacia arriba y la cola quieta.

Ahuítzotl se encaramó a través del cuerpo de Scott y empujó al pirata, ambos se tambalearon hacia atrás atravesando la pared y quedando bajo la luz de la luna. Los dos cogían la muñeca con la espada que blandía el oponente; brazo con brazo flotaban y giraban sobre los arenales. Valiéndose de la táctica

de Duncan, el guerrero colocó la rodilla en el estómago del pirata y después lo golpeó con el revés de la mano haciéndolo rodar sobre la arena.

Duncan recuperó el equilibrio y se giró, listo para volver a la carga, pero Ahuítzotl había desaparecido. Cuando regresaba a casa, Duncan oyó el grito. Un sonido que taladraba los oídos y era desgarrador.

A través de la pared de la alcoba, Ahuítzotl le sonrió mientras se inclinaba sobre la figura de Rebecca. La jeringa que tenía en la enjovada mano se introdujo en su suave cuello, el líquido le penetró rápidamente en el sistema. Retorciéndose, Rebecca miró hacia la pared y murmuró su nombre mientras se le cerraban los ojos.

Duncan rugió y se dirigió deprisa hacia la alcoba.

Ahuítzotl extendió los brazos dándole la bienvenida a la batalla.

Al llegar a la pared, Duncan analizó su forma de actuar y apaciguó su furia. Entró calmadamente a través de la madera y se posó sobre la alfombra. Scott se estaba poniendo lentamente de pie con las manos entre las piernas. Los gemidos de Caesar inundaban la habitación; el perro floraba en el aire a unos pies del suelo.

Y el niño se arrastró dolorido hacia el animal.

—Perro —dijo extendiendo la mano. Con los dedos pequeños y temblorosos tocó la cabeza del animal como si fuese a acariciarlo.

El rostro de Ahuítzotl se giró bajo la máscara, interesado en lo que hacía el niño.

—Perro —dijo nuevamente el niño, con los oscuros ojos entreabiertos intentando ver a través de telarañas imaginarias. Caesar gimió y levantó las orejas. Movié la cola una vez y sus patas traseras patearon el aire como si estuviera corriendo.

El niño se estiró lo más que pudo y llegó hasta la frente del perro. Caesar se estremeció, se le erizó el pelaje, levantó la cola y la movió acompasadamente mientras comenzaba el cambio.

Duncan quedó boquiabierto; Ahuítzotl pestañeó y apretó el puño.

Caesar se contorsionó con la caricia del niño, se giró sobre su estómago. Su pequeño cuerpo comenzó a perder definición y pulso en un aura dorada que se intensificaba con cada caricia en su cabeza. Haces plateados atravesaron la brillante bruma; los ojos de Caesar brillaron con un color azul

intenso y, por un momento, miraron anhelantemente a Duncan.

Los colores se arremolinaron, se unieron y se separaron, y finalmente disminuyeron, disipándose en los haces de intensa luz que giraban en torno al brazo de Jay, dejando rastros de brillo plateado. Se oyó un aullido lastimero que creció en intensidad y después se perdió junto con los matices sobre la piel del niño y los destellos entre las yemas de sus dedos.

El niño esbozó una sonrisa, dejó caer la cabeza al suelo y cerró los ojos.

Duncan soltó la respiración.

—Que continúes jugando —susurró— adonde sea que hayas ido.

—Ese poder —proclamó Ahuítzotl con voz temblorosa— pronto será mío.

—Asumo —dijo Duncan—, que lo utilizará solo de una manera igualmente noble.

El azteca sonrió y soltó una risotada.

Duncan cogió con todas sus fuerzas la empuñadura de la espada, preparándose para el choque próximo, uno que bien podría dar como resultado su inexistencia. Tuvo que reír burlescamente. Eso resolvería todas sus preocupaciones sobre los sueños del más allá.

Ahuítzotl debió haber notado la mirada demencial en sus ojos ya que dio un paso atrás.

—¿Vienes a renovar el desafío? —dijo haciendo una reverencia—. Huitzilopochtli apreciaría en gran medida un alma tan antigua.

Con los ojos entornados, Duncan miró a través del guerrero. Ramsey estaba sentado contra la pared, su rostro era una máscara de dolor lacerante, la agonía de la bala obviamente empeoraba con la ausencia del parásito en su cuerpo. Duncan jugueteó con la idea de entrar en el profesor y después arrojar su cuerpo de cabeza por el hueco de la escalera pero decidió que no podía correr el riesgo de que la condición de Ramsey no permitiese ser poseído.

—¿Y si me niego a pelear? —preguntó Duncan, envainando la espada y dando un paso atrás—. ¿Qué sucederá? ¿Si me doy la vuelta y corro solo para perseguirte a una distancia prudente, haciendo tiempo hasta que pueda destruir a tu anfitrión y esparcir vuestras cenizas por la tierra?

Ahuítzotl permaneció en silencio. Sus músculos ondearon debajo de las

decoraciones de plumas y los ornamentos dorados.

—Libera a la mujer —sugirió Duncan—. Déjala aquí y huye rápidamente a México. Prometo no seguirte hasta que ella despierte. Quizás incluso podamos esperar hasta la mañana; detenernos para desayunar; quizás...

—¡Huitzilopochtli requiere que ella sea sacrificada junto con la Paloma! —Ahuítzotl se le acercó esgrimiendo la espada—. Le arrancaré el corazón y devoraré su alma. Y si intentas seguirnos, sí... —ladeó la cabeza. Sus ojos, calculadores y alertas escudriñaron la habitación, miró a través de las paredes y el suelo, buscando algo.

Duncan abrió los ojos de par en par. Repentinamente al tanto de las intenciones de su enemigo, elevó los brazos y desapareció atravesando el suelo. En el estudio, empujó el aire como si lo hiciera con una sólida pared, y se dirigió rápidamente hacia la cocina, a la urna que había sobre la mesa. Voló a través del aparador, buscando...

Como una avalancha de ladrillos, Ahuítzotl cayó sobre su espalda desde arriba. Gruñendo, Duncan se dio la vuelta mientras volaba y levantó la mano, apenas cogiendo lo muñeca del azteca en el momento en que cargaba la espada contra él. Descendieron juntos a través del suelo de linóleo, a través del sótano, hasta la mismísima tierra.

Rodeados de anquilosadas raíces, topes que dormían y huecos de lombrices, lucharon y patearon. Ahuítzotl primero le golpeó el rostro a Duncan, se liberó y se deslizó al espacio libre que Duncan había dejado.

El guerrero azteca ascendió a una velocidad cegadora, irrumpió en la cocina y cogió la urna del aparador. La sostuvo en alto mientras caminaba hacia el estudio. Describiendo un círculo levantó la espada.

—Ven, pirata, observa cómo te condeno al aislamiento eterno en esta casa. ¡Observa, pirata, observa!

Ramsey levantó una mano empapada en sangre. El dolor era extremo. Imaginó que había resbalado en el hielo y que su pierna estaba atrapada en un lago congelado. Las imágenes pasaron frente a sus ojos. Un pequeño niño de espaldas. Una mujer acurrucada en el suelo estaba envuelta en una sábana y se le veía un pecho.

Alguien se acercó a ella de rodillas.

—Oh, cariño —dijo la oscura voz del hombre que estaba de rodillas—. Te

haré pagar, y cómo... no me importa lo que él dijo acerca de sacrificarte. Eres mía. Mía. Mía...

—¡Obsérvame, pirata! —Ahuítzotl, con una sonrisa sardónica, caminó hacia la pared más cercana. Echó la urna hacia atrás, preparó el brindis.

El suelo entró en erupción despidiendo una masa de color negro. Con la capa desplegada a sus espaldas, Duncan salió rugiendo de la tierra, con los brazos cruzados sobre la cabeza. Golpeó al guerrero en la espalda, y el ímpetu empujó al espectro hacia y a través de la pared.

Cuando Ahuítzotl desapareció más allá del yeso, la urna golpeó la pared y rebotó, cayendo... sin romperse sobre la alfombra.

Duncan se inclinó y cogió el recipiente.

De la pared emergieron dedos enojados que le cogieron la capa justo cuando se alejaba. Duncan se desplazó rápidamente por la habitación, en dirección a la contraventana. Se volvió mientras volaba, echándole un vistazo al furibundo espectro que se abría paso hacia el estudio.

Duncan cogió la urna con ambas manos mientras cerraba los ojos y se preparaba para huir a través de la ventana.

—¡Te veré en el infierno! —rugió, irrumpiendo en la noche en una lluvia de cristales rotos. El panel de siete pies se hizo trizas cuando la urna lo traspasó.

Girando sobre los médanos y elevándose sobre las olas furiosas y resplandecientes, Duncan echó la cabeza hacia atrás y profirió un grito de angustia que se expandió sobre la playa.

Dos gatos callejeros que se hallaban a tres manzanas de distancia se erizaron por el miedo y se escabulleron entre las sombras; dos mapaches huyeron del bote de basura a los pies de una familia de aterrorizadas ratas. Todos los animales que se encontraban a un kilómetro de distancia a la redonda levantaron las orejas, mostraron los dientes y se escondieron en la oscuridad.

La palabra sonó estridente y amargamente en la noche: «¡Rebecca!».

Karl tiró de la sábana, y dejó al descubierto toscamente los pechos. Con los ojos desmesuradamente abiertos, le acarició el cabello con los dedos de Scott, le frotó la venda del cuello. Con ambas manos la empujó para que quedase boca arriba e intentó desenredar la sábana de sus piernas.

Temblando ante la expectativa, Karl se estiró para tocarle el pecho izquierdo. —Este cuerpo siempre te deseó, dulzura. Ahora es la oportunidad. Ahora...

Rebecca abrió los ojos de par en par, con las pupilas dilatadas y oscuras. Con un rápido movimiento cogió la muñeca de Scott con una fuerza que podría haberle roto los huesos. En un instante su otra mano lo cogió por la garganta.

—No vuelvas, nunca a tocar a tu Amo, —dijo ella con tono dominante y gutural y un deje familiar de maldad en los ojos.

## Capítulo 24

*Domingo por la mañana.*

Sintió que el peso se elevaba gradualmente. Al principio, se elevó imperceptiblemente, llevándose el velo más pesado de oscuridad. Más allá de la mortaja, se podían observar una serie de imágenes fugaces que se movían con rapidez, escenas que se repetían con creciente frecuencia, nublándole la mente, resonando en la consciencia que recuperaba. Caesar gimiendo en el suelo, disparos, el pirata emergiendo entre ella y Scott, el espectro azteca regresando solo, cogiendo la jeringa...

Se imaginó a sí misma como a una telaraña flotando en las suaves corrientes de aire que soplaban desde abajo. A la deriva en una ráfaga, en las alas de un vaho gentil que la propulsaba más alto, donde podía expandirse, sola y sin ser desafiada.

Sola.

No tanto. Había algo más en aquel lugar. Algo sensitivo. Alerta, observaba, aguardaba.

—¿Duncan?

Un sonido como el deje de una risa vacía provino desde algún lugar cercano. O lejano. Ella no lo pudo distinguir.

Su ascenso fue interrumpido, detenido por una fuerza opresiva que ya estaba establecida; un poder que, sintió ella, controlaba el vuelo que la había despertado de la oscuridad primero. Recordó la sensación de compartir ese lugar que le pertenecía por derecho; recordó la maravilla, el éxtasis que le había provocado. Recordó...

Duncan...

Las palabras sacudieron su esencia como la detonación de un explosivo en un túnel angosto, repitiendo una y otra vez las palabras como en un eco:

*Vuélvelo a intentar. Mujer.*

La oscuridad giró mientras que un terror paralizante la cogió fuertemente de los talones, socavándole y desgarrándole su ser interior.

*Tu valiente amante huyó con la cola entre las patas, dejándote para que te pudrieras.*

¡No! ¡No! Intentó concentrarse en un punto fijo. Necesitaba dejar de dar vueltas. Era incontrolable. Como aquel juego en el parque de diversiones al que su padre la había llevado el día de su sexto cumpleaños; cómo había llorado, gritado, golpeado e implorado a su padre para que hiciera que se detuviese; pero solo había girado más rápido; y cuando había pensado que había terminado, volvía a girar en la dirección opuesta.

—Detente... detente...

Se sucedió un silencio burlón, en el que su mareo se expandió para poseerla por completo.

—Por favor...

—Sólo, —dijo su regocijado usurpador de alma—, *porque el viaje se ha completado.*

Un borde afilado de oscuridad le cortó su tambaleante esencia.

—Tengo otro fantasma del que ocuparme. Y un sacrificio final que planear.

—Pero... —se las arregló para pensar—. Duncan...

—No ha mostrado su pálido rostro por aquí ni ha levantado un dedo en tu defensa. Tenía miedo, pero cuando llegamos seguros, me percaté de que era obra de Huitzilopochtli. El Sol me protege y mortifica a mis enemigos.

—Al Sol, —murmuró ella hablando por medio del alma—, no le importa un bledo...

—¡CUIDA TUS PALABRAS! —Le respondió haciéndole sentir latigazos que le provocaron un abrasador dolor blanco y que fustigaron lo que se sentía como su piel—. *Nos volveremos a encontrar,* —susurró la presencia extraña mientras le soltaba los talones y se alejaba, perdiéndose en la distancia—. *Nuevamente, esta tarde. Alma con alma.*

El torbellino se apaciguó y el automóvil se detuvo abruptamente.

—*Reclama lo que te pertenece.*

Con una rapidez cegadora, Rebecca irrumpió en el espacio vacío. Abrió los ojos de par en par, y vio una recámara escasamente alumbrada y percibió que el azteca desaparecía rápidamente a través de la pared opuesta.

—¿Señorita?

La voz, y el darse cuenta de que no estaba sola, hicieron que Rebecca recuperara por completo la conciencia, logrando retomar el dominio de su cuerpo, empujó el suelo e intentó levantarse. Su cabeza respondió inmediatamente con una protesta, el dolor era tres veces mayor al de cualquier resaca que hubiera experimentado. Sus piernas, débiles, se encogieron y la impulsaron hacia delante, junto al niño que estaba de rodillas.

—¿Señorita? —le dijo nuevamente estirándose tímidamente para tocarle el hombro—. ¿Está usted bien?

Rebecca levantó la cabeza pesadamente. Era el niño que había estado en su cabaña, el que Ramsey había usado como escudo, quien ahora se arrodillaba ante ella. El niño, que llevaba puesta una camiseta de Batman y un par de ajados *jeans*, se estiró para tocarla.

—No... no sabía si usted estaba viva o muerta. No se movía, no hacía nada. Después... —sus ojos se empañaron al mirar la pared—... él salió de usted. Me alegra que fuese solo él, y no su alma, señorita. Aguarde y observé, pero la suya nunca salió.

Pestañeando, Rebecca intentó incorporarse. Notó un calor opresivo en el aire. Se hallaban en una habitación vacía con paredes de yeso, piso de madera y techo alto. Sobre su hombro, quizás unos dos metros más arriba, había una pequeña ventana con barrotes. Un haz de luz lleno de polvo se colaba por la abertura y se reflejaba en la pared opuesta.

—¿Dónde? —preguntó ella haciendo un esfuerzo por decir la palabra.

—En algún lugar verdaderamente caluroso —el niño se encogió de hombros y levantó una rodilla, después la otra. En cuclillas dijo—: Me pincharon una y otra vez con agujas hasta que me desmayé. Me desperté una vez y estábamos en un avión. Justo como el que recuerdo haber visto en El equipo A una vez. Pero —dijo y frunció los labios—, esta vez estaba en colores. Miré hacia abajo y estábamos a millones de kilómetros de altura —sonrió ampliamente y le brillaron los dientes—. Podía ver todo el mundo.

Rebecca le echó una mirada a la ventana y se percató de que tendría que ponerse de pie y, probablemente saltar, para poder ver al otro lado. En ese momento notó la ropa que llevaba puesta. Ahuítzotl debía haber vestido su cuerpo antes de irse de la cabaña. Llevaba puestos pantalones anchos color tostado y una cómoda blusa blanca.

—Después me volvieron a drogar, y cuando desperté, estaba aquí. Usted entró, y sus ojos... había algo extraño en ellos. Y me sonrió con la misma sonrisa con la que el Águila me había sonreído en el sueño —el niño finalmente se puso de pie y metió las manos en los bolsillos— y con voz rara me preguntó sobre mi Canción, y cuántas veces la había cantado, y... ¿Qué sucede? —dio un paso hacia atrás—. ¿Por qué me mira de esa manera?

Rebecca se lo quedó mirando atónita. Canción... Águila...

—Dios mío, te ha encontrado.

El niño frunció el ceño y después señaló el cuello de Rebecca.

—¿Para qué es ese vendaje? ¿Estuvo usted en el hospital?

Ella se tocó la gasa, después la conexión, tan obvia, la golpeó fuertemente; miró el suelo intentando recordar.

«Sálvalo... su nombre es...».

—¿Jay?

El niño pestañeó y dio un salto hacia atrás. —Usted sabe...

Rebecca se puso de rodillas y se estiró hacia él. —Una niña, una niña bonita se me acercó... pensé que se trataba de un sueño. Ella dijo...

Jay aplaudió.

—¡Eres tú! Ella dijo que vendrías. Dijo que me ayudarías —agrandó aún más la sonrisa, se le acercó y, vacilante, le cogió las manos entrelazando los dedos con los de ella.

Las lágrimas le recorrieron las mejillas.

—Su nombre —dijo Jay turbándose por el recuerdo—, era Susie.



En la siguiente hora y media, cuando el cuadrado de luz que se proyectaba cerca del techo había descendido hasta el medio de la pared, los ocupantes de la celda habían intercambiado historias. Rebecca había relatado los sucesos de

los últimos tres días, incluyendo el intento de asesinato una semana antes. Habló con la mayor simpleza que le fue posible, resumiendo lo más sucintamente que pudo, intentando que los sucesos fuesen claros sin ahondar demasiado en grandes tangentes filosóficas y místicas. Resultó que el niño era mucho más sabio de lo que aparentaba y de lo que delataba su edad; rápidamente incorporó y analizó los fragmentos de información que ella le proporcionaba, sin expresar emoción. Rebecca se percató de que era un niño fuerte; no solo por fuera como lo evidenciaba la sonrisa a pesar de las magulladuras en el rostro y en el cuello, y Dios sabe dónde más, sino también en su corazón, tenía fortaleza de ánimo y una gran voluntad.

Él contó su parte de la historia sin desmoronarse ni una sola vez, desde el primer encuentro con la niña que lloraba, hasta la experiencia en el hospital. Ocasionalmente, se sobresaltaba y debía descansar un momento después de describir una escena que involucraba a Susie. Pero pronto la retomaba, y la voz solo le flaqueó cuando intentó relatar la visita del hombre malo, cuando su padre, junto con su alma, había sido masacrado y, lo que era más importante, cuando se había despedido de Susie para siempre.

Los ojos se le llenaron de lágrimas nuevamente al relatarlo. Y sus lágrimas hallaron compañía cuando Rebecca se enteró de la pérdida de Caesar. Sólo pudo pensar en una costa ventosa a la luz de la luna y una figura con una capa, de pie en completa soledad, con un palo en una mano mientras escuchaba en vano para poder captar el sonido familiar de un juego que a menudo traía la brisa.

Finalmente, el duelo terminó y los recuerdos fueron sepultados y atesorados, Rebecca y Jay se sentaron uno junto al otro debajo del cuadrado de luz de sol que se reflejaba en la pared. A través de los barrotes de la ventana de la pared opuesta, observaron y se maravillaron ante la pureza del cielo matutino. Más tarde, Jay cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de Rebecca. Su tensión casi desapareció o al menos se redujo a un nivel tolerable. Él era especial, Susie se lo había recordado muchas veces. Todo saldría bien... tenía que ser así.

Rebecca estaba allí. Él sabía que lo ayudaría, pero el sueño aún lo atormentaba. Comenzó a dudar de que algo se pudiera interponer entre el Águila que descendía y la garganta expuesta de la Paloma.

—¿Jay?

—¿Mmm? —el niño pestañeó, dejó caer la cabeza hacia atrás sobre el

suave hombro de Rebecca y la miró a los ojos. «¿De qué se había perdido al no tener una madre? ¿Si su madre no hubiera sido una adicta, podría haber sido de esa manera? ¿Se habría arrebujado junto a su madre frente al televisor? ¿Lo habría arrullado en su colchón hasta que él se durmiera? ¿Le habría acariciado la cabeza con sus suaves dedos como lo estaba haciendo Rebecca?». Hizo a un lado las especulaciones y centró sus pensamientos en la situación actual.

—¿Por qué soy diferente? —preguntó Jay suspirando profundamente—. ¿Por qué soy la Paloma?

Rebecca se tomó un largo tiempo para responder.

—No lo sé en realidad. Pero el Águila sabía de ti. Te ha estado buscando durante cinco centurias. Eso significa... significa que existe alguna clase de predestinación... algo estaba sucediendo... alguna clase de propósito. Se está llevando a cabo algún plan... —ella levantó la vista hacia la brillante ventana donde el extremo superior del resplandeciente círculo iluminaba el borde.

—... ¡Se está estableciendo un destino predeterminado hace mucho tiempo!

Mentalmente repasó lo sucedido. Jay la cogió de la manga, pero ella estaba ausente en el intrincado devenir del pensamiento, tambaleándose al borde de la locura, batallando con elementos incontrolables, fuerzas que cedían ante la voluntad de maquinaciones cósmicas, arrasando obviamente su inconsecuente existencia.

«¡Duncan... ayúdame!

»¿Dónde estaba él?

»Huyó con la cola entre las patas

»... te dejó para que te pudrieras.

»¡NO! No podía ser... Era imposible ¡Ella había escapado de la muerte dos veces, maldita sea! Había hallado a la Paloma, había escapado de Karl y del vikingo y... se había enamorado.

»En vano.

»¡NO! Tenía que haber un sentido en todo eso... en alguna parte. Se concentró, buscando salvajemente un hilo esquivo, una línea que, una vez atada, uniera todas las piezas».

Sintió que se desvanecía la presión sobre su hombro. Algo cambió en la habitación.

Alguien lloró. Se oyó un sollozo acongojado y angustiado.

«Reacciona. Encuentra el sentido, Becki. No esperes a que llegue con el carro de la cena. Sal y enfréntate a ello».

—De acuerdo, de acuerdo —levantó la cabeza y la sacudió deshaciéndose de copos de nieve imaginarios. Se puso de pie frente al haz de luz. Entornó los ojos y vio a Jay que caminaba arrastrando los pies hacia el otro lado de la habitación, hacia la esquina donde, en cuclillas, temblaba y sollozaba una forma casi transparente.

Apartándose del rayo de sol y encaminándose hacia la ventana, Rebecca observó a Jay acercársele al fantasma recién llegado.

La figura levantó la cabeza de un oscuro manto. El rostro marchito y arrugado con mirada glacial y boca desdentada giró en dirección a ella y dejó salir un quejido agudo. La mujer comenzó a merodear y a hablar en una lengua ininteligible.

Rebecca vio cómo la expresión en el rostro de Jay se llenaba de pena. Él no comprendía las palabras, pero comprendía bien el dolor. La mujer, todavía, no estaba al tanto de la presencia de ninguno de ellos.

Rebecca se recostó contra la pared, esperando para ver lo que sucedería, la experiencia que Jay le había relatado una y otra vez. Ella deseaba ver, debía creer viéndolo con sus propios ojos. Aguardó y Jay se acercó.

La pared a espaldas de Rebecca pareció abrirse, permitiendo la entrada de un espíritu que se movía rápidamente; un hombre semidesnudo tenía rayas pintadas en la piel y plumas, y los brazos cubiertos de sangre desde los codos hasta los dedos. Sus ojos eran huecos rojos. Ciego, atravesó a Rebecca tambaleándose, se giró y pareció subir una escalera inexistente, después desapareció en el techo.

—¿Qué demon...?

Rebecca se quedó mirando el techo y después le echó un vistazo a la ventana. Su cabeza se balanceó, miró las manos de Jay intentando alcanzar a la anciana mujer que temblaba y se alejaba.

La preocupación de Rebecca desapareció, ignoró la jaqueca, se volvió y dio un salto para cogerse del borde de la ventana. Con todas las fuerzas que

pudo reunir, su aferró de uno de los barrotes y tiró pateando al mismo tiempo.

Se enganchó del borde con el codo y levantó el mentón para observar por la abertura.

Quedó boquiabierta, intentó hablar.

—Jay... —exclamó. Perdió el asidero y se tumbó hacia atrás, torciéndose el tobillo al caer de lado. Rodó y gritó.

—¡DETENTE!

Los dedos de Jay se hallaban tan solo a unos centímetros del cabello gris de la mujer, se detuvo. Miró hacia atrás, temblando nerviosamente y con expresión confundida.

—Por favor —susurró Rebecca, temerosa de que sus palabras fueran percibidas por los oídos equivocados—. Aléjate de ella.

—¿Por qué? —Jay continuaba con la mano estirada.

—Jay —dijo ella poniéndose de rodillas y haciendo una mueca a causa del dolor en el tobillo—. ¿Recuerdas el monumento de guerra? ¿Cuando todos los demás vieron que liberaste al coronel y se abalanzaron sobre ti?

—Sí. No fue agradable. Demasiados...

—Exacto, Jay. Demasiados.

—Quería ayudarlos a todos. Pero realmente me debilité. Y... bien, después me llevaron al hospital; aunque quería salvarlos a todos, de verdad quería hacerlo.

—Lo sé, Jay. Lo sé. Pero, verás, acabo de recordar algo realmente importante.

—¿Qué? —alejó la mano con renuencia. Los sollozos de la mujer eran aún penetrantes y desesperados.

Rebecca cerró los ojos, recordando la noche de la tormenta, la voz canturreando en la radio de su automóvil.

«Y bajo la Luz, Edwin... jeroglíficos en todas partes. Exactamente como en Teotihuacán, hace casi un milenio».

La escena al otro lado de la ventana, la visión del centro de la ciudad de México se reprodujo en su mente.

«¿Comprendes las implicaciones? Hasta la llegada de Cortés, durante

treinta y siete años...».

—Jay, aléjate muy despacio. No la mires. No le digas ni una sola palabra.

«Una ciudad entera...».

—Ellos pueden ver a través del muro. Sabrán que tienes el poder.

—¿Quiénes?

»Tenochtitlán. La ciudad entera. Con una población de más de 200 000 personas en su apogeo, —recordó ella—, la mayoría masacrados por los españoles, o diezmados por la viruela.

»Y los veinte mil sacrificios, —no podía olvidarlos.

—Las almas arcaicas, Jay. Los habitantes originales de esta ciudad. —Rebecca se estiró y lo cogió de la mano cuando estuvo lo suficientemente cerca. Lo atrajo para que se sentara junto a ella.

—Los aztecas.

## Capítulo 25

Duncan salió del país, cruzó hacia México a las once menos diez, hora del centro de Estados Unidos. Como primera experiencia en un avión, ese vuelo resultó ser una pesadilla. Sus temores de la noche anterior, cuando había caminado incesantemente en el aire sobre la playa de Virginia, sopesando una y otra vez sus opciones y el coste que implicarían, no se comparaban con el horror que inmovilizaba su espíritu en ese momento.

Había elegido tomar un avión de carga, ya que se había percatado de la dificultad de contrabandear una urna en un aeropuerto repleto de personas que arribaban y partían, así como también una horda de empleados y agentes de seguridad, demasiados para ser franqueados.

Simplemente había dejado sus cenizas en el techo sobre la puerta para tomar el vuelo a la ciudad de México, se había desplazado hacia abajo y seguido a las maletas de los pasajeros hacia el avión de carga. Después de eso, fue solo cuestión de colocar la urna a bordo cuando los empleados del área de carga estaban de espaldas a él.

En ese momento, a treinta mil pies, Duncan se aferró a una palanca atornillada al techo. La urna estaba asegurada abajo entre dos maletas de cuero. Habían pasado cuatro horas. Cuatro horas sin que él cambiara de posición. Le venían a la mente visiones atemorizantes cada vez que cedía su fuerza o perdía la concentración. Se imaginó soltándose; y mientras el avión seguía avanzando a una velocidad de más de 480 kilómetros por hora, sería arrojado violentamente a través de la cola y giraría por las nubes mientras que sus restos mortales seguían viaje; en cuestión de segundos la distancia entre ambos resultaría catastrófica, seguramente su espíritu se desgarraría y el abismo negro lo devoraría por completo.

Quejándose, implorando por un descenso inminente, recordó los sucesos de la noche anterior. Bañado por el resplandor de la luna creciente y sus refulgentes compañeras estelares, se había devanado los sesos para elaborar

un plan. En un principio estaba preparado para seguir a Rebecca y a sus secuestradores desde el aire encima de su automóvil. El vehículo salió rugiendo minutos después de la huida de Duncan; lo observó partir, luchando contra un molesto sentimiento de temor no expresado. Finalmente, apreció la sabiduría que traía el alejamiento. Si los hubiera seguido, estaría en un riesgo mayor; sus armas lo podrían alcanzar con facilidad en su elevada posición de persecución... sus cenizas se desparramarían por toda la extensión de tierra, su espíritu sería condenado o a la extinción o, al menos, a una existencia atrapada en aquel lugar.

No. Debía esperar. Ahuítzotl había revelado su lugar de destino, y le había dado su palabra sobre la seguridad de Rebecca hasta que llegaran. Los encontraría y, si le era posible, abordaría un vuelo anterior.

Desafortunadamente, el avión de Rebecca había salido a la hora. El de él, había experimentado dificultades de índole técnica y había permanecido en tierra durante cincuenta y dos minutos más.

También por desgracia, el metal del fuselaje le resultaba demasiado transparente a sus sentidos. Bajo sus pies, una cadena montañosa intrincada y desolada cobijaba a un valle árido en el cual dos ríos se abrían camino en la tierra, un par de lágrimas que emanaban del gran golfo que dominaba el horizonte hacia el este. Un banco de nubes grises se desplazaba siniestra y sigilosamente desde el sur en dirección a él. El avión ascendió, dando lugar a las nubes que con sutil facilidad cubrieron la tierra y el sol naciente, absorbiendo sus reconfortantes rayos y reflejándolos hacia la superficie. Cuando el avión finalmente comenzó a descender, atravesando la capa, solo lo recibió el borde inferior del círculo dorado que rápidamente desapareció detrás del oscuro techo.

En los cuarenta minutos siguientes hasta que el tren de aterrizaje descendió y a la llegada del visitante inesperado, Duncan mantuvo los ojos cerrados y pensó solamente en Rebecca. Repasó los recuerdos, trayéndolos de donde se sacudían y repercutían bajo la superficie de sus emociones. Ella había producido un cambio maravilloso en él, eso era evidente. Desde el momento en que había aparecido por primera vez, encogiéndose por los alborotados ladridos de Caesar, la transición había comenzado. Sintió que le arrastraban los pies hacia un nuevo camino, serpenteando y ascendiendo hacia un hálito de redención. Ella irradiaba la exuberancia de la vida en cada movimiento; ella era un alma afín, encerrada en carne, atrapada por el peso del mundo. Para unos pocos elegidos, aquéllos con la capacidad de traspasar

el extraño trajín de la vida, el mundo ejercía una atracción y tentaba y señalaba cosas más allá del alcance de la vida mortal.

Rebecca y Duncan pertenecían al grupo de los que lo percibían. Se atrevían a elevarse por encima del tiempo para observar el recorrido de la vida que zigzagueaba detrás de ellos. Cualquiera podría simplemente haber seguido con su vida, mirando siempre hacia delante. Cualquiera que fuese parte de la realeza podría reinar, así como cualquiera que estuviese sujeto a la tragedia podría ceder y rendirse.

Duncan vio esa parte esencial suya reflejada en ella. Y mientras se aferraba desesperadamente a la palanca, buscó un hilo de lógica, advirtiendo de inmediato que lo que más apreciaba de él era lo mismo que más amaba en ella. A pesar de que el dolor de ella era diferente, el misterio que deseaba resolver, a lo que había dedicado toda su vida, no era menos sobresaliente que su eterna preocupación por el más allá.

La vida sin un propósito, la muerte sin un propósito. Pensó que habían estado trabajando desde extremos opuestos. Cada uno había escalado la montaña de la sabiduría, con sus temores y esperanzas a cuestas; y, en la cima, cuando finalmente nos encontremos y nos demos la mano a través de la cerca, reuniendo a la vida y a la muerte en la culminación del destino, ¿qué veremos al mirar hacia abajo?

¿Y llegaremos alguna vez a la cima?, se preguntó cuando el irritante rugido atrajo su atención de vuelta al avión. El tren de aterrizaje estaba descendiendo, el aeropuerto estaba a la vista. La ciudad de México, flotando en una niebla espesa como una rata muerta en una pileta de agua estancada, le dio la bienvenida al 731 de Dulles.



Parecía, pensó Duncan en esos primeros momentos de pánico antes de que las ruedas tocaran tierra, que habían mandado al ejército a recibirlos. Miles de guerreros patrullaban el lugar. En los techos, caminando por las pistas, en la torre de control, en los grupos que abordaban los aviones o simplemente deambulando por el aeropuerto.

La mayoría llevaba trajes de plumas tejidas de una manera que parecía formar una especie de piel. Llevaban lanzas con distintos tipos de hojas raras; espadas estriadas, palos, arcos y escudos redondos. Muchos de ellos brillaban ensangrentados, algunos exhibían grandes agujeros en el pecho y el líquido escarlata no cesaba de emanar de sus heridas. Entremezclados con la multitud

de indígenas había grupos de soldados españoles, con armaduras de metal plateado, túnicas rojas y cascos.

Las ruedas tocaron torpemente la pista y, con una gran sacudida que casi le hizo soltarse de donde estaba aferrado, el avión pareció ganar velocidad al avanzar. El aeropuerto y los guerreros eran poco más que una imagen borrosa. No podían haberlo visto aún. Eso no lo ayudaría demasiado.

Era un fantasma al igual que ellos. ¿Dónde podría esconderse? ¿Debajo de la calle? Ellos no solo podían ver a veinte pies de profundidad, era probable que tuviesen centinelas allí también. Su única oportunidad era que probablemente esperaban que arribase en un avión de pasajeros, y no le prestarían atención a este durante un minuto o dos.

Si solo hubiera tomado un avión de pasajeros. Si pudiese haber hallado a alguien que se mimase demasiado en el carro de licores, y dejara su cuerpo...

Pero era demasiado tarde para lamentarse.

Demasiado tarde, de hecho, para nada que no fuese una batalla.

Era divertido, tuvo que admitir al cambiar de posición recuperando una postura erguida. Durante tres siglos no había tenido otra cosa que tiempo. En ese momento, toda esa espera, todos los sueños, las ponderaciones y andanzas... todo se reducía a unos cuantos minutos.

Minutos, todo lo que quedaba hasta llegar al final. La culminación de la búsqueda de una vida entera. Una amarga derrota. Para él, el paso siguiente era solo la extinción. Era probable que fuese consumido por algún azteca al grito de guerra.

La nada...

La muerte final.

Su corazón se estremeció ante lo inevitable. Una semana atrás no le habría importado. Una semana atrás habría aceptado de buena gana aquel final que ofrecía la clara condición de la inexistencia. No le temía al olvido, solo la eternidad gozaba de tal distinción. Una semana atrás se habría encogido de hombros y reído en el rostro de su adversidad.

Una semana atrás no conocía a Rebecca.

Duncan reaccionó repentinamente de sus elucubraciones y notó, sobresaltado, que un fantasma emergía a través de la pared curva del avión que avanzaba a gran velocidad.

Se cogió de una soga segura y se aferró con fuerza. El espíritu, a diferencia del resto de los guerreros, estaba envuelto en una amplia túnica verde sobre la cual estaba bordada una escena que parecía de un mural, la cual representaba a una serpiente emplumada persiguiendo a un jaguar a través de un cielo rojo sangre. El rostro del fantasma era delgado, tenía la piel tirante sobre los rasgos prominentes, los ojos hundidos más abajo de la huesuda frente. Sobre su cráneo se elevaba un elaborado tocado de un pie de alto, hecho de plumas y huesos de animales.

Duncan buscó el mango de su espada cuando el fantasma comenzó a acercársele.

—No se moleste en eso —dijo el fantasma en un inglés fluido.

Parpadeando, Duncan le preguntó:

—¿Por qué diablos no debo hacerlo? Si me voy me lo llevaré a usted y a cuantos otros...

—¡Calla! Y escúchame, necio —detuvo su avance—. Soy tu única oportunidad.

Duncan entrecerró los ojos.

—¿Lo eres?

El espíritu asintió.

—Y tú la mía.

—Comprendo —dijo Duncan mirando a su alrededor, fuera del avión, viendo a los guerreros desplazarse a lo lejos con las armas alertas.

—¿Debo sentirme halagado? —hizo un gesto hacia el exterior—. ¿Todo esto es por mí?

—Por ti —concluyó el fantasma—. En nuestros comienzos aztecas, considerábamos a los *tlaxcala* y a los *tuexotzingo* como nuestros enemigos naturales y cada esfuerzo fue destinado a la causa. Quinientos años después, él te ha convertido en nuestro enemigo natural. Eres el que se interpone en su camino.

—¿Tiene a cada espíritu de Tenochtitlán bajo su poder? —dijo Duncan incrédulo—. ¿Qué sucedió con los emperadores anteriores, y con todas las mujeres y niños, y con el batallón de soldados españoles en la entrada? ¿Con respecto a eso, qué sucedió con lo del libre albedrío? ¿Cómo puede ser que

cada alma esté ligada a él?

—Ahuítzotl fue bastante único en la historia azteca, o en cualquier historia en realidad. Nunca hubo un soberano, tirano, amo, constructor, conquistador tan sobresaliente. Desde un comienzo contó con el carisma para ganarse a las masas. Y tenía el poder. Después de la muerte aprendió la forma de interactuar con el mundo del pasado antes que cualquier otro, incluso antes que las almas antiguas; esa suficiente para que lo creyeran el enviado de los dioses.

—Aquellos que no se unían a su cometido eran sucesivamente destruidos por sus fieles, entre los cuales se hallaban los veinte mil sacrificados en el Gran Templo. Sin duda estás familiarizado con la historia.

—Sin duda —suspiró Duncan—. Por tanto les arrancó el corazón en vida, y ellos se quedaron porque todos se quedaron hasta que la maldita ciudad fue devastada por mis primos europeos. ¿Y luego, qué? ¿Cómo recuperó él su lealtad después de la gloriosa racionalización de que el sacrificio humano había sido un engaño? ¿No se suponía que las víctimas irían directamente hacia su dios Hutzi, hacia el feroz sol?

Duncan esperó algún tipo de respuesta iracunda al profanar la grandeidad, pero el arrugado hombre meneó la cabeza.

—No, no. Ahuítzotl fue astuto. Les dijo que sus espíritus debían ser puestos a prueba. Que Huitzilopochtli requería que viviesen un periodo de dedicación como almas antes de otro ritual en el cual, si eran hallados dignos, pasarían al siguiente estado. Las víctimas de sacrificio se convirtieron en su ejército privado, despedazando despiadadamente cualquier alma que no cediera. Con el tiempo, nadie se atrevió a levantarse contra él. Incluso Moctezuma e Itzcóatl le rindieron tributo.

—Y siempre —continuó el fantasma— proclamaba la Profecía ante la población espiritual en las oraciones anuales.

—El Águila y la Paloma —dijo Duncan sintiendo cómo frenaba el avión.

—Exactamente. Arrastraba a las masas a un frenesí en el que solo contaban los días hasta el cumplimiento de la Profecía. El mundo se había detenido para ellos, ahora querían que se detuviera para siempre. El Quinto Sol estaba cerca de sus últimas revoluciones. Anhelaban los terremotos, para que devoraran a los vivos y sumergieran al mundo en esa oscuridad final, en la que sus almas serían libres.

—Y Ahuítzotl les prometió ese final.

El avión comenzó a avanzar con más lentitud.

—Ahora —continuó el hombre—, ha regresado de la misión bendecida por Dios, la Profecía casi se ha cumplido.

—Al igual que el Quinto Sol —gruñó Duncan.

El fantasma que llevaba puesta la túnica bajó los pies y se paró tambaleándose mientras se hacía de la soga.

—Con la salvación al alcance y la promesa de Ahuítzotl de escapar de Mictlán, su mundo de los muertos, a un paraíso con Huitzilopochtli, sus fieles harían cualquier cosa para asegurarse el éxito.

Cerró los ojos.

—Necios.

Las turbinas se silenciaron y el avión comenzó a desacelerar rápidamente.

—¿Y tú? —le preguntó Duncan suspicaz—. ¿Acaso no eres tú uno de sus fieles? ¿De los que veneran a Tlatoani e imploran ser liberados?

—Liberado, sí —el viejo suspiró y apartó la mirada—. Pero no por Ahuítzotl ya que veo más allá de sus mentiras —una línea húmeda le emanó de un ojo.

—Veo más allá de ellas porque las pergeñé.

—¿Tú? —Duncan hizo la pregunta pero estaba más interesado en el movimiento que había fuera de la nave que en la charla que se desarrollaba dentro. Finalmente miró al hombre—. ¿Y quién eres tú? Hiciste referencia a quinientos años. Si eres tan viejo, significa que me has superado por dos siglos, así que ¿cuál es tu historia?

—Quinientos años —musitó y meneó la cabeza—. Parecía más tiempo. La agonía que soporté cuando mi alma quedó atrás. Oh, el castigo estuvo bien ideado, debo reconocerlo. He tenido que existir en un remordimiento abyecto como resultado de la tergiversación de mis planes cuidadosos y bienintencionados.

Carraspeó, después prosiguió hablando con más rapidez.

—Debo ser breve, ya que sus fuerzas pronto te localizarán. Mi nombre es Tlakaélel<sup>[17]</sup>. Era el Gran Consejero de Iztcóatl en la tercera dinastía azteca.

En ese punto todavía éramos mercenarios del reinado de Tepanec. Teníamos Tenochtitlán pero nada más. Iztcóatl y yo tramamos y urdimos planes y, cuando finalmente los llevamos a cabo, tuvimos éxito en derrocar al despótico rey Tepanec. Durante los siguientes tres reinados continué siendo Consejero Supremo. Probablemente estás al tanto de esa historia, la manera en que nos expandimos, convirtiéndonos en el mayor poder en todo México. Nuestra ferocidad, nuestra fortaleza y nuestra misión solo pueden ser rastreadas hasta mí, y a los Códices que creé para incentivar a la tribu.

—No comprendo nada de lo que me dices —musitó Duncan.

—Es simple —dijo Tlakaélel—. Había muchas leyendas y mitos vigentes cuando vinimos a la región.

Gradualmente, como nómades habíamos adoptado a algunos miembros del panteón aquí, aceptando también muchos de sus rituales y costumbres. En nuestro primer reino de independencia, propuse un conjunto de creencias modificadas que, no solo asegurarían la supervivencia de la civilización azteca, sino que culminarían otorgándole el dominio sobre toda la tierra.

—¿Creó supersticiones? ¿Religión? ¿Usted solo? —Duncan se sorprendió y se olvidó del avión y del lugar donde se hallaba.

Tlakaélel asintió.

—Obtuve acceso a todos los materiales sobre las leyendas pasadas. Hice que quemaran todo, cada registro, cada ápice del pasado. Que borrarán todo para comenzar desde cero. Sobre el nivel existente de superstición, construí grandes estructuras que esperé, de hecho estaba seguro, que catapultarían a nuestros pueblos al triunfo y a la prosperidad.

—Cada cultura de la región tenía el concepto de cuatro elementos relacionado con su mitología, las cuatro direcciones, las cuatro fases del ser. La tierra, el viento, el agua y el fuego. Yo solo di ese gran salto hacia delante, y desarrollé una cómoda leyenda que sostenía que vivíamos en la Quinta Creación. Que ya habían pasado cuatro y que habían terminado, convenientemente con Teotihuacán, cuyo repentino fallecimiento, era complejo de explicar.

—Y, consecuentemente, éramos los últimos, les dije que la vida no era segura, que nos la otorgaban los dioses. Y solo complaciendo a las deidades podríamos conservar lo que nos era precioso aquí.

—Establecí al conocido Huitzilopochtli como nuestra deidad principal. El

hecho de que fuese un guerrero y dios del Sol resultaba ideal para mi propósito. Le dije a la gente que Huitzilopochtli requería sacrificios para continuar su viaje diario a través del cielo, sonaba razonable; tenía sentido para ellos. Y no solo era lógico sino conveniente. Ya que, para adquirir víctimas para los sacrificios, el estado azteca debía expandirse, tenía que aventurarse y conquistar tierras vecinas, para utilizar a los prisioneros en los sacrificios. Y, de esa manera, prosperaría.

—Mi plan funcionó a la perfección. El devoto más ferviente era, por supuesto, Ahuítzotl. Llevó la doctrina hasta el extremo, triplicando las fronteras de nuestro imperio, hasta que llegaron los españoles, destruyeron mi sueño y despedazaron nuestras leyendas. Y fue entonces cuando me di cuenta del espanto de lo que había hecho.

—Cuando miré a mi alrededor y vi todas las almas resentidas, los espíritus que habían conducido a su cuerpo con tal vigor escaleras arriba para ser sacrificados, para alcanzar la recompensa prometida, supe por qué me había quedado aquí, para presenciar eternamente su tormento, su confusión, la pérdida que experimentaban y el precio que habían pagado por las historias que yo había tramado.

Tlakaélel se cubrió el rostro con una mano; parecía estar mareado, haber perdido el equilibrio. Los dibujos de su túnica se tornaron borrosos.

El avión redujo la velocidad aún más y giró para coger una pista agrietada de vuelta hacia el aeropuerto donde podría detenerse para descargar.

Duncan intentó comprender las palabras del Consejero rápidamente intentando discernir sus implicaciones. Ya se había dado cuenta de que, mientras que Tlakaélel podría haber creído que la leyenda que estaba creando era producto de su inspiración, era obvia la influencia de la historia colectiva. Aplacar al dios Sol, la extinción del alma a menos que la muerte fuese en nombre del Sol, y lo que era más importante, las cinco creaciones, tan directamente relacionadas con las cinco fases de la existencia que había descrito Ramsey.

No, Tlakaélel había sido influido inconscientemente, al igual que Ahuítzotl cuando incorporó las estructuras de Tenochtitlán que completarían los jeroglíficos de la Creación. Duncan deseó disponer de tiempo para convencer al Consejero de que la culpa no recaía solamente sobre sus hombros, que el verdadero crimen había sido cometido siglos antes, pero se aproximaban al aeropuerto y todavía le quedaban preguntas por hacer.

—Ahuítzotl dijo que ese dios Sol había ordenado que tanto Rebecca como el niño fuesen sacrificados —dijo Duncan gritando a causa del ruido de un avión que despegaba más lejos en la pista—. ¿No significa eso que está en contacto con el dios?

Tlakaélel se tomó un momento para responder. Parecía estar luchando contra algún tipo de cambio interior. Cuando habló, su rostro estaba desfigurado, tenía los ojos atormentados.

—Creo que el gran Tlatoani está hablando por su dios. Después de casi quinientos años al servicio de una deidad inexistente, ha asumido el sujeto de su veneración; comprende los motivos y los oscuros deseos de Huitzilopochtli, como yo lo representé a él. Y, consecuentemente, a Ahuítzotl le resulta fácil hacer preguntas y contestárselas él mismo, creyendo que las respuestas provienen del divino.

—Por tanto es un esquizofrénico —murmuró Duncan. Miró hacia delante, preocupado. Había tres batallones de guerreros encaramados en el aire a unos cinco kilómetros delante de la punta del avión; miraban en la dirección opuesta.

Tlakaélel prosiguió, pasando por alto la posición del avión.

—Se ha convencido a sí mismo de que, ya que fue el más grande de todos los soberanos, es lógico y apropiado que Huitzilopochtli retenga su espíritu para dominar en el más allá. Y, por supuesto, cuando llegaron noticias de esa Profecía, traídas por el alma de un arqueólogo inglés que creía que la había interpretado correctamente, Ahuítzotl lo asumió como la señal final de su glorioso destino —suspiró—. En este punto, mi confesión no habría perjudicado al Tlatoani en absoluto. Permanecí en silencio sabiamente, revolcándome en el arrepentimiento.

—La Profecía... —Duncan le echó una rápida mirada— es la única pieza que no encaja en el rompecabezas. ¿Quién la escribió, fue mera coincidencia? ¿O funcionó precisamente porque Ramsey y Ahuítzotl basaron personalmente sus acciones en la predicción?

El Consejero respiró profundamente. Le temblaba el cuerpo, la túnica se movía, como si debajo la piel fuese surcada por gruesos haces a través de los cuales soplaba un viento viciado.

—La Profecía —susurró—... estaba incompleta. Encuentra... la versión completa, o a alguien que la recuerde... antes del daño.

El escuadrón de aztecas estaba a menos de dieciocho metros de distancia. El avión avanzaba lentamente. La puerta de carga se abrió y desde la cabina entró un técnico. El hombre, vestido de color naranja, avanzó torpemente hasta el primer grupo de maletas.

—Pirata —gimió el Consejero. Su tocado se estaba derritiendo, le salía humo de la superficie que se retorció como lombrices en llamas. Levantó la arrugada mano, por los poros le salía una vaporosa luz azul—. Ya no puedo continuar luchando. Yo...

Duncan se quedó mirándolo y repentinamente comprendió.

—¿Permaneció aquí solo a causa de la mentira? Usted...

—Sólo necesitaba... contárselo... a un alma —esbozó una débil y resquebrajada sonrisa por debajo de la emanación de vapor.

El técnico, ignorante de la presencia de los dos fantasmas, pateó algunas maletas, levantó otras tantas para acomodarlas a fin de que fuese más fácil su traslado. Duncan descendió indicándole a sus botas que se aferraran al piso de metal y llamó al fantasma.

—¿Qué debo hacer? ¿Cuándo será el sacrificio? ¿Dónde puedo...?

—Teotihuacán —murmuró el Consejero mientras su mano se disolvía y perdía apoyo en el avión. De inmediato se hundió y pareció moverse hacia atrás. En realidad, era el avión el que avanzaba, dejando atrás a la figura fantasmagórica.

Duncan se impulsó y flotó sobre él. La cola del avión estaba cerca.

—¡Dímelo! —le insistió a la humeante, casi indefinida criatura.

—Pi... Pirámide del Sol. Teotihuacán... —su rostro se despedazó, emitió una última palabra antes de convertirse en una masa de humo que comenzó a girar y a retorcerse.

—Crepúsculo... —el Consejero susurró mientras ambos salían a la luz del día a través de la parte posterior del avión.

La silueta de Tlakaélel pareció arrastrar partículas de materia brillante, haciéndolas girar.

Con un resplandor que alertó al cercano batallón de guerreros, y casi a cada azteca, español y víctima de sacrificio en las cercanías del aeropuerto, Tlakaélel explotó, el humo se desvaneció con el resplandor, dejando atrás

docenas de motas resplandecientes que gradualmente perdieron el brillo mientras los primeros atacantes se aproximaban.

Con la espada en la mano, Duncan avanzó volando detrás del avión que finalmente se había detenido por completo. Esquivó un palo, acuchilló a un guerrero en el corazón, pateó a otro apartándolo de su camino y corrió hacia el avión.

Las puertas estaban abiertas y varios montacargas se aproximaban con una carretilla elevadora.

En la punta de la pista más cercana un avión con la insignia de Eastern comenzaba a moverse.

Tres aztecas con la cavidad del pecho ensangrentada emergieron del asfalto ante los ojos de Duncan. Le apuntaron con lanzas al pecho y gritaron en una lengua incomprensible.

Se dio la vuelta y se encontró con cuatro aztecas que vestían elaborados ropajes mientras descendían del cielo, blandiendo crueles espadas.

Formaron un círculo alrededor de él antes de que pudiese hallar un resquicio por donde escapar. Mientras se le acercaban, comprendió. Lo querían vivo. Según la tradición de guerra azteca, el honor más grande consistía en capturar al enemigo sin lastimarlo, y después, por supuesto, el cautivo era sacrificado. Los guerreros que contaban con un gran número de cautivos vivos eran recompensados con un estatus mayor y bienes materiales.

Los empleados de la zona de carga desaparecieron dentro del fuselaje y pronto comenzaron a arrojar maletas desde el interior del avión.

Duncan se agazapó y bajó la punta de la espada. Miró rápidamente los siete rostros. Al escuchar más atrás el grito de victoria del ejército, Duncan dio un brinco hacia un lado, ensartando a una de las víctimas de sacrificio en un área del pecho que no tenía abierta. Se giró, acuchilló a otro por debajo de la lanza desgarrándole el abdomen.

Franqueó velozmente el círculo y corrió hacia el avión, sin mirar atrás. Una formación de aztecas lo persiguió a toda prisa; muchos saltaban desde los techos, otros chirriaban al descender del aire.

El montacargas se encontraba a nueve metros de distancia. Duncan, ponderando sus posibilidades mientras corría, pensó en ceder ante la tentación de simplemente darse la vuelta y atacar sin reparar en sí mismo.

O en Rebecca.

No podía pensar en ella, no en un momento como ése. Rodeado por la nación azteca entera, tenía que obtener sus restos mortales y, de alguna manera, escapar de la turba y salir de la ciudad...

Uno de los empleados del área de carga y descarga, un hombre fornido y velludo con los brazos tatuados, apareció por la puerta con dos maletas. Algo rodó a sus pies. Duncan le prestó atención al pequeño hombre. Y, con el movimiento del siguiente paso del mexicano, la pequeña vasija fue pateada fuera de la pista, haciendo acrobacias por el aire...

Duncan gritó, su quejido se elevó por encima del rugido de los guerreros.

... La urna golpeó el cemento bañado por el sol y se hizo trizas. La tapa giró, describió un pequeño círculo y después cayó, vibrando durante unos segundos hasta detenerse por completo. La pila de cenizas flotó en el húmedo viento. La capa superior se agitó, después descendió cayendo junto con las corrientes de aire.

El empleado mexicano maldijo reiteradas veces y golpeó con el puño la puerta dos veces.

Entre la multitud de aztecas que se aproximaban con lanzas, ningún rostro dejó de esbozar una odiosa sonrisa. La primera fila levantó las manos al unísono... y sopló un viento dañino que atrapó y mezcló las cenizas. Repentinamente el montón voló, pasando a través de Duncan y esparciéndose sobre el cemento.

De rodillas, Duncan gritó enfurecido hasta que se le quebró la voz. Por el rabillo del ojo vio que el avión de Eastern había acelerado y se aproximaba al centro de la pista.

Una punta de lanza le tocó la espalda, perforándole la capa.

En un santiamén, Duncan se dio la vuelta, hizo a un lado la lanza con un golpe y con la otra mano blandió la espada de un lado a otro. Mientras se abría paso a cuchilladas y cortes entre la multitud, se sintió transportado al pasado, al pasado lejano, a la cubierta del Prometheus. No batallaba contra indios antiguos, pero los piratas sedientos de sangre se abalanzaban, echando a pique el más veloz y majestuoso navío que había surcado los mares.

Con un vigor generado por una frustración no correspondida y determinación sin igual, Duncan se arrojó al centro del cada vez más

numeroso ejército. Por cada dos de ellos a quienes mataba, cuatro tomaban su lugar, absorbiendo la energía de su caída. Giró en círculos, manteniendo a la turba a distancia; cortando con la espada, embistiendo con una lanza que había cogido. Imaginó los cuerpos de los piratas cayendo sobre la cubierta, los ecos de las explosiones de los cañones a lo lejos, el viento azotando el velamen, las olas batiéndose contra el casco.

Dirigió la mirada, apartándola del fragor de la batalla, hacia la pista cercana. Duncan sonrió burlonamente al decapitar a un azteca que se abalanzaba sobre él, cuya cabeza estaba adornada con un tocado de plumas. Pensó que un capitán sabía cuándo abandonar el barco.

Riendo, arrojó la lanza contra el más alto de los guerreros, el más astuto, y comenzó a girar para desaparecer en el suelo. Se hundió más y más profundamente. Por último se concentró en avanzar a través de la resquebrajada tierra seca. Lo hizo a través de los hoyos donde dormían ratones, frescos y con la panza vacía. Pasó una caverna en la que una vieja y deshecha escalera descendía hacia la roca. A su paso vio varios esqueletos, piezas de alfarería y esculturas...

Se percató de que estaba viendo elementos de la época de Tenochtitlán ¡justo debajo del aeropuerto! Pero no tenía tiempo para contemplar la pérdida de la arqueología ante los avances de la modernidad. Los gritos de sus perseguidores llegaron hasta sus oídos.

Subió en ángulo y finalmente llegó a la superficie después de atravesar capas de suelo y cemento.

Estaba a muy poca distancia. Podría lograrlo...

El suelo vibró por el peso del avión que se aproximaba.

Los animales abandonaron los nidos, agrandando las grietas.

Duncan emergió en la pista, elevándose unos cinco metros.

El gran jet pintado con rayas de color naranja rugió, a casi setenta metros de distancia. La punta se elevó, la primera rueda también...

A la izquierda, Duncan observó la aturdida horda que lo perseguía. Frenéticos, chocaban unos contra otros para alcanzar al enemigo.

Cuarenta metros. Las otras ruedas despegaron de la pista y después la volvieron a tocar, como si necesitasen una última garantía haciendo contacto con la tierra.

El ejército se aproximaba y Duncan pudo percibir la sed de sangre en sus ojos. Dedujo que su causa había cambiado debido a los recientes sucesos. Los guerreros que se hallaban en el aire cargaban sus arcos mientras volaban. Las tropas terrestres alistaban las lanzas. Un par de españoles que se hallaban más atrás levantaron sus mosquetes.

Veinte metros. Las ruedas se elevaron nuevamente y no volvieron a descender.

Duncan envainó la espada, concentró la atención en el avión y levantó ambas manos por encima de la cabeza. Calculó la distancia y el recorrido de ascenso y se impulsó hacia arriba, con más y más rapidez, con las manos listas. El recuerdo de la urna haciéndose trizas y sus cenizas azotándole el rostro intentó quebrantar su concentración; pero negó vehementemente su presencia. No iba a dejar de existir a manos de aquella turba. Era mejor disolverse en una rápida y tranquila agonía alejado del cuerpo que le había encadenado el alma durante siglos.

Abajo, desde la pista, cuatro aztecas se abalanzaron hacia Duncan. Se elevaron del cemento blandiendo espadas y cuchillos. Llegaron a solo unos centímetros de su presa hasta que Duncan fue impulsado lejos, repentina e inexplicablemente. Con un rugido ensordecedor y una ráfaga de viento que no tenían ningún efecto sobre el cuerpo etéreo de los aztecas, el vuelo 1147 de Eastern con destino a Miami despegó del aeropuerto de la Ciudad de México.

Si cualquiera de los muertos, o de los escasos afortunados entre los vivos que podían verlos, hubiese tenido la posibilidad de observar el despegue del avión, se habría maravillado ante la figura de capa negra que se retorció con colosal fuerza de voluntad, colgada de una de las alas.

## Capítulo 26

*Ciudad de México, 14:30 horas.*

—Por favor —dijo Ramsey, el dolor lo desgarraba. Cerró la puerta tras de sí y oyó al guardia echarle el cerrojo por fuera—. Por favor —repitió dando un brinco hacia delante ayudándose de las muletas—. Relajaos, estoy solo.

La mujer y el niño, que se hallaban sentados juntos debajo de la ventana, se quedaron mirándolo y se sentaron más cerca el uno del otro.

Dio otro paso, las muletas soportaron su peso, y llegó al centro de la habitación. El haz de luz de sol le iluminó la mitad del cuerpo, el lado de la rodilla vendada. Descansó sobre la muleta. Las gotas de sudor se le agolpaban en el mentón, tenía el cabello enredado y húmedo y se le notaban algunas partes calvas.

—¿Podéis creer —preguntó Ramsey con un deje nervioso en la voz— que no se quitó el maldito jersey de cuello alto en toda la mañana? Tuve que tomar prestada esta camiseta de la lavandería que está abajo —rió para sí al tiempo que meneaba la cabeza—. ¡Y estos horrendos anillos! —se palmeó el bolsillo delantero del pantalón—. Bueno, en realidad no puedo quejarme. Me garantiza un olvido piadoso de este dolor durante la mayor parte del día. Por supuesto que no puedo disfrutarlo ya que estoy tan inmerso en la inconsciencia que...

Rebecca habló, siseando por el enojo.

—Sé lo que se siente.

Con el ojo derecho entrecerrado a causa del resplandor, Ramsey asintió.

—Es verdad. Es verdad. Tuve que sobrellevar la agonía dual durante el viaje hacia aquí mientras él te poseía; sufrí tanto el dolor del disparo en la rodilla como su ausencia desgarrándome las células —respiró profundamente—. Tu caballero amigo es un excelente tirador. Elogio su puntería.

Levantando la vista, Rebecca abrió la boca para comenzar a hablar pero después apartó la mirada.

—Te preguntarás —dijo Ramsey— si hay alguna noticia de él. Si el valiente pirata ha venido a llevar a cabo el gran rescate —rió suavemente, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Ha venido.

Rebecca contuvo la respiración. Jay pestañeó.

—Y se ha ido —agregó Ramsey. Se encogió de hombros—. Parece que evadió a toda la tribu azteca y escapó de la ciudad de México hacia quién sabe dónde. Ahuítzotl envió espías en todas las direcciones, pero no ha habido señales de él. Me ha llegado el comentario de que su forma material quedó atrás, diseminada en el viento.

La expresión en el rostro de Rebecca se oscureció, como si se tratase de un eclipse que bloqueaba su anterior luminosidad. No podía, no creería que él se hubiera marchado. Si Ahuítzotl estaba preocupado, había esperanza.

—¿Por qué le importa tanto a tu amo? No hay manera de que Duncan pueda hallarnos. Ni yo sé dónde estamos. Y en lo referente a nuestro destino final...

Ramsey comenzó repentinamente a toser y tuvo que dejarse caer al suelo, donde permaneció recostado de lado a la luz del sol. Cuando el espasmo mermó y con la camiseta pegada a la piel, Ramsey hizo un ademán en el aire. —Lo siento. El dolor ha vuelto... Él ha estado ausente durante casi cuatro horas... No puedo...

Los observó entrecerrando los ojos. Es gracioso, pensó para sí. La luz lo cegaba. De hecho era casi una ironía. Miró hacia arriba, hacia la ventana y posó los ojos fijamente en el sol hasta lagrimear. Finalmente bajó la vista, mareado a causa de las manchas de sol.

—Lo siento —volvió a decir y Rebecca se dio cuenta de que esa vez se refería a algo completamente diferente.

—¿Ramsey? —dijo apartándose de la pared y arrastrándose hacia delante—. Mira lo que te ha hecho ¿Por qué lo aceptas? Todavía no es demasiado tarde, puedes...

—¡No puedo hacer nada! —se quedó mirando hacia el lugar de donde provenía la voz femenina. Le brotaban lágrimas de los ojos. La rodilla le latía sin parar y sus venas rugían con el creciente dolor. Parecía que el mismísimo

esqueleto se le derrumbaba.

—Le pertenezco —murmuró—. Total y completamente, soy el Gorrión.

—Puedes sacarnos de aquí, ayudarnos a escapar ¡Por el amor de Dios, al menos salva al niño! Haz fracasar la Profecía, Ramsey.

Meneó la cabeza.

—Es imposible. Éste —dijo moviendo el brazo— es un hotel barato de cinco pisos. Y le pertenece. ¿Comprendes? La mayoría de los residentes fueron muy fáciles de captar, era sábado por la noche, estaban extremadamente borrachos. Los aztecas seleccionados saltaron a bordo por decirlo de alguna manera. El resto de los huéspedes fueron asesinados mientras dormían. Al menos treinta hombres y mujeres vigilan el edificio. Hay cinco al otro lado de esa puerta. Y ese Karl él fue el peor. Se deleitaba en el baño de sangre que había provocado.

—¿Dónde está él ahora? —preguntó Rebecca sombríamente.

Ramsey meneó la cabeza, recuperando la visión gradualmente.

—Lo último que recuerdo es que planeaba dejar sucumbir su cuerpo a los placeres carnales de las callejeras mexicanas.

Rebecca hizo una mueca, se sentó y se abrazó las rodillas.

—Y —continuó Ramsey—, aun si lograras escapar ¿adónde irías en una ciudad atestada de aztecas leales a Ahuítzotl?

Jay, desde el rincón y con la cabeza apoyada en las manos preguntó:

—¿Cuándo vamos a morir?

Rebecca le echó una mirada tajante, con los ojos abiertos de par en par ¿Qué podía decir ella? ¿Cómo podía negar el futuro u ofrecer cualquier tipo de estímulo?

Ramsey rió brevemente.

—La Paloma va directamente al punto ¿no es así? Bien, según Ahuítzotl, quien escucha las órdenes de Huitzilopochtli, serán sacrificados al atardecer.

—¿Dónde? —preguntó Rebecca—. ¿En esta pocilga?

—No, no. El Amo es un detallista, tanto para las celebraciones como para las festividades. Para los rituales y la asistencia —Ramsey pestañeó y apartó las últimas lágrimas—. No —repitió con voz entrecortada— seréis llevados a

Teotihuacán.

Después de un largo silencio Rebecca sacó el tema.

—¿Teotihuacán? ¿No es allí donde viste por primera vez el signo de la Creación?, y... —suspiró repentinamente—. Eso significa que cada alma que ha dejado el cuerpo...

—Todavía está allí. Correcto —Ramsey sonrió abiertamente—. Durante más de seiscientos años. En un punto en que la población había llegado a 150.000. Estamos hablando de algunos otros millones de espíritus que deambulan por, sobre o debajo de Teotihuacán.

—¿Por qué vamos allí? —preguntó Rebecca sintiendo que ya había casi llegado a la conclusión.

—¿Por qué? —Ramsey rió y después tosió violentamente—. Hay dos razones, querida. Primero, Teotihuacán, según el mito, está asociado con la extinción del Cuarto Ciclo de la Creación. Según la leyenda, los dioses después se reunieron en Teotihuacán para decidir cuál de ellos se lanzaría voluntariamente a las llamas, para elevarse hacia los cielos convirtiéndose en el siguiente sol. Una famosa canción azteca relata la leyenda.

*Aun a pesar de que era de noche,*

*Aun a pesar de que no era de día,*

*Aun a pesar de que no había luz,*

*Se reunieron,*

*Los dioses convergieron*

*allí en Teotihuacán.*

—Un dios se sacrificó humildemente y se elevó como el sol. A pesar de ello, el cielo permaneció inmutable. Finalmente, uno a uno, todos los dioses que se habían reunido tuvieron que sacrificarse. Y solo entonces el Sol que conocemos comenzó a girar, permitiendo nuevamente el florecimiento de la vida. Es ésa la razón por la cual deberíamos estar dispuestos a sacrificarnos por las divinidades ahora, después de que dieron tanto por nosotros —Ramsey volvió a toser y a protestar—. Ahuítzotl considera apropiado que ésta, la Quinta Creación, finalice en el mismo lugar exacto de su génesis.

—¿Y la segunda razón? —preguntó Rebecca—. Tiene que ver con el millón de almas que pueblan la ciudad ¿verdad?

—Eres perceptiva. Por supuesto, estás en lo correcto nuevamente. Y... esta razón... ésta... —le faltó el aire y se le nublaron los ojos—. Oh Dios ¿Qué... he hecho?

Rebecca se puso de pie y se acercó al profesor que lloraba. Era difícil creer que ése era el mismo respetado hombre que, con tal dignidad y propósito, se había embarcado en la mayor búsqueda del conocimiento que el hombre alguna vez hubiera intentado. Una pequeña parte del corazón de Rebecca deseaba acercársele a aquella criatura, manifestarle su pena y consolarlo en su situación actual. Intentó convencerse de que él no cargaba con ninguna culpa, que el mal solo estaba en Ahuítzotl, que Ramsey había sido conducido por ideas nobles, grandes esperanzas de una vida mucho mejor, esperanzas que repentinamente habían sido cercenadas.

—¿No es lo que esperabas, no es cierto? —le dijo Rebecca al tiempo que se arrodillaba a su lado.

Él tosió y respiró profundamente.

—Él... él los sacrificará, les arrancará el corazón —se dio la vuelta hacia ella. Bajó los humedecidos ojos y esbozó una aviesa sonrisa. En ese momento, todo sentimiento de pena se apartó de la conciencia de Rebecca. En su mente sobrevino la idea de asesinato; si no fuera por los guardias que estaban al otro lado...

De los pulmones del profesor brotó una risa hosca y demencial. Levantó la mano derecha y curvó los dedos.

—Ésta —rió mientras cerraba el puño— es la mano que arrancará vuestros órganos de vuestros pechos.

Jay se cubrió los ojos y se apartó, recordando el asesinato de su padre.

Rebecca se estiró y cogió a Ramsey de la camiseta, tiró con fuerza de ella. Le cogió la rodilla vendada con la otra mano. Entre sus enmudecidos gritos lo sacudió y le preguntó:

—¿Por qué Teotihuacán? ¿Qué planea hacer después del sacrificio? ¿Qué hará con la Canción?

—Ja, ja ¿Preguntas por la Canción? La... —sus palabras fueron interrumpidas por un ataque de tos durante el cual se liberó de Rebecca y escupió espantosos coágulos escarlata—... Canción. Ése es el punto. Lo es todo, ¿no lo ves? Dicen que este mundo se extingue a causa de terremotos —

sonrió y dejó ver los dientes ensangrentados—. La tierra temblará, Rebecca, lo hará.

Los ojos se le pusieron blancos, giraron y se posaron en Jay.

—Cuando la Paloma sea sacrificada y se le haya arrancado el corazón, el espíritu se elevará. Y Ahuítzotl lo atrapará...

—Y lo consumirá —susurró Rebecca, le vino a la memoria la imagen del vikingo con los dientes clavados en la etérea enfermera.

—Una vez me comentó —dijo Ramsey gorjeando—, que destruir el alma de esa manera era la ofrenda extrema para el dios Sol, que el alma iba directamente hacia Él.

—Pero no es así —lo contradijo Rebecca—; lo vi absorber las almas de los caballeros, se fortaleció, resplandeció; él... —el misterio se aclaró por completo—. Un millón de almas presentes... —susurró las palabras y se dejó caer hacia atrás para sentarse.

La risa de Ramsey acompañó su movimiento.

—Pensaste que la dedicación de los 20 000 de Tenochtitlán en el Gran Templo era impactante. Imagina la magnitud de las filas formadas en la Pirámide del Sol en Teotihuacán. Cuando estaban vivos creían que el sacrificio era un boleto de ida al paraíso ¿Por qué no habrían de creer lo mismo después de muertos?

Rebecca asintió con los ojos abiertos de par en par. ¿Qué otra cosa podrían hacer?

—Exactamente —el profesor cerró los ojos batiendo los párpados como si admirara una imagen imponente y horrorosa—. Imagino su poder después de haber consumido un millón de almas.

Rebecca vio las piernas de Jay a la altura de su hombro.

—¿Qué le hará el Águila —preguntó con voz triste— a mi Canción?

Ramsey parecía no poder reír más. Con solo un atisbo de sonrisa en el rostro, se atragantó y se secó los ensangrentados labios.

—La cantará, niño. ¿Qué otra cosa podría hacer? —emitió una última risilla—. La cantará por todo el mundo. Sus guerreros más devotos lo seguirán como parte de su séquito. Azotará primero las principales ciudades. Y convocará a las almas.

—¿Cómo? —preguntó Jay.

—Tal cual como lo has hecho tú, pequeño. Cuando liberaste o salvaste, denomínalo como quieras, a un fantasma, a los que estaban cerca, a los perdidos, los desesperados, vinieron presurosos (¿no fue así?), con los corazones regocijados por la eminente liberación. Correrán hacia él con los brazos abiertos...

—Y, en vez de liberarlos, absorberá su energía —Rebecca se quedó mirando el piso de madera, notando una simetría perfecta en las vetas, un propósito para el patrón que describían.

—Y eso no es todo —Ramsey se apoyó en un codo—. En lo absoluto. Se pone peor aún.

—¿Los terremotos? —preguntó Jay.

—Si hablamos metafóricamente, sí —Ramsey se frotó las palmas de las manos—. Con su poder magnificado, llegará el momento en que su Canción pueda llegar incluso más allá de la piel.

Rebecca cerró los ojos. Deseó no pertenecer a esa aterradorante pesadilla. Deseó estar en la granja en Kentucky, lejos de los asesinatos y las conspiraciones de la CIA, de los hospitales y de los espectros; donde, cuando llegara el final, sería como una repentina llamada a su espíritu seguido de una apabullante disolución ¿Por qué no podía ser ella una de los miles de millones que se hallaban sentados en el porche, relajándose al atardecer de un arduo día cuando eso sucediese? Nuevamente la eterna pregunta ¿Por qué tú? ¿Cómo te involucraste en esta mierda, Becki?

—Los extraerá —estaba diciendo Ramsey—, de su propia cáscara. Los espíritus correrán ciegamente hacia el sonido, hacia la promesa de liberación, para regresar a la paz eterna. Y los cuerpos... se convertirán en bestias salvajes desprovistos del alma. Será un mundo regido por la naturaleza, regresaremos a nuestras raíces, antes de que las primeras almas se atrevieran a la Gran Transición que dio lugar a la humanidad. La civilización se desmoronará, nación tras nación, pueblo tras pueblo.

—Los convocará y los devorará a todos. Puede demandarle décadas, quizás siglos. Pero los hallará a todos, Y cuando eso suceda, consumirá a los demás miembros de su ejército. Y después será el último, el único en un mundo de bestias. De acuerdo con sus creencias, en ese momento Huitzilopochtli lo convocará y lo nombrará como soberano de la tierra de los

muertos. Pero, por supuesto, nos damos cuenta de que ya ha obtenido ese título, ya que al absorber todas las almas, se ha convertido en su amo.

—Pues... ¿en qué se convertirá? —preguntó Rebecca.

Jay, sonrojándose, apartó la mirada.

—Se sentirá muy solo.

Ramsey suspiró, después esbozó una leve sonrisa.

—Se sentirá solo, de hecho. Después de haber absorbido tantas... no sé si podrá morir realmente. Veréis, la carne etérea parece fortalecerse cuando se la alimenta con energía espiritual. Después de consumir los cinco mil millones de almas que en la actualidad habitan la tierra, además de Dios sabe cuántos fantasmas, mi Tlatoani será invencible. Será un dios.

Rió y tosió al mismo tiempo.

—Bastante irónico. Curioso, en realidad. Pensar en las emociones agónicas que experimentará en el próximo milenio, la soledad y la desesperación, la traición de su dios, es lo único que me mantiene aferrado a este último atisbo de cordura.

Rebecca se puso rápidamente de pie, disgustada.

—No hay nada que puedas hacer —murmuró el profesor echándole un último peso al espíritu de Rebecca que se hundía—. Ni una... maldita... cosa. Edwin tenía razón, sabes —volvió a toser y a escupir sangre sobre el piso, después comenzó a incorporarse apoyándose en la muleta.

—Hay algunos secretos que es mejor que permanezcan ocultos. Hurgué demasiado.

La puerta se abrió lentamente. Un hombre joven de tersa piel asomó la cabeza.

—El amo está regresando —dijo—. Se nos ordena que nos preparemos para el viaje —el guardia desapareció dejando la puerta abierta.

—Ramsey —dijo Rebecca observándolo pararse finalmente sobre un pie—. ¿Qué te sucederá a ti?

Con un hilo de sangre cayéndole por el mentón, respondió:

—Bueno, obviamente, viviré el tiempo que sea necesario. Después de beber tantas almas, romperá todos los lazos que tenga con su cuerpo. La

energía física que reciba transformará también su proceso mental. Recuerda, el apego espiritual es en principio —volvió a toser—... un fenómeno psicológico.

«Psicológico» pensó Rebecca una y otra vez mientras Ramsey se retiraba de la habitación a los saltos. Y, esposada junto a Jay durante el sofocante viaje de tres horas en la parte de atrás de un *jeep*, el segundo en el convoy liderado por el rejuvenecido Ramsey y seguido por casi treinta vehículos atestados de mexicanos posesos, solo pudo meditar sobre esa palabra y sus implicaciones.

## Capítulo 27

Nunca sintió dolor.

Duncan se aferró al borde del ala entre dos rugientes turbinas durante casi veinte minutos. A cada segundo esperaba experimentar el agudo dolor que lo atacaría y se extendería, lacerándole la esencia a medida que se incrementaba lo distancia con Tenochtitlán. Desde el momento en que había perdido de vista a esa maldita ciudad, recordaba la imagen de Rebecca, de la última noche cuando ella se hallaba de pie en el porche y la luz del crepúsculo le bañaba el cabello esculpido por el viento, cuando el amor le colmaba los ojos como la lluvia cayendo en una laguna de agua calma. Se aferraba a ese recuerdo con la misma fuerza que al ala. Si su esencia estaba destinada al olvido, deseaba que ese recuerdo de Rebecca lo acompañase a cada paso; quizás luego, al entrar en la profunda oscuridad, llevando consigo el amor de ella y su recuerdo encendido como una antorcha, algún destello brillante anunciaría su llegada.

A medida que el avión ascendía, dejando abajo los valles y los sinuosos ríos, se incrementaba su vínculo con la mujer de veinticinco años. Y, a medida que transcurrían los minutos, aparecieron las montañas del este, las nubes se disiparon y su preocupación por la separación de sus restos mortales desapareció. Como un niño que dejó atrás las necesidades emocionales para continuar adelante y entrar en una etapa de preocupaciones más dignas de la vida, Duncan hizo a un lado los temores y las responsabilidades de la relación pasada. Se había percatado de que había trascendido. El cuerpo ya no significaba nada. Por cierto, su vida era una afirmación del hecho de no estar engalanado por el cuerpo, o por ningún elemento físico; no, era lo intangible lo que lo fascinaba.

En el momento de su muerte, las preocupaciones se habían entremezclado y el apego por el cuerpo fue reemplazado por su verdadero amor... a la vida en sí misma.

Rebecca había logrado franquear su coraza de desengaño. La esperanza le llenó el fantasmal pecho, su poder fue eclipsado por la ardiente emoción que se esparcía como los cálidos rayos del sol sobre una calle cubierta de hielo.

No lo puedes negar... el brillo en tus ojos, la duda en la yema de tus dedos...

Duncan respiró extasiado y sonrió de par en par, después se soltó del metal.



Permaneció flotando inmóvil a veinte mil pies de altura mientras el avión atravesaba una espesa nube para después perderse de vista. Y mientras su mente gradualmente se aclaraba, recorrió eficientemente los laberintos de la memoria, buscando desesperadamente el nombre de la ciudad en ruinas en la cual habían descubierto la Profecía escrita en un mural maya.



Se encontró con el español a medio kilómetro de las ruinas de Cacaxtla. El fantasma, que llevaba puestas extravagantes vestimentas europeas, túnica blanca, toga roja, pechera de cuero, guantes y botas; lo saludaba desde un peñasco. Su rostro era de rasgos toscos, de huesos definidos; tenía una pequeña barba que le sobresalía del mentón y un espeso bigote.

Molesto por la distracción, Duncan dobló el mapa que había hurtado de una gasolinera unos veinte kilómetros atrás y descendió.

—Soy Diego Manita —dijo el español primero en castellano y después en inglés cuando Duncan se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—Y —agregó Diego con un dejo de resentimiento—, no... no me he movido de esta zona durante... muchos años.

—Siglos, diría yo —murmuró Duncan rápidamente. No dejó de mirar más allá del fantasma, hacia las borrosas estructuras que salpicaban las lejanas colinas.

—¿Cómo es... —le preguntó el fantasma acercándosele humildemente a Duncan— que puedes trasladarte de esa manera? —se arrodilló y hundió la mano en la arenisca—. Mi cuerpo —dijo—, yace a unos tres metros debajo de este lugar y no me puedo alejar demasiado de él.

Duncan no emitió palabra.

—A tres metros. No puedo alcanzarlo. No puedo tocarlo. No puedo ir más allá de Cacaxtla. No... no lo comprendo. Ha pasado ya tanto tiempo ¿Por qué no he sido liberado? ¿Qué ha sucedido? ¡Dímelo! ¿Dónde está Dios? ¿Qué hay de nuestras creencias? ¿Por qué no escucha Él mis súplicas? Estoy muerto, quiero continuar mi camino —se secó la frente—. Ya hace muchos años que perdoné a mis asesinos. A los demás no les gustó demasiado que me estuviese acercando tanto a los nativos. Necesitaba aprender su lengua, y se lo dije a los soldados quienes se lo contaron a Cortés.

Diego rió y meneó la cabeza.

—¿Sabes cuál fue su respuesta? —Duncan observó a su alrededor, desorientado. Se sentía atrapado en la conversación, escuchando a un espíritu solitario balbuceando acerca de su pavorosa condición.

Con el debido respeto, él tenía mejores cosas que hacer; estaba desperdiciando tiempo precioso. El sol se aproximaba inexorablemente a su destino, ignorante del futuro que acechaba más allá del horizonte. La siguiente vez que su brillante orbe se elevara en el cielo, sería para iluminar a un mundo distinto, un mundo que transitaba sus últimos días como anfitrión de la vida humana.

—Me dijo —continuó Diego—, que los malditos indios importaban un bledo. Que los asesinaría a todos si se interponían en nuestro camino o incluso si le daba la gana hacerlo. Le dije que podíamos aprender mucho de ellos.

Duncan gruñó, moviéndose en el aire, dirigiendo la vista hacia el sol y después hacia las ruinas que se encontraban más adelante.

—Escucha —dijo—. Yo...

—Le dije lo importante que era tener a los nativos de nuestro lado, que nos podían brindar información acerca de la ubicación de Cíbola<sup>[18]</sup>, que no necesitábamos matarlos. Durante los dos años anteriores a que me asesinaran, aprendí la lengua náhuatl. En cada villa a la que íbamos les hablaba, les decía que no era nuestra intención hacerles daño... y después Cortés igualmente los masacró. Tuve...

Duncan había estado a punto de dejar a aquella pobre alma cuando su cerebro incorporó algunas palabras del confuso relato del español. Se acercó y cogió las ropas del hombre, tirando de ellas hasta que estuvieron frente a frente.

—¿Sabes la lengua?

—Sí... sí, por supuesto —el pequeño hombre se contorsionó ante el asidero del pirata.

—Ése era mi trabajo, era el intérprete. Yo...

—¿Y has estado en Cacaxtla? —el tono de Duncan era ansioso, vehemente.

—Sí, ya te lo dije. A menos que quieras saber si estuve allí en vida. En ese caso debo decir que no. Estaba en ruinas entonces, creo que desde el siglo XVIII ¿O fue en el IX?

—Diego se encogió de hombros. —De cualquier manera, marchábamos desde Oaxaca hacia el norte, y pedí persistentemente que nos detuviésemos para que pudiera visitar las intrigantes ruinas en la colina. Y después...

—Y después te asesinaron —Duncan finalizó la frase—. Bien. Ahora siento haber minimizado tu muerte pero esto es importante ¿Hay otros en la ciudad ahora?

—¿Fantasmas como nosotros? —preguntó Diego.

Duncan rápidamente asintió con la cabeza.

—Sólo uno —respondió Diego y Duncan se esperanzó—. Pero partió hace unos años —agregó el español.

—¿Qué?

—Sí, en 1974 el espíritu de un anciano de cabello entrecano se fue con el grupo de arqueólogos que descubrió y extrajo varios trozos de murales de una cámara mortuoria.

—¡Murales! ¿Cuáles? —Duncan asió al hombre con más fuerza, casi desgarrándole la etérea tela de la rúnica.

—No... lo sé —respondió Diego rápidamente—. El anciano solo mencionó uno en particular. Una y otra vez, era de lo único que hablaba. Pronto me aburrí. Cada vez que lo visitaba me relataba la misma maldita historia. Me hizo desear no haber aprendido la compleja lengua.

Duncan lo cogió con menos fuerza.

—Sí —continuó Diego—. El anciano se sentaba frente a ese mural desperdigado, picado y agrietado en algunas partes; se mecía y lloraba, y

siempre repetía aquella extraña predicción que tenía que ver con águilas y canciones.

—Y —Duncan lo instó a que continuara.

—Y... después intenté extraerle algunos detalles más. Casi no notaba mi presencia. Pero en una oportunidad cambió el tono. Una tarde me dijo que él mismo había creado el mural. Al parecer, una noche, días antes de que lo terminaran, se había emborrachado demasiado en algún tipo de celebración solar...

—Continúa —le dijo Duncan.

Diego respiró profundamente.

—Después, por lo que pude entender, ya que él hablaba rápida y toscamente en un dialecto no muy distinto al verdadero náhuatl, permaneció inconsciente por un periodo de cuatro días. —Diego se rascó la cabeza, movió los ojos mientras intentaba recordar los hechos—. Oh, sí. Y cuando despertó, observó el mural con cuidado y halló... algún tipo de añadido.

—La predicción que repetía una y otra vez —dijo Duncan más para sí mismo que para el español.

—¿Se trataba de eso? —Diego rió entre dientes—. No lo sé. Creo que es posible. Después de aquella digresión, volvió a observar el mural y a recitar el mismo pasaje.

Duncan se cruzó de brazos y cerró los ojos. Pensó que aquello lo cambiaba todo. Había algo más desarrollándose conectado con todo eso, nada tan sutil como la conciencia colectiva ni tan importante como el destino. Algo... algo más.

Intentó hallarle el sentido pero las piezas no encajaron. El rompecabezas seguía sin resolverse, pero no le preocupaba demasiado.

Duncan no necesitaba saber quiénes lo habían hecho ni tampoco sus razones. Era suficiente con comprender que la Profecía no era irrevocable a pesar de su apariencia original. Era suficiente darse cuenta de que aún existía el elemento del libre albedrío que de hecho parecía ser necesario y que el destino del sol era aún, de manera figurada, permanecer en lo alto del cielo.

Duncan abrió los ojos y carraspeó.

—Dime —dijo—. ¿Acaso tú, por esas cosas de la memoria, recuerdas las palabras exactas de ese pasaje en particular?

Diego se retorció de risa.

—¿Cómo podría olvidarlas?



Duncan hizo una parada más en su camino a Teotihuacán. Al ver el mapa se dio cuenta de que la ciudad moderna de Puebla se hallaba a quince kilómetros de Cacaxtla. Y, si recordaba correctamente esa parte del relato de Ramsey la piedra de la Gran Creación estaba bajo llave en algún depósito en el centro de Puebla. Ramsey había hallado dos objetos principales en los cuales había basado su teoría. Uno era el mural de Cacaxtla en el que había sido escrita la Profecía. El otro era la Piedra de la Creación. La Piedra de la Creación, recordó Duncan, estaba decorada en cinco de sus seis lados. Cada imagen representaba una fase distinta de la historia de la existencia, primero, cuando las almas eran parte de la luz, después cuando eran separadas e introducidas en las bestias, después expelidas y ocultándose de la luz y finalmente cuando se establecían dentro del hombre.

Eran las 15:30 horas cuando Duncan finalmente localizó el depósito. Utilizando el mapa y un promedio de su antigua velocidad de traslado, calculó que solo necesitaría cuarenta minutos para llegar a Teotihuacán.

En consecuencia, cuando descendió a través del techo del depósito e inmediatamente oyó el sonido de un cuidadoso cincelado, Duncan supo que disponía de poco menos de cuatro horas antes de que la posición del sol se tornara amenazante.

Tenía tiempo para observar.

Una sola bombilla conectada a un cable delgado que atravesaba el techo iluminaba tenuemente el lugar. El fantasma llevaba puesto un hábito gris de arpillera. Tenía en sus manos un martillo material y un cincel. La caja estaba destrozada, las astillas desparramadas por el suelo.

La piedra tenía el doble de tamaño del escultor. El hombre flotaba y trabajaba en la mitad superior. No pensaba en nada que no fuesen la piedra y sus herramientas.

Duncan suspiró y se ocultó detrás de una pila de pequeñas cajas en una esquina oscura. Se reclinó, aclaró la mente y convirtió sus recuerdos en memorias placenteras y distantes, alternando entre revivir la emoción de surcar los extensos mares y recordar el pasado sentado en la playa junto a Caesar y Rebecca...

Las molestas preocupaciones acerca de la Profecía intentaron interrumpirlo varias veces, pero Duncan se resistió exitosa e implacablemente. Creyó comprender lo que implicaba la Profecía.

Pero necesitaba una última evidencia.

Mientras transcurrían los segundos y los minutos se transformaban en horas, Duncan aguardó calmada y pacientemente, mientras el obrero trabajaba para completar el proyecto que había comenzado muchos, muchos siglos atrás.

Y finalmente, gradualmente, la roca adoptó una forma definida y reconocible.

El obrero dio un paso atrás con expresión impávida. Hizo un gesto de asentimiento, después una reverencia y desapareció en una nube de humo y un remolino de destellos efímeros.

El martillo y el cincel cayeron al suelo y permanecieron entre los fragmentos de piedra y la gruesa capa de polvo.

Duncan emergió de las sombras para contemplar la imagen del sexto y último lado de la piedra.

## Capítulo 28

*Teotihuacán, 20:15 horas.*

Cuando Ahuítzotl subió el primer escalón de la Pirámide del Sol se escuchó un murmullo alborozado entre la multitud. Los incontables habitantes de la ciudad en ruinas de Teotihuacán habían permanecido en perfecto silencio durante su solitaria caminata ceremonial. Inmóviles, flotaban amontonados en el aire, apilados uno encima del otro alcanzando casi un kilómetro y medio de altura y seis kilómetros en cada dirección. Habían llegado de la tierra y del aire, desde las cavernas y desde la piedra. Aguardaron la ceremonia pacientemente y reclamaron con paciencia la caída del sol.

Desde la colapsada ciudadela, Ahuítzotl había avanzado graciosamente por el medio de la Avenida de los Muertos, el gran camino que dividía en dos a la antigua ciudad. La pirámide dedicada a la Luna se vislumbraba a lo lejos, un coloso borroso que resaltaba contra el cielo vespertino de color lavanda salpicado de nubes. Dicha estructura se veía empequeñecida por la Pirámide del Sol cuya superficie abarcaba aproximadamente unos doscientos metros y se elevaba a unos ciento cincuenta en dirección a las nubes. Los fantasmas estaban en todas partes excepto en aquellas dos estructuras y la Avenida, llegando hasta el límite de la misma. Daba la impresión de que él estaba paseándose por el fondo de un profundo contenedor abierto, cuyas paredes estaban atestadas de almas que se extendían hasta alturas empinadas.

Al colocar el pie en el escalón más bajo de los cientos que se elevaban hasta la cima del Templo, Ahuítzotl se detuvo un momento para apreciar por completo la importancia del acontecimiento. En el cuerpo del Gorrión, Ahuítzotl posó los ojos sobre las vertiginosas escaleras, entre las dos columnas de mortales, portadores de antorchas; aquellos hombres provenientes de Tenochtitlán sostenían los palos que terminaban en una llama frente a sus pechos desnudos y miraban fijamente hacia el frente, al centro de la antorcha.

Ramsey Mitchel estaba vestido de una manera sumamente elaborada, con materiales especialmente obtenidos en Tenochtitlán. Llevaba puestos anillos y brazaletes, pesados collares y talismanes solares. Su tocado consistía en una enorme máscara de águila con un ancho pico y la cabeza de Ramsey descansaba en la parte de atrás de la garganta del ave; sobre los grandes ojos negros había una línea de plumas de color marfil, algunas de las cuales alcanzaban dos pies de largo, sobre sus hombros se extendía una capa de plumas escarlata que le llegaba hasta los codos y se curvaba para rozarle el pecho desnudo. Sobre los pies descalzos llevaba gruesas garras de águila que terminaban en grandes zarpas. Del cinturón de seda dorada le colgaba una inmensa espada y dos gruesos cuchillos, todas piezas robadas del Museo Nacional. La acolchada falda estaba bordada con jeroglíficos alegóricos al sol, al poder y al destino.

Ahuítzotl se percató de que aquél cuerpo le dolía al comenzar a subir las escaleras. La herida en la rodilla le lastimaba más allá de lo que su poder podía dominar. Había sacrificado dos almas de Teotihuacanos antes de partir de la ciudadela; y Huitzilopochtli le había otorgado fuerza extra de inmediato después de las ofrendas. Pero el dolor era propio de la carne mortal; y mientras que su espíritu podría haber sido fortalecido, el cuerpo de su huésped experimentaba un serio deterioro.

Ahuítzotl sonrió debajo de la sombra de la máscara de águila. En minutos podría deshacerse de aquella forma material para siempre. Huitzilopochtli había prometido la libertad total de movimiento que implicaría la absorción de la Canción. Sólo debía ignorar el dolor y subir... subir. Pasar junto a los portadores de antorchas a quienes les estaba prohibido mirar su silueta, y miraría directamente a las llamas hasta que la visión se disolviera en lugar de ni siquiera echarle una rápida mirada a la imagen sagrada.

Subió, dejando la Avenida muy atrás. El aire estaba tranquilo, en la ciudad reinaba un silencio poco común. En algún lugar una iguana corrió a toda prisa atravesando una losa de mampostería, haciendo caer un montón de guijarros y polvo. En algunas antorchas la llama se agitó y destelló. Una tenue brisa luchó por susurrar entre las plumas de su atavío.

Al echarle una mirada al cénit de la pirámide, pudo distinguir varias pequeñas siluetas. El leal espíritu de Karl se hallaba dentro del cuerpo de Scott, vestido a regañadientes con la túnica y el tocado de un Sumo Sacerdote. Dos cuerpos de mortales que albergaban a seguidores aztecas asían a la mujer, uno de cada hombro; ella todavía tenía las manos atadas detrás de la espalda y

la cabeza gacha con el cabello cayéndole sobre el rostro. Un mexicano aferraba a la Paloma cuyas manos estaban también amarradas.

Seis figuras aguardaban su presencia.

Y un millón más aguardaba escuchar la Canción.

Ahuítzotl tuvo que hacer una pausa para permitir que su cuerpo tomara aire; y se otorgó un momento para traer a su mente un recuerdo de su pasada existencia mortal. Trajo a su mente la imagen de Tenochtitlán, cuando subía al Gran Templo para la dedicación. La ciudad atestada de casi tantos presentes como en ese momento, representantes de cada una de las provincias conquistadas, señores que traían presentes, gente rica, esclavos y mujeres. Y después, al subir los escalones para conmemorar la dedicación, el aparentemente interminable número de prisioneros ¿Cuántos corazones había arrancado aquel día? ¿Qué bien había sido agasajado Huitzilopochtli aquella noche después de la ceremonia, después del recorrido por el cielo? La sangre manchaba cada escalón hasta la calle que se hallaba más abajo.

¿Podría alguien dudar de su lealtad? ¿O disputar su derecho a aquel destino? Huitzilopochtli recompensó a su fiel siervo, lo recompensó bien. Y aquélla era la prueba final. Ese día, quinientos años después, su dios le pedía que llevase a cabo el deber más sublime. Y él se elevaría para cumplir el mandato. Todas aquellas almas irían directamente a él. Pero en esa oportunidad, el objetivo de los sacrificios no era el de impedir el inevitable fin de la creación, sino el de acelerar su llegada.

Ahuítzotl reinició la subida. A cada paso el cielo se oscurecía, a medida que el crepúsculo derrotaba al día y, con sutiles maniobras, extendía su influencia sobre toda la extensión de tierra. Las espectrales sombras que proyectaban las antorchas se encogían humildemente y después se dilataban de nuevo para danzar salvajemente en el espacio por donde él había pasado. Tan repentino como un chubasco que caía desde un cielo previamente claro, un oscuro destello de emoción pasó por la mente de Ahuítzotl. Allí, de aquel lado del gran monolito, el sol estaba dolorosamente ausente. En el Día de la Dedicación en Tenochtitlán había estado directamente sobre sus cabezas, bañando cada uno de sus movimientos, bendiciendo con su calor cada corazón purificado. Pero en ese momento el sol se encontraba al otro lado de la Pirámide, había finas nubes en actitud de resistente indiferencia y la luz se escurría desde el cielo con rapidez.

El sentimiento creció, deteniendo su ascenso. ¿Qué era lo que

experimentaba? Se preguntó golpeando las capas de pensamiento y razón, buscando la respuesta de un anfitrión de enseñanzas mitológicas. Se estremeció dentro del almacén devastado.

Finalmente detectó la emoción. Duda, sentía el molesto aguijoneo de la duda. ¿Estaba su dios todavía con él? ¿Allí en las sombras donde él transitaba un sendero idéntico de brillo anormal, lo seguía su dios aún en aquel momento?

Prestó atención, pero nuevamente no oyó nada más que el crepitar de las llamas y el movimiento de los reptiles. Un grillo comenzó a cantar a lo lejos. Y alguien en la cima de la Pirámide profirió un quejido ahogado.

Ahuítzotl elevó el rostro hacia el cielo, pestañeando ante los matices violetas que se perdían en un púrpura más oscuro en el horizonte hacia el este. Sus ojos se posaron sobre algo. Muy en lo alto rondaba una pequeña figura. Primero describió un círculo, después otro. Finalmente descendió y se dio la vuelta enérgicamente para desaparecer a lo lejos.

Pero se había acercado lo suficiente para que Ahuítzotl reconociera la silueta.

Un águila.

Era una señal. Un águila que revoloteaba para llamar su atención y después desaparecía, de regreso a los brazos de su amo. Recordó la leyenda que relataba la fundación de Tenochtitlán: los antiguos aztecas de México habían visto un águila devorando una serpiente en un pantano, y ésa era la imagen representada en una antigua Profecía que les ordenaba construir allí su capital.

Una sonrisa triunfante se posó sobre el rostro de su anfitrión y la máscara de águila pareció sonreír también, como si toda duda albergada por el monarca hubiese sido arrojada al olvido. Con renovado vigor que disipaba el dolor y la fatiga experimentada por su cuerpo, Ahuítzotl subió rápidamente los escalones, a veces de dos en dos, mientras las llamas de las antorchas centelleaban a su paso.

Cuando solo le faltaban diez escalones, aminoró la marcha y los subió lentamente. Saboreando la experiencia. La parte superior de la Pirámide le bloqueaba la vista, y con la mirada siguió el nivel del plano donde un muro de almas de seis kilómetros y medio de espesor le ocultaba las montañas occidentales y el sol poniente.

Pero Ahuítzotl se percató de que no le importaba. Su dios siempre estaba con él. En la oscuridad tanto como en la luz. En la quietud de la noche como en el bullicio del día. Con cada puesta del sol él le otorgaba su bendición para perdurar a lo largo de la noche. Ahuítzotl había sido bendecido. Brillaba con el poder de su deidad, y era invencible ataviado con la llameante armadura del sol.

Quedaban dos escalones. La mujer levantó la cabeza, y con expresión desesperada osó mirarlo. El seguidor Karl también osó hacer lo propio sonriéndole antes de echarle una maliciosa mirada a la mujer. La Paloma lloraba y temblaba aferrado por su captor.

El cuerpo de Ramsey comenzó a respirar con dificultad y la visión se le tornó momentáneamente borrosa. Ahuítzotl envió más energía a las frágiles células, bombeando suficiente energía al Gorrión para que continuara volando hasta llegar a su destino, y el destino había sido alcanzado.

Primero puso un pie y después el otro en la cima de la Pirámide del Sol.

Un temblor de excitación se escurrió por los miles de presentes; comenzó una desordenada lucha para poder ver que duró varios segundos.

Ahuítzotl colocó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza. La máscara de águila descendió y el pico se cerró. Movié los brazos y encogió los hombros, llevando las plumas hasta el cuello para cubrir su cuerpo con ellas.

Surgió un murmullo ansioso entre la multitud que cesó de inmediato cuando el águila echó la cabeza hacia atrás y gritó triunfalmente en la noche un anuncio de victoria, un chillido de deleite.

Se puso de pie de un salto y elevó los brazos.

Giró una, dos veces. Finalmente, enviando sus palabras al descendente velo del crepúsculo, recitó, en antigua lengua náhuatl, la Profecía que había ido a cumplir.

## Capítulo 29

*Al atardecer.*

Duncan llegó a la ciudad descendiendo a través del túnel de almas, en el momento en que eran pronunciadas las últimas palabras de la Profecía. Cuatro guerreros aztecas se elevaron para ir a su encuentro y doblegarlo. Los portadores de antorchas se estiraron para poder ver y los Teotihuacanos hablaron entre ellos acerca de la audacia de tal interrupción.

Ahuítzotl aguardaba con los puños apretados en la cima de la Pirámide del Sol. Rebecca, notando la tensión del emperador, miró en la misma dirección que él, y se les unió a los millones allí presentes al observar cómo el cautivo era traído hasta la mitad de las escaleras de la Pirámide. Rebecca notó con profundo asombro que él ni siquiera se resistía. Permitía voluntariamente que lo capturaran. ¿Por qué..., —se preguntó ella—... estaba desperdiciando sus posibilidades de esa manera? Podría haberse desplazado por debajo de la tierra y emergido a través de la Pirámide para asesinar al maligno segundos antes de que sacrificara al niño...

—Eres un necio —dijo Ahuítzotl, haciéndose eco de las acusaciones de Rebecca. Las piernas de Ramsey llevaron al emperador al borde de la plataforma. Duncan fue conducido al quinto escalón, después lo obligaron a ponerse de rodillas apuntándole la espalda con lanzas. Mantuvo la cabeza gacha, el cabello le caía desordenadamente sobre el rostro. Con sus ojos azules, en ese momento, inexpresivos, le echó una rápida mirada a Rebecca.

Cualquier destello que ella esperase ver en aquella mirada, nunca se evidenció. Ella volvió la cabeza y dejó que su cuerpo cayera laxo en los fuertes brazos de los mexicanos. A su lado Jay miró al cielo con los ojos repletos de lágrimas, escudriñando la oscurecida bóveda celeste como si una de las constelaciones emergentes pudiera ofrecerle algún tipo de salvación. La comisura de los labios se le curvó hasta dibujar una débil sonrisa, después desapareció cuando cerró los ojos y un sollozo le recorrió el delgado cuerpo.

—Un necio —repitió Ahuítzotl. Con las manos en la cadera, el Águila estaba de pie con arrogante altanería sobre el intruso postrado y cubierto con una capa—. Obtuviste tu libertad y en lugar de escapar para disfrutar de los pocos días que te quedaban, regresaste... regresaste para ser destruido.

Dos de los guerreros hicieron un movimiento con las lanzas, preparándose para embestir.

—¡Aguarden! —les ordenó Ahuítzotl.

Rebecca se mordió un labio y sintió que sus antiguas heridas le volvían a infligir dolor; la herida en la espalda le latía furiosamente, y le picaba la garganta, sensible al contacto con la venda. Deseaba cerrar los ojos. De esa manera podría dudar de la realidad, podría empeorar su audición, su mente la podría engañar; pero la vista, la vista no podía ser negada. No podía refutar la existencia de los millones de almas temerosas que rodeaban la Pirámide, de la misma manera en que no podía negar la realidad de aquella futilidad.

Ella siempre se había preguntado acerca del fin del mundo, cuándo sucedería y qué forma adoptaría. Nunca había imaginado que estaría en el centro mismo del suceso, y que llegaría como una ráfaga cegadora, antes de que tuviera oportunidad de vivir.

Eso era, pensó malhumoradamente. No había vivido... Oh, tenía veinticinco años. ¿Pero cómo había vivido? Como un libro de texto, pensó, de esa manera. Un libro de texto de filosofía. Preguntándose «por qué» a cada paso. Buscando el sentido detrás de cada acción.

Sintió un deje de remordimiento en el corazón. Cayó y se cogió del resbaladizo borde, y al deslizarse vio la efímera llama de vida en su pasado.

Duncan.

—Déjenlo ver —ordenó el Águila. Se inclinó sobre una rodilla, se estiró y pasó los dedos a través del mentón del pirata.

Duncan lo miró a los penetrantes ojos, después, rápidamente apartó la mirada percibiendo un destello de preocupación en los ojos del azteca.

Furioso, Ahuítzotl abofeteó el rostro del pirata. Se levantó y señaló a Rebecca.

—Quizás la existencia no signifique nada para ti sin la mujer. —Una sonrisa maliciosa se posó en su rostro—. ¿Amor, no es así?

Rebecca abrió los ojos desmesuradamente; agitó la cabeza para retirarse el

cabello del rostro. Duncan siguió mirando la piedra del escalón debajo de su nariz.

—Bien —dijo Ahuítzotl levantando los brazos y provocando una ráfaga de viento que agitó la llama de las antorchas—. Ya que te has sacrificado de tal manera solo por ella, ahora observa cómo se sacrifica ella por la gloria de Huitzilopochtli.

—¡Nuestro mundo presente comenzó aquí! —gritó y su voz espectral sobrepasó la mortal de Ramsey, rugiendo sobre la ciudad y extendiéndose sobre la tierra—. ¡Que termine aquí y ahora! ¡Que comience el sacrificio! —Señaló al cuerpo consumido de Scott Donaldson—. Cumpló lo que prometo. Ella es tuya.

Ahuítzotl se giró para poder ver la expresión de Duncan.

—Tráeme su corazón —dijo—. Creo que será un regalo apropiado para tu enamorado pirata.

Los guardias asieron de los hombros a Rebecca con más fuerza y Scott se aproximó. Tenía un cuchillo curvo en la mano, en la hoja se reflejaban las llamas escarlata de las antorchas. Ella luchó y pataleó, gritó en vano el nombre de Scott en un intento por llegar a la conciencia sustituida.

No podía terminar de esa manera... ¿Dónde estaba el propósito, el significado, la gloria de todo aquello? Un pensamiento salvaje le vino a la mente, en el cual deseaba poder ser una simple periodista formando parte de la audiencia, y así podría seguir las repercusiones de aquel sacrificio en todos los presentes, para ver si quizás, con el devenir de los sucesos, emergía algún indicio de nobleza que pudiese ser rastreado hasta aquella muerte sin sentido.

Había escapado de sus garras tantas veces, solo para morir de esa manera. La mano de Scott le apretaba ligeramente la garganta. La punta del cuchillo le presionó el esternón y después ascendió lentamente cortándole la tela de la camiseta. Las solapas se abrieron dejando al descubierto sus sudorosos hombros y la parte superior de sus senos.

Mientras le dibujaba círculos con la hoja alrededor del pulsante órgano, Rebecca se sorprendió de que el corazón no se le saliera del cuerpo hacia la hoja del cuchillo debido a la intensidad con la que le latía.

—No... —rogó.

—Sí, cariño —dijo la voz de Karl delicada y determinada—. He aquí mi

segunda oportunidad.

Los brazos que la sujetaban eran como garras de hierro. Miró por encima del hombro de Scott y se concentró en una o dos de las expresiones de la multitud ansiosa, impaciente.

Desalentada, dejó caer la cabeza hacia atrás y fijó la vista en el cielo, buscando una estrella, no, una ventana, a la cual pudiese volar de inmediato. En ese momento correría hacia ella sin mirar atrás, sin importar los apegos o los recuerdos del pasado. Se lanzaría hacia la luz, hacia las siluetas en el resplandor. Ella...

Pero después recordó, recordó que se encontraba en Teotihuacán. Y aunque lograra escapar de la persecución del espíritu de Karl y de todos los aztecas presentes, el diseño de la ciudad llamaría su atención y la traería de regreso, de regreso para formarse en fila con aquella multitud a la espera del melodioso concierto de Ahuítzotl.

Sintió aliento caliente en el cuello, una punta afilada contra la carne.

Y una voz hermosa cortó el aire quedo.

—¡Espera! —gritó Duncan, y la palabra resonó con ondas de energía—. Quizás —dijo dirigiéndose al emperador—, antes de la ceremonia te gustaría oír la Profecía completa.

—Imposible.

La palabra dicha por Ahuítzotl congeló la ceremonia. La audiencia parecía conmocionada, no comprendía las palabras pero se daba cuenta de que algo serio interfería con el rito. Los aztecas sobre Duncan se movieron incómodos; no podían mirar a Ahuítzotl, pero oyeron su proximidad y temieron su ira.

Scott dio un paso atrás sin soltar el cuello de Rebecca. Ella suspiró suavemente y la más efímera de las sonrisas esperanzadas se esbozó en su rostro.

Ahuítzotl indicó que levantaran a Duncan por los brazos. Pataleando pero relajado, Duncan se negó a luchar ante el asidero de los aztecas.

—He escuchado la Profecía —dijo socarronamente el Águila—. Mientes. Hay solo un...

—Pues, entonces, ¿a qué le temes? —respondió Duncan riendo con disimulo.

—¡Mentiras, he dicho! —Ahuítzotl sacudió al pirata—. Obtengo la Canción. Gobierno. Huitzilopochtli ya ha predeterminado mi destino.

—Alguien —respondió Duncan— ha predeterminado tu destino. Pero no es el destino que tú crees.

Ahuítzotl lo miró furibundo y deseó liberarse de la carcasa de Ramsey para despedazar a aquel advenedizo y devorarle lentamente el alma. Pero necesitaba la carne, requería de las manos para obtener la Canción de la Paloma.

—¡Sabes que la Profecía estaba incompleta! —gritó Duncan entrecerrando los ojos, evidenciando por completo su sonrisa.

Rebecca se retorció ignorando el asimiento de Scott. ¡Lo había hecho! Ella lo sabía. Duncan había regresado para salvarlos; él la amaba y... y, pensó ¿Acaso no es esa evidencia suficiente de la existencia de un significado? Que a causa de una vida de trabajo duro había sido conducida hasta él y había provocado su ayuda contra el mal.

Duncan la miró a los ojos y después volvió rápidamente la atención al enfurecido Ahuítzotl. Los aztecas lo sujetaban mientras empujaba para avanzar.

—No obtienes la Canción —le dijo Duncan al Águila—. La Paloma vuela en libertad. ¿Comprendes?

Duncan sonrió, Jay levantó la cabeza y Ahuítzotl se enfureció aún más.

—¡MENTIRAS! No sabes nada —la carne de Ramsey bulló y se ajó. Le brotó sangre de las fosas nasales y de los oídos y le salió a borbotones de la herida en la rodilla que se le había vuelto a abrir.

—¡NADA! —volvió a gritar dando un salto hacia delante y embistiendo con los puños los espíritus de los aztecas, quienes inmediatamente huyeron chillando de la Pirámide.

El fantasma y la carne posea, Duncan y Ahuítzotl estaban frente a frente.

—Atrápalo —instó Rebecca a Duncan—. Cógelo de la ropa y arrójalo por las escaleras. Al menos mata la carne.

Pero Duncan permaneció inmóvil, con los brazos a los lados y una sonrisa aviesa.

Ahuítzotl giró y atravesó la roca corriendo. Emergió entre Scott y

Rebecca. Arrojando el cuerpo del primero por los aires a varios kilómetros de distancia. Con un rápido puñetazo hizo que el guardia de Jay cayera por el borde y sus huesos se quebraron al caer por las empinadas escaleras.

Con una mano el Águila alzó a la Paloma. Le clavó los dedos en el cuello al niño y lo sostuvo en alto. Jay pateó y se contorsionó; sus pequeños puños llegaban solo a los codos de Ramsey. Ahuítzotl convirtió a la mano derecha en una garra y la suspendió sobre el pecho desnudo del niño.

—No... —Rebecca apartó los ojos.

La mano que arrancará vuestros corazones...

¿Cómo podía Duncan solo permanecer allí de pie, tranquilo observando el grotesco suceso, cuando debería estar intentando impedirlo? Ella se percató de que él había avanzado dos pasos para alcanzar la cima de la Pirámide, después se había detenido, había bajado la cabeza y apartado los ojos de la escena.

—¡Observa pirata! —le ordenó Ahuítzotl—. Observa el cumplimiento de una profecía. La Canción es mía.

Al primer golpe, los dedos perforaron y escarbaron la oscura piel.

—Mía...

Escarbó, atravesando hueso y músculo.

Rebecca gritó, chilló y se atormentó. No podía mirar, no podía ver el rostro torturado de Jay; la mirada que reprochaba traición apoderándose de su expresión; había creído que era especial, que tenía un propósito; había creído que el ser especial lo hacía de igual manera, importante.

Por mucho que ella había creído en sí misma, comprendió; y una vez más se abrió el hoyo y la invitó dulcemente a sumergirse en el abismo, donde no había cosas tales como los sueños que podían ser despedazados.

—Ven, —le susurró—. El agua está agradable...

Le echó una mirada a Duncan antes de aceptar la invitación. Él se había encorvado hasta agazaparse, con las piernas tensas. A través de la maraña de cabello oscuro, miraba al Águila con ojos temerarios.

La mano ensangrentada de Ramsey se elevó en el aire, y de inmediato la multitud aulló y se regocijó, y cada seguidor mortal cayó de rodillas.

El cuerpo de Jay cayó al suelo; las piernas sin vida se encogieron y el

cráneo se partió. La sangre le salía a chorros de la cavidad del pecho a través de la piel y por encima de las costillas y después caía sobre la roca.

Su corazón, aún palpitante sobre la palma abierta de Ramsey, era el objeto material que se hallaba a más altura en la ciudad. Ahuítzotl rugió triunfante y apretó los puños sobre el pequeño órgano.

—¡Mío! —gritó al tiempo que el corazón explotaba. Y en un susurro repitió—: Mío... —después miró el cuerpo, bajó los brazos y aguardó.

El momento oportuno, Duncan se concentró en el momento oportuno. Podría representar la diferencia entre otro amanecer o el reino eterno de la noche. Estaba dispuesto, listo. Existía una profecía tallada en la piedra, pero Duncan no iba a depositar su confianza en una estructura tan frágil. Además, quizás el destino contaba con él. Y aunque todo estuviese predeterminado desde un comienzo, no haría ningún daño que se asegurara del resultado. Se tensó observando el cuerpo de Ramsey. Esperando...

Una luz se posó sobre el cuerpo de Jay, un aura que creció y después lentamente se volvió distinguible, apartándose de la carne. Su espíritu se sentó y comenzó a elevarse.

Ahuítzotl se liberó del cuerpo de Ramsey.

Todas las llamas se agitaron hacia atrás, luchando contra la increíble ráfaga de viento que Duncan dirigió escaleras abajo al lanzarse hacia su objetivo.

El alma de Jay se elevó, como si la levantara un asiento de aire. Su rostro, en paz y entusiasmado, miraba hacia el cielo y le brillaban los ojos. No muy lejos, más abajo, el Águila desplegó las alas y comenzó a volar persiguiéndolo con calma.

Duncan avanzó rápidamente, después se elevó, trepando, intentando alcanzarlo.

Las antorchas se apagaron al unísono y sumieron a la tierra en una oscuridad húmeda justo en el momento en que Duncan cogió al azteca del tobillo. Tiró con ambas manos, sacudiendo al Águila hacia abajo; liberó el pie y pasó los brazos por debajo de los hombros y por detrás del cuello de Ahuítzotl, sujetándolo con fuerza.

El poder del Águila era increíble, magnificado una docena de veces desde su último encuentro. Ahuítzotl pronto se liberó y, como lo había esperado

Duncan, dirigió su furia a su oponente en lugar de seguir a la Paloma. Un puño se le enterró en el rostro y la fuerza envió a Duncan girando sobre la silueta de la Pirámide, deteniéndose a solo unos metros del muro de almas. Los espíritus murmuraron y sintieron pánico, inseguros de lo que había sucedido. En las tinieblas sus ojos no se veían mejor que los de ningún mortal.

Fulgararon chispas en las escaleras, intentos por volver a encender las antorchas. Y un quejido demoniaco se elevó en el aire, un grito de negación y de pérdida.

Rebecca comenzó a comprender. La esperanza resurgió en la oscuridad. No podía ver, determinar la posición de los jugadores, pero sabía que no todo estaba perdido. —Todavía estamos en el juego —pensó. —Todavía participamos.

Se encendió una llama y después una docena más a lo largo de las escaleras. Los portadores de antorchas corrían alocadamente para encenderlas. En la creciente luminosidad, Ahuítzotl inspeccionaba el aire frenéticamente. Flotaba a unos seis metros sobre la Pirámide escudriñando los cielos, mirando los confines espirituales de Teotihuacán. Le echó una mirada al cuerpo destrozado más abajo, después volvió a registrar la tierra.

—¡NOOOOOO! —descendió girando una y otra vez posándose finalmente en la Pirámide entre donde Ramsey yacía temblando sobre la roca y donde se hallaba Rebecca, de pie entre sus captos arrodillados. Unos pocos mexicanos se arriesgaron a echarle una mirada al emperador. Karl empujó el cuerpo de Scott para que se pusiera de pie; buscó el cuchillo que había dejado caer.

Ahuítzotl cerró los puños y los elevó al cielo. ¡Aquello no podía estar sucediendo! La Profecía... estaba destinado a obtener la Canción, a gobernar para siempre... ¿Qué había sucedido? ¿Había él decepcionado de alguna manera a Huitzilopochtli? Sí. Ésa era la única respuesta. Al final había sido considerado indigno. Se había vuelto demasiado arrogante, de hecho se había comparado con el gran dios.

Y Huitzilopochtli, en su sabiduría superior, había decidido rescindir la recompensa, permitirle la libertad a la Paloma. Pero, Ahuítzotl se dio cuenta con un destello de entusiasmo de que aquello no cambiaba en absoluto las cosas. Aún era el agente de la destrucción. Los terremotos aún sucederían; solo que su flagelo tardaría más tiempo en diseminarse por el mundo.

Bien, no tenía la Canción. ¿Qué importaba eso si tenía el poder? Podría convencer fácilmente a aquellos millones de que él tenía la capacidad de enviarlos al paraíso con solo tocarlos. Después de haberlos absorbido a todos, y después de que Huitzilopochtli lo recompensara con poder ilimitado e invencible, podría despedirse de la carne y moverse libremente en el mundo. Sería astuto como el jaguar, sagaz como el águila. Con su leal ejército se expandiría de provincia en provincia, exactamente como lo había hecho en el apogeo de Tenochtitlán. Exigiendo tributo a los conquistados, incrementando su ejército, y, por supuesto, sacrificando a miles, incluso a millones, después de cada conquista.

Ramsey tembló y llamó a su amo. Ahuítzotl lo ignoró. Caminó hacia el centro de la Pirámide y miró a su audiencia. Sí, pensó. Ése era el designio de Huitzilopochtli. Vio la gloria y el poder que conllevaba. La Quinta Creación estaba de hecha, terminada, pero Huitzilopochtli deseaba regodearse de su descomposición durante muchos años más. A Ahuítzotl le vinieron a la mente escenas de intensidad apocalíptica una vez que se expandiera lo suficiente hacia el norte y hacia el sur, conquistando las almas y los espíritus de cada tierra, él y sus seguidores tentarían a los mortales a gran escala, guerras mundiales. Su ejército espiritual estaría en cada tierra, a la espera de cada alma que intentara escapar de un cuerpo moribundo. Las guerras se encarnizarían. El hombre caería en el olvido y llegaría un tiempo en el que los mortales rogarían que el sol interrumpiera su ascenso.

Y Ahuítzotl estaría allí, alegremente dispuesto a cumplir con la petición. Y después su ejército, compuesto por miles de millones, marcharía hacia él para el sacrificio final.

No había diferencia. En silencio, aún provocaría la extinción de ese Sol.

Ramsey sintió un líquido tibio en la mano derecha, goteando, esparciéndose. De cuclillas en la dura piedra a causa del dolor, el profesor le rogó a sus ojos que no se enfocaran, rogó que se cerraran y que las visiones desaparecieran en una añorada oscuridad. ¡Qué bendición sería no volver a ver jamás! No más horrores que presenciar, no más dolor que compartir. Ningún brillante misterio por resolver.

Cuando Ramsey se miró con resentimiento la mano, notó que era sangre. Sangre. Sangre tibia y algo más...

Oh, Dios, no...

El cuerpo del niño yacía retorcido y acurrucado a no más de tres metros

de distancia. Al igual que los de Bergman, los ojos de Jay estaban abiertos...

Y me miraban directamente a mí.

Ramsey se estremeció y sacudió el cálido líquido de la mano. Se forzó a cerrar los ojos y se llevó las rodillas al pecho. Un objeto de metal pesado le punzó el muslo, anunciando su presencia y a la espera de una respuesta.

Y, con el peso del mundo en cada uno de sus movimientos, Ramsey se estiró para coger el cuchillo.

Rebecca retrocedió. En solo dos pasos podría haber rodeado a los guardias y llegado a la escalera. Un pesado mexicano que aún se hallaba de rodillas, se estiró y le cogió la pierna. Tropezó y cayó fuertemente sobre el hombro con las muñecas ligadas detrás de la espalda.

Scott se le acercó arrastrando los pies. Sostenía el cuchillo relajadamente, pasándose la hoja por la piel del brazo opuesto. Cortó la piel, dibujando líneas entrecruzadas desde el codo hasta la mano. Sonriendo ampliamente se llevó la hoja a los labios, dejando que la sangre le empapara la lengua.

No es mi cuerpo...

Rebecca gritó llamando a Duncan mientras intentaba darse la vuelta. Se las arregló para patear al mexicano de lleno en el rostro y le voló varios dientes. Rápidamente levantó las rodillas y se impulsó, rodando hacia el borde de la Pirámide donde podría tener oportunidad tumbándose escaleras abajo.

Una mano ensangrentada la cogió del hombro y la arrastró. Estaba de espaldas, indefensa, y Scott levantó el cuchillo...

Ahuítzotl se elevó más en el aire y extrajo la espada y el cuchillo.

—¡Pirata! —gritó registrando los cuatro lados de la Pirámide y el cielo sobre él—. ¡Tú serás el primero!

Duncan emergió de la Pirámide y deslizó los dedos a través del brazalete que Scott llevaba en la muñeca. La hoja quedó suspendida en el aire, luchando por soltarse. Karl se paró e intentó girar para liberar la mano, pero resbaló y el fantasma le tiró de la muñeca aún más.

—¡Amo! —gritó mientras pateaba las insustanciales piernas de Duncan—. ¡Ayúdame!

Duncan echó una rápida mirada en dirección al cielo. Enseguida dobló el brazo de Scott detrás de su espalda y tiró hacia arriba, desencajándole el

hombro. Dio un salto hacia atrás y desenvainó la espada, listo para hacer frente al furioso ataque del azteca.

Miró a Rebecca brevemente.

Deseaba despedirse. Deseaba decirle... decirle que... sí, que la amaba. Deseaba que ella lo supiera, que lo escuchase de sus propios labios, antes...

Pero era demasiado tarde. Ahuítzotl descendió con los ojos encendidos por la ira y un increíble poder emanando de su esencia. Duncan no podía afrontar tal amenaza.

Y Rebecca estaba demasiado ocupada para notar su mirada.

Gritando, Karl/Scott se inclinó para levantar el cuchillo con la mano izquierda. Lo sostuvo débilmente ya que el dolor del brazo cortado no paraba en los músculos de Scott. No le importaba. Quería a la perra, la quería muerta. Deseaba que la sangre le emanara del pecho, tener su corazón en la mano. Había algo en aquello del sacrificio, pensó con regocijo demencial. Han gente sabía cómo vivir.

Se le acercó, se agachó y se preparó para saltar sobre ella; listo para hundir el cuchillo una y otra vez hasta que sus gritos desaparecieran y su cuerpo estuviese bañado de sangre.

Saltó.

Todo ocurrió muy rápido. En un segundo estaba suspendido en el aire; en el siguiente su respiración había abandonado sus pulmones en el momento en que ella levantó los pies para rechazarlo. Su cuerpo quedó pendiendo adolorido durante un instante, el brazo le hirió duramente las piernas produciéndole cortes, después salió despedido hacia los primeros escalones.

Golpeó primero con la cabeza y un dolor cegador rugió dentro de la conciencia de Karl. No era tan malo como su propia muerte ni lo suficientemente fuerte como para forzarlo a salir de aquel cuerpo. Tenía que tolerarlo, ya que no sabía cómo aferrarse a cosas materiales mientras adoptase la otra forma. Aquel cuerpo era su única posibilidad. Tenía que resistir, tenía que...

Un dolor plateado penetró en el cuerpo, deslizándose entre las dos costillas superiores.

—¡Idiota! —se gritó a sí mismo—. ¡No soltó el cuchillo!

El cuerpo rodó y se tambaleó, retorciéndose al caer por las escaleras y se

detuvo junto a uno de los portadores de antorchas que permanecía de pie cual estatua. La cabeza estaba destrozada y repleta de sangre y el cuchillo estaba hundido hasta el mango en el pecho de Scott.

Karl se liberó de la carne moribunda e inmediatamente ascendió a la Pirámide, ignorando el aturcido espíritu que emergió después del cuerpo.



Con un esfuerzo fenomenal de las rodillas, Ramsey se puso de pie. El dolor se sentía como si hubiese ingerido más de tres litros de gasolina y lo persiguiera un encendedor prendido. Sentía que el interior del cuerpo le ardía y le quemaba, un fuego blanco se esparcía por sus órganos, arrasándole las venas.

*Arde en el infierno, que has liberado, amigo.*

—Cállate, Edwin, —murmuró mientras levantaba el cuchillo—. Todavía... todavía puedo escucharte.

Ya fuese a causa del dolor o por el acto que contemplaba, le brotaron lágrimas de los ojos. Sólo un niño... El pensamiento salió del dolor de su conciencia. Un niño.

Quizás Ramsey James Mitchell podría estar hecho para sufrir las consecuencias de sus dementes deseos. Pero un inocente había sido arrojado a las llamas. Y con él, las esclusas se habían abierto, los esfuerzos en pos de la negación habían cedido y los océanos de almas angustiadas pesaban sobre su conciencia, solo contra la corriente.

Era demasiado tarde para remediar el pasado. Demasiado tarde.

*Arde...*

Nadie le daría una segunda oportunidad. Y, desafortunadamente, él no podía darle al mundo una segunda oportunidad.

Sostuvo la empuñadura con ambas manos y apuntó la hoja hacia su pecho.

Le quedaba una sola cosa por hacer. No serviría como castigo, y como ajusticiamiento era tristemente inadecuado.

Quizás allí, al final, alguien se diera cuenta. Y quizás, quizás alguien entre la multitud sintiera un atisbo de pena...

Respiró profundamente y cerró los ojos. Un destello de la imagen de las llamas danzó en la oscuridad de sus párpados cerrados.

Sosteniendo el pulso lo más firme que pudo, Ramsey Mitchell se dejó caer sobre la hoja.



Duncan se enfrentó al primer golpe, sosteniendo fuertemente la espada con ambas manos. Con un grito ensordecedor, el azteca golpeó la hoja con su propia arma. La colisión emitió una andanada de destellos cegadores. La espada de Duncan se quebró y el rugido de la explosión arrojó al pirata al borde de la Pirámide.

El dolor era tan fuerte como si acabara de perder un brazo; sintió un gran vacío en el espíritu. Se le nubló la vista. Se desvaneció y levitó sobre un costado encima de las escaleras. Indefenso, sin poder levantar la cabeza y mucho menos las manos, observó a Ahuítzotl aproximarse.

El Águila descendió junto al pirata, gritó algo acerca de Huitzilopochtli y después levantó la colosal espada sobre la cabeza.



Rebecca no pudo apartar los ojos de la escena. La invadió el horror, cayó de rodillas, paralizada mientras Ahuítzotl preparaba el mortífero golpe. Alguien gruñó a su izquierda y un cuerpo se agitó y después permaneció inmóvil.

Los ojos de Duncan, llenos de dolor, la buscaron, y finalmente se posaron en ella.

Los labios del pirata se movieron, articulando las palabras Te amo.

La espada del azteca descendió describiendo un gran arco, rozando la superficie rocosa delante del rostro de Duncan, y después procedió a cortar a través de toda la superficie de la plataforma cuando un poder desconocido lo echó hacia atrás. Pataleó y manoteó, pero no pudo liberarse.

—¡Gorriooooooooón!

Con gran fuerza fue arrastrado por los aires y depositado en el cuerpo de Ramsey que aún se retorció.

Todo quedó en silencio.

Las llamas destellaron y echaron humo.

Las almas murmuraron y cuestionaron.

Duncan levantó la cabeza y parpadeó. Recuperó gradualmente la fuerza.

Rebecca se apartó del cuerpo de Ramsey. De rodillas avanzó hasta donde se hallaba Duncan sin dejar de echarle miradas de temor al profesor.

Una ráfaga de viento la hizo ponerse de espaldas y amenazó nuevamente con apagar las antorchas.

Dos siluetas fantasmagóricas emergieron del pecho del profesor, girando y luchando en el aire. Con ojos inexpresivos, Ramsey Mitchell observó el rostro de su poseedor y sus etéreas manos se posaron en el cuello del azteca.

Ahuítzotl, defendiéndose enfurecidamente del ataque, levantó los extensos brazos sobre los de Ramsey y le clavó los dedos en los ojos. Ejerció presión ignorando los crecientes gritos de dolor de Ramsey y extendió los brazos desgarrando el rostro del profesor en gajos azulinos. Le salió humo del cuello y los brazos extendidos de Ramsey se agitaron sobre los hombros del azteca.

Ahuítzotl levantó al espíritu descabezado y rápidamente le hundió el puño en el pecho. El alma de Ramsey tembló de miedo y danzó mientras se disolvía, toda la silueta se desvaneció como un castillo de arena bajo una salvaje tormenta.

Rebecca apartó la mirada y dejó caer una lágrima por el desilusionado profesor que había hecho un último intento por redimirse.

—¡El crepúsculo del Quinto Sol ha comenzado! —gritó el resplandeciente espíritu desde la distancia en el centro de la Pirámide—. ¡Soy el que trae el final! ¡Venid! ¡Venid a mí y ofrecedos a quien hace resplandecer toda la creación! ¡Venid! Que aceleraré vuestro camino al paraíso. ¡Sentid mi contacto! ¡VENID!

El muro de almas se agitó. Unas cuantas en el medio empujaron hacia delante. Una o dos de la parte delantera avanzaron con cautela, después dudaron cuando vieron que otra alma ya estaba tomando el primer honor.

Karl avanzó como un rayo hasta la cima de la Pirámide, directamente a los brazos de Ahuítzotl.

—¡Amo! —clamó mientras el azteca dirigía su maléfica mirada hacia él—. Necesito un cuerpo. ¡Por favor! Me dijiste que podía matarla. Necesito...

En medio de un ruido de plumas etéreas, Ahuítzotl se abalanzó sobre él. Con la gran mano cogió a Karl del fantasmagórico cráneo y con las palabras «¡Me lo dijiste!», saliendo en un silbido de los temblorosos labios de Karl, Ahuítzotl le apretó la cabeza hasta que explotó en una lluvia de débiles y

delgados haces de energía. Le hundió el puño en el estómago y en un profundo respiro Ahuítzotl le absorbió la esencia entera. En cuestión de segundos, la silueta se había disuelto, encogiéndose en una delgada columna de humo que fue instantáneamente succionada por la garganta del Águila.

Esa vez Rebecca lo observó todo, incluso sonrió al final, cuando los labios de Ahuítzotl se cerraron sobre el resto del espíritu de Karl. Imaginó una recinto a miles de kilómetros de distancia y el júbilo que debería estar inundando el pecho del solitario acusado.

—Becki...

La palabra la sobresaltó. Se volvió y vio a Duncan que le hacía señas frenéticamente hacia donde se hallaba él, aun languideciendo pero con signos de recuperación.

—Desciende... —le indicó e hizo una seña hacia el costado—. Ahora...

Ella no sabía qué pensaba que sucedería, o creía que podía esconderse de Ahuítzotl con solo huir escaleras abajo, pero en cualquier caso, no dejaría a Duncan solo y vulnerable. Se puso de pie y se encaminó hacia él.

Mientras corría, intentó buscar una manera para detener al azteca y se dio cuenta de que su única posibilidad se había ido. Si Duncan intentaba luchar, sería destruido en segundos, con toda la fuerza que Ahuítzotl ya había reunido. No, solo Jay tenía ese poder. Dio por sentado que la fuerza del fantasma no importaría una vez que lo hubiese tocado. Jay era como la Muerte, la condición y el poder no significaban nada al enfrentarse a ella.

Pero Jay se había ido, había logrado huir gracias a la distracción que había provocado Duncan...

Se detuvo, se miró los pies y después por encima del hombro hacia donde Ahuítzotl había comenzado a seguirla, a solo cinco metros de distancia. Unos pocos portadores de antorchas habían subido hasta la cima del templo, pensando que el cénit debía ser iluminado para guiar a los espíritus al sacrificio.

Estúpidos, pensó, y se giró para enfrentarse a Ahuítzotl. En la locura desde el sacrificio ella no había hecho la conexión. Duncan tenía más en mente que evitar que el Águila se apoderase de la Canción. Mucho más. Ella se había olvidado. Había olvidado que se hallaba en Teotihuacán. Le echó una mirada a las miles y miles de almas que, expectantes, se agitaban en sus asientos eternos.

Ahuítzotl hizo una pausa cuando estuvo a su alcance.

La débil voz de Duncan desde atrás le rogó que corriera.

—¿Ahora aceptas tu destino? —le preguntó Ahuítzotl inclinando la cabeza para mirarla a los ojos.

Rebecca levantó el mentón e intentó calmar su agitado corazón.

—Sí —le respondió a la pregunta, una que ella misma se había hecho innumerables veces. *Sí, bastardo emplumado. Lo acepto. Acepto los mortíferos camiones que cargan heno, las negaciones de la muerte, las espantosas visiones, el manto de responsabilidad. Acepto las tragedias sin sentido, el sufrimiento de inocentes, la injusticia, las vidas perdidas, la decadencia, las enfermedades y la muerte.*

Su espíritu se agrandó y la sangre le fluyó con rapidez, latiendo por el apasionamiento.

*Lo acepto todo.*

Un alboroto de voces excitadas se elevó entre las almas. Los portadores de antorchas abrieron la boca y señalaron algo que emergía de la Pirámide detrás de los pies del Águila. Algo que había estado aguardando, muy, muy en lo profundo de la Pirámide, recuperándose del trauma inicial provocado por la inmaterialidad.

Ahuítzotl, ajeno a todo lo demás, sonrió y se estiró para coger a Rebecca, planeando estrujarle el torso hasta partírselo, o aplastarle la caja torácica para después alimentarse de su alma cuando esta intentase partir.

Pero la voz que le llegó al oído le quitó el impulso y le hizo saber que la suerte, tal y como era, había sido echada.

—Hombre Malo... ¿No deseas escuchar mi Canción?

«No ha terminado» pensó Ahuítzotl. El Águila aún podía silenciar a la Paloma. Oh, Huitzilopochtli, guía a tu leal siervo ahora. Ayúdalo a poder golpear como un rayo, a destruir y desgarrar a su enemigo antes de que pueda entonar la Canción. Guíalo, Amo, guía sus zarpas mientras desgarran la Canción en la garganta de la Paloma.

Se dio la vuelta, se estiró para cogerlo...

Pero la Canción ya había comenzado, y las pequeñas manos se posaron sobre la cabeza del Águila.

El espíritu de Ahuítzotl se distendió, permaneció inmóvil al ser cogido por la Paloma. El pequeño espíritu revoloteó sobre él y ejerció presión sobre las sienes con sus manos.

—¿Querías brillar como el Sol, Hombre Malo? —Jay entornó los ojos y sonrió más ampliamente que cualquier otra vez que lo hubiera hecho en vida.

El niño ejerció presión, despedazando el gran cráneo como si se tratase de un globo de agua; juntó las palmas de las manos y, como si expeliesen descargas eléctricas similares, se repelieron separándose en su máxima distancia.

Rebecca se dio la vuelta, dio tres grandes pasos y se metió donde se hallaba Duncan. Al volar por encima del borde, sintió sus manos contra la blusa presionándole el estómago.

Cayó fuertemente sobre su hombro derecho, se desplomó dolorosamente por tres escalones, después se detuvo abruptamente cuando una fuerza que la cogía de la hebilla del cinturón evitó su caída.

Cerró los ojos con fuerza un instante antes de que la casi cegadora luz resplandeciera sobre su cabeza. Las estrellas se fundieron en la negrura y el cielo resplandeció con un color azul brillante. Las nubes fueron apartadas de su posición y las antorchas se apagaron al unísono. La luminosidad se desvaneció gradualmente y cuando Rebecca se atrevió a mirar, notó sorprendida que había comenzado a llover.

Bolas de energía luminiscente del tamaño del granizo cayeron del cielo. Como destellos después de una exhibición de fuegos artificiales, los restos de la disolución de Ahuítzotl caían en forma de lluvia sobre la Pirámide y sobre todo Teotihuacán, desapareciendo en las piedras, cayendo ininterrumpidamente durante casi un minuto antes de desvanecerse y desaparecer por completo.

A lo lejos cantó un grillo. Se encendió una llama en la cima de la Pirámide y un viento suave silbó entre las ruinas.

Aunque no podía ver más allá que a tres metros en cada dirección, Rebecca percibió un gran movimiento en la oscuridad. Una oleada masiva, una carrera hacia la Pirámide.

Oyó un ruido metálico proveniente de sus esposas y una voz le susurró a sus espaldas:

—Le hurté la llave a uno de los portadores de antorchas. Debo partir ahora. Te veré en los *jeeps*. —Sintió un suave roce en el costado. —Y Becki, por si no te lo he dicho antes, te amo.

Se puso de pie con dificultad y subió hasta el último escalón. Antes de que la oleada de fantasmas plagara la Pirámide, pudo ver al pequeño espíritu. La sonrisa que esbozaba era para ella, tenía la mano levantada en señal de agradecimiento.

A la mitad del descenso, con el camino iluminado por los haces de luz que provenían de arriba, Rebecca tuvo que cerrar los ojos. La masa de espíritus que se interponía en su camino se estaba tornando demasiado densa. Sintió que la claustrofobia se apoderaba de su ser, se le contrajo el estómago y casi se desmayó. Los rostros, las bocas, las manos, los ojos, principalmente los ojos. La mirada de hambre luego de haber sufrido de inanición durante años. La atravesaban sin evidenciar un solo indicio de reconocimiento de su presencia. Cada ojo miraba en dirección a la cima de la Pirámide del Sol, donde la pequeña Paloma entonaba su cautivadora Canción.

Rebecca caminó unos cuatro kilómetros, cuidándose al dar cada paso. A menudo confundía lo material con lo fantasmagórico, y a los muertos con los vivos. Durante kilómetros se concentró en no mirar a los espíritus que se agolpaban, hallando las ruinas, las chozas, las estrellas. En un punto se dio cuenta de que había estado avanzando en círculos. En el estrépito de desesperadas voces etéreas creyó oír gritos humanos de confusión. Finalmente, el encendido de un motor le llamó la atención y la guió.

Le dolía el cuerpo, le latía el hombro y le picaba el cuello. Se cogió las solapas de la blusa y, con la cabeza gacha, avanzó hasta el final de la Avenida de los Muertos, de regreso al mundo de los vivos, donde Duncan la esperaba pacientemente, habiendo reservado el vehículo más grande.

—Bienvenida de regreso —le dijo cuando ella terminó de ascender por la colina y se tambaleó hasta el único *jeep* que quedaba—. Deja que te cuente por lo que pasé para evitar que los mexicanos tomaran este *jeep*. Primero dejé que el que tenía las llaves lo encendiera, y después déjame decirte que le di un gran susto. Y...

—¡Duncan! —siseó Rebecca. Ante su expresión de ofensa tuvo que luchar para contener una sonrisa que finalmente fue evidente—. Ayúdame a subir al *jeep* y vamos a casa.

—Por supuesto —dijo él tocándole la espalda y guiándola hacia el asiento

—. ¿Pero no podríamos permanecer un momento sentados para observar el resplandor?

Rebecca se giró y miró la ciudad. Las sombras se apoderaban y se aferraban a las ruinas, excepto alrededor de la Pirámide del Sol, donde se podían ver espesas docenas de almas apiñándose a cada lado. En la cima, los haces de luz intermitentes explotaban como fuegos artificiales, dispersando a las sombras y permitiendo ver por momentos a la ciudad y a sus jubilosos habitantes.

—Tenemos un avión que coger —murmuró Rebecca al acomodarse en el asiento y sentir el suave roce de la mano de Duncan en los hombros. Él se puso tenso y retiró el brazo.

—¿Un avión? —repitió incrédulamente—. *Madame*, preferiría sufrir mil siglos en un pozo de hormigas fantasmales antes de coger otro avión.

—Pero... —Rebecca movió los ojos y pestañeó—. Es una caminata muy larga hasta Washington.

Duncan silbó y se acomodó en el asiento, dejando descansar la cabeza sobre el hombro de Rebecca.

—¿Por qué no navegamos?

## Capítulo 30

Los días se acortaron y el reino de la noche se extendió. Pero el calor continuó, y el viento acarreaba humedad mientras el cielo se oscureció y se cubrió de nubes.

Finalmente, llovió en la antigua ciudad de Teotihuacán.

Llovió a cántaros durante un día y medio. Los turistas pasaban en un autobús techado, señalaban, tomaban algunas fotos. En un toско inglés, la guía explicaba que tres hombres y un niño habían muerto recientemente allí. Una tragedia misteriosa y terrible.

—Quizás —agregó con una sonrisa tímida—, sus espíritus aún estaban allí, reuniéndose con el coro de almas milenarias que algunos juraban se podía oír por la noche, cantando durante los solsticios.

Cuando el autobús se alejó de regreso hacia la civilización, un alma solitaria subió el extenso tramo hasta la cima de la Pirámide del Sol.

Scott Donaldson le echó una última mirada a la tierra desde su posición elevada en la Pirámide, después bajó la cabeza y caminó arrastrando los pies hacia la refulgente figura del joven niño.

Y un minuto después, Teotihuacán respiró un aire de libertad; todas sus aves habían volado. Una quietud poco común inundó la ciudad cuando el último fue llevado al aire. La lluvia no dejaba de caer limpiando las calles. Su sed fue saciada, Teotihuacán durmió.



En una solitaria extensión desértica fuera de las ruinas de la ciudad de Cacaxtla, el fantasma de un intérprete español llamado Diego entretuvo a su joven visita durante cuarenta minutos, con relatos de aventuras, de amores pasados, de guerras y de asesinatos.

Finalmente, se percató de que el viajante, un joven niño, demasiado joven

para estar viajando solo, pero quién era Diego para juzgar a los padres de esa era, se estaba impacientando. Por tanto, Diego le extendió la mano en gesto de agradecimiento por haberlo escuchado y aminorado el aburrimiento de su desolada alma. El niño, con modales encantadores, le cogió la mano y le dijo que había un lugar donde todos estaban aguardando para escuchar sus historias.

Los ojos de Diego brillaron y se le llenó el corazón de esperanza.

Antes de que pudiese preguntar, ya estaba en camino.



La anciana mujer había regresado a su esquina.

Sus sollozos eran más fuertes, más intensos. Llorando se golpeaba el pecho y repetía el nombre de un hombre. Repentinamente, advirtió que había otra presencia en la habitación. Se giró y acalló el llanto. Recordaba haberlo visto antes. Pero era diferente entonces... era uno de ellos.

Ella le extendió el brazo al visitante, y con lágrimas de alegría, aceptó ser tocada por él.



En una exhibición en el tercer piso del museo de Honduras, un ajado y arrugado espíritu estaba sentado frente a un mural que abarcaba toda la pared. Ajeno tanto a los turistas como al resplandeciente fantasma que había aparecido a su lado, el viejo murmuraba un extenso pasaje, completaba las palabras y después volvía a empezar. Sus vidriosos ojos observaban el mural sin mirar las imágenes.

—La gran Águila caerá ante el dios del este —dijo—. Y sobrevolará sobre la mismísima muerte. Gobernando quedamente en el Lago de la Luna, con un ejército a sus órdenes. Las Águilas subirán y caerán mientras él aguarda. Cuando los dioses hayan muerto y el oro negro se fortalezca, del norte llegará un Gorrión que guiará a la Gran Águila hacia la Paloma. El Águila devorará a la Paloma y se apoderará de su Canción, pero el Águila no podrá cantar. La Paloma resurgirá, con su Canción intacta y la cantará por el mundo, y todas las aves entristecidas serán convocadas por la Canción, la Canción que libera a todos los que la escuchan. Y el Águila será la primera en sucumbir a la melodía, una melodía que sonará en la tierra para siempre.

El viejo espíritu hizo una pausa para tomar aire y después recommenzó.

—La Gran Águila caerá...

Unas pequeñas manos negras se posaron sobre la sien del fantasma, y una voz armoniosa lo puso a dormir.



Sobre el aeropuerto de la Ciudad de México que había sido bañado por la lluvia, un ejército de aztecas se desplazaba lentamente, caminando uno a uno hacia su liberador. Para algunos aquél era el segundo viaje de ese tipo que emprendían. Rezaron porque su Canción fuese verdadera.



También llovía en Washington.

En una resbaladiza sección de la carretera justo fuera de la ciudad, una familia de cuatro integrantes estaba parada en la línea de división y como si fuesen uno, le hicieron señas a la figura que se aproximaba, el niño que fulguraba como una luciérnaga en una calurosa noche de agosto.



En un parque no muy alejado del monumento en tributo a Abraham Lincoln, un resplandeciente espíritu permaneció de pie frente al libro de los muertos, y llamó a los soldados, disculpándose por su falta de tiempo durante la visita anterior.

Los hombres lo perdonaron. Y fueron humildes. Con lágrimas de gratitud dejaron el monumento y comenzaron su misión final.

El conserje nocturno acababa de cerrar la puerta del recinto cuando el espíritu se deslizó a través de las puertas de roble, avanzó y se sentó en el aire sobre el estrado.

El fiscal se dio la vuelta hacia el espíritu. La sangre le caía de los cortes en las muñecas, reclamaba que se hiciera justicia. Pedía que aquel asesino no fuese liberado. Le decía a Su Señoría que escuchara su conciencia, debía entender.

Su Señoría así lo hizo. Y aunque no podía impartir justicia, podía garantizar paz.

El fiscal estaba satisfecho.



El paciente intentó coger el cerrojo de la ventana, después retiró la mano. Estiró el cuello y miró hacia abajo, muy abajo. Tan lejos...

Nerviosamente se dio la vuelta y avanzó por la habitación, después se giró despacio y caminó de regreso hacia la ventana e intentó de nuevo coger el cerrojo. Decidió no hacerlo y se movió para observar más allá del cristal. Estiró el cuello y miró hacia abajo. Muy, muy abajo. Estaba muy lejos.

Nervioso, se dio la vuelta y avanzó por la habitación.

Un joven niño se interpuso en su camino.

Y fulgurantes manos le calmaron la turbada cabeza.



En los suburbios al norte de la ciudad, un marido y su mujer estaban sentados a la mesa para almorzar. El dolor golpeaba los cristales de la ventana. El teléfono estaba colocado en una esquina de la habitación, al alcance de la mano.

Había tres lugares en la mesa.

La mujer sollozó y se cubrió el rostro. El esposo la cogió de la mano. Tenía los ojos enrojecidos, le temblaban los labios. Había una muñeca en la silla del espacio vacío.

Ante los ojos del esposo, la muñeca se retorció. Se elevó en el aire, revoloteó durante varios segundos y después cruzó la cocina en dirección a la escalera.

El esposo empujó suavemente a su pasmada mujer al ponerse de pie y caminar torpemente hacia la escalera. En un profundo silencio siguieron la curva de la escalera hacia el descansillo. Una puerta al final del pasillo crujió al cerrarse. Aquella puerta no había sido abierta en más de siete semanas.

Temblando, se miraron el uno al otro y después avanzaron hacia la alcoba de su hija. Lentamente el esposo giró el picaporte y abrió la puerta. La alcoba estaba brillantemente iluminada. La cama hecha, el piso limpio. Las muñecas estaban delicadamente colocadas sobre la pequeña almohada.

En el centro de la cama, junto a la muñeca que había flotado por sí sola, había una nota garabateada con lapicero con una extraña escritura.

El esposo levanto el papel y lo sostuvo ante sus hinchados ojos.

—Léelo —lo instó la mujer mientras se sentaba en la cama y cogía la

muñeca.

—Es un mensaje —dijo él con voz quebrada—. Un mensaje... de... oh, por Dios.

Se sentó en la cama y juntos leyeron las palabras, leyeron que ella lo lamentaba, lamentaba haber caminado sola por el sitio de la construcción, lamentaba haberse ido sin avisarles. Decía que los amaba pero que había hecho nuevos amigos y que se había ido a un lugar donde podía bailar y reír y jugar para siempre.

—Os estaré esperando —leyeron el esposo y su mujer en voz alta con lágrimas que les caían de los ojos como la lluvia que repiqueteaba contra el techo—. Os ama... Susie.

Las cortinas sobre la ventana cerrada se agitaron como si las moviera una leve brisa, después permanecieron inmóviles nuevamente.



En una gran caverna bajo las heladas capas de hielo a seiscientos cincuenta kilómetros al este de Cape York, en Groenlandia, una figura compuesta totalmente de una centelleante luz blanca observó al pequeño espíritu acercársele.

—Has esperado mucho tiempo —dijo Jay cuando finalmente se halló frente al colosal ser brillante.

—Mucho tiempo... —repitió la voz, hablando desde todas partes y desde ninguna en particular. No poseía rasgos ni boca ni manos ni piernas. Amorfo y brillante cambió de posición y giró aunque no se movió—. Fui uno de los Primeros —proclamó.

—Tú escribiste la Profecía —dijo el niño. Dio un paso hacia delante—. Sabías que las cosas sucederían como lo habías escrito.

—Lo supuse, niño —respondió la luz—. Sólo lo supuse, un presentimiento inducido, si se quiere. Después borré puntos clave en la redacción para cubrir mi rastro. Podría haber resultado de cualquiera de las dos maneras.

El niño sonrió abiertamente.

—¿Y estás contento con el resultado?

—Inconmensurablemente —le respondió—. De esta manera he expiado el

pecado original de mi especie, el pecado que se multiplicó y repercutió a lo largo de todo el milenio. El círculo se ha cerrado finalmente. Y soy libre, he saldado mi deuda.

—¿Y durante todo ese tiempo —le preguntó el niño— nunca estuviste en ningún cuerpo?

—Nunca —dijo la luz—. Al principio era solo miedo lo que me detenía. Miedo de mi creador, y más, miedo a la fragilidad tan evidente de los mortales. Más tarde, cuando observé a mis hermanos volverse ignorantes, mientras los miraba olvidar que no eran hombres sino espíritus, me di cuenta de lo sabio de mi decisión. Era el último de los Primeros. Y como tal, solo recordaba el comienzo; y solo conocía la verdad. Dormí y dormí y soñé que quizás había sido influido para permanecer en este estado con algún gran propósito.

—Entonces comencé a albergar la idea de que podía influir a los mortales. En lugar de tomar posición, podía en realidad dirigir el curso de la raza en la que mis hermanos habían decidido evolucionar.

»Pero solo intervine en tres ocasiones. En una para escribir la Profecía, y en la otra para dominar y obligar a un fantasma para que tallara nuestra historia sobre una piedra gigantesca.

—¿Y la tercera? —preguntó el niño parándose a solo unos pies de distancia del resplandeciente coloso. Su luz ensombreció el aura pálida del niño pero repentinamente comenzó a encogerse, reduciéndose y desvaneciéndose hasta que igualó el tamaño y la intensidad del niño. La figura cambió y adoptó una blanca forma humanoide.

Extendió una mano brillante para tocar el rostro de Jay.

—La tercera —dijo—, fue una apuesta. Nunca había procreado. Milagrosamente hallé a un humano con un alma tan débil y oscura que aproveché la oportunidad de poseerla. Esperé que una unión mía, un espíritu puro, con un descendiente increíblemente distante de uno de mis hermanos mientras habitaba un cuerpo tal, generaría un ser con talentos maravillosos y extraordinarios.

»Y estaba en lo correcto. El resultado fue un espíritu dotado con el poder de intervenir en ambos planos de la existencia, el poder, incluso, de garantizarle la paz a su penitente padre.



En una pequeña estación de investigación en Holteinsbörg, un par de científicos hacían pruebas con la sorprendente información recién recibida. Y durante semanas establecieron hipótesis y teorías, y dieron charlas, y finalmente publicaron un importante trabajo de investigación en una revista científica de renombre.

Sin embargo, continúan sin poder explicarse el seísmo de diez minutos y medio que hizo vibrar la mitad superior de la isla más grande del mundo; tampoco pudieron llegar a ninguna verdad con respecto a las declaraciones de varios operadores de que un haz de luz tremendamente brillante había iluminado el cielo y había hecho desaparecer a la noche durante un periodo aproximadamente igual a la duración del seísmo.

## Capítulo 31

*Playa de Delaware, jueves 9 de agosto.*

El atardecer se posó sobre la playa lenta e imperceptiblemente bajo la protección de un cielo a rayas de color violeta. Antes de que pudieran notarlo, el tapiz celestial había sido tejido con los hilos ébano de la noche. Aunque el despliegue se había repetido cada noche del milenio, la pareja que se hallaba sentada aún observaba maravillada, hasta que finalmente el aura vigorosa de la Vía Láctea se desplegó completando la exhibición cósmica.

—Salieron muchas estrellas esta noche —dijo Duncan después de un extenso pero pacífico silencio. Ya había transitado la etapa de necesidad de conversación continua. Habían pasado tres semanas en una pequeña embarcación, navegando por las aguas del golfo de México y por el Atlántico, desde Barbados hasta Nueva Escocia. Tres semanas. Tres semanas de convivencia, de evocar el pasado. De recuerdos, buenos y malos. De aventura y excitación. Y de amor y pasión.

—Es verdad —murmuró la mujer. Tenía los pies plácidamente mojados, embellecidos por el alcance del océano—. ¿Notas —preguntó ella —, cuántas están destellando?

—Sí —respondió la figura que llevaba puesta una capa.

—Alguien está ocupado.

—La mansión se está atestando.

—Hay lugar suficiente.

Silencio. Sólo se escuchaba el suave arrullo de la respiración del mar y un grillo o dos en los juncos detrás de la llana extensión de playa.

—Era una buena embarcación —comenzó a decir la mujer llevando la atención del cielo hacia el océano.

—Sí, era buena. Aprendiste muy bien.

—Fuiste un gran maestro.

—¿Lo fui? Bueno, gracias. Dime ¿alguna vez te conté cuando el Prometheus quedó atrapado en los arrecifes rodeado por cuatro galeones españoles?

—Dos veces.

—Comprendo —el pirata suspiró, se estiró y se echó hacia atrás con los dedos entrecruzados detrás de la cabeza. Pestañeó al observar las estrellas y experimentó una profunda sensación de tranquilidad en el corazón, inundando cada espacio, excepto uno.

—¿Rebecca?

—¿Sí, Duncan? —ella giró el terso rostro y se reclinó, apoyándose sobre un hombro. Su suave cabello, que resplandecía como hilos de plata, danzaba ante sus brillantes ojos.

—¿Estás contenta?

—¿Contenta? —sonrió abiertamente—. Mucho. Soy la única mujer en la historia que se ha enamorado de un hombre lo suficientemente mayor como para ser su tata, tata... ayy, demonios. Muy mayor. —Sonrió—. Pero no, no puedo quejarme. Considero que es la mayor alegría poder ver el sol iluminar el horizonte cada mañana. Algo que daba por sentado todas las mañanas de mi vida, ahora me produce inconmensurable placer.

—Por ende —dijo él—. ¿Tus preocupaciones acerca del destino han cesado? ¿Has llegado a un acuerdo con tu Némesis personal?

Ella permaneció en silencio durante casi un minuto.

—Sí —susurró finalmente y le guiñó un ojo—. Hemos llegado a un acuerdo favorable para ambas partes. Él sigue siendo el bastardo reservado y huidizo que siempre ha sido y yo... —arqueó las cejas y suspiró brevemente —... dejó de malgastar mi vida en una búsqueda inútil, una tarea que solo ha servido para alejarme del único propósito que le encuentro a la vida, vivirla. Experimentar, jugar, reír, llorar, temer, amar... Llega un momento en el que uno ya no siente que las respuestas son importantes; y que en la búsqueda, se olvida de vivir.

Ella intentó reír.

—Siempre estuvo allí disponible para mí, Duncan. Pero... lo alejaba. Sí, lo sé, si no lo hubiera hecho, todo habría resultado diferente, lo que me lleva

de vuelta al nudo del dilema. Pero esta vez me niego a luchar.

Se estiró para tocar el rostro intangible de Duncan.

—Elijo vivir —dijo acercando los labios a centímetros de los de él.



—Amigos —dijo el resplandeciente espíritu que ellos confundieron en un primer momento con un meteoro. Rebecca se puso de pie de un salto, Duncan hizo lo propio después de emitir un gruñido.

—Jay —exclamaron ambos a modo de saludo.

—Estábamos justamente pensando en ti —admitió Rebecca.

—¿Lo hacíais? ¿De verdad? —el niño pareció sonrojarse bajo el aura dorada. Se sentó en el aire con los puños apretados como si sostuviese dos cadenas, comenzó a deslizarse hacia delante y hacia atrás, empujando una capa invisible de suelo con los pies—. Acabo de llegar de la ciudad de Nueva York —Jay meneó la cabeza—. No estoy ni cerca de terminar todavía, pero realmente necesitaba unas vacaciones.

Rebecca estuvo de acuerdo con él.

—¿Duncan?

—¿Sí, Jay?

—Sentí curiosidad. La Piedra de la Creación... ¿Qué esculpió el espectro en el último lado?

Duncan sonrió y se cruzó de brazos.

—Una paloma —dijo—. Volaba en lo alto sobre un bosque, dejaba una estela de estrellas a su paso. Abajo, en el bosque, había un hombre de pie, como el de la imagen en el quinto lado. Pero había estrellas que salían de su cavidad y estrellas que permanecían en ella.

—¿Permanecían? —Jay sintió curiosidad pero finalmente sus ojos se aclararon.

Fue Rebecca quien habló primero.

—¡La Luz les dejó elección!

—Exactamente —respondió Duncan y Jay sonrió abiertamente.

El niño se levantó del columpio inexistente y se acercó flotando al pirata.

Se levantó una brisa que arrojó espirales de arena sobre sus tobillos.

—¿Y cuál es tu elección, Duncan?

Una ola rompió y agitó una capa de espuma debajo de sus botas. El viento se aplacó, la arena permaneció quieta y los grillos contuvieron la respiración.

Rebecca buscó su mirada, pero cuando la alcanzó, apartó enérgicamente sus ojos de los de él y los cerró. No quería interferir en su respuesta. No podía pedirle que se quedara, no necesitaba ese tipo de sacrificio. Él solo había llegado a su vida un mes atrás; pero había sufrido durante siglos. Aquélla era su oportunidad, su oportunidad dorada para vencer todas las dudas, para disipar los miedos, para descorrer el velo de lo desconocido y para navegar hacia las indómitas regiones del más allá.

Rebecca se mordió el labio, sintiendo el gusto de un grano de arena entre los dientes. Una delgada capa de agua le mojó los dedos de los pies.

Y un fuerte brazo le rodeó la cintura.

—Lo lamento —dijo Duncan—... pero elijo quedarme.

Jay asintió y sonrió. Se elevó varios pies en el aire y gradualmente ascendió por encima de sus cabezas.

—Yo también deseo vivir —dijo Duncan mirando a los ojos llorosos de Rebecca.

—¿Y los sueños? —preguntó Rebecca mientras Jay continuaba ascendiendo—. ¿Aún le temes a los sueños?

Duncan apartó la mirada.

—Mentiría si digo que no. Pero, al igual que tú, apartaré el asunto de mi mente. Esta alma está eufórica y viva. Todavía no me siento adormilado ¿Me oyes, Jay? —le dijo a la figura que se empequeñecía—. ¡No estoy cansado! Puedo continuar durante kilómetros y kilómetros... Años y años.

—Durante décadas —dijo mirando el rostro de Rebecca delineado por las sombras—. Aguardaré. Y permaneceré despierto, a tu lado.

La diminuta mota dorada saludó felizmente desde arriba a lo lejos, después desapareció como un rayo y finalmente se mezcló con el anfitrión estelar.

—No importa que tenga miedo...

—No —acordó Rebecca con una lágrima plateada que le recorrió la mejilla y después pasó a través de la mano extendida de Duncan.

—... porque acabo de despertar al comienzo de un nuevo día; el sueño está muy lejos.

Una suave brisa agitó el cabello de Rebecca y le secó las lágrimas.

—Muy lejos... —repitió ella y se arrodilló junto a él.

Se sentaron juntos en silencio hasta que el cielo se iluminó, el brillante disco desplazó triunfalmente a la noche y el agua centelleó como las puntas de un millar de lanzas.

## Epílogo

Una silueta de rodillas permanece junto a la reciente tumba, solloza una última vez y, con un suspiro apesadumbrado, rememora cuarenta años de recuerdos, visiones de amor agri dulce y júbilo. Las emociones le pasan por la mente con demasiada fugacidad. Irguiéndose, la figura levanta el rostro y encara al viento brutal. De una manera extraña, el viento parece traspasar a aquel hombre, como si no fuese de un elemento disímil.

Un hilillo de humedad surca ambos lados del pálido aunque bien definido rostro. Cierra los ojos con fuerza y por un momento la imagen de lo que lo rodea perdura en su retina. Las lápidas, las inscripciones, las flores y las coronas.

Y las preguntas, reprimidas durante cuarenta perfectos años, se abalanzan en la oscuridad, quitándose el velo y yaciendo desnudas ante la fría y blanca verdad de que aún nada se sabe del otro lado. ¿Qué ve ella ahora? ¿Con qué sueña? Y, lo que es más importante, ¿podrán reunirse?, ¿podrá él reunirse con ella en la eternidad?

El hombre se sujeta la capa fuertemente alrededor de los hombros. Tiembla pero no a causa de la noche cálida y, por el momento, tranquila, como si a causa de la frustración el viento hubiese ignorado aquel cementerio por completo. Las hojas no se mueven, las flores caen.

Sólo se mueven las fastidiosas preguntas dentro de su mente. Azotan su razón y se aferran a su imaginación. La realidad y la fantasía, la libertad y el confinamiento, la lógica y la superstición, todas giran en una pequeña bola de confusión que se balancea sobre la boca abierta del temor.

*En ese sueño de la muerte...*

La silueta se acurruca bajo la capa y lucha dentro de su mente.

Comienza un coro de grillos, alentando la batalla.

*Dejadles la elección...*

Con gran esfuerzo, agita violentamente la cabeza hacia atrás y hacia delante.

El temor se multiplica y se esparce, su peso se incrementa un centenar de veces.

*No puedes negarlo... la joven en la playa... Caesar...*

La confusión arrasa y quema, y las ramas crujen bajo un viento serpenteante y anormal que aparentemente se origina desde la posición del hombre.

Abre los ojos de par en par e inmediatamente enfoca la mirada en la visión ofrecida más allá de las ramas que se balancean y se mecen sobre su cabeza.

*... dijeron que cuando mueres, puedes elegir... por qué ventana...*

En las praderas de ébano en lo alto, una pequeña estrella solitaria pero magistral titila brillantemente, durante un segundo.

*La duda en la yema de tus dedos, el brillo en tus ojos, no puedes negarlo... no puedes ser completamente malo... porque me he enamorado...*

Una tenue sonrisa juega en los labios del hombre. Hace un guiño a la estrella antes de que el viento doblegue una rama en su camino, siente que la necesidad se apodera de su corazón.

*Negarse a luchar...*

Respetuosamente cae de rodillas, le caen lágrimas de los ojos...

*Elegir morir...*

... lágrimas de alegría. Una cae en la tierra fresca.

De nuevo el viento de agosto, celoso del rival, regresa al cementerio e intenta aferrar su capa, nuevamente sin lograr producir la más mínima respuesta. La figura se inclina sobre la tumba en la sombra de la lápida proyectada por la luz de la calle, se inclina hacia delante y coloca los labios sobre la fresca tierra. Finalmente se pone de pie, erguido y con los pensamientos claros. Los débiles cuestionamientos se retiran detrás del velo del miedo y parten rápidamente, sin dejar rastro de su tarea llevada a cabo durante siglos.

*¿Cuál es tu elección?*

Cansado, levanta el rostro hacia el cielo, y en las enmarañadas sombras, se eleva del suelo.

*En lo que los sueños se puedan convertir en ese sopor... seguramente... deben dar... deben...*

Lo intenta pero no puede recordar el resto.

Sintiendo la tierra deslizarse, cierra los ojos, despeja la mente y espera los sueños.



Una muralla de ladrillos que se extiende a lo largo de una nación, serpenteando y retorciéndose con el volátil paisaje. Una fila de almas serpentea y se retuerce con la muralla. En la quietud de la noche al norte de la China comunista, la brillante figura de un pequeño niño sobrevuela una ladera rocosa. Innumerables guerreros chinos insustanciales aguardan pacientemente en fila sobre la muralla.

El niño tiene las refulgentes manos estiradas, y se prepara para recibir a la siguiente alma ansiosa.

Un sentimiento, no buscado y extraño, le da pausa.

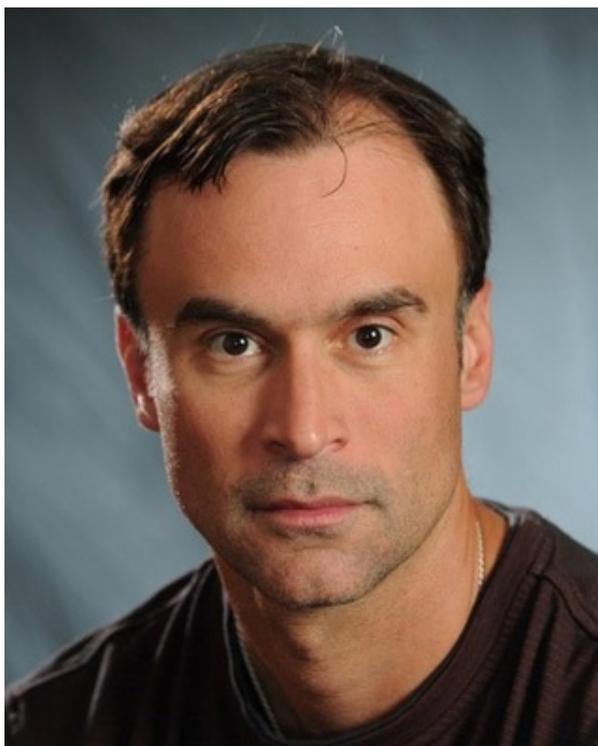
Algo en el cielo de Occidente le llama la atención. Estirándose para poder ver a través del resplandor de tantas disoluciones, el niño posa la mirada en un lugar distante de los cielos... y en una estrella en particular.

Antes de regresar a su tarea, el niño se toma un momento para ponderar la importancia del centelleo de aquella estrella.

Se pregunta por qué le llamó la atención.

Y no puede explicar por qué al verla, incluso allí en medio del presente milagro, se le llena el corazón de tal inexplicable sentimiento de júbilo.

*Fin*



David Sakmyster (Rochester, EE. UU.). Escritor y guionista americano, comenzó su carrera literaria a través de los relatos cortos, con los que ganó diversos premios.

En 1998, David publicó su primera novela *Crepúsculo del quinto sol* (Dragon Moon Press), una historia de fantasmas históricos, que llegó a ser finalista en los Book of the Year Awards. Su cuento, *El sobre rojo*, fue publicado en la antología L. Ronald Hubbard en 2005. La última novela de David es *Crossroad Press*, una mezcla de terror y ciencia ficción (con un poco de drama e intriga política).

*El objetivo de Pharos* (Varianza, 2010), es parte de una trilogía sobre un equipo de revisores que intentan descubrir los artefactos perdidos de poder místico. El segundo libro de esta serie saldrá próximamente, y actualmente está escribiendo la tercera parte. David también ha publicado una veintena de cuentos en varias revistas de prensa pequeñas.

# Notas

[1] Chichén Itzá: de Chich'en Itza', Pozo-Itzá que significa «en la orilla del Pozo de los Itzáes», uno de los principales asentamientos mayas durante el periodo post-clásico en la península de Yucatán. Se localiza al sureste de Mérida, capital del estado mexicano de Yucatán.

Tulum o Tulum: ciudad amurallada del Imperio Maya, recibió en la antigüedad el nombre de Zaina y el actual, Tulum, en referencia a la muralla que la rodeó como defensa. De acuerdo con numerosos registros en murales y otros trabajos encontrados en los edificios de la ciudad, Tulum fue un importante centro de culto para el «dios descendente». Veracruz: Villa Rica de la Vera-Cruz, debió su nombre a la cantidad de oro tomado de los indios. Se le agrega «Vera Cruz» debido a que los conquistadores desembarcaron en los arenales, situados frente a la isla de San Juan de Ulúa el 22 de abril de 1519, que fue Viernes Santo (día de la Verdadera Cruz).

Monte Albán (Tanilaoyagalaoni en zapoteco): es un sitio arqueológico localizado a 10 km de la ciudad de Oaxaca. Las investigaciones realizadas en la zona indican que la ciudad fue fundada alrededor de 500 extendiendo su crecimiento durante los tres siglos posteriores. Cacaxtla: zona arqueológica al sur de Tlaxcala, municipio de Nativitas. Destaca por el buen estado en el que se han conservado sus murales.

Cholula: es una zona arqueológica localizada a 7 km de la Heroica Puebla de Zaragoza. Su nombre deriva de Cholollan, que significa «Agua que cae en el lugar de huida». <<

[2] Tenochtitlán (de tetl, piedra, y nochtli, tuna, que integradas a tlán [abundancia] forman la palabra tunal) La ciudad de México-Tenochtitlán era la capital del imperio mexicano también conocido como azteca. Fundada en 1325, se convirtió en la ciudad más poderosa de la región pues sometió a las ciudades estados circundantes, y una de las más grandes del mundo, con cerca de 500 000 habitantes en su esplendor hasta el año 1521, cuando los conquistadores españoles al mando de Hernán Cortés consiguieron destruirla. La ciudad estaba gobernada por emperadores vitalicios (tlatocanis). El dios Huitzilopochtli, les había ordenado fundar su reino donde estuviera un águila parada sobre un nopal devorando una serpiente. Moctezuma el Grande, convirtió este poder en un imperio, al alcanzar sus conquistas Puebla, Guerrero, Hidalgo, Oaxaca y parte de Veracruz. Las conquistas se reanudaron a partir de 1486, cuando Ahuítzotl extendió el imperio por el centro y sur del México actual. Hacia 1500, después del descubrimiento de América, los aztecas eran el pueblo más poderoso de Mesoamérica y Tenochtitlán una ciudad comparable con las más importantes del mundo. <<

[3] Huitzilopochtli (Witzilopochtli). Según la tradición, Huitzilopochtli nació de Coatlicue, la Madre Tierra. En el centro de Tenochtitlán, construyeron un templo con dos altares, uno dedicado a Tláloc y el otro a Huitzilopochtli. Sobre el pequeño templo primitivo, cada 52 años se le añadía otra construcción, cada vez más grande. A estos dioses se les ofrecían sacrificios humanos: a Tláloc, niños varones enfermos, y a Huitzilopochtli cautivos de habla náhuatl. Cuatro sacerdotes sostenían al cautivo de cada extremidad y un quinto hacía una incisión con un afilado cuchillo de obsidiana y extraía el corazón. <<

[4] Curador: comisario de arte. Quien organiza exposiciones en un museo o galería. <<

[5] Quetzalcóatl: representa la dualidad inherente a la condición humana: la «serpiente» es cuerpo físico con sus limitaciones, y las «plumas» son los principios espirituales. Otros nombres adjudicados a esta deidad: Nahualpiltzintli, «príncipe de los naguales», Moyocoyani, «quien se crea a sí mismo», Ipalnemoani, «aquél por quien vivimos» y Tloque Nahuaque, «dueño del cerco y el junto». <<

[6] Tláloc (o Nuhualpilli): Dios de agua y de la fertilidad en la religión teotihuacana y náhuatl. Conocido en relación con la cosmología azteca, le ofrendaron sacrificios de niños para honrarlo, ya que tenían a Tláloc como el responsable de los periodos de sequía y de las lluvias torrenciales. <<

[7] Ahuítzotl: (Monstruo de agua), (1486-1502) llevó a los aztecas a dominar prácticamente todo el centro y sur de México. De las victorias obtenidas, incontables prisioneros fueron sacrificados en el Templo Mayor de Tenochtitlán. Ahuítzotl falleció al golpearse la cabeza contra un dintel de piedra cuando trataba de escapar de una inundación que se produjo en Tenochtitlán en 1502. <<

[8] Huitzilopochtli: El prisionero estaba completamente cubierto de gris, que era el color del sacrificio, el propósito de los sacrificios a Huitzilopochtli era darle vigor para que pudiera subsistir en su batalla diaria, y lograr así que el sol volviera a salir en el siguiente ciclo de 52 años. Según la tradición náhuatl, han transcurrido 4 eras que terminaron en desastre, y vivimos en la quinta creación que terminara en un año «uno movimiento», esta fecha se repite cada 52 años en el calendario. Los aztecas pensaban que alimentando al sol, Huitzilopochtli, que podría posponer el fin al menos por otro ciclo. En la religión azteca, los guerreros que morían en batalla, los que morían sacrificados y las mujeres que morían en el parto estaban destinados al paraíso y quizás para renacer en esta tierra como mariposas. Por ello se consideraba un honor ser sacrificado a Huitzilopochtli. <<

[9] Tutankamón Faraón egipcio del siglo xv a. C. <<

[10] Robert Edward Lee (1807-1870) general estadounidense que se desempeñó como comandante general de los ejércitos confederados del sur durante la Guerra Civil estadounidense. La guerra finalizó con su rendición al general Grant en Appomattox. <<

[11] Necromancia o necromancia: Adivinación por evocación de los muertos.

<<

[12] Olmeca sociedad del periodo preclásico mesoamericano que ocupó una amplia extensión del territorio actual de Veracruz y parte oriental del estado de Tabasco, México Fue la primera gran civilización conocida de América que se desarrolló entre 1250 a. C. hasta 500 a. C. En San Lorenzo, La Venta, y Tres Zapotes, se han encontrado los primeros basamentos de lo que se consideran las primeras construcciones religiosas o templos. <<

[13] Probe: en inglés, indagar, investigar. <<

[14] La historia del hombre del saco o tío mantecas, está basada en hechos reales ocurridos a principios de] siglo xx. Un comerciante gallego, se dedicaba a transportar personas de una aldea a otra entre montes perdidos, pero esas personas nunca llegaban a su destino, ya que las mataba y se alimentaba de sus vísceras (por eso el tío mantecas) y también se apoderaba de sus enseres que luego vendía (por eso el hombre del saco). Estos hechos sembraron el terror por toda la zona (Galicia, León, Asturias) y más tarde se utilizó la historia para amedrentar a los niños. <<

[15] Odín está considerado el dios principal de la mitología y el paganismo nórdico. Considerado dios de la sabiduría —sacrificó uno de sus ojos en el pozo de Mimir para acceder al conocimiento— la guerra y la muerte. <<

[16] Bolas de arroz: en inglés, «Rice patty», Expresión para referirse peyorativamente a los asiáticos. <<

[17] Tlakaélel: «el de corazón varonil» fue un cihuacóatl (mujer serpiente), guerrero, economista y reformador religioso, sobrino de Itzcóatl (1427-1440) y hermano de Chimalpopoca y Moctezuma I. Recibió el título de Cihuacóatl, Consejero Supremo del Rey, aplicó una reforma completa de la sociedad, con una visión mística guerrera del pueblo azteca que consideró la nación elegida del sol. Tlakaélel decidió consolidar el poder azteca bajo una reforma ideológica. Hizo quemar los viejos códigos de los pueblos vencidos para reemplazarlo por los de los Mexicas. Los libros de historia iban a volverse instrumentos de dominación. Los viejos dioses tribales fueron conservados pero los aztecas colocaron en primer rango sus divinidades más destacadas: Huitzilopochtli y su madre Coatlicue, la diosa de la Tierra. <<

[18] Cibola: Ciudad mítica llena de riquezas, que durante la época colonial se suponía en algún lugar al norte de Nueva España en lo que hoy es el norte de México y el suroeste de Estados Unidos. <<